

A romantic close-up photograph of a man and a woman. The man is on the right, leaning towards the woman on the left. They are both wearing winter scarves. The lighting is warm and soft, creating an intimate atmosphere. The woman's hair is blonde and slightly messy. The man has a light beard and is looking down at the woman.

*Y por fin
juntos*

MARIAH C.

*Y por fin
juntos*

MARIAH C.

Título original: Y por fin juntos

Autor: Mariah C.

1^{ra} Edición, 2019

2019 ©Mariah C.

Banco de imágenes: Shutterstock

Diseño de portada: China Yanly

Maquetación: China Yanly

chinayanlydesign@gmail.com

Facebook: China Yanly

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Por lo que cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, marcas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

SINOPSIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

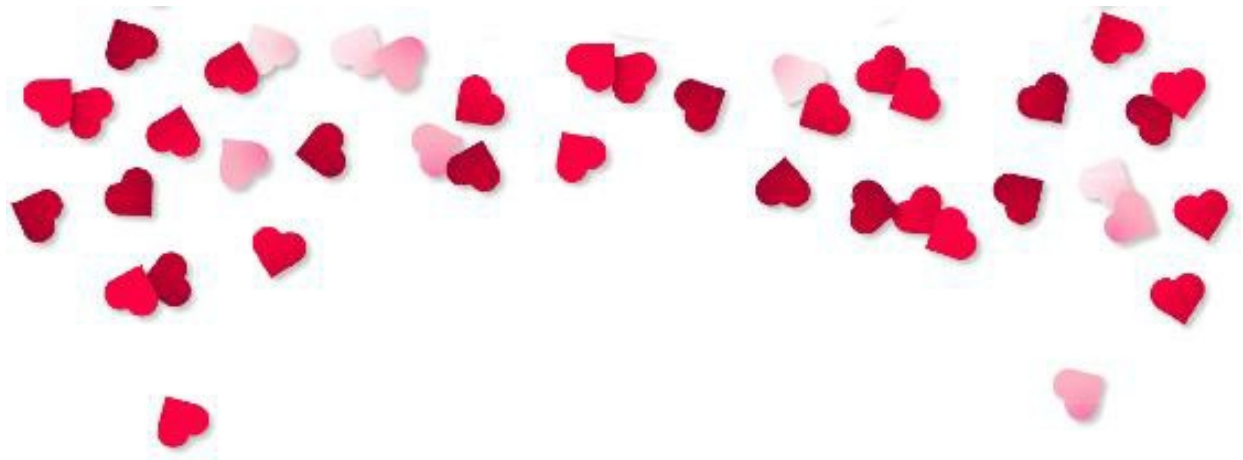
SINOPSIS

«Abuelo, ¿puedo abrir el baúl de la buhardilla? ¿Por qué lleva mi nombre? ¿Es para mí?».

Esas preguntas hacen que Tom Collins reviva un pasado que recuerda con amor, pero también con dolor. Las verdades que ha escondido durante años salen a la luz, al mismo tiempo que otras más emergen del interior de Susan, su hija, cuando su adorada nieta intenta descifrar el sinuoso camino que le tocó vivir.

Aventuras, engaños, giros del destino y esperanzas se unen en esta historia que transcurre entre Vermont, un condado de hermosas vistas, el Boston más refinado y elitista, y el lago Champlain como telón de fondo.

*Dedicada exclusivamente a mis hijas,
a las que adoro y quiero con todas mis fuerzas.
Ellas me han enseñado cómo ser una buena guía
en esas situaciones que hubieran sido difíciles de vencer sola.*



PRÓLOGO

Siempre me he cuestionado qué son los sueños y solo hoy me doy cuenta de que no tiene ningún sentido pensar en ello. A veces parece todo muy real, tanto como el dulce aroma que desprendía todo su cuerpo cuando se movía o me abrazaba.

Cuando nos despedíamos todas las noches y ya descansaba en mi cama, me dormía oliendo mis manos. Siempre pensaba que podía ser la última vez que lo hiciera. Olían a ti.

Ahora tan solo es la brisa la que me acaricia el rostro y me eleva hasta el cielo; esa sensación me transporta a un mundo donde el tiempo se detiene. Cierro los ojos, suspiro e imagino que me estás esperando sobre una nube de algodón, sonriendo y ofreciéndome la mano.

Mi mente, siempre desesperada, trató de encontrar la mejor solución, pero el tiempo era limitado. Estaba perdido. Infinidad de veces me arrepentí de ir en su búsqueda; tenía que haberla dejado marchar, tal y como ella decidió. Cualquiera otra persona con dos dedos de frente lo hubiera hecho. Pero el amor estaba por encima de todo y no me importaba ni cómo ni cuándo, pues yo estaría toda la vida mimándola y la despertaría cada mañana con una rosa y un beso en la mejilla. Ella siempre me decía: «Sin amor, la vida solo sería un error». Y tenía mucha razón.

Hoy sigo soñando despierto en busca de una ilusión, una esperanza. Cada noche, antes de ir a descansar, miro el firmamento y a esa estrella que brilla como un lucero en el cielo y que me anuncia que un nuevo día está a

punto de llegar. Los sueños son un mar de preguntas que no obtienen respuestas. Todavía me sigo cuestionando cómo han pasado los años, cómo han cambiado las cosas... Y aquí estoy: esperando el día en que mi corazón y tu alma se junten. Parece que fue ayer cuando bailábamos bien pegaditos nuestra canción: *Only you*, de The Platters. ¿Lo recuerdas, mi amor? Yo sí. Nos susurrábamos al oído lo mucho que nos amábamos y que nada ni nadie nos separaría. Nos juramos amor eterno y yo he cumplido mi promesa.

¿Cómo se olvida un amor, cómo se olvida? Después de haberte amado como yo te amé... es imposible hacerlo.

«La olvidarás, Tommy, eres joven. Todo sanará», me decía mi padre.

Pero yo siempre respondía: «No quiero olvidarla, papá, la amo y eternamente la llevaré en mi corazón».

A veces creo que soy invisible. Jamás me había sentido así. Cuando era pequeño e iba a la casa del lago era tan feliz... Pero eso ya es pasado. Ahora mis pensamientos llenan mi cabeza a diario y los recuerdos surgen como si fueran una película filmada a cámara lenta, a pesar de que no es lo que yo deseo. Tengo prisa, y los días transcurren lentos y solitarios. En realidad, si cierro los ojos, todavía te veo justo delante de mí.

Lago Champlain, Boston, Nueva Inglaterra, invierno de 1951

—¡Mamá, mamá! —Los gritos de Chloe Hamilton retumbaron en el lago Champlain esa mañana de mediados de diciembre.

Chloe, una niña de ocho años extremadamente delgada y demasiado alta para su edad, corría a toda prisa por el bosque mientras dejaba escapar su aliento en cada zancada. La pequeña cabaña —que su familia había alquilado, como todos los años, para pasar las vacaciones de Navidad con la intención de practicar deportes invernales y disfrutar del esquí— parecía no aparecer nunca ante sus ojos. Cuando por fin la divisó, tampoco aminoró la marcha. Brenda, su hermana menor, le salió al encuentro.

—¡Por Dios! ¡Vas a asustar a todo el mundo! —le gritó y frunció el ceño.

Antes de subir los escalones de madera, ella se detuvo en seco para poder recuperar el aliento.

—¿Dónde está mamá? —le preguntó y se escabulló hacia el interior de la vivienda antes de que la otra lograra sujetarla por el brazo. Corrió hacia la

cocina y se abalanzó sobre el regazo de su madre.

—¡Cariño! ¿Qué sucede?

Karen acomodó los rizos rubios de su hija detrás de sus orejas y, apoyándole una mano sobre el pecho, le habló:

—Tu corazón late muy deprisa —le dijo, y empezó a preocuparse; sin duda no se trataba de ninguna mentira.

—¿Qué sucede, hija? —se interesó su padre mientras se comía una galleta—. Creía que habías salido a recoger flores. Tengo ganas de regalarle un bonito ramo a mamá —le refirió a la vez que le guiñaba un ojo a su esposa.

—¡Ay, Daniel! No le tomes el pelo a la cría.

—Papá, no hay flores en esta época del año —contestó ella, tiritando de miedo y frío. Chloe respiró profundo y lanzó sendas miradas a sus padres—. Mamá, papá —les habló, estiró el brazo y señaló hacia fuera—. Es Tommy: está tumbado en el suelo y ni se mueve ni responde. Estábamos jugando al escondite... conté hasta diez y fui hacia él. Yo pensaba que estaba bromeando porque siempre me deja ganar, pero cuando me acerqué, vi que la cosa iba en serio. Tiene la cara muy blanca y no respira. Creo que está muerto, mami. No abre los ojos. Tengo miedo —desvió la mirada hacia su padre—, no quiero que se vaya al cielo. Es mi mejor amigo —gimoteó.

Daniel Hamilton se levantó de un salto, tirando la silla al suelo.

—Chloe, ¿qué dices?

—¡Sí, papá! —les aseguró, abriendo sus ojos verdes como platos. Karen sujetó su cara y la obligó a mirarla.

—¿Dónde?

—En el bosque, junto al lago —les explicó.

Karen y Daniel se miraron un instante. Ambos eran conscientes de que Chloe tenía una imaginación bastante activa: siempre andaba parloteando con sus muñecas vestidas de princesas. Además, tenía amigos imaginarios y hacía toda clase de hechizos con ramas, hojas y la inseparable varita mágica de su adorable Cherry: una muñeca de ojos durmientes y basculantes con el pelo negro de *mohair* pegado a la cabeza.

—Tenemos que ir, mamá —le pidió muy asustada.

—Karen, llama a una ambulancia y a los Collins. Yo iré en busca de Tommy.

—Y yo, ¿qué hago? —dijo Brenda con las manos apoyadas en las caderas. Tan solo tenía cuatro años, pero estaba más que espabilada.

El señor Hamilton desvió la mirada hacia su hija menor.

—Tú te quedas haciendo compañía a tu hermana, te necesita.

—Vale. Si no hay más remedio... —Brenda se cruzó de brazos e hizo un mohín.

—Paaapi... vete ya. ¡Virgencita! —gritaba Chloe mientras daba diminutos saltitos y se colocaba las manos en la cabeza.

—Voy, cariño. Cuando lleguen los papás de Tommy —sujetó el mentón de su hija mayor—, los acompañas hasta el lago, ¿vale?

—Sí, papá. Pero vete ya, por favor.

Lago Champlain, Boston, Nueva Inglaterra, invierno de 2014

Las flores ofrecían un vibrante contraste con el montón de tierra sobre el que yacían margaritas blancas y brillantes, amapolas de California, pensamientos... Una combinación a la vez salvaje y delicada. Las manos que las arreglaban eran fuertes y ya viejas. Los dedos eran largos y gentiles. Hacía frío, llevaba varias jornadas lloviendo, pero ese día el sol pidió una tregua entre las nubes.

—Te he traído rosas. En una ocasión me dijiste que eran más bonitas en el rosal y es cierto, aunque tiempo después descubriste en su significado algo que me fascinó.

La voz del hombre era suave y tenía una dulce entonación. Estaba arrodillado delante de la tumba y sus cabellos canosos brillaban con los rayos de sol.

—Te echo de menos —susurró.

Una suave brisa barrió el pequeño cementerio y agitó el pelo blanquecino del hombre, acariciándolo con suavidad.

—Siempre recordaré lo buena que fuiste conmigo. Estoy cansado de esperar, pero estoy bien. —Se levantó y se sacudió la arena de las manos contra las perneras de sus vaqueros—. Nuestra despedida fue triste y lloro todos los días por ello. —El corazón le martilleaba en el pecho—. Nos veremos pronto, mi amor; te lo prometo. Lo presiento.

El aire movió las hojas de los árboles por encima de su cabeza y él sonrió con un destello azul brillante en los ojos. Bajó la mirada y vio como un petirrojo se había posado sobre la lápida y cantaba alegremente.

—Estás contento, ¿eh? Quizás, al final, todo salga bien.

Bueno, creo que llegó el momento de contar mi historia, una historia bellísima de amor, tristeza y dulzura a partes iguales. Me llamo Tom Collins. Tommy para los amigos. Nací hace sesenta y dos años, en Vermont, un estado fronterizo de Massachusetts. La población estaba formada por granjeros, cazadores y leñadores, aunque muchos de ellos emigraron hacia las grandes llanuras del oeste en busca de tierra más abundante y productiva. La actividad maderera entró en decadencia al explotarse otros bosques más fértiles en el resto del país. Esto, sin duda, tuvo efectos negativos en la economía, aunque no fue nuestro caso, ya que en casa nunca nos faltó nada. Cuando me jubilé, dediqué todo mi tiempo a elaborar productos lácteos en mi granja. Tengo unas vacas hermosas y bien alimentadas de la raza holstein. Me levanto muy temprano; de eso se encarga muy bien el gallo, que anda siempre alborotando a las gallinas en el corral. Los Adams, mis vecinos, y yo tenemos nuestros productos listos a primera hora de la tarde. El señor Adams, Herbert, los carga en su vehículo y los lleva a las gentes de los alrededores. Ellos son nuestros compradores y los encargados de su posterior venta. Nuestra especialidad es el queso Cabot y la mantequilla, que nos sale de rechupete.

Vivo en el estado del sirope de arce, junto al lago Champlain y las Montañas Verdes. En el ámbito de este pequeño estado del noreste se pueden encontrar largas cadenas de montañas boscosas, con excelentes oportunidades para la pesca, el senderismo, la bicicleta de montaña, esquí, caza y mucho más. Hay sitios históricos, museos y tiendas en esta pequeña ciudad de Vermont. Conocido como el estado de Green Mountain, Vermont es sin duda el lugar perfecto para poder disfrutar de una amplia gama de deportes al aire libre. Tiene un lago de aguas cristalinas donde se refleja el sol de tal modo que has de apartar la vista. Es lo más espectacular que se haya visto jamás.

Mi granja está a las afueras de la ciudad. Es grande, tiene dos plantas, como correspondía a la posición que tenían mis padres. Le tengo un gran cariño y me siento muy orgulloso de pertenecer a ella. En realidad, donde mejor me encuentro es en mi habitación. Desde que murió mi madre, la mantengo siempre limpia y blanqueada, como ella hacía con tanto primor. Y ahora soy yo el que vive en la casa del lago.

El clima se caracteriza por grandes fluctuaciones de las temperaturas durante los cambios de estación. Los veranos son cálidos, y los inviernos, fríos y nevados.

Los desayunos en el porche, las tardes de lectura en las tumbonas y los

tés cuando anochece no tienen precio. No hay contaminación lumínica y el cielo, con noche despejada, es lo más bonito. Mi hogar es una construcción georgiana de ladrillo con adornos, columnas de madera y entablados pintados en blanco a la costumbre inglesa. Es cálido, tranquilo y acogedor. Está rodeado de bosques de gran hermosura, lagos y muchas clases de flores: pensamientos, peonías, rosas de mayo y nomeolvides. Tengo terrazas y jardines que parecen traídos del mismo Edén. El exterior está decorado con muebles de cañas de bambú, mimbre, cuerda, *ratán*, rafia y maderas exóticas. Cuando descanso, después de un día de trabajo en el establo lechero, me estiro en una de las hamacas del jardín. Allí, me relajo después de cenar y miro las estrellas. Las vistas son impresionantes.

La puerta principal lleva a una entrada con escalera alineada a lo largo de la casa. Sobre los dinteles hay unas coronas decorativas y unas columnas aplanadas a cada lado. Todas las estancias surgen como ramificaciones. En la planta baja tengo un cuarto de estar —como se definía antiguamente— donde se encuentra esa maravillosa chimenea que tantas veces me ha visto llorar. Es una habitación espaciosa donde todas sus paredes, a excepción de dos, están cubiertas de estantes repletos de libros; obras que no acabaré de leer en mi vida. En uno de los muros libres se abre un amplio ventanal desde el cual se puede contemplar gran parte del jardín trasero y junto a él, un sillón: mi sillón; lo mejor que tengo para recordar y descansar. Desde él veo, sentado, el paso del tiempo.

Saliendo del comedor está la cocina. Mi querida madre la decoraba y cuidaba hasta el más mínimo detalle. Por eso, cuando entras en ella, notas ese aire cálido, acogedor y afable que te proporciona esa espaciosa pero bien distribuida estancia. Al fondo hay una mesa de roble y en el centro, un jarrón de florecillas silvestres que cada día recojo yo mismo. Una bonita costumbre que se me pegó de mi madre. Armarios bajos, altillos amplios llenos de platos, vasos, cubiertos, conservas y accesorios de última generación... Allí, bien guardada, sigue la amasadora que mi madre utilizaba cuando hacía de repostera. Elaboraba unas tartas de chocolate deliciosas y esponjosas; cosa fina, aunque solo las comía cuando el doctor Lewis me lo permitía.

Ella era una gran cocinera, aprendió de mi padre. Él, desde pequeño, ya hacía de cocinillas; estar metido entre cazuelas, ollas, platos y fogones lo volvía loco. Pero todo ese tiempo que invirtieron para conseguir un bienestar familiar y vivir holgadamente se desvaneció el día que yo nací. En ocasiones, mi padre le hablaba a mamá de vender el negocio que tanto sacrificio les

había supuesto y de que el capital que consiguieran lo invertirían en una granja lechera en el lago, nuestra segunda residencia. No le hubiera costado deshacerse del negocio. Aun adorando su profesión, era uno de sus grandes sueños. Pero ella siempre le sacaba la idea de la cabeza. Le decía que habían dedicado mucho tiempo y esfuerzo en instaurar las cadenas de restaurantes como para ahora marcharse y tirarlo todo por la borda. Scott, como se llamaba él, insistía repetidamente, pero mamá seguía negándose y su decisión era inamovible.

Los dormitorios se encuentran en la segunda planta. Tengo cuatro habitaciones amplias con dos grandes ventanales y, si los abres de par en par, puedes descubrir un mundo enigmático y misterioso. Esa es la magia que la madre naturaleza nos ofrece. Las colchas de las camas están hechas de *patchwork*. Mamá se pasaba largas horas uniendo telas de colores. Parecía que estaba haciendo un *puzzle*. *Y, por último, está la buhardilla, donde guardo todos mis recuerdos, incluyendo aquellos que me hicieron tanto daño.*

Trabajé durante muchos años en el edificio McKim. Es una biblioteca que fue proclamada como palacio para el pueblo.

Me encanta mi ciudad, con sus edificios antiguos y modernos. Las calles y los jardines la convierten en un lugar fascinante. Chloe y yo visitábamos, siempre que podíamos, el Public Garden, un jardín que nos dio muchas alegrías y felicidad. Está situado en el corazón de la urbe. En una ocasión, mi padre me explicó que durante dos siglos lo utilizaron como parque público, campamento militar y lugar de ejecuciones. Me parecieron historias surrealistas. No me entraba en la cabeza que en aquellos hermosos jardines pudieran ocurrir tales cosas. Ejecutar es matar.

Me casé con una peculiar y simpática mujer, pero, por desgracia, como no soportaba tanto dolor, me abandonó. Un día se levantó y se fue. No pude recriminárselo, puesto que ella aguantó muchos de mis malos días llenos de tristezas y ojos lacrimosos. Me juré no ir a buscarla. Siempre temí que si lo hacía, podría acabar de manera trágica, como ya sucedió una vez. Ella se ganó una vida despreocupada y llena de alegrías. Encontró a un hombre bueno que la hizo la mujer más feliz del mundo, tanto como hubiera podido hacerla un buen amigo que tuve en la infancia. Siempre pensé que estaba conmigo porque, de algún modo, se lo había prometido a alguien y muchas veces le dije que no lo hiciera, que volara, ya que merecía seguir caminando por la vida en libertad. Pasó un tiempo hasta que recibí una carta suya disculpándose por los

modos y formas con las que huyó. No pretendía hacerle daño, yo la apreciaba y —en el fondo— incluso la quería, pero no lo suficiente. Hoy en día mantenemos correspondencia y seguimos siendo buenos amigos.

Aún recuerdo los divertidos momentos que me hacía pasar. Me moría de la risa con sus ocurrencias. Era una payasita graciosa y alegre, un poco malhablada, pero cariñosa y dulce como ninguna. Sin embargo, era consciente de que no había olvidado a mi primer amor, y cuando hablábamos de ello, siempre acababa rota de dolor y salía corriendo hacia la habitación llorando sin control. Cuando eso ocurría, mis pies se quedaban clavados al suelo. No tenía el suficiente valor para ir a consolarla. No es que no tuviera corazón ni sentimientos, simplemente sabía que, si lo hacía, ella volvería a preguntarme si alguna vez la había querido, y yo sería incapaz de mentirle. No quería herirla de nuevo. Nos conocíamos desde el instituto. Era muy bonita y sexi, pero algo locuela en temas sentimentales. Fue una excelente amiga y compañera. Me cuidó y me amó con locura, aunque yo tenía un concepto totalmente distinto del amor. Por mucho que ella lo intentara, mis sentimientos eran otros y mi cabeza vagaba perdida entre tinieblas hacia otro lugar. Solo podía respetarla y proporcionarle todo aquello que podía ofrecerle, que era bienestar, dinero y poco más. Yo también sufría por ella. Me enfadaba conmigo mismo por no ser capaz de darle lo que se merecía. Me causaba tristeza verla así. Tengo corazón y no soy malo. Si la vida no nos hubiera golpeado del modo en que lo hizo, quizás ella hubiera vivido sus días mucho más feliz al lado de mi gran amigo. Pero él se fue antes de lo que todos imaginábamos. La vida, constantemente, te pone a prueba y no sabes por qué. A veces, lo que uno desea se convierte en una lucha interna con lo que recibe, lo indeseado, lo que no entra en tus planes. ¿Karma? Creo que no, simplemente te ha tocado y debes ponerle un punto final a una historia inconcebible y no merecida.

A Susan, mi hija, no le fue bien en su matrimonio, acabó engañada. Se casó con Harry Palmer, un médico cardiólogo de prestigiosa posición en la ciudad. Pero el poder y las malas compañías terminaron con su relación. Mi hija salió adelante gracias a sus propios medios y sacrificios. Se licenció y en la actualidad es especialista cardióloga en el hospital general de Massachusetts, cerca de donde vive. Ella y mi nieta residen en un apartamento cómodo y apacible con hermosas vistas, algo lejos de donde me encuentro yo. Hace ocho años que no veo a Susan y todavía no logro entender por qué se distanció tanto de mí.

Otra cosa es mi nieta, que siempre que sus estudios se lo permiten se acerca con Alex —su novio— y pasan unas horas conmigo aquí, en el lago. Ella nunca se olvida de mi cumpleaños, me felicita en fechas especiales como Acción de Gracias y el 4 de julio. En eso se parece a mí. «¡Qué ironía!», he pensado muchas veces.

Mi nieta es una bonita adolescente de ojos verdes, como las hojas del olivo, de cabello rubio, como el oro, y con una sonrisa cautivadora. Siempre me ha recordado a la persona a quien amé con locura. Ella me ha colmado de felicidad y buenos recuerdos, y ha llenado el vacío que tengo en mi corazón. Son lo único que tengo: ella y mi hija.

Es viernes por la tarde. Ahora descanso y, como todos los fines de semana, me siento en el porche en mi vieja mecedora.

Al lado, apoyado en la mesa, tengo a mi fiel compañero: mi bastón de madera, que esconde unas iniciales grabadas en él. Fue un regalo de una amiga muy especial. Me lo dio en mi decimoctavo cumpleaños y fue el obsequio más bonito que recibí ese día... exceptuando lo que ella me contó después.

Estoy en el jardín rodeado de árboles, pájaros, flores de todos los colores y aromas. Oigo el viento y noto cómo roza mi gastada mejilla, que tanto ha cobijado mis llantos. La siento y me estremezco. Pienso y recuerdo qué triste es la vida sin ella.

Ojeando a mi alrededor —un poco más lejos— me parece ver un trébol de cuatro hojas; quizá sean imaginaciones mías, pero tengo que descubrirlo. Intento acercarme, pero me cuesta, me falta la respiración y al final desisto. Acabo de nuevo sentado en mi vieja mecedora. Hoy no me encuentro del todo bien.

¿La distancia hace más grande el amor? Podría decirse que sí. Yo siento que la amo mucho más desde que está ausente. Las circunstancias de la vida son extrañas y misteriosas. Cuando la conocí, no tenía ni idea de que se convertiría en el amor de mi vida. Mi existencia sin ella está llena de recuerdos. Sé que la mayoría son buenos. Ella se encargó de colmarme la vida de tiernos y dulces momentos. Verla cada mañana y despertarme con un beso tan suave e insinuante hacía que me derritiera. Ella lograba que cada caricia que me regalaba provocara pequeñas descargas dentro de mí. Sentir su nariz rozando mis mejillas, y percibir la calidez y suavidad de su piel me hacían estremecer. Saber que estaba ahí, sin haber abierto los ojos, era una señal de que ese sería un buen día. Hace tanto tiempo que me despierto solo, sin besos, sin ella. Siempre supe que no me acostumbraría, y no lo he hecho. Solo estoy

resignado a que ya son distintas mis mañanas, mis tardes y mis días. Todo.

¿Cuántos días han transcurrido desde que te fuiste? Intento recordarlo. Ahora ya dudo cuántos años han pasado. Treinta, cuarenta o ¿quizá cincuenta? Seguro que no te gustaría que llevase la cuenta porque nunca te gustaron las cosas tristes. Pero ¿qué puedo hacer si llevo muchas noches sin dormir? Además, tratando de ser optimista como tú querías, pienso que estoy más cerca de volver a verte entrando de nuevo por la puerta con tu varita mágica y una inmensa sonrisa. Ojalá la vida sea generosa conmigo y pronto suceda otra vez. Durante días y días me he sentido lleno de ira y de dolor. No puedo entenderlo, y mucho menos aceptar lo que te ocurrió.

Sigo sentado en mi sillón, esperándote. Esperando un milagro. A veces me quedo mirando hacia ninguna parte. Me he hecho cómplice de la espera.

Empieza a esconderse el sol. Hoy no voy a poder estar a tu lado, o eso parece. Tomaré mi tila junto a mis pastillas; el corazón, ya sabes... Pero ahora me duele más porque no es mío; te pertenece a ti y quiero devolvértelo. Solo así lograré ser feliz. Tú todavía estás aquí, o allá, no sé dónde porque hace... ¡Ay, Dios! Esta memoria mía. Debe ser la edad, o al menos es lo que me dicen los médicos.

¿Qué hice mal?... Y eso ahora qué más da. Te fuiste antes de lo previsto, pero estoy seguro de que pronto nos encontraremos.

En este mundo tenemos la opción de elegir cómo contar una historia triste y nostálgica. Podemos dulcificarla y mitigarla, como hacen en las películas y en las novelas románticas, donde la gente guapa aprende bellas lecciones y donde nada es demasiado malo como para no poder arreglarse con un «lo siento» y una canción sentimental y emotiva.

Admito que esta es la versión que más me podría gustar, creedme, pero simplemente no es real. Esta es la realidad. Perdonadme.



CAPÍTULO 1

SOÑANDO DESPIERTO

Tommy se inquietó al sentir el sonido del motor de un coche aparcando en la parte trasera de la casa, junto al invernadero. Prestó atención, se contrajo y apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas.

«Ha llegado el momento», pensó.

El aire era fresco y sintió escalofríos por todo el cuerpo; la brisa rozó su cara, haciéndolo estremecer. Suspiró profundamente y cerró los ojos por unos segundos. Quería gozar el instante.

¿Sería Chloe?

Sintió que alguien se aproximaba. Los pasos eran serenos y lentos. Unas voces se oyeron a su espalda, eran risas muy dulces.

—Es ella, es su voz. ¡Dios!, por fin ya he muerto —susurró.

Pronto, su sueño se desvaneció.

—Abuelo, ¿dónde estás? —preguntó su nieta.

—¡Ah! ¿Eres tú? —Se asustó, abrió los ojos y volvió a la realidad. Todavía no había llegado su hora—. Estoy en el jardín, bajo el sauce llorón —respondió.

Ese árbol era testigo de las muchas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas sin control día sí, día también.

—¡Ay, abuelo! Cuánto te he echado de menos —le dijo mientras lo rodeaba con los brazos—. ¿A quién esperabas, picarón?

—A nadie, solo a mi niña. A ti. —Y añadió—: ¿Y tu madre?

—Está descargando el coche, abuelo. Ayer se pasó toda la tarde haciendo *cupcakes* y... ¿a qué no sabes qué más?

—Pues no tengo ni idea.

—Ha hecho ese *pudding* que tanto te gusta, granujilla —le habló, a la vez que le tocaba la barbilla.

—¿*Sticky Toffe*? ¡Qué rico! Tu madre ha heredado de tu bisabuela esas manos para la cocina. ¿Y qué celebramos, mi niña? —le preguntó extrañado.

—¿No te acuerdas? El domingo es tu cumpleaños y el mío fue en julio. Estoy un poco enfadada contigo porque no me felicistaste, ¿se te olvidó? —expresó, haciendo una mueca con la boca—. Así que celebraremos ambos cumpleaños. No sabes lo nerviosa e impaciente que estoy. Me dijiste que cuando llegase a la mayoría de edad, me explicarías un secreto; que debe de ser muy tenebroso —sonrió—, cuando lo mantienes de forma tan clandestina y reservada.

El abuelo, dando un manotazo en la pequeña mesa que tenía al lado, dijo levantando la voz:

—¡Mierda! —Estaba a punto de ponerse a llorar de la frustración que sentía—. Te juro por Dios que no volverá a ocurrir. ¡Maldita cabeza!

Tommy se había olvidado del cumpleaños de su nieta y eso lo incomodó. Él recordaba todas y cada una de las fechas importantes, pero eso era antes. Ahora, su cabeza empezaba a fallar.

—¡*Aiñaiñai*! —le indicó su nieta con ojos vivarachos—. No pasa nada, abuelo.

Tommy esbozó una sonrisa y se llevó la mano de ella a la boca para besarle los nudillos. Cogió una rosa del jarrón y se la entregó.

—Una flor para otra flor —le refirió.

—Gracias, abuelo. No te sientas mal, eso le puede ocurrir a cualquiera,

incluso a mí —le manifestó con una amplia sonrisa, acentuada por dos hoyuelos.

Era un día nublado y frío de diciembre, y el reloj daba las siete. Las Navidades estaban a la vuelta de la esquina.

—Hola, papá. ¿Cómo estás? —se interesó su hija Susan de forma esquiva.

—Estoy bien, solo algo cansado y melancólico. Pero ahora ya me siento mejor porque estás aquí. Tenía muchas ganas de verte.

—Pues parece sorprendido. ¿Esperabas a alguien más? —le preguntó ceñuda.

—No. Hacía tiempo que no me visitabas —le contestó mientras miraba a su nieta Chloe, que andaba jugando con Duc, el perro.

—Pues no es mi culpa que no lo haya hecho antes —le recriminó su hija.

Realmente fue sincero. La verdad era que hacía ocho años que no la veía. Ese día su vida recobró algo de sentido, ya que las tenía junto a él. Pero se entristecía solo de pensar en su partida; las despedidas siempre le provocaban desaliento y tristeza. Entonces era cuando, de nuevo, retornaban los recuerdos a la mente. Tenía demasiado tiempo para reflexionar. Tommy lo que esperaba era la muerte. Quería salir al encuentro de su amada y aguardaba todos los días con ansia tal suceso.

—Te dije que pasaríamos las Navidades contigo. Ayer te llamé por teléfono, papá. ¿No lo recuerdas? Además, el domingo es tu cumpleaños. Anda, levántate y vamos dentro. No quiero que te resfríes. Ese cielo tan gris augura nieves.

—¡Genial! Así podré charlar con mi dulce nieta frente a la chimenea.

—Chloe, entra en casa, que hace mucho frío —la llamó su madre.

—¿Y Adriana, papá?

—Se ha ido a Nueva York, con su familia. Se tiene bien merecidas las vacaciones.

—Abuelo, tienes algo pendiente conmigo. ¿Me explicarás lo que esconden esas fotos tan misteriosas que tienes sobre la chimenea?

—Te di mi palabra y nunca la incumplo.

Chloe lo agarró del brazo con extrema ternura. Él asió el bastón, y con sonrisas y bromas caminaron por el jardín hasta llegar al interior de la casa.

—¡Uf, qué frío, papá! No sé cómo puedes quedarte tanto tiempo en el jardín sentado en esa vieja mecedora. Algún día te tendrán que meter en el microondas para descongelarte —dijo burlona.

—¡Qué graciosa eres, mamá! —La miró con enfado—. Abuelo, tú ni caso. A veces cuenta chistes malos, ya lo ves.

Una vez dentro, Susan se colocó el delantal y se dispuso a hacer la cena. Les tenía preparada una sorpresa. Iba a cocinar ese espectacular plato que tanto les gustaba a Chloe y a su padre; la lasaña de tres pisos de carne y espinacas siempre les quitaba el hipo. Había cosas que nunca cambiaban. Mientras tanto, Tommy se dispuso a echar leña para encender el fuego y, con ojos tristes, ojeó las fotos que, colocadas sobre la chimenea, lo miraban. Había muchos retratos. Algunos reflejaban historias de juventud y otros representaban muchas de sus vivencias. En ocasiones pensó en guardarlas todas dentro del baúl, puesto que le provocaban mucho dolor, pero nunca las retiró. Seguían allí cada mañana cuando despertaba.

—¡Abuelo! ¿Dónde guardas la manta eléctrica? Aquí hace un frío que corta la respiración. Estoy heladita. ¿Está en la buhardilla? —le preguntó Chloe.

—Sí, está arriba, cielo. Dentro de unas cajas que colocó tu madre hace ya... unos inviernos. Baja una para ella y ten cuidado al subir —le advirtió.

Tommy se quedó esperando en el salón, bien acomodado en su sillón, relajado y con las piernas estiradas. Abrió el periódico por la parte central, justo en el apartado de deportes. Esa costumbre la adquirió porque le interesaba mucho más saber en qué puesto habían quedado los Celtics de Boston en la NBA que cualquier otra noticia. Durante mucho tiempo leyó el periódico de cabo a rabo, pero acabó con ello, ya que todo eran noticias dramáticas y le causaban mucha aflicción. Entonces, lo cerraba y cogía un libro de su estantería.

Ese día en que su pequeña familia lo visitó, disfrutó de cada instante. Se sentía muy bien y hasta sus labios dibujaban una amplia sonrisa de gratitud. Los sonidos y los olores que había a su alrededor le parecían sublimes. Estaba feliz y por unos minutos su mente solo le decía que viviera ese instante, por si fuera el último.

—¿Qué estará haciendo esa chiquilla? —murmuró Tommy.

El ruido que sentía sobre su cabeza le hizo sospechar que posiblemente Chloe no encontraba la caja con las mantas y que andaba buscando algo más. Desde la cocina, su madre la llamó:

—¡Hija! La manta está en una caja encima del baúl viejo del abuelo —le gritó.

—Ya la encontré —le contestó desde la buhardilla.

—¡Ábrela y coge alguna! ¡Después, haz compañía al abuelo mientras yo acabo la cena!

—¡Vale, mamá!

Chloe bajó la caja al suelo y la abrió, sacando de ella las mantas mientras observaba ese baúl que había permanecido cerrado durante años. Estaba cubierto de telas de araña y mucho polvo. Con un trapo viejo, limpió uno de los bordes del arcón y... ¡sorpresa! Estaba escrito su nombre. Era una caligrafía bonita y perfilada. Le pudo la curiosidad e intentó abrirlo, pero no lo consiguió, así que bajó rápidamente las escaleras.

—Abuelo, ¿puedo abrir el baúl de la buhardilla? ¿Por qué lleva mi nombre? ¿Es para mí? —le preguntó curiosa.

Tommy se quedó gélido ante esas interrogaciones. Eran sus recuerdos y estaban guardados bajo llave. Esta misma colgaba de una cadena de plata alrededor de su cuello. El colgante se lo regaló su gran amor. Era un corazón en cuya parte trasera se podía leer una pequeña dedicatoria: *Siempre juntos*. Era su tesoro, toda su vida. Esa pequeña llave era la que abría un mundo lleno de alegrías y tristezas. Dentro de ese baúl roñoso y viejo, tanto como él, se escondían aquellas historias que nunca había logrado olvidar. Y ahora su nieta le reclamaba con impaciencia que sacara sus memorias de la oscuridad.

—¡Ay, mi niña! Llegó el momento. Tengo que contarte algo, y seguro que ese algo te cambiará la vida. Después de cenar, cuando tu madre se retire a descansar, te daré la llave y abrirás el baúl. Por fin conocerás nuestra procedencia.

—¿Procedencia? Abuelo, me estás asustando. ¿Tan fuerte es la cosa? No me dirás que procedemos de una tribu india, ¿verdad? Miedo me da... —le expresó mientras se colocaba las manos en la cabeza. Tommy soltó una gran carcajada—. No es que sea racista, abuelo. Pero...

Él no la dejó acabar, interrumpiendo la idea que le había venido a la mente.

—No es nada malo, Chloe. Solo es algo que hemos tenido oculto durante mucho tiempo. Y para tu tranquilidad..., no procedemos de ninguna tribu india. Ahora ya tienes la edad suficiente como para entender y reflexionar sobre todo lo que pasó.

—Impaciente estoy. Pero tengo el presentimiento de que voy a enterarme de cosas que no me van a gustar —le indicó, frunciendo el ceño.

—Lo entenderás. Eres lista e inteligente y tienes un gran corazón. Eres clavada a tu abuela.

—¡Ayyy! Cuánto la echo de menos —suspiró.

A Tommy le dio un vuelco el corazón y trató de disimular el dolor que le invadía por dentro.

—Yo, yo... También la echo de menos... Pero...

¿Qué le quería explicar a su nieta? Quizás... ¿una parte de su secreto? ¡No! Todavía era pronto. La charla fue interrumpida por Susan.

—A cenar, parlanchines. Espero que más tarde me contéis algo de esa conversación tan especial que tenéis los dos.

Susan ya sabía de qué hablaban. Ese tema era delicado, así que se lo dejó a su padre. Él era quien debía contarle a Chloe su profundo e intransferible secreto. En una ocasión, le suplicó que no le dijera nada y que sería él mismo quien se lo develaría a su debido tiempo.

La cena fue distendida, llena de risas. Chloe miraba impaciente a su abuelo. En sus expresiones era fácil averiguar las ganas que tenía de terminar su plato para salir corriendo en busca del tesoro.

—¿Queréis postre? —preguntó Susan.

—Yo no, mamá, tengo suficiente. La lasaña estaba riquísima —le habló mientras se relamía.

—¿Y tú, papá? —le dijo, mirándolo de reojo.

—No, Susan. Estoy que parezco un oso. Mira mi panza, ya no me entra nada más —le contestó sin perder de vista a su nieta, que le andaba guiñando el ojo como diciendo: «No le des palique, no te enrolles y vamos al tema».

—Bueno, pues recojo la cocina y me voy a dormir. Conducir tantas horas me deja fuera de combate. Estoy muy cansada.

—Ya lo haré yo. ¿Por qué no te vas a la ducha y te relajas? —le refirió su hija a la vez que la dirigía hacia las escaleras.

—¿Estás segura? ¿Ahora te gusta recoger la cocina? En casa no haces ni un huevo. Siempre te escaqueas —le manifestó boquiabierta.

—¡Mamááá!

—Yo la ayudo, hija. Sube a descansar.

Finalmente, ella asintió y subió las escaleras dando las buenas noches. Ambos sonrieron. Les importaba muy poco que Susan los mirara. Ella, que observaba la escena, esbozó una sonrisa. Sin duda, ellos dos tenían una conexión muy especial.

—Menos mal, abuelo. Se le olvidó preguntar de qué hablábamos.

—No se le ha olvidado, solo se ha hecho la loca.

Mientras se duchaba Susan, Chloe le pidió a su abuelo la llave del baúl.

Estaba nerviosa y alterada. Saltaba a su alrededor moviendo los brazos, igual que si fuera un pájaro, y mordiéndose las uñas como si esa noche no hubiera cenado.

—Venga, dame la llave mientras mamá está en la ducha. No quiero que me regañe si hago ruido. Ella tiene el sueño muy ligero. A veces intento salir de madrugada con Alex y siempre me pilla. Me dice que es demasiado tarde para ir haciendo cariñitos y mimos por ahí. Lo que ella no sabe es que... —Lo miró con picardía—. Ahora ya nos acostamos bien agarraditos y hacemos el amor como unos locos hasta llegar al éxtasis de manera extraordinaria y caliente —le contó, con los ojos haciéndole chiribitas.

—Chloe, no me expliques esas cosas, ¡por Dios te lo pido! Solo tienes dieciocho años, eres una niña todavía. Alex usará preservativo, ¿verdad?

—¡Oh, abuelo, con dieciocho años ya soy toda una mujer! Y sí, tomamos precauciones. Así que tranquilo. Y no seas tan antiguo... Esperar a casarse para darse un buen revolcón ya está pasado de moda. ¿Te quedaste en la era del Paleolítico? Anda, no seas tan primitivo. La vida hay que vivirla. ¿Y qué mejor que rozando esas partes íntimas, dándote un gustazo y elevándote hacia el cielo? —le dijo con los ojos bizcos.

—¡Dios, para! No me hables así, soy tu abuelo, no un colega.

Chloe se rio.

—Llegó el momento; dame la llave —musitó ansiosa.

Tommy se quitó la cadena del cuello, en ella había una larga llave. Se colocó los lentes sobre la nariz y, enfurruñado por esas cosas que le había explicado su nieta, no pudo atinar con el cierre. Chloe se estaba impacientando, era un manojo de nervios.

—Dame, abuelo, lo hago yo. ¡Qué lento eres! —le chilló.

Estaba alterado, tanto como ella, pero esos segundos que mantuvo la cadena entre sus manos fueron suficientes para pensar en cómo le explicaría de forma coherente esa historia que podría dañarla. Ella subió galopando hacia la buhardilla. Tommy escuchó como abría la puerta y después se encaminaba hacia el baúl. De pronto, el silencio apareció. Chloe se detuvo frente al baúl y lo observó con curiosidad.

Las ansias por descubrir lo que escondía la carcomían, por lo que se apresuró a arrodillarse frente a él; después, sopló para eliminar el polvo acumulado. Aquella polvareda le provocó un ataque de tos, pero eso no le impidió colocar la llave en la cerradura, ni mucho menos levantar la parte alta para descubrir los misterios que el baúl escondía. Nerviosa y boquiabierta,

buscó y rebuscó dentro de este. Estaba lleno de objetos fascinantes. Cogió algunas cosas y bajó de puntillas por las escaleras. Tommy, al verla aparecer con la varita mágica entre las manos, se sorprendió. Fue la misma varita que le concedió uno de sus deseos años atrás. Estaba algo anticuada, pero seguía siendo tan especial como cuando la vio por primera vez. En ese momento, arrugó la frente, desvió la mirada a las fotos que estaban perfectamente colocadas sobre la repisa de la chimenea y esbozó una amplia sonrisa.

—Abuelo, hay muchos trastos. Parece un baúl mágico, ¡cómo mola! Mira lo que he encontrado. —Chloe tocó a su abuelo con la varita mágica y, con ella, le dedicó tres caricias suaves sobre la cabeza—. *Bibbidi-Bobbidi-Boo*, conviértete en mi príncipe azul —se carcajeó—. Yo tenía una igual; cuando era pequeña, papá me regaló una Barbie «alas mágicas» y, entre sus complementos, llevaba una varita mágica casi igual que esta. ¡Ah, mira! También he encontrado esto. —Del bolsillo de su bata sacó un diario, estaba viejo y deslucido por el paso del tiempo. Entre sus páginas había un trébol de cuatro hojas plastificado. Ese era el amuleto de Tommy—. ¿Por qué guardas esto? ¿Tiene algún significado? —le consultó sonriente.

Al verlo, Tommy se quedó mudo, con la mirada dispersa y navegando en la nada. Intentó reprimir las lágrimas que amenazaban con salir y tarareó una cancioncilla que le traía muchos recuerdos. Sin saber por qué, se tocó los labios y se estremeció. De nuevo, vio en su nieta a aquella chiquilla hechicera que lo volvió loco de amor. Cuando ella le preguntó qué susurraba, tembló de pies a cabeza y sus ojos se nublaron.

—Abuelo, ¿por qué estás triste? —le interrogó con voz suave y apaciguada.

—No pasa nada, mi cielo... —le respondió acariciándole la mejilla.

—¿Quieres que lo dejemos para mañana?

—¡No! Quizá mañana podría ser tarde.

—¿Por qué dices eso?

No le dio respuesta, solo la miró y le guiñó un ojo. No quería contestar a esa pregunta. Era obvio. Cambió de tema en menos de lo que canta un gallo.

—¿Me puedes traer un vaso de agua?

—Claro. Ahora vuelvo.

Tommy se colocó de nuevo las lentes. Cogió el diario con delicadeza entre sus palmas y pensó en todas las historias que allí se relataban. Unas eran inolvidables y otras hubiera sido mejor no contarlas, olvidarlas, pero eso era misión imposible.

—Toma, abuelo. ¿Estás bien?

—Sí...

Tommy bajó la mirada hacia su vaso y dio un trago.

—¿De verdad?

—Ponte cómoda. ¿Estás preparada? —dejó el vaso en la mesita de al lado.

—Pues no sé, abuelo. Me está entrando miedo, un miedo terrible.

Él sonrió.

Chloe colocó una manta en el suelo, al lado de la chimenea, cruzó sus piernas a lo indio y abrazó un cojín entre sus brazos. Su bella nietecita lo miraba, y ella vio que los ojos de su abuelo se humedecían, por lo que le cogió la mano y, apoyando la cabeza en su regazo, musitó con cariño:

—No quiero verte llorar, ¿vale?

Él asintió, se secó los ojos y murmuró, aún emocionado:

—Lo siento... No quería incomodarte.

Chloe sufría por él, hubiera dado lo poco que tenía por saber qué le ocurría. La verdad era que jamás lo había visto llorar y eso la entristeció.

Él la observaba compungido desde el sillón y tragó saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta. Se colgó otra vez la cadena alrededor del cuello y colocó el trébol plastificado como si fuera un punto de libro en el diario, que abrió por la primera página. Dio un profundo suspiro y empezó a recordar y a leer.



CAPÍTULO 2

¡VIVIR! ¿QUÉ SERÁ ESO?

Al oeste del Lago Champlain, Vermont, invierno de 1951

Con tan solo 8 años, descubrí algo que me cambiaría todas y cada una de las ilusiones que pudiera tener un niño en esa etapa de la infancia, aunque todavía no era consciente de ello.

Chloe era mi amiga, mi mejor amiga, y, quizás, algo más. Compartíamos días enteros de charlas, juegos y diversión. Ella siempre estaba a mi lado, me cuidaba, me hacía sonreír y lloraba conmigo cuando estaba malo, y eso era porque me amaba. ¡Sí, me amaba! Y no os estoy mintiendo. Ya entonces nos queríamos. Muchas tardes íbamos al lago Champlain y nos sentábamos en la

espesa hierba observando la gran belleza que desprendía ese hermoso lugar. Eran gratificantes el silencio y la armonía que allí uno podía encontrar. Estábamos tan bien que a veces se nos hacía tarde y en más de una ocasión nos caía un buen rapapolvo.

Ella desarrolló una particular pasión por las plantas. Parecía una verdadera botánica. Desde muy pequeña, le fascinó el conocimiento de la reproducción de las plantas y su denominación. También la volvían loca los animales, todos sin excepción. Observaba a los pájaros sobre las copas de los árboles y me decía sin titubear a qué especie correspondían. Recuerdo un día en que nos sentamos bajo un árbol y me dijo:

—Mira, Tommy, un petirrojo.

Ese pajarillo con silueta rechoncha y vivaracha me llamó especialmente la atención. Era precioso, tenía una pechera de color rojo vivo y brincaba entre las hojas secas del suelo en busca de gusanitos.

—No hagas ruido, que se puede asustar —me advirtió ella.

—Qué bonito.

—Chiss... Mira el pico. Es fino como en todas las aves que se alimentan de insectos.

Con frecuencia, los hallábamos por senderos y caminos en nuestros paseos por el lago. Eran muy graciosos. Chloe se quedaba embobada mirando tal belleza, se deshacía de curiosidad. Mientras, yo buscaba entre el follaje tréboles de cuatro hojas. En una ocasión oí decir a mamá que atraían la suerte y yo de eso necesitaba un poco.

—Tommy, ¿has notado eso? —me dijo, tocándose la cabeza.

—¿El qué?

—Está empezando a llover. Deberíamos volver a casa. ¡Odio las tormentas!

Por el camino, Chloe me estuvo explicando lo mucho que la asustaban las lluvias descontroladas, truenos y relámpagos. No sabía la razón, pero les tenía un pánico horrible. Ella, en un tris, cambió de tema, era su forma para no pensar en ello. Y, cómo no, lo hizo de la mejor forma que sabía, hablando sobre la naturaleza.

—¿Sabes quién es Linneo?

—Hay algo que no entenderé en la vida. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Cambiar de tema con tanta facilidad. ¡Es increíble!

—No sé —me manifestó, sonriendo y encogiendo los hombros.

—Pues no tengo ni idea de quién es el tal Linneo. Me lo vas a explicar, ¿verdad?

—Si no te apetece, no.

—De todos modos, lo vas a hacer —dije.

—¡Pues... sí! —alzó la voz.

—¿Lo ves?

—¡Virgencita! Deberías leer cosas más interesantes y útiles.

—No me gustan esos libros que tú lees. Son aburridos.

—Tampoco te gusta hacer los deberes que te mandan ni nada de nada. Solo te interesa jugar con ese caballito de madera y mirar esos cómics de superhéroes que no te aportan nada.

—Es divertido.

—Tommy...

—¿Me explicas quién era ese hombre? —le expresé, interrumpiendo la regañina.

—Pues Linneo era un hombre que cruzó la península escandinava en un agotador viaje que duró cinco meses. Inició su expedición solo, a caballo, con unas pocas monedas, un cuaderno y un lápiz. Se internó por bosques desconocidos hasta llegar a la región de los Lapones y se encontró con el océano Ártico en el norte de Escandinavia. Esta fue su aventura como investigador de la naturaleza. Ante él aparecieron cientos de especies que nunca habían sido estudiadas...

Yo no le estaba prestando demasiada atención. Buscaba con desesperación un trébol de cuatro hojas por el camino.

—Tommy, ¿me estás escuchando?

—¿Qué?

—No te interesa nada lo que te estoy explicando, ¿verdad?

—Perdón, mi sargento —le contesté haciendo un saludo.

—Tú te lo pierdes. Eres un cabezón incorregible.

Unos minutos después llegamos a casa de Chloe. La señora Hamilton esperaba intranquila en el porche. Empezó a preocuparse cuando el cielo de repente se puso tan negro como el tizón, anunciando una inminente tormenta. Ella sabía que esos fenómenos atmosféricos asustaban a su hija. Justo entonces se escuchó el primer trueno, fuerte y tenebroso, y la lluvia empezó a caer sin control en el condado.

—Hola, mami. Lo siento. Se nos ha hecho un poco tarde.

—Cariño, estaba preocupada por ti. —Le acarició la mejilla con ternura

y luego la besó.

—Ha sido culpa mía, señora Hamilton —traté de disculparla.

—Es que cuando estoy con Tommy el tiempo se me pasa volando. —Me miró con dulzura. Yo agaché la cabeza, avergonzado, aunque mi semblante denotaba felicidad y dicha por aquellas palabras.

—Adiós, Chloe.

—¡Hasta mañana, que descanses!

—Adiós, señora Hamilton.

—Venga, se hace tarde, chicos.

Crucé la calle a todo correr y me dirigí hacia mi domicilio. Abrí la puerta, entré y la cerré de un golpe.

—Ya estoy en casa, mamá —avisé.

—A la ducha como un cohete, hijo.

—¡Ya lo sé, mamááá!

—Me encanta cómo dices eso de ¡mamááá! —Ambos reímos—. Directo a la ducha. Ni se te ocurra ponerte a jugar, ya es muy tarde, ¿me has escuchado bien?

—¡Oh, mamááá! Eres un poco pesada.

Subí a la habitación y me encaminé con pasos rápidos hacia la ventana. Me quedé mirando la lluvia. Después, dirigí la vista hacia la casa de Chloe y pude observar cómo ella apartaba una de las cortinas para ver la tormenta. Se escondía cubierta por una manta. La miré más detalladamente y me di cuenta de que tiritaba, pero no era de frío, sino de miedo.

—Parece que ha visto un muerto viviente —me carcajeé.

La saludé y le mandé un beso. Luego me duché y esperé a que la cena estuviera preparada. Tumbado sobre la cama, oí cómo mis padres murmuraban en el salón. Intentando no hacer ruido, salí de mi habitación, caminé por el pasillo hasta llegar a las escaleras, apoyé los brazos en la baranda y agucé el oído. Me pareció escuchar que mi corazón no latía como debiera. Era como un tambor alocado. Yo no sabía que estuviera tan enfermo. Lo descubrí más tarde. Por entonces, todavía no era consciente de ello.

—¡Scott! Todavía tengo la esperanza de que nuestro hijo un día se levante y que su corazón se haya curado.

—Abby, no te hagas mala sangre. Sabes bien lo que tiene.

—¡Ya lo sé, Scott! Esa cardiopatía hipertrófica me está volviendo medio loca. No es justo que nuestro hijo la padezca.

—Chiss, habla bajito... Tommy puede escucharnos. Eso que le ocurre a

nuestro hijo algún día tendrá remedio. Tú lo sabes. Solo necesitamos un milagro.

—¿Una cardiopatía hipertrófica? ¿Qué diantres es? —murmuré.

De pronto, recordé que mi madre, cada vez que regresábamos de la consulta, metía papeluchos dentro de una carpeta. Fui hasta la habitación de mis padres, abrí el chifonier y allí, bien clasificados por días, meses y años, estaban todos mis informes médicos.

—¿Engrosamiento del miocardio? ¡Bah! Ni idea de lo que es —musité. Seguí leyendo y descubrí que tan solo tenía dos añitos cuando me lo diagnosticaron—. ¡Cáspita! Pues sí que llevo tiempo enfermo —susurré. Di la vuelta al informe y allí se describía lo que era—. ¿Una afección del miocardio? ¿Una parte de mi corazón es más gruesa que las demás? ¿Por qué? ¿Qué lío! No entiendo nada. —Encogí los hombros y seguí hojeando aquellos papeles. En una hoja había una descripción de cómo actuar en ciertos casos, pero no pude continuar leyendo, ya que la voz de mi madre me sobresaltó.

—Tommy, ¿qué haces? ¡Baja a cenar! —gritó mi madre.

—¡Dios mío! —gruñí—. ¡Voy, mami, ya voy! —le respondí—. Casi me da un infarto del susto —runroneé para mí llevándome una mano al pecho.

A toda prisa recogí uno a uno los informes y los volví a dejar en su lugar. Corriendo, me fui hasta mi habitación. Allí me senté sobre la cama intentando recuperarme del sobresalto, me costaba respirar. Debía relajarme antes de bajar a cenar.

—¡Tommy, baja! ¡Te he dicho que la cena está lista!

—¡Yaaa!

—¡Y no bajas corriendo! ¡Hazlo despacio!

—¡Dios mío! —Me llevé la mano a la cabeza—. Otra vez. Qué pesada —musité—. ¡Que ya voy, mamááá!

Bajé las escaleras, que tenían forma de tirabuzón, lentamente y sin correr. En más de una ocasión me dieron ganas de subirme a la barandilla y deslizarme por ella hasta llegar a la planta baja a grito pelado, como Tarzán en la jungla. Eso me hubiera encantado. La verdad era que, en algunos momentos, estuve tentado. El diablillo que me rondaba a veces por la cabeza me lo pedía, pero yo era tan bueno que siempre lo mandaba a freír espárragos. Mientras descendía, oí como ellos seguían hablando en el salón. La puerta estaba entornada. Me senté en el tercer escalón empezando por abajo y presté atención a la conversación que mantenían.

—Scott, ¿te has dado cuenta? Tommy tiene mala cara, más que de

costumbre. ¿Es así o es que me lo parece a mí? —le preguntó mi madre, preocupada.

—Su corazón late demasiado deprisa, pero eso ya nos lo advirtió el doctor Lewis. No te preocupes. Si quieres, mañana le acercamos a la consulta, así te quedas más tranquila. ¿Te parece bien? —le dijo mientras le enjugaba una lágrima que caía por su mejilla.

—Me parece perfecto. Pero...

—Chiss... —respondió él—. No debes pensar en eso, Abby. —La abrazó. Sus sollozos desaparecieron poco a poco. Mi padre comprendió que, en parte, eran producto del cansancio, el mismo que intensificaba su jaqueca hasta el límite de lo insoportable y que a ella le traía ese indeseado aluvión de tristezas. Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre su pecho. El silencio apareció. Me levanté, abrí la puerta y los miré unos instantes. Parecían muy tristes.

«Yo los amo más que a nada en el mundo y me entristece verlos así», pensé.

Dando un salto, me posicioné ante ellos.

—¡Tachán! —chillé—. No llores, mamá —le pedí.

—No saltes, Tommy. Este niño, algún día, me dará un disgusto —murmuró mi madre.

—¿Qué pasa? ¿Papá se ha enfadado contigo? —Me hice el tonto.

—¡No, cielo! Solo me entró algo en el ojo.

—Los mayores siempre decís la misma tontería, ¡córcholis!

Mis padres sonrieron. Yo no era bobo, aunque a veces lo pareciera.

—¿Por qué lloras?, ¿qué te pasa? ¿Es porque estoy enfermo? ¿Me voy a morir? ¿Es eso, mami? ¿Qué es la muerte? ¿Iré con la abuela para que ella me cuide? ¿Podré correr sobre las nubes, con los angelitos, sin que me duela el corazón?

—Ven aquí, hijo mío, mírame a los ojos. Tú no vas a irte al cielo todavía y los angelitos ya se apañan con lo que tienen. No debes preocuparte por nada, solo abrázame —me dijo mientras se limpiaba las lágrimas a escondidas.

La mirada de mi madre parecía a veces perdida, pero eso no importaba. «Es la más guapa del mundo mundial», pensé. Ella sufría crisis melancólicas que la estaban atormentando, pero yo no sabía el porqué. Se sentía dominada por fobias, y tampoco sabía qué era eso ni lo entendía. Aunque, en ocasiones, oía a mi padre decir: «Abby, no te tortures por el temor de ser abandonada por

Tommy. Disfrútalo cada día y en cada momento».

¿Mamá se estaba atormentando porque iba a partir con la abuela? ¡No! Yo nunca haría eso.

Pero la preocupación de mi madre progresaba sin remedio. Al día siguiente fuimos a la consulta del doctor Lewis. Él era nuestro amigo, más que eso, era parte de la familia. Me regalaba juegos de mesa y me compraba libros —que manía tenían todos con la lectura—, y siempre me daba unos achuchones que me dejaban sin respiración. El doctor siempre me expresaba:

—Tommy, estás hecho un campeón. Estoy orgulloso de ti, *muchachote*.

Yo encogía los hombros, lo miraba extrañado y le respondía:

—¿Campeón? —Abría los ojos como platos.

Yo seguía sin entender por qué el doctor Lewis, una y otra vez, me decía aquellas cosas. Nunca participaba en los juegos de la escuela ni en las clases de educación física. Siempre permanecía sentado en el banquillo hasta que mis compañeros acababan. No podía correr porque eso agotaba a mi corazón. Le daba mil y una vueltas a la cabeza. No entendía nada.

Los cuidados y las atenciones que me regalaba mi médico favorito ¿eran porque sentía lástima de mí? Lo único que llegué a comprender fue que, cada vez que me examinaba, me aliviaba ese daño que tanto me oprimía el pecho, ese que a veces me mantenía en la cama durante largos días. Suerte tuve de que Chloe siempre me visitara. Ella vivía al otro lado de la calle.

Ese día, en la consulta, escuché cómo mis padres gimoteaban cuando el doctor Lewis les explicaba lo que yo padecía. Era una enfermedad en las arterias coronarias, a mi corazón no le llegaban ni el suficiente oxígeno ni nutrientes. Todas aquellas palabras que escuchaba en la sala de espera, que parecían un trabalenguas lioso, hacían sufrir a mis padres y a mí me estaban empezando a taladrar la cabeza. Me levanté de la silla y, a hurtadillas, me acerqué más a la puerta que estaba entreabierta. Quizá tenían miedo de que saliera corriendo o que me escapara. Eso lo tenía totalmente prohibido, pero yo era un culo inquieto y si algo llamaba mi atención, salía escopeteado en su busca. En muchas ocasiones, mi madre me profería: «No eres Emil Zatopek. Eres Tom Collins y tu corazón tiene sueño. Está cansado y no puede correr». Aún sigo sin saber quién es ese tal Emil Zatopek, pero siempre creí que ese niño tenía suerte ya que, por lo que me dijo mi madre, deduje que él podía correr y hasta chutar la pelota. Volví a prestar atención a la conversación de mis padres con el doctor y no aparté la oreja de la puerta.

—¿Quiere decir que mi hijo no se recuperará? —preguntó mi mamá.

—No hemos perdido la esperanza —le indicó el doctor Lewis—. Pero, por favor, entiendan que ahora mismo no hay una cura conocida. Solo debemos esperar a que la medicina evolucione y que encuentren la cura que su corazón necesita. Mientras tanto, debemos esperar.

Permanecía casi inmóvil y sin respirar. Atento, seguí escuchando. Ese rollo repleto de tecnicismos que salía de la boca del doctor era muy raro e imposible de entender. Mi cara reflejaba desconcierto. No lograba descifrar nada y eso me hizo sentir mal. Yo quería comprender todo aquello que hablaban en voz baja y con tanto secretismo, pero todavía era demasiado pequeño para encontrar respuestas e interpretar según qué cosas.

—Tommy debe seguir con las pautas marcadas hasta que llegue el día. Es importante que mantenga su dieta y una escasa actividad física. Y rueguen a Dios, señores Collins —les expresaba, muy triste, el doctor.

—Pero si seguimos todas las pautas que usted nos da, podemos prolongar su vida, ¿no es así...? —interrogó mi padre mientras rodeaba entre sus brazos a mi mamá—. ¿Cuánto tiempo más vivirá?

Mi madre le gritó en ese momento a mi papá:

—Ya está, no preguntes más.

—Quiero saberlo, Abby —le contestó.

—¡Eh...! ¿Qué haces ahí?

Stacy, la enfermera, me había pillado fisgoneando.

—¡Madre mía, qué susto!

—Siéntate hasta que salgan tus papás. —Me sonrió dulcemente, me tomó de la mano y me sentó en un sillón al lado de su mesa.

En ese momento sonó el timbre. Stacy desplazó la silla hacia atrás y se levantó.

—Voy a ver quién es —me dijo. Yo asentí con la cabeza. Cuando abrió la puerta y reconoció a aquel hombre, lo abrazó con entusiasmo y alegría. Vi cómo se ruborizaba, y una risa coqueta se le escapó de sus labios. «Seguro que es su novio», cavilé. Stacy lo miraba embobada mientras aquel hombre sonreía todo el tiempo y hablaba por los codos, parecía simpático. Aprovechando la situación, me levanté sin hacer ruido y caminé de puntillas hacia donde se encontraban mis padres.

—El corazón de Tommy no resistirá el crecimiento de su cuerpo. A este paso... quizá, pueda llegar a los veinte —suspiró con aflicción el doctor Lewis.

—¿No podemos hacer nada más? —preguntó mi padre.

—Esperar... Y que Dios nos ayude —le contestó.

—Está bien, Scott. Vámonos a casa. Tommy es muy listo y seguro que, a estas alturas, ya debe de estar sospechando algo. Deberíamos ser más cuidadosos.

—Doctor Lewis, quiero darle las gracias por todo lo que está haciendo por nuestro pequeño, es una deuda que nunca le podremos pagar —le agradeció papá.

—Hago lo que puedo y está en mis manos. Ojalá pudiera hacer mucho más.

—Hasta dentro de una semana —se despidieron.

—Espero poder darles buenas noticias. Adiós.

A toda prisa, me senté en el sillón y puse cara de despistado. Justo entonces Stacy se despidió de aquel individuo, cerró la puerta y con tres ágiles zancadas se sentó tras su escritorio en el área de recepción en plan profesional.

—Tommy se ha portado muy bien, señores Collins —explicó la enfermera.

«Esta mujer no se entera de nada», pensé.

—Es un buen chico. —Mi madre me miró dulcemente—. Hijo, ¿te apetece ir al parque?

—No, mamá, que Chloe vendrá a casa. Quiero estar con ella.

—Este chiquillo se nos ha enamorado, Scott —comentó burlona.

De camino al coche, mi madre empezó a quejarse de un fuerte dolor de cabeza. De nuevo se acomodaban las migrañas, esas que la hacían estar distante, ausente y depresiva. Ella se medicaba, pero no era suficiente para calmar todo ese dolor que llevaba arrastrando durante tanto tiempo. Mi padre, ese día, no había ido a trabajar. Tampoco tenía a nadie que le llamara la atención por no hacerlo. Él era el propietario de una cadena de restaurantes llamada Barking Crab, muy famosa en Boston. Su edificio se encontraba frente al canal Fort Point y a los rascacielos del distrito financiero. Era imposible no reconocerlo, de hecho, una parte del establecimiento estaba dentro de ese edificio de poca altura y el resto en una gran barcaza flotante cubierta con un toldo rayado. En la fachada colgaba un gran cartel en rojo y amarillo. La clientela que acudía a él era muy variada: estudiantes, oficinistas con traje, turistas de paso... Yo me quedaba embobado viendo cómo la gente entraba y salía sin parar.

El negocio no podía ir mejor. En el restaurante se cocinaban platos

locales, langosta, cangrejo, ensaladas, hamburguesas, patatas fritas... Estaba todo tan bueno que era imposible dejarse algo en el plato. Los camareros eran todos jóvenes estudiantes, simpáticos y dicharacheros. Cuando me veían entrar, llamaban mi atención y me hacían sonreír con algunas de sus bromas y tonterías.

Pero lo más especial que ofrecía el afamado establecimiento era que tanto un gerente con corbata, una dama de largo o un simple turista se sentaban el uno al lado del otro y compartían la piedra con que rompían el caparazón del cangrejo. Mi padre me repetía una y otra vez lo importante que era compartir y, sobre todo, tener empatía hacia los iguales. No le gustaban las diferencias y mucho menos las acciones racistas.

—¿De verdad no quieres ir al parque antes de ir a casa?

—¡No, mamááá! Ya te he dicho que viene Chloe...

—Pues nada. ¡Hala! Vámonos, Scott.

Subimos al coche y nos pusimos en marcha. A mí me encantaba ir al parque de atracciones, aunque solo me dejaran montar en aquel carrusel aburrido que daba vueltas y más vueltas. Desde el caballito, blanco y feo, veía a los otros niños reír y gritar en la noria. Se lo pasaban de maravilla, y yo solo anhelaba jugar y pasármelo tan bien como ellos. Pero eso no iba a poder ser. Mi madre siempre me lo recordaba:

—Tú no puedes, hijo.

Yo bajaba la cabeza y me encogía de hombros. Pero nunca me daba por vencido y, juntando mis manitas, les rogaba de nuevo.

—Solo una vez, por favor.

Intenté buscar alguna respuesta en sus miradas. Ambos estaban serios y en su expresión había una mezcla de sentimientos como desconsuelo, desesperación, enfado, miedo y pena. Se podía adivinar, sin lugar a duda, que la contestación era un «no». Entonces yo, afligido, cogía la mano de mi madre y caminaba hasta llegar al aparcamiento de tierra donde siempre dejaban el vehículo. Me giraba con la cara triste y miraba aquella noria que parecía tan divertida. Hasta que el tulipero de Virginia —árbol característico de la zona— no me tapaba la visibilidad del parque de atracciones, no retiraba la vista de él. Cuando eso ocurría, suspiraba, miraba el suelo y seguía mi camino.



CAPÍTULO 3

EL PACTO

Ya en casa, sonó el timbre. Era ella, Chloe. Salí corriendo, estuve a un tris de caer, abrí la puerta y la recibí con una cálida sonrisa.

—Vamos a la habitación, mi bella dama —le sonreí—. Jugaremos a lo que más te gusta, a los médicos. Hoy seré tu paciente —le propuse, guiñándole un ojo.

«Eso si no me quedo como un tronco, claro», pensé.

No era la primera vez que me dormía cuando ella venía a visitarme. Me sentía libre, tranquilo, podía respirar y mis miedos desaparecían como por arte de magia. Sentirla a mi lado me reconfortaba.

—¡Qué maleducado, Tommy! —me soltó, moviendo la cabeza.

—¿Por qué?

—Antes se saluda —me dijo a regañadientes.

—¡Vaaale! Hola, Chloe, ¿qué tal te fue el día? ¿Qué has comido hoy? ¿Me has echado de menos?

—Ainss —suspiró—. ¡Qué tonto! ¿Te estás burlando de mí? Con un «hola» era suficiente.

—¡No hay quién te entienda! ¿Subimos o qué?

A mí me encantaba estar con ella, me sentía como si fuera a volar, como una cometa en el cielo. Era como el aire fresco y eso me chiflaba.

En el suelo, y con todos los chismes y cacharros preparados para la doctora Chloe, empezamos con el juego simbólico, ignorando la verdad.

—A ver, ¿dónde te duele? —me preguntó mientras se colocaba el estetoscopio en sus pequeñas y bonitas orejas.

—Aquí, doctora. —Le señalé el pecho.

—¡Guau! Tommy —expresó con una mueca en la boca y enarcando las cejas.

—¿Qué pasa? —le interrogué, sonriendo.

—Va muy deprisa... Esto suena mal. Veamos, sácate el pijama, quiero ver mejor qué te pasa.

—¿Por qué tengo que sacarme el pijama? —le dije extrañado.

—Pues porque soy la doctora y yo te lo mando. Venga, sácate la ropa —me exigió.

De pronto, nos encontramos saltando como dos ranas sobre la cama, discutiendo si yo me quitaba la ropa o no. Ella me sonrió y me guiñó un ojo. Yo sentí que se me encogía el estómago. Cuando Chloe hacía tal cosa, era muy difícil no pensar en lo que vendría después. Y acerté.

—Los calzoncillos también, Tommy —me gritaba mientras me perseguía por toda la habitación corriendo y moviendo los brazos como una chiflada.

—¡Chicos! ¿Qué hacéis? —vociferó mi madre desde la cocina.

—Gracias, Señor, por tu protección —dije, alzando la vista hacia el techo.

—Estamos jugando —gritó Chloe. Nos entró la risa.

—Hijo, por Dios, no corras. No te esfuerces demasiado, por favor —me rogó mi mamá con voz trémula.

—Tranquila, no sufras, mamá. Estoy bien —le chillé desde la habitación, riendo a la vez que me tapaba con un cojín la boca—. Oye, Chloe.

¿Qué significa vivir?

—No sé, a lo mejor es ir al parque a coger ranas o comer verduras o, quizá, jugar en el patio del colegio —me contestó.

—Pues vivir es triste. Yo no puedo jugar al balón. Tengo prohibidísimo correr tras él, y eso que tengo unas piernas muy fuertes —le expresé, levantándome el pantalón del pijama—. Mira, toca, toca...

—¡Vaya! Qué fuerte estás.

—¿Y sabes qué más me gustaría hacer? Me relamería comiéndome una gran nube de azúcar, de esas tan esponjosas que hacen en el parque de atracciones.

—Lo siento, Tommy... —El silencio apareció por unos segundos—. Tengo una idea. ¿Por qué no le pides a Santa que te traiga un corazón para que puedas curarte? —me propuso ella.

—¡Qué buena idea! —opiné con un chasquido de dedos—. Pero a mí no me lo traerá —le comenté preocupado.

—¿Por qué? —preguntó ella, abriendo los ojos como una lechuza.

—Te voy a explicar un secreto, pero me tienes que dar tu palabra de que nunca se lo contarás a nadie, y menos a mamá, ¿me lo prometes?

—Lo juro por mi vida, aunque sea lo último que haga.

Y juntamos los dedos meñiques y cerramos los ojos, un gesto que repetíamos desde que nos conocimos. Era nuestro pacto particular. Y las promesas que sellábamos con él nunca se incumplían.

—El miércoles, cuando acabé el examen de matemáticas, salí al recreo, ¿lo recuerdas? Me miraste raro.

—Es que, Tommy, era muy difícil el examen. Era imposible que lo acabases en tan poco tiempo.

—Odio las matemáticas. Ya viste la nota que saqué —dije, bajando la mirada.

—Un cero, Tommy —me confirmó, redondeando con los dedos.

—Pues ese día te esperé a que acabaras y, mientras desayunaba esas asquerosas galletas de cereales que mamá insiste en ponerme, Duncan me las quitó de las manos. Me enfadé mucho con él y salí a su encuentro. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Lo pillé y del salto que pegué, Duncan cayó al suelo. Todos me aplaudieron. Chloe, me sentí superespecial. Fue impresionante. Era el ganador.

—¿Cuántas veces te han dicho que no puedes correr? —me gritó y sacudió la cabeza disgustada.

—Solo fue un poquito —le confesé, marcando con los dedos—. No me riñas. ¿Y si se lo pides tú a Santa? Pronto llegarán las Navidades. Tú eres muy buena doctora y tus notas son excelentes. A ti sí que te lo traerá, estoy segurísimo.

—Está bien. Pero antes deberíamos hacer un pacto, Tommy —me dijo misteriosa mientras alzaba la varita mágica que tan protegida llevaba en su mano.

Yo pensé que era el pacto de la unión de los dedos y en ese momento, cerré los ojos.

—No, ese pacto nooo...

Se podía ver que el nuevo tratado que me iba a describir Chloe no me iba a gustar nada.

—¿Es que no te fías de mí? —Arrugó la frente.

—¡Claro! —Me erguí.

—Más te vale —contestó riéndose—. Ahora quédate quieto y déjame acabar con esto.

—A sus órdenes, mi capitana —le hablé burlescamente, llevando la mano a la sien y dedicándole un saludo.

—Me tienes que prometer que no correrás nunca más.

—¿Y...?

—Hoy ha sido una excepción, créeme —replicó antes de que yo pudiera decir nada—. Para estar más segura de que cumplirás mi deseo, debemos unir nuestra sangre —me expuso, sonriendo.

—Eso no es una buena idea. —Negué con la cabeza—. Sabes que cuando veo la sangre, me mareo y mi corazón suena fuerte, como los tambores de la banda de música.

—Yo te cuidaré si te desmayas.

—Vale, pero... no me gusta. No lo harás con una navaja, ¿verdad?

—Sí, un corte limpio en las muñecas —me detalló con voz profunda y aterradora—. Mira, llevo una en el bolsillo. —Hizo como si rebuscara en él.

—¡No me asustes! —Abrí los ojos aterrorizado—. Ya me estoy mareando, la cabeza me da vueltas, siento que me voy a desmayar. ¡Vaya por Dios!

—Ahora mismo llamo a una ambulancia para que te lleve a urgencias. —Se agachó y simuló ajustar su zapato para ocultar su sonrisa socarrona.

—¡No! No... no. A urgencias no. Ya se me pasa, te lo juro, te lo juro.
—¡Pero si parece que te estás muriendo!
—No te preocupes, ya estoy mejor. A decir verdad, estoy mejor que nunca. —Me rasqué la nariz, algo tenía que hacer para disimular mi cobardía.
—¿Por qué mientes? Si tienes la cara de un muerto viviente.
—Oye, ¡que estoy bien! —Rodé los ojos—. ¡Para ya! Además, ¡¿qué haces tú con una navaja?!
—Siempre la llevo para asustar a los malhechores —me dijo, enarcando una ceja.
—¡Anda ya!
—Ay, ¡qué inocente eres! Cogemos un alfiler, ¿te gusta el cambio?
—Mucho mejor —contesté con cara de alivio.
—Bien, pues manos a la obra. Tenemos mucha tarea por delante.
—¡Sí, señor! ¡Sí, mi capitana! —A modo de respeto, me cuadré y con la mano derecha hice el saludo visera—. Si usted me manda otra cosa...
—¡¿Qué haces?! —me preguntó ella con los ojos muy abiertos.
—¡Obedecer, señor!
—Todos esos cómics que lees te hacen daño. —Hizo una mueca—. ¿Vas a quedarte ahí parado todo el santo día?
—¡No, señor!
—¡Ay, que miedito, Dios mío! ¿Nos vamos o qué?
—Nos vamos, señor. Sí, señ...
—Calla —me pidió con una mirada glacial.

Ambos bajamos lentamente las escaleras intentando hacer el menor ruido posible. Cuando llegamos a la planta baja, Chloe se dirigió al salón de puntillas, abrió la puerta con cuidado, miró a ambos lados y se encaminó hacia el mueble de madera que había pegado a una pared. Encima del trasto, un montón de fotografías familiares en blanco y negro se hallaban dispuestas. Allí era donde mi madre guardaba el costurero. Abrió el segundo cajón y lo sacó. Pronto encontró el alfilerero y cogió una aguja.

Yo me quedé escondido tras la puerta de la cocina. Tenía que vigilar que mi madre no nos pillara. Nos hubiera reñido y dado un sermón. Pero estaba enfrascada saboreando los manjares que estaba preparando.

—Vamos, venga, ya la tengo —me ordenó en voz baja.

Subimos a toda prisa por las escaleras. Creo que mi madre nos escuchó, porque los sonidos de los cacharros en la cocina pararon en seco.

—¡Caramba, Chloe, qué nervios me haces pasar! —le dije, cerrando la

puerta tras de mí.

—¡No es para tanto! Deberíamos esterilizar con fuego el alfiler. ¿Sabes dónde guarda tu papá el tabaco?

—En su habitación, en la mesilla de noche.

—¡Vamos a buscar el mechero!

—¡No, no! No es buena idea, me empiezo a encontrar mal.

—¡Venga! ¿Tienes miedo? A ver si te vas a mear en los pantalones —me indicó burlona y moviendo la cabeza.

—¿Qué dices? Espera...

Fui hasta el dormitorio. El corazón parecía que me iba a explotar, me palpitaba exageradamente. De pronto, escuché a mi madre subir por las escaleras.

«Se va a enfadar. A ella no le gusta que fisgonee entre los cajones», pensé.

Rápidamente cogí el Zippo, cerré el cajón y lo guardé en el bolsillo del pijama. Entonces me senté sobre la cama y agarré la foto que estaba encima de la mesilla de noche. Era el retrato de mis padres en el día de su boda.

Justo entonces, la puerta se abrió. Y allí de pie, con la espalda más tiesa que un palo, mi madre me miró con el ceño fruncido, como estudiándome.

—¿Qué haces aquí, Tommy?

Estaba por responder cuando en ese momento entró Chloe.

—Hola, señora Collins. Le pedí a Tommy que me enseñara el retrato de la boda. Tenía curiosidad. Él me dijo en una ocasión que parecían unos príncipes. A ver, ¿me dejas? —Me arrebató el retrato de las manos—. Se ven muy atractivos —dijo ella zalamera.

—Anda, bichitos, id a la habitación.

Me pareció que mi madre no se lo había creído.

—Adiós. —Ambos salimos por pies.

—¿Has cogido el mechero?

—¡Sí, por Dios! Ya me veía castigado durante dos semanas sin poder jugar a los vaqueros. Tengo una misión que resolver junto a mi caballo Balancín y mi pistola. ¡Uf!, gracias por ayudarme —le hablé resoplando y sujetándome el pecho con la mano.

—¡Oooh!, qué lástima —ironizó ella.

—¿A qué viene eso? ¿Te estás riendo de mí? —pregunté un pelín enfadado.

—¡Virgencita, Tommy! No tienes remedio. Necesito alcohol.

—Tengo un botiquín en mi cuarto de baño.

—Pues ¿a qué esperas? —Me miró pestañeando.

—Voy.

Fui hasta el baño, abrí el botiquín, agarré vendas, alcohol, cremas antihistamínicas y una pomada cicatrizante.

—¿Qué es todo esto? —me interrogó impresionada cuando me senté a su lado y desparramé todo aquello sobre la cama.

—Lo voy a necesitar —le contesté secamente.

—No te va a pasar nada, tonto. —Me sonrió—. Bien, empecemos.

Yo tragué saliva, estaba muerto de miedo, paralizado de terror.

Chloe esterilizó el alfiler con alcohol. Encendió el mechero y pasó la aguja por la leve llama que desprendía el fuego. Luego, dio unos soplos exagerados para que se enfriara.

—Dame tu dedo —me reclamó.

Yo comencé a ponerme más nervioso todavía y con los ojos cerrados le entregué el dedo. Y... sin darme a apenas cuenta —pues fue más rápida que una gacela—, ¡zas!, me pinchó.

—¡Ay! Me has hecho daño. Me lo has clavado muy fuerte, ¡córcholis...!

—No abras los ojos. Ahora me toca a mí.

Unos segundos después sentí sobre la yema el delicado roce que me dedicó mi querida doctora. Lo frotó y lo unió, susurrando un no sé qué de para siempre juntos y guardando el secreto. Luego, empezó a articular palabras rarísimas. Parecían sacadas de un libro de hechizos y brujerías.

—Estaremos siempre juntos, hasta que lleguemos a viejos y usemos bastón —aseguró mientras me daba un beso en la mejilla.

—Sí, siempre juntos —susurré carraspeando después de devolverle el beso.

Chloe siguió con la tarea.

—Cherry, ¿me prestas la varita?

«¿Está hablando a su muñeca?», me pregunté.

Chloe hizo como si le contestara.

—Bien, muy bien, eres muy amable, Cherry, gracias.

—¿Estás hablando a esa cosa tan fea?

—Ella no es fea. Tú sí que eres feo. ¿Y qué pasa? Ella nunca me hace enfadar.

—Claro, normal. Ya te lo dije: acabarás mal, muy mal, de manicomio.

—No te preocupes por mí. ¿Estás preparado?

—Sí.

Y dándome con la varita en la cabeza, pronunció:

—*Bibbidi-bobbidi-boo*, Santa, te pido un corazón sano para Tommy. *Bibbidi-bobbidi-boo*, y en mi casa junto a la chimenea me dejas un jarabe mágico para aliviar el dolor que tiene aquí. —Posó un dedo en mi pecho—. Tommy, si no cumples con el trato, no se cumplirán tus deseos —me dijo muy seria.

—Te lo prometo, no correré nunca más —le confirmé.

Desde la planta baja, mi madre llamó a mi buena amiga:

—¡Chloe! Tu mamá dice que es tarde y que debes volver a casa.

—Voy, señora Collins. Adiós, Tommy. Y recuerda que me has prometido que no correrás nunca más. —De nuevo juntamos los meñiques y nos despedimos.

Esa noche yo fui de vuelta al hospital. El pacto que hicimos esa tarde, allí, mezclando las sangres y con tantos sobresaltos por si mi madre nos pescaba, me provocó de nuevo falta de oxígeno en el corazón. Me sentía como si estuviera buceando dentro del lago sin poder salir. Me estaba ahogando. El doctor Lewis siempre me decía que evitara las emociones innecesarias, pero ¿cómo saber cuáles eran?, me cuestionaba.

Mientras salía en la camilla por la puerta principal, vi a Chloe mirando por la ventana de su habitación. Seguro que se sentía culpable.

«Pobrecilla, no es culpa tuya. La culpa es solo mía. Tengo un corazón enfermo», cavilé. Desde la camilla, le lancé un beso volador, que mi amiga recogió al vuelo y se llevó a los labios

Con semejante historial médico, no era nada extraño que en más de una ocasión estuviera corriendo hacia urgencias con la sirena de la ambulancia y a toda velocidad. Los signos de interrogación que veía reflejados en las facciones de mis padres parecían marcados, como si pretendieran alejar de mí un futuro aterrador. Estaban angustiados, preocupados como si, en lo más profundo de su ser, presintieran que pronto me iría con mi querida abuela.

Siempre que yo permanecía en el hospital, Chloe no se separaba ni un solo día de mí. Me hacía desternillar de la risa. Ella me entretenía contándome cuentos de hadas buenas y elaboraba hechizos que siempre se inventaba graciosamente. Sus ojos verdes no eran muy grandes, pero desprendían dulzura y amor. Cada vez que sonreía se dejaban ver esos dientes tan blancos como la nieve, aunque estaban mal alineados y por eso el dentista le colocó una ortodoncia. A mí no me gustaba mucho y la verdad era que no le quedaba nada

bien, pero aun así era hermosa.

Cuando por fin pude volver a casa, todo seguía igual. Mis rutinas no cambiaron.

Dos semanas después estaba mucho mejor. Hacía un día soleado y las temperaturas eran agradables. Miré por la ventana y sonreí.

Era fin de semana y, como ya era habitual, los Collins nos encontrábamos con los Hamilton en la casa del lago. Allí nos relajábamos y nos distraíamos. Era saludable respirar aquel aire limpio y fresco. Era una buena forma para evadirse del trabajo y de los problemas. Luego volvíamos a Vermont sin estrés y descansados. Hasta que Chloe no consiguió que sus padres alquilaran aquella casita junto a la nuestra, no paró de agobiarlos. Ella quería estar a todas horas conmigo. Hartos de escucharla, cedieron a su deseo y arrendaron de forma permanente su segunda residencia.



CAPÍTULO 4

EL TRÉBOL DE CUATRO HOJAS

—¿Vamos al lago? —me interrogó Chloe.

—¡Sí, demonios! Que ganas de salir de estas cuatro paredes. Estoy algo cansado de cabalgar sobre el caballo Balancín. Hoy he tenido un largo día persiguiendo malhechores que roban ganado por la zona. Pero no le digas nada a mamá, que ella piensa que hago los deberes que me traes todos los días.

—Deberías estudiar más, Tommy. Faltas mucho a la escuela —me dijo apenada.

Al lago íbamos en multitud de ocasiones, jugábamos al escondite y

observábamos, en primavera, las mariposas revolotear sobre nuestras cabezas. A Chloe le encantaban los animales y el medio ambiente. Era un hábitat que a ella le parecía milagroso y sobrenatural. A su corta edad, tenía claro que de mayor sería profesora de Ciencias y que enseñaría a todos sus alumnos a apreciar un mundo fascinante como era la Tierra.

—¿Qué son las Ciencias de la Naturaleza? —le pregunté con ignorancia mientras nos dirigíamos al lago.

—¡Ay, Tommy! ¿De verdad no sabes qué es?

—Pues no. Ni idea.

—Pues es cuidar de los animales cuando están enfermos.

—¿De veras es eso? ¿Eso no es ser veterinaria?

—Y son las Ciencias de la Naturaleza porque si curo a los animalitos, ellos harán caca en los campos y los cultivos, así no les dolerá la panza, y eso servirá para abonar la tierra, lo que ayudará a crecer con fuerza a las plantas —me dijo con una sonrisa pícaro.

—¡Qué tontería, Chloe! ¿Me lo dices en serio? —la interrogué sin dejar de mirar su cara.

—Es broma, tonto —me contestó, dándome un gran golpe en la espalda—. Te lo crees todo... Eres tan bueno. Deberías estudiar más. Tanto caballito te está volviendo algo bobo. Yo quiero estudiar la génesis y elementos que componen el ecosistema. ¡Me encanta!

—¡Vaya! Qué palabras más técnicas, te pareces al doctor Lewis —le expresé con cara de bobalicón—. Pues a mí me encantan las estrellas, los luceros, el sol, la luna, la lluvia, el cielo... y me gustaría estar ahí arriba jugando con mi angelito de la guarda. ¿Tú le rezas a tu ángel?

—Bueno, algo... a veces me enfado con el tuyo porque no te cuida demasiado —me manifestó triste—. Pero lo quiero.

Diez minutos más tarde llegamos a nuestro destino.

—Chloe, ¿vamos a sentarnos allí? —le propuse.

Allá, a lo lejos, un poco más apartado del lago, se podía divisar esa hierba espesa de tonos verdes con pequeñas hojas y con un profundo follaje. El sol había pegado fuerte en esa zona. Hacía un día espectacular. La nieve se había derretido, dejando entrever esas hojitas minúsculas de tres hojas. Encontrar un trébol de tres hojas le puede suceder a cualquiera, pero uno de cuatro es solo para quien tiene suerte.

—Quiero buscar algo.

—¿Qué? —me preguntó la muy fisgona.

—Si encuentro un trébol de cuatro hojas, le pediré mi deseo, porque no estoy muy seguro de que Santa me lo conceda —le explicaba mientras removía insistentemente la hierba.

—Yo ya he escrito mi carta a Santa. Le rogué un corazón sano para ti. Pero si lo puedes tener antes, mejor, ¿no?

—He visto en la tele que los de la NASA dicen que en la luna se puede flotar. Quizá, allí no me duela tanto el corazón. Podría ir cada vez que me lastimara, ¿qué te parece? ¿A que es una buena idea? Entonces, mi preciosa, nos casaremos. Ese es mi sueño. Los dos juntos, felices y comiendo perdices —le confesé ilusionado—. Eso es lo que le pediré a Santa.

—No creo que te deje ese regalo. Pero es muy bonito. ¿Podré acompañarte cada vez que vayas?

—¡Claro! Hicimos un juramento, ¿recuerdas? Siempre juntos.

—Sí, siempre juntos. Y seremos papás. Yo quiero tres niñas, y se llamarán... —me dijo, cogiéndose de la barbilla y haciendo morritos—. Ya lo pensaremos, todavía somos pequeños.

—¿Cómo se hace eso? —le consulté inocentemente.

—¿El qué?

—Tener niños, bueno, niñas.

—No sé. Nos daremos muchos besos, seguro que se hace así.

—¡Qué asco!

—Qué vaaa. Es muy romántico. Cuando mis padres se dan besitos, se les pone una cara de tontos que para qué...

—Arrrggg, los míos se besan con lengua, ¡qué asco! Y luego se van a la habitación y cierran la puerta.

—Pues será así como se tienen los niños. —Sonrió ella.

—Nosotros nos besaremos, pero no meteré mi lengua en tu boca. ¡Qué horror! Debe ser de lo más repugnante. —Me dio una arcada.

Ambos nos quedamos en silencio y, al cabo de un rato, grité:

—¡Mira, Chloe! Un trébol de cuatro hojas. ¡Lo encontré! Ahora todos nuestros sueños se cumplirán —le dije, dándole un beso sonoro en la mejilla.

Entonces fue cuando mi princesa pidió y chilló al dios de los tréboles. Me empujó y caí todo lo largo que era sobre la profunda hierba. En cuestión de segundos, ella me robó de la mano esa mini ramita de cuatro hojas que tanto me había costado encontrar. Me enfadé mucho en ese momento, pero pronto se me pasó. Una expresión diabólica se dibujó en su rostro. Sus ojos radiantes se volvieron oscuros y furiosos y los lamentos que salían de su garganta mientras

miraba fijamente el cielo me causaron mucha ternura, pero también mucho dolor.

—¡Por favor, dios de los tréboles de cuatro hojas, haz que Tommy se ponga bien y no lo mates! ¡Por favor, déjanos estar juntos! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! Busca una cura para él.

Fue demoledor verla gritar y llorar de ese modo mientras mantenía el trébol en su mano. Sus mejillas pronto se quedaron encharcadas de un terrible desconsuelo.

«No es para tanto. ¿O es que ella ve mi enfermedad desde otra perspectiva y con otros ojos?», cavilé. Yo no tenía intención de morirme, no sin antes cumplir todos mis deseos.

—Lo guardo yo —me dijo.

—No lo pierdas.

—Creo que deberíamos volver a casa, tus padres estarán preocupados —habló limpiándose las lágrimas con un pañuelo.

—Cierto, los hago sufrir mucho. No sé qué hacer para que no padezcan tanto. ¿Debería irme al cielo? —mencioné sin darle importancia.

—No digas bobadas. No vuelvas a decir eso nunca más —me regañó, dándome dos golpecitos en la cabeza.

En casa todo era secretismo, siempre escondían todo lo relacionado con mi enfermedad. En cuanto me veían entrar por la puerta, callaban como muertos en una tumba. Chloe lanzó de nuevo su petición, esta vez fue más amenazante.

—Dios de los tréboles de cuatro hojas, lo digo muy en serio, como no le concedáis a Tommy mi deseo, os veréis la cara conmigo. —El llanto de nuevo apareció en aquellos ojitos verdes.

Lo único que pensé fue cómo hacer para aliviarla, y qué mejor que con el primer beso de amor, y sin pensármelo dos veces, me lancé. Esa bonita y sonrosada boca sonrió, dejando entrever esos alambres horribles y brillantes. Chloe abrió los ojos como platos y, por unos instantes, aceptó.

—Tommy, ¿qué haces? —dijo empujándome—. ¡Somos demasiado pequeños para tener hijos!

—¡Paparruchas! —espeté.

Esa misma noche me sentí fatal. Me ahogaba y mi pecho parecía no ser mío. Me desplomé en el suelo y solo sentía llorar lejanamente a mi madre. De nuevo, corríamos hacia el hospital.

—¡Una ambulancia, Scott, llama a la ambulancia!

Cuando me desperté, no sabía cuánto tiempo había pasado. Lo primero que vi fue el rostro angustiado de mi madre.

—Ya vuelve en sí, Scott, ¡vuelve en sí!

Atontado, me moví hacia ella, pero en ese momento escuché murmurar a Chloe. Con gesto pesaroso y preocupado, se me acercó y, acariciándome el pelo, me dijo:

—No me vuelvas a dar un susto así, ¿me oyes?

Mi mamá se alejó con pasos lentos hacia la puerta de la habitación. Escuchar a aquella chiquilla decir aquellas palabras la ofuscó y, siseando, soltó:

—Maldita sea. Maldita enfermedad.

—No te preocupes, Abby, todo saldrá bien, ya lo verás —le musitó el doctor Lewis—. Veamos, pequeñín —mencionó mientras me auscultaba.

—¿Puedo irme a casa? —le pedí.

—¡Pronto, campeón! Eres un muchacho muy fuerte.

El doctor Lewis me dio un beso en la mejilla y me susurró al oído.

—Hijo, eres invencible.

Mis constantes se estabilizaron. ¿Qué más podía pedir? En más de una ocasión, él me salvó la vida.

—¡Gracias, doctor! —le indiqué con el dedo pulgar.

Mis padres se sentaron en la cama, a la vera de Chloe. Mi dulce y cariñosa amiga me miraba por el rabillo del ojo. Era gracioso y, a la vez, inexplicable lo que me hacía sentir. Bastaba una sola mirada suya para calmar mi dolor.

—Mira, Tommy. —Me enseñó el trébol—. ¿A qué ya no te hace daño el corazón? Anoche le pedí al dios de los tréboles que te curara porque, si no lo hacía, lo rompería en mil pedazos y se lo daría para comer a mis conejos. Seguro que pensó que eso le haría mucho daño y le iba a doler —me explicó sonriendo.

—Muchas gracias. ¿Ves por qué quiero casarme contigo? —le dije satisfecho y con los ojos llenos de amor. Mis padres sonreían. Éramos todo un caso como chiquillos.

Chloe se dejó caer a mi lado y, apoyando la barbilla en mi hombro, me preguntó:

—¿Estás bien?

Yo asentí con una tierna sonrisa. No puedo negar que siempre estaba pendiente de mí. Era un amor.

—Sí, mi preciosa. Vamos, cuéntame un cuento de esos de hadas buenas.
Mi mamá, al ver la escena, comentó:

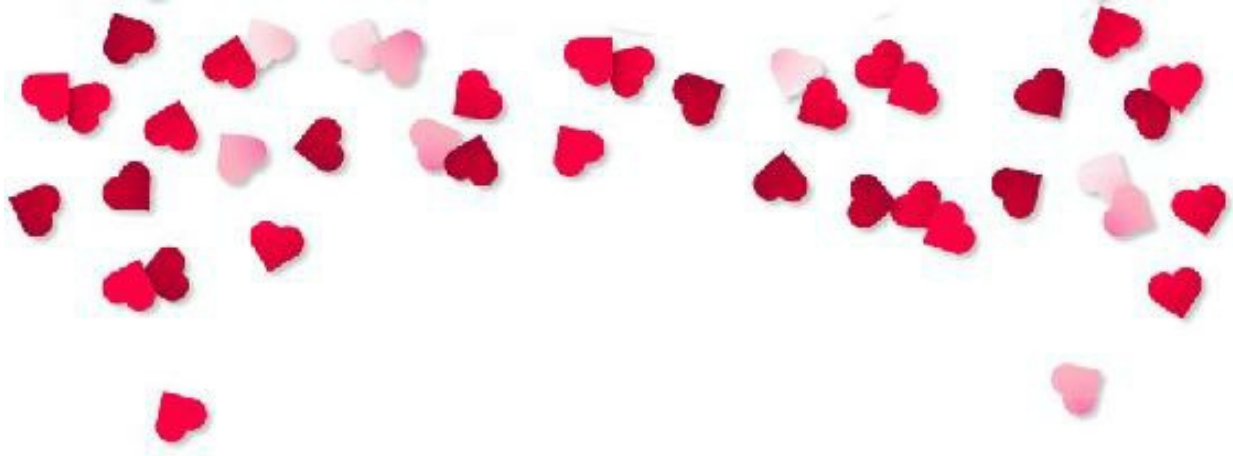
—Qué alegría ver a Chloe tan atenta y a un novio tan cariñoso. ¿No te parece, Scott? —expresó en tono algo burlón.

—Ella es la luz de mi vida —respondí, sonriendo con picardía.

—Calla, por el amor de Dios —susurró Chloe. Su mirada intimidatoria bastó para que no dijera más.

Unos días más tarde me dieron el alta en el hospital.





CAPÍTULO 5

LA FIESTA DE BIENVENIDA

-¡Sorpresa! —alzaron la voz todos los invitados mientras lanzaban kilos de confeti.

Yo me quedé impresionado. Estaban todas aquellas personas que tanto quería: mis primos, mis tíos, los Hamilton, Duncan, Amy y, cómo no, la reina de mis amores: Chloe. La casa estaba decorada con serpentinas y globos de todos los colores, y encima de la chimenea colgaba una gran pancarta dándome la bienvenida. La mesa del salón estaba repleta de dulces, bocadillos, galletas, bebidas... Estaba tan feliz, tan contento que tenía ganas de llorar de alegría.

Un rato después, Chloe apareció por la puerta corredera de la cocina. Llevaba en las manos un pastel de frambuesa y arándanos. Yo la miraba con cara de bobo. La quería tanto y estaba tan bonita... que en ese momento me acordé bien poco de mi enfermedad. Mis padres, con una sonrisa de oreja a

oreja, me miraban y yo, con las mejillas sonrojadas, les giré la cara. Estaba pasando vergüenza.

Ese día disfruté muchísimo, lo pasé en grande, me reí de lo lindo y me quedé con ganas de más. Estas cosas siempre pasan. Pero la fiesta acabó en lloros. Yo quise pensar que fueron de emoción, pues esta vez me recuperé rápido, no como en otras ocasiones en que las estancias en el hospital se me hacían eternas. Era hora de ir recogiendo, porque al día siguiente había que levantarse temprano. Todos tenían trabajo. Se despidieron y los invitados se marcharon a sus casas.

Al día siguiente, Chloe, como ya era costumbre, fue a visitarme después de las clases. Entonces fue cuando ella me explicó algo que había ocurrido después de la fiesta. Lo que me reveló hizo que yo mantuviera una sonrisa en la boca el resto del día.

—*¿Puedo subir a tu habitación?* —le preguntó a su mamá.

—*¿Para qué quieres subir a la habitación?* —quiso saber esta.

—*Si lo que te preocupa es que coja tus pinturas, no lo haré. ¿Me dejaaas?* —le pidió poniendo morritos mientras ya tenía un pie sobre el segundo peldaño de la escalera—. *Venga, mami, por favor, por favor...* —le suplicó.

—*¡Oh, Chloe! Puedes ser muy pesada si te lo propones* —le contestó.

—*Por favor, por favor, por favoor...*, —le dijo con las manos juntas, suplicándole.

—*Está bien. Pero a ver qué haces. No quiero enfadarme contigo, ¿me has escuchado bien, señorita por favor?* —le advirtió.

—*Genial, gracias, mamá* —vociferó subiendo por la escalera como un cohete y enviándole besos voladores.

Entró en la habitación y se dirigió directamente al armario de madera maciza. Abrió la puerta, alzó la mirada a la parte superior de la estantería y clavó sus ojos en aquella caja tan especial. Allí se encontraba el precioso vestido de novia que lució su madre en el día de su boda. Deseaba tanto verse reflejada ante el espejo... Quería ser la novia más guapa del mundo.

—*Estarías preciosa. Y seguro que parecerías una princesa. Yo seré tu príncipe* —le aseguré.

Ella se sonrojó y, con voz dulce, me habló:

—*Cuando seamos mayores, nos casaremos y tendremos tres niñas preciosas. Y viajaremos construyendo puentes por todos los confines del mundo.*

—Sí, ¡eso está hecho! —Cruzamos los dedos meñiques—. Pero... ¿tu madre no te riñó? Seguro que le dio un ataque al corazón al verte saltar encima de la cama y con su vestido de novia puesto.

—Qué vaaa. Le dio un ataque de risa.

Ella era una simple chica de cabello alborotado y mejillas sonrosadas a la que le gustaba leer y soñar despierta. Pero mientras esperaba esa promesa de futuro donde ella llegaría del brazo de su padre y donde yo la esperaría ansioso frente al altar para unirnos en matrimonio y consolidar una relación llena de amor y respeto, ella ocupaba su tiempo a través de los libros. Los que más le gustaban eran los de aventuras, tierras encantadas y bosques mágicos. De ahí que tuviera tantas fantasías.

Chloe, sentada en la alfombra de mi dormitorio, me siguió explicando:

—Hija, ¿qué haces? Voy a subir, llevas demasiado tiempo sin hacer ruido y eso no es normal. No quiero enfadarme contigo. Contaré hasta diez —le decía mientras contaba en voz alta—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve... nueve y un cuarto... nueve y medio, y... diez.

Chloe no la escuchó. Estaba tan ensimismada en lo que estaba haciendo que se pegó un susto de muerte cuando su madre abrió la puerta de la habitación.

—¿Qué haces saltando como una rana encima de la cama? —le preguntó.

—¡La virgen! Mamá, casi me da un patatús —le gritó, cayendo espantada encima del lecho.

—¿Qué estás haciendo? ¡Madre mía! La que tienes montada.

Su madre casi no oyó cómo se disculpaba porque estaba totalmente cubierta por el tul del vestido y solo quedaban a la vista sus pies.

—¿Por qué no has llamado a la puerta?

—¿Quién me habla? No veo a nadie —le dijo de forma graciosa.

—No te enfades, por favor. —Alzó un poco la voz para que la oyera.

—¡Dios mío, me estoy volviendo loca! Estoy hablando con un vestido que está poseído. —Se rio.

Chloe, con los ojos muy abiertos, se puso de pie sobre la cama y se lanzó sobre ella, rodeándola con sus brazos.

—¿Estoy guapa?

—Pareces una princesa sacada de un cuento de hadas. —Esbozó una sonrisa.

—¿De verdad? —le preguntó.

—*¡Déjame verte!* —*La agarró de los hombros y la echó hacia atrás para mirarla de arriba abajo—. Eres hermosa e inteligente, serás una mujer de éxito. —Asintió con la cabeza—. Ahora solo falta que tu príncipe azul te coloque tu zapatito de cristal. —Le tocó la nariz.*

—*¿No me regañas?* —*la interrogó.*

—*No, cielo. Estás tan guapa que no quiero ver esos ojitos tristes —expresó.*

—*Te quiero, mamá. —Le sonrió—. Es que Tommy me ha dicho que quiere casarse conmigo. Y estoy tan feliz... —le confesó con los brazos cruzados y pestañeando con la mirada fija al techo.*

—*¡Vaya, qué buena noticia, enhorabuena! Esta noche, cuando papá regrese del trabajo, se lo cuentas. Estarás muy bella con mi vestido cuando llegue el momento.*

De repente, un alboroto; a continuación, unos gritos. Era su hermana, Brenda.

—*¡Me he caído de la escalera plegable de la cocina! ¡Mamá, baja! —vociferaba a pleno pulmón.*

—*Seguro que estaba buscando las galletas de chocolate. —Le guiñó un ojo su madre.*

—*Ve, mamá —le indicó mientras contemplaba su reflejo frente al espejo.*

—*Seguro que algún día todos tus sueños se cumplirán —le dijo su madre acariciando su rostro.*



CAPÍTULO 6

LOS ZAPATOS MÁGICOS

El día siguiente amaneció extraordinariamente nítido. El cielo era de un azul intenso y el sol hería la vista y calentaba los cuerpos ateridos por el frío.

—¡Tommy! ¿Quieres estarte quieto de una vez? —me gritó mi madre.

—¡Déjame salir al jardín!

—¡Hace mucho frío! —me contestó.

—¡Puedo resistir el frío, mamááá! Me pondré esa boina absurda que tanto te gusta.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—¡Abre, hijo!

—¡No puedo, mamá! ¡Hace mucho frío! Me voy arriba.

—¡Vaya con el crío! —se quejó mi mamá.

—Mami, ¿era John?, ¿me ha traído una carta? —chillé desde mi habitación.

John era nuestro cartero.

—Como todos los días. Hoy el sobre es de color rosa. ¡Ummm!, y huele a colonia de fresita —me dijo picarona.

Entonces, yo me incorporé de la cama con tanta rapidez que caí de rodillas al suelo. Mi madre escuchó el golpe desde la planta baja.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, no ha pasado nada, mamá. —«¡Qué porrazo me he dado!», me dije mientras me las acariciaba.

Una vez que me repuse del golpe, dejé encima de la cama el cómic de *Arizona Kid*, un wéstern de aventuras que estaba leyendo, y salí de la habitación con la idea de bajar deslizándome por la barandilla de las escaleras.

—¡Ni se te ocurra! —me advirtió mi madre, que estaba esperándome apoyada en la pared de la planta baja—. Que ni se te pase por la cabeza, chaval —repitió, mirándome con el ceño fruncido.

—Vaaale.

Desde que nos conocíamos, Chloe me escribía todos los días una carta de amor. En ellas redactaba lo mucho que me amaba y eso me fascinaba. Me tenía loquito.

—Dámela. ¿Dónde está?

—La tengo aquí... —me habló burlona.

—¿Dónde? —Buscaba.

—A ver si la encuentras... —me decía a la vez que la escondía a su espalda.

—¡Mamááá! Esto es una mier...

—Chiss. Ni una palabrota. —Enarcó una ceja.

—Está bien. Pero dame la carta ya... —Se hizo el silencio, y mi mamá me miró de reojo y esperó a que acabara la palabrota—. ¡Qué voy cojo, mami! Mira. —Le enseñé las rodillas—. Me he caído de la cama y me duelen.

—¿Ahora te estás haciendo el mártir? —Frunció el ceño.

—Es que te encanta hacerme rabiar. Ya no soy un niño.

—Sí eres un niño, o más bien, un enano malhablado.

—¡No! Mira aquí —le dije mientras me subía la camiseta—. ¿Lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—¿De verdad no los ves? Me han salido unos pelitos bajo las axilas,

aquí. —Señalé con el dedo.

—¡Uy! Es verdad, pronto te saldrá barba —se carcajeó.

—¡¿De veras?! ¿Tú crees? —le pregunté a la vez que me tocaba la sotabarba.

—Toma, anda, y tira para arriba.

Por fin me hice con la carta y subí escopeteado hacia la habitación.

—¡Que no corras!

—¡Ay, mamááá! Correr, correr. ¡Que no corro!

—Entonces, ¿qué es lo que estás haciendo?

—Subo las escaleras.

—¿Y cómo las estás subiendo?

—Corriendo.

—Este chico —murmuró ella, negando con la cabeza.

Por fin pude tumbarme encima de la cama, boca abajo, y con la cabeza alzada empecé a rasgar el sobre. Una vez que la leí, la guardé cuidadosamente en una cajita de zapatos, pero no en una cualquiera. Dentro de ella se hallaban unos zapatos dorados, como el sol, y eran para Chloe. ¿Cuándo los había comprado? Pues esa mañana, después de la visita al doctor, nos habíamos acercado al centro comercial de la ciudad. Mi madre necesitaba algunas cosillas de menaje para la cocina.

Ella se quedó embobada mirando un aparato que amasaba. Le encantaba hacer pasteles y galletas. «Fijo que se compra esa máquina plateada», pensé. Mientras mi madre hablaba con la dependienta, me dirigí hacia la sección de los libros. Enfrente y bien situados estaban todos los cómics de reciente publicación. Pegando saltitos para alcanzar uno, me deslumbré por una luz brillante que se posaba en algún objeto del pasillo contiguo. Por unos instantes, tuve que apartar la vista y, colocándome las manos en forma de visera, me encaminé hacia la estantería de juguetes y disfraces. Y allí, bien colocados sobre un estante, estaban esos zapatitos que tanto estuve buscando. Al verlos, los cogí, los acaricié y, sonriente, me los llevé hacia el pecho, agarrándolos como si fueran un gran tesoro. Fui en busca de mi madre y nos dirigimos a la caja que estaba en la parte delantera del centro comercial. Yo estaba feliz y muy satisfecho.

—¿Qué es eso, Tommy?

—Cómpramelos, mamá.

—Pero ¿qué es? Déjame ver. —Se los entregué—. Hijo, ¿qué vas a hacer tú con esos zapatos? —me preguntó mientras los sostenía y reía.

—No son para mí, mamá, y sé lo que estás pensando.

—Pero...

—¡Mamááá! ¿De verdad estás pensando que son para mí? —le dije negando con la cabeza.

—Señora, ¡por Dios! Cómprele los zapatos al niño —expuso una mujer que miraba desesperadamente el reloj.

La cajera sonreía, puesto que le hacía especial gracia lo que yo soltaba por la boca. Ciertamente era que el resto de las personas que esperaban en la cola no pensaban lo mismo. Murmuraban y se quejaban por la tardanza. Aquella espera los estaba poniendo nerviosos.

—Anda, por favor, cómpramelos... Cuando lleguemos a casa, te doy el dinero.

—Pero ¡si tú no tienes dinero, hijo!

—Y por eso me los vas a comprar, ¿verdad? —le contesté con carita de pena.

—Está bien.

La mujer que miraba el reloj, como una obsesa de la puntualidad, le habló:

—¡Por fin, señora! ¿Qué le costaba hacer feliz al niño? Si quiere ponerse zapatos dorados y de tacón, que se los ponga.

—¡Señora! Estos zapatos son para mi amiga Chloe.

Esta vez mi madre no dijo ni «mu» y quedó todo bastante claro. Mientras intentaba pagar a la cajera, yo me la comía a besos.

—Señora dependienta, si no le gustan, ¿los podré cambiar por otros?

—Me llamo Sandra —se presentó—. Por supuesto, hombretón. Y si el número no es el suyo, vienes con el tique de compra y *voilà*... los cambiamos —me explicó muy amablemente, dándome un golpecito en la nariz.

—¿Sabe?, es usted muy simpática, no como otros —comenté alzando la voz, al tiempo que miraba hacia atrás y señalaba la larga cola.

—Gracias —contestó la empleada de pechos enormes y moño desaliñado.

—Tommy, no señales, que es de mala educación, hijo.

—Pero ¡es que mira qué chismosos son, mamá! Bla, bla, bla...

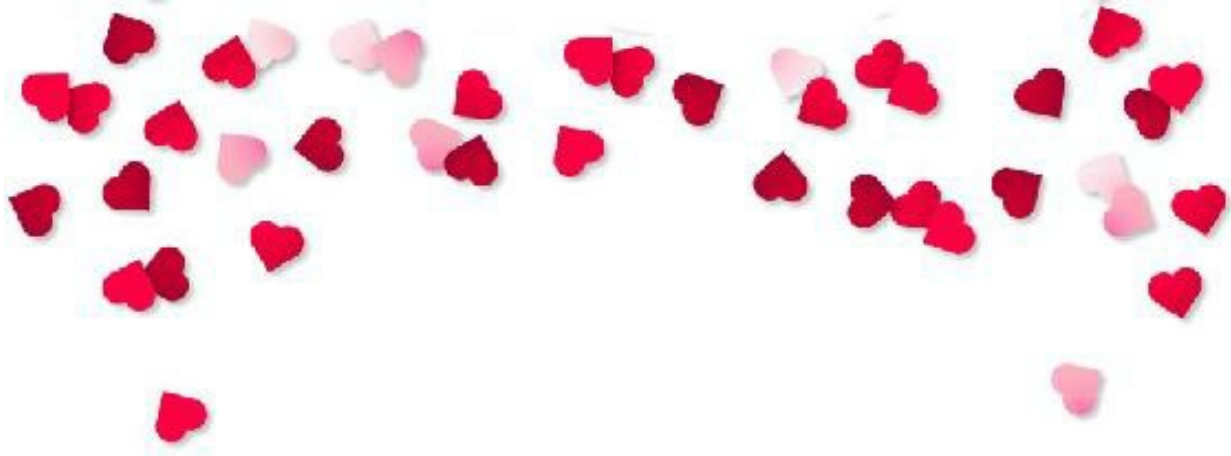
—Chiss... —Me hizo callar—. Ni una palabra más o me enfadaré. Venga, coge tus zapatitos y arrea.

—Adiós, señora cajera.

—Me llamo Sandra.

—Ya lo sé. Adiós. —Y le sonreí.





CAPÍTULO 7

UNA TARDE DE LECTURA Y CUENTOS

—Tommy, baja, es hora de la lectura —me llamó mi mamá alzando la voz.

—¡Oh, no tengo ganas! Además, ya he leído hoy —le contesté desde mi habitación.

—¡He dicho que bajas! —me increpó—. Las cartas de Chloe y los cómics no son las lecturas más adecuadas para aprender. Así que baja al salón y sin rechistar.

—¡Vale! Pero que sepas que leer es una mierda —vociferé.

—Como sigas diciendo palabrotas, te voy a lavar la boca con la escobilla del cuarto de baño, ¿me has oído?

—¡Qué asco! —«Me están entrando ganas de vomitar», pensé bajando por las escaleras dando saltitos y sin parar de reír.

—Tú sigue siendo un niño malhablado y verás de lo que soy capaz. —

Clavó sus ojos en mí.

—No te creo —le dije burlón.

—Ponme a prueba —me expresó, desafiándome con la mirada. Y girando la cabeza, esbozó una leve sonrisa. Ella no sería capaz de hacer algo así.

Me acomodé en el sillón favorito de mi padre y cogí el libro de lectura. Esta vez tocaba *Don Quijote de la Mancha*, una novela escrita por el español Miguel de Cervantes Saavedra. Mi madre, con gesto tranquilo, empezó a explicarme de qué iba la lectura. Agarró un par de agujas de punto y se sentó en la mecedora, al lado de la chimenea. Entonces, empezó a tejer un suéter para mi papá.

—Hijo, esta obra trata de un hombre que leía solo libros de caballería. Un día, se levantó de su lecho y salió de casa decidido a convertirse en un majestuoso caballero. Él creía que esas historias eran reales. Así que se lanzó, con armadura y un escudero, a salvar doncellas. Peleó contra las injusticias y salvaguardó a los débiles. Perdió tanto la cabeza con las novelas que había leído, que incluso llegó a luchar contra unos molinos de viento creyendo que eran gigantes. En un lugar cercano a su casa, vivía una moza muy guapa, de la que él anduvo enamorado y que se convirtió en una de las razones de su lucha. Ella se llamaba Aldonza Lorenzo, aunque para Don Quijote siempre fue Dulcinea del Toboso.

—Mami, ¿por qué luchó contra los molinos?

Ella dejó por un momento su tarea y soltó un leve bufido antes de mirarme.

—Cualquiera pensaría que eres sordo, Tommy.

Puse cara de angelito y le hice ojitos. Mi madre sonrió y siguió tejiendo.

—El protagonista, Alonso Quijano, pensó que se trataban de gigantes y se lanzó, valiente, a luchar contra ellos —me explicó, de nuevo, mi madre.

—¿Se volvió loco? —le pregunté.

—Sí, hijo, completamente loco. —Suspiró. A mí, a veces, me costaba atender.

—Tengo que advertir a Chloe —dije—. Tantas historias de brujas, hechizos y magia la volverán una majareta.

Me enfrasqué en la lectura tan profundamente que las horas se me hicieron demasiado cortas. Leía en voz alta y me metí de lleno en el relato.

Unas dos horas después, sonó el timbre de casa. Ya eran las cinco y tenía que ser Chloe. Dejé el libro en el suelo y salí lanzado hacia la puerta.

—Tommy, el libro no se deja en el suelo. Haz el favor de recogerlo.

—Mamá, llaman a la puerta —contesté nervioso. Era mi mejor amiga y tenía tantas ganas de verla...

—Puede esperar. Es solo un segundo. Recógelo —me riñó.

—Hay veces que...

—¿Que qué?!

—Nada, lo siento.

Ante los ojos tiernos que había puesto al disculparme, ella no pudo más que acercarse a mí y alzar mi pequeño y enfermizo cuerpo para rodearme después con un fuerte abrazo.

—Mamááá, bájame, por favor. —Ella lo hizo y se quedó mirándome.

—Espera, que te peino un poco. —Mi madre lamió sus manos y me peinó el flequillo revuelto.

—¿Con un salivajo? —pregunté con los ojos en blanco—. Puaj, ¡qué asco me dan este tipo de cosas! —dije entre dientes.

—Ahora estás mucho mejor que con esos pelos despeinados. —Curvó los labios hacia arriba.

Yo me miré en el espejo del vestíbulo y gruñí:

—Mamááá, si parece que me haya lamido el pelo una vaca. ¡Odio que me hagas eso! —le indiqué, frunciendo el ceño—. Estoy horrible y feo. Ahora a Chloe no le voy a gustar.

—Te equivocas. Ahora estás hecho un querubín. Anda, abre a tu doncella.

Me dirigí hacia la puerta con aire quejoso. Eso se me daba muy bien.

—Hola, Tommy —me saludó Chloe dándome un beso en la mejilla. Después, se giró y dio las buenas tardes a mi mamá.

—Hola, bonita —contestó ella con dulzura.

—¿Qué te has hecho en el flequillo? —Me observó como si fuera un bicho raro—. No me gusta nada —expresó arrugando los morritos y negando con la cabeza.

Rápidamente, me alboroté el cabello. A mí tampoco me agradaba.

—Tengo algo para ti —le hablé con cara sonriente.

—Y yo también, mira, coge. —Me entregó cinco cuadernillos—. Los tienes que entregar el viernes sin falta. La profesora me ha dicho que tienes que trabajar más y que debo animarte para hacerlo. Aún tienes que darme los deberes de la semana pasada. Y, te digo una cosa, creo que si no los haces te van a suspender este curso.

—¡Aaargh! Qué pesada es esa señorita Smith —me quejé—. Oye, Chloe, ¿tú nunca pierdes la memoria? Se te podrían olvidar algún día, ¿no? —solté la indirecta.

—Deberías tomar zumos de naranja y comer nueces. Yo, cada mañana, los tomo, y por eso no la pierdo.

—Odio las nueces. Ya tengo bastante con esas galletas de cereales que mamá me hace y me obliga a comer —expresé a regañadientes, mirando a mi madre por el rabillo del ojo—. Por cierto, no deberías leer tantos libros de fantasía. Algún día me contarás que has caminado entre dinosaurios o que has conversado con perros. Créeme, al final terminarás creyendo en todo esto. Eso es peligroso.

—No me vengas con tonterías. Por lo menos, yo leo, cosa que tú... Además, a mí me gustan esas historias.

—Te volverás loca, como don Quijote, hazme caso —le dije, asintiendo con la cabeza.

—¿Estás leyendo *Don Quijote de la Mancha*? —Abrió los ojos como una lechuza.

—Sí. Pero ese hombre es muuuy raro... Creo que alucinaba todo el día. Está loco —le expliqué, sonriendo y bizqueando.

Era tan gracioso lo que estaba haciendo que a Chloe le entró un ataque de risa que le costó dominar. Yo era muy bromista. Esa era una de mis principales virtudes, algo que no perdí aun viviendo momentos de incertidumbre y angustia por mi enfermedad. Cuando hablaba o contaba cualquier cosa, gesticulaba cómicamente con todo mi cuerpo y eso hacía que ella se tronchara de la risa. Las carcajadas eran tan incontrolables que le hacían comprimir el estómago hasta tal punto que caía derrotada al suelo. Nuestros encuentros eran de lo más divertidos.

—¡Dios mío! Para, Tommy, que me muero.

—Eres un poco exagerada, ¿no?

Mi mamá nos contemplaba embelesada, pero tenía la cara triste. Esa tarde había recibido una llamada telefónica del doctor Lewis. Cuando colgó el aparato y regresó al salón, se quedó de pie apoyada en el quicio de la puerta y me miró. Yo pude percibir cómo me observaba y alcé la vista del libro que estaba leyendo.

Su rostro me sobresaltó. Estaba pálido. Sus ojos se pusieron lacrimosos cuando le pregunté qué le pasaba. Ella se acercó a mí afligida, me levantó del sillón que ocupaba y me sentó en su regazo. Mi mirada era inquisitiva. Besó

mi frente con dulzura y me explicó con mucha calma y naturalidad que hacía mucho tiempo que deseaban tener un hermanito para mí, pero que el doctor Lewis le había aconsejado que no se quedara embarazada, pues podía ser peligroso y su salud podría correr grandes riesgos. Sufría de unas jaquecas terribles y tenía que medicarse.

También me expresó que ella solo le pedía a Dios que le concediera un deseo, y este era que el doctor Lewis encontrara una solución para curar mi débil y cansado corazón, y entonces, si su destino era partir al cielo, ella cerraría los ojos y, con una amplia sonrisa en los labios, moriría en paz. De inmediato, zanjó el tema. Me ocultaba algo, era obvio.

—¡Vaya! Estoy tan contenta de que leas libros como el *Quijote* que te voy a dar un beso. ¡Nooo! Mejor, dos.

—No, no. —La aparté.

—¿Por qué?!

—Mamá está mirando —le dije bajito.

—Tú te lo pierdes. Creo que es un milagro que leas. Habría que celebrarlo.

—¿Por qué habría que celebrarlo? Si a mí no me gustan los libros.

—Hoy soy la niña más feliz del mundo mundial. Me encanta que hayas cogido un libro —vociferó Chloe, alzando la vista al techo—. Y bien, ¿qué es eso que me querías enseñar?

—¡Vamos, date prisa, enana! —Le hice un gesto con la mano.

—Sube los cuadernos que te trajo Chloe y no los dejes tirados en el suelo —alzó la voz mi madre—. ¡Santo Dios! Este chico acabará con mi paciencia.

—Bufff —resoplé.

—No bufes. Los subes y punto.

—Vamos, preciosa —le dije una vez los hube recogido.

Ascendimos por las escaleras como si nos ardiera el trasero y, ya en la habitación, le exigí a Chloe que se acomodara sobre la cama. Llegó el día, ese tan esperado. Le quería hacer entrega de esos zapatos dorados que por fin había encontrado, no sin antes comentarle que tenía que buscar una solución para que mi madre no me diera la tabarra cada vez que recibía una carta.

—Es que mamá es muy pesada. Me irrita cada vez que me entrega una.

—Pensaremos en algo —me contestó ella.

—Y ahora, cierra los ojos —demandé.

—¡Vaaale!

—Quítate los zapatos, doctora.

—No me hagas eso...

—¿Te duchaste esta mañana?

—Claro, me ducho todos los días —me habló refunfuñando.

—No me apetece oler a uno de esos quesos que parecen estar podridos. Ahora no recuerdo cómo se llaman —le dije, sujetándome la barbilla.

—Se llaman roquefort —respondió ella.

—La verdad es que ese queso verdoso y enmohecido me da un asco... Cada vez que papá lo come salgo pitando al jardín. ¡Puaj! —Chloe hizo una mueca de sonrisa contenida.

—¿Voy a estar mucho tiempo con los ojos cerrados? Parezco tonta.

—Tú no comerás nunca de ese queso, ¿verdad?

—No te preocupes, no me gusta el queso. ¿Qué es eso que me quieres dar? Espero que sea importante, porque la paciencia no es una de mis mejores virtudes, ya lo sabes. Mucho rato así y me saldrán arruguitas por el contorno de los ojos, y eso, que lo sepas, no te lo voy a perdonar. Avisado estás.

—¡Rayos y truenos! Mira que llegas a ser presumida. Aún faltan muchos años para que te salgan arrugas en esa preciosa carita.

—No te creas. El tiempo pasa volando y tengo que cuidarme desde ya.

—Te voy a contar un cuento que mamá me lee todas las noches.

—¿De veras? ¿Es muy largo? ¿Puedo mirarte mientras me lo cuentas?

—¡No!, hermosa doncella. —«Creo que empiezo a hablar como ese Quijote pintoresco...» me dije, y elevé una ceja.

A mí me daba mucha vergüenza. Era un niño extrovertido, pero cuando algo iba en serio, requería de toda mi concentración. Solo así dejaba volar mi imaginación, como ese hidalgo montado en su caballo. Tenía que ser un cuento fascinante y mágico. Lo cierto era que gran parte del relato fue improvisado.

—¿Te lo sabes de memoria?

—Sí, puede —contesté.

—¿Cómo que puede? ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Me estás poniendo muy nerviosa ¿Quieres empezar de una vez?

—¡Vaaale!

Me senté tímidamente a su lado y empecé con el cuento.

—Dicen los que lo vieron, yo no estaba, pero me lo dijeron... que en una gran ciudad llena de grandes edificios, un día, un niño se encontró dos zapatos tirados en la basura. Se los llevó a casa y cuando se los puso,

descubrió que eran mágicos y que podían hacer muchas cosas especiales.

»Tommy, que era como se llamaba el niño, de repente se vio zambullido en un enorme remolino que lo transportó a un mundo lleno de asombrosas y sorprendentes criaturas.

—Qué casualidad. Se llama como tú. —Sonrió Chloe.

—Ya. Sigo.

—Sí, sigue... —soltó mientras se dejaba caer de golpe hacia atrás sobre la cama, manteniendo los ojos cerrados.

—De pronto, cayó de pie sobre el suelo y dio un repaso con los ojos para inspeccionar la zona. El paisaje era hermoso, de una belleza espectacular. Había miles de especies de aves hermosas y exóticas: unas de colores brillantes, otras de colores oscuros, unas volaban, otras no. También había unicornios de un blanco impecable que paseaban por en medio de los árboles del bosque. Sirenas de larga cola que se hallaban sentadas y cantando en una roca, con el pecho desnudo y largo cabello. Hadas del tamaño de una mariposa. Ninfas en las cimas de las montañas. Elfos de gran belleza. Duendes con sombrero y vestidos de color verde. Gnomos trabajando en minas y custodiando piedras preciosas. Ríos y cascadas de aguas transparentes y de color azul turquesa... Tommy se descalzó y empezó a caminar maravillado por el hermoso lugar, aquel paraíso era pura fantasía. Apenas había recorrido cien metros cuando, de repente, apareció de la nada un gnomo de larga barba gris, ojos pequeños y negros, con un gorro puntiagudo de color naranja sobre su cabeza, pantalones rojos, camisa azul y zapatos de un extraño tono marrón.

»Él le contó que la princesa Leila había sido secuestrada del reino de Cast le Boat por un terrible dragón de dos cabezas que vivía al otro lado de las montañas, las elevadas, en un lugar inaccesible para todo aquel que no fuera un pájaro, y que solo Tommy podría liberarla. Así que se colocó de nuevo los zapatos y en ese momento algo ocurrió: Tommy se elevó medio metro del suelo. Eran mágicos, sin duda. Al cabo de un rato de estar tratando de mantener el equilibrio y envuelto en una nube de color rosa, surcó los cielos en busca de la princesa.

»En un tris llegó a la fortaleza donde vivía aquel monstruoso animal y en la torre más alta vio a su izquierda una ventana en cuyo alféizar se posó Tommy. La princesa se hallaba tumbada sobre la cama llorando y sollozando. A los pies del lecho se encontraba aquel repelente y deforme bicho que dormía a pierna suelta. Tommy, en voz baja para no despertarlo, le dijo: «Princesa Leila, vengo a salvarte. Tengo unos zapatos mágicos que nos podrán llevar de

vuelta a casa, a Cast le Boat». Ella le sonrió. Se levantó sigilosa y se dirigió hacia él. Tommy cogió a aquella delicada y asustada criatura entre sus brazos y, justo entonces, a los zapatos le salieron unas alas blancas, grandes y majestuosas, que con un batir acompasado hicieron que levantasen el vuelo como dos pájaros. Ambos desaparecieron felices y contentos por entre las nubes.

»Los padres de Leila vivían en un hermoso castillo que estaba en el corazón del mismo bosque. Los reyes eran muy generosos y muy amables, por eso los habitantes del reino los querían y respetaban mucho. Se pusieron tan contentos al ver aparecer a su hija que decidieron preparar una fiesta de agradecimiento para Tommy.

»Cuando acabó la celebración Tommy quiso quitarse el calzado para dormir, pero no podía. Preocupado, se dirigió a los aposentos del gran sabio —un hombre culto e inteligente que daba respuestas a todos los problemas del rey—, que en ese momento meditaba, así que decidió esperar sentado hasta que terminase. De repente, el gran sabio dirigió sus ojos hacia él y manifestó: «Solo te los podrás quitar si consigues que un grillo violeta te cante una canción antes de que anochezca».

—¡*Stop!* —Chloe se incorporó y se quedó sentada en el borde de la cama. Levantó la palma de la mano derecha y me hizo una pregunta—: No cantarás, ¿verdad? Porque lo haces de pena. —Ella esperó respuesta.

—¡No!

—No ¿qué? ¿Que no lo haces de pena? ¿O que no cantarás?

El silencio se hizo en la habitación. En esos momentos, pensé en lo mal que le cantaría a Chloe. Estaba claro que no le gustaba. Apreté la mandíbula y conté hasta diez. Una vez que lo hice, alargué la mano y acaricié su cabello rubio, que era suave al tacto. Luego rocé su mejilla y, al llegar al mentón, la obligué a levantar la cabeza con suavidad. Parecía una muñequita de esas que ella tenía. Sus ojos felinos, verdes y misteriosos, permanecían cerrados. Era una niña muy guapa. Puse las palmas sobre mi regazo y me quedé observándola.

—Hola, ¿estás ahí? ¿Te has ido? —preguntó ella.

—No, no me he ido. Solo estaba mirando lo bonita que eres.

—Anda, tonto, sigue con el cuento que quiero saber cómo acaba.



Tom Collins dejó de recordar y se quedó completamente abstraído en sus pensamientos, casi ausente. Su nieta interrumpió el exasperante silencio que se creó.

—¿Dónde estás, abuelo? Baja a la tierra. ¿Quieres seguir con el cuento, por favor?

Él sacudió la cabeza, como intentando volver al presente.

—Perdona... ¿has dicho algo?

—¿En qué estabas pensando?

—Estaba recordando...

—¿Recordando qué?

—Las canciones de amor que siempre me inventaba y que le susurraba al oído. Tenía que cambiar de estrategia, tenía que hacer algo diferente para enamorarla. Así que, durante varios meses y cada día antes de ir a la escuela, arrancaba del rosal del jardín un bonito capullo de color rojo. Cortarlo me tenía medio loco, siempre me pinchaba y me lastimaba. Mi madre, desde la ventana del salón, me reñía: «Bobo, si quieres una rosa, pídemela. ¿No ves que te haces daño?, mira que eres tontorrón». Ese mismo día, Chloe me cantó las cuarenta. «No arranques más rosas del rosal. Cada vez que lo haces es como si le extirparas de las entrañas un hijo a su madre». Yo le respondía que era una exagerada, aunque, igualmente, me daba las gracias y me hacía ver lo bonitas que lucían en el jardín. Todos los días quería tener un lindo detalle con ella, pero se me acababan las ideas.

—¡Oh, abuelo! Eres un romántico empedernido. —Se rio su nieta—. Y ¿encontraste otra alternativa?

—Sí, en su decimoquinto aniversario. Chloe, aquel día, organizó una maravillosa fiesta en su casa. Al término de un baile suelto, Duncan puso en el tocadiscos una canción lenta. Ella me agarró de las manos y me miró con orgullo. Una sonrisa asomó en su rostro. Me gustaba aquella sonrisa. Pronto, me rodeó el cuello con sus brazos, me atrajo hacia sí y comenzamos a bailar suavemente, muy acaramelados. «Escucha, Tommy. Está llena de ternura y amor, ¿no crees?», me susurró. Y empezó a cantármela al oído:

*Only you can make all this world to seem right
Only you can make the darkness bright
Only you and you alone can thrill me like you do
And fill my heart with love for only you.
Only you can make all this change in me*

*For it's true, you are my destiny.
When you hold my hand I understand the magic that you do
You're my dream come true, my one and only you.*

—Yo le pregunté fascinado que quién cantaba algo tan hermoso, y ella me respondió que el grupo se llamaba The Platters y que el título era *Only You*. Chloe me dijo que esa sería nuestra canción y desde entonces así fue.

—¡Qué bonito! Ains —suspiró su nieta—. ¿Seguimos con el cuento?

—¿Por dónde iba? Ah, sí, ya recuerdo.



»Tommy y la joven Leila salieron del castillo en busca del grillo violeta. En un momento dado, la heredera del reino escuchó la música que andaban buscando. Por fin lo habían encontrado. Alegres y satisfechos, volvieron a Cast le Boat, pero a la mañana siguiente, cuando se despertaron, vieron que los zapatos mágicos habían desaparecido. Buscaron y volvieron a buscar, y solo encontraron un pequeño frasco y una nota que decía: «Soy el gnomo y necesito de vuestra ayuda. La bruja Chiflada se ha llevado los zapatos mágicos mientras dormíais. Debemos recuperarlos rápido, porque odia a los niños y los va a utilizar para hacerles daño. Debéis ir al bosque encantado y buscar una casita hecha de dulces y caramelos. Tenéis que conseguir que se tome una poción mágica que yo mismo he preparado.

»Tommy y Leila cogieron la pócima y salieron a toda pastilla hacia el bosque embrujado. Anduvieron tanto que se hizo de noche y estaban tan cansados que decidieron hacer un alto en el camino para descansar, quedándose dormidos apoyados en un tronco. Ambos abrieron los ojos de golpe por el tremendo ruido que salía de la casa de la maga. Sin ningún miedo, se acercaron para llamar a la puerta cuando, de improvviso, esta salió y amablemente les habló: «Entrad, niños, entrad... ¿Queréis jugar con mis juguetes?». Su voz era ronca y aterradora. Tommy y Leila debían averiguar dónde se encontraban los zapatos mágicos y cómo hacer para que ella bebiera de la pócima. Y entonces fue cuando aquella criatura principesca tuvo una brillante idea. «Mira, viejecita guapa. ¿Sabes qué es esto?», le preguntó Leila. La bruja respondió que no sabía y entonces ella le dijo que se llamaba *colaloca* y que estaba buenísima.

—Es Coca-Cola —me corrigió Chloe.

—¿Y qué he dicho yo? Coca-Cola —vacilé.

—Bueno, vale, como tú digas —dijo, bufando, ella.

Continué con el cuento:

»La cría inquirió: «Veo que se toca mucho la cabeza, ¿le duele?». Ella manifestó que así era, que le dolía mucho, además de aclararle que era una nena muy parlanchina. Así y todo, la niña no se detuvo: «Pues todavía no he acabado de hablar... ¿Sabe de dónde proviene?».

»La bruja negó sujetándose la cabeza y le pidió que se lo contara. La princesa le explicó que la había inventado un señor muy listo que se llamaba John Pemberton, aquella mujer no sabía quién era aquel hombre y enarcó una ceja. Leila continuó con la historia: «Ese Pemberton era un hombre muy inteligente y quiso crear un remedio que comenzó siendo una medicina que aliviaba el dolor de cabeza y que también curaba el dolor de la barriga. ¿Quiere probarla?». La añosa hechicera no se fío de la chiquilla y le pidió que la probara ella antes, pero esta emitió un eructo que hizo que toda la cabaña retumbara como prueba de que ya lo había hecho. La mujer anciana y fea le arrebató de muy malas formas la pócima de las manos y se bebió el contenido de un trago. Esa niña ya la estaba atacando de los nervios.

»De repente, empezaron a salir chispas por todas partes y, ¡zas!, la bruja desapareció de la faz de la tierra. Tommy y Leila, con los ojos abiertos de par en par, vieron cómo los zapatos bajaban, contoneándose gráciles y elegantes por el cielo, hasta que se posaron en el suelo.

»Por fin los habían recuperado y, alegres, volvieron al reino de Cast le Boat, donde ella era la princesa de los animales y la naturaleza. La dulce niña estaba muy agradecida por todo lo que había hecho Tommy y, como recompensa, le regaló una flor. Él le dijo que había visto muchas como esas mientras volaba en su búsqueda, pero que no sabía qué nombre tenían. Leila se lo hizo saber, era una trillium. Le explicó lo delicada que era y lo engañoso que podía ser su aspecto, que era una de las plantas más resistentes de esos bosques, que sobrevivía a los inviernos más crudos, a las orugas y a los pies de quienes la pisoteaban. La heredera del reino hizo una semejanza: «Tú eres muy parecido a esta flor. Eres muy valiente y te mereces todo lo mejor». En agradecimiento, Tommy le regaló los zapatos para que se los pusiera cada vez que quisiera verlo. Desde aquel día, vivieron felices para siempre.

—¿Te ha gustado?

—Qué cuento más original ¿Quién se lo ha inventado, tu madre o tú? — me preguntó, arqueando las cejas.

—Mi madre —le respondí, escondiendo la mirada.

—No pensaba yo que la señora Collins tuviera tanta imaginación... Los

protagonistas son clavados a nosotros dos, ¿no te parece?

—Ahora ya puedes abrir los ojos.

—¡Ya era hora! ¿Qué es eso? —curioseó.

—Son tus zapatos mágicos —le contesté mientras se los colocaba.

—¡Guau! Son preciosos. Pero para ir al colegio...

—¡Oh, no, no son para ir al colegio! ¿Qué quieres, que se rían de ti?

Cuando quieras venir a verme, te los pones y seguro que llegas volando.

—Espero que no sea así. No me apetece espachurrarme contra la fachada blanca.

—¿Te lo imaginas?

—No, no quiero ni imaginármelo, por Dios.

Ambos nos reímos de forma incontrolada. Quizá en nuestras cabezas proyectamos tal acción.

—Gracias. Por los zapatos —me dijo besándome dulcemente los labios.

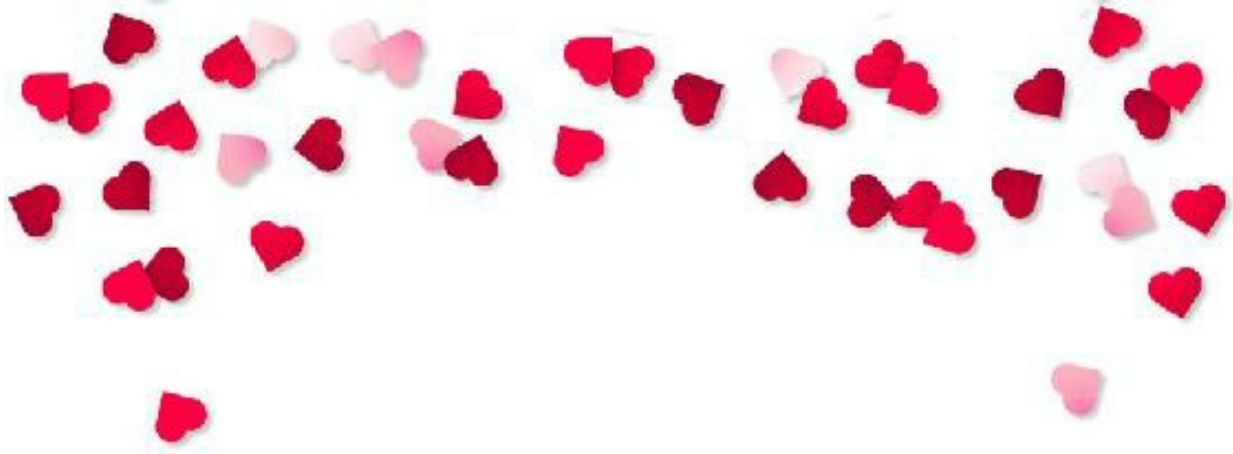
—¡Guaaaau! Mira cómo late mi corazón. Toca, toca. —Le cogí la mano y la llevé hasta mi pecho.

—¡Virgencita!

—Te quiero mucho, Chloe.

—Y yo, Tommy —me contestó con las mejillas incendiadas.

A partir de entonces, mi preciosa jamás se separó de ellos. Se los ponía cada vez que me visitaba.



CAPÍTULO 8

LAS PREGUNTAS

Una tarde, los Hamilton y los Collins estábamos haciendo un picnic en el lago Champlain. A nosotros, los pequeños, nos encantaba ir allí. Jugábamos y disfrutábamos salpicándonos con esa agua fría y transparente. Aunque, a veces, Chloe se enfadaba y me gritaba cuando le mojaba el cabello. Ella tenía el pelo ondulado, pero siempre lo lucía lacio y precioso. Era muy presumida y mantener la melena en perfecto estado era un proceso que llevaba su tiempo. Esos pelos de bruja que tenía la sacaban de sus casillas, como para que yo ahora se lo mojara y se le volviera a rizar.

Esa tarde inicié una charla de lo más comprometedor que no pareció gustar demasiado a las familias. Más bien era algo incómoda, aunque todos la escuchaban expectantes.

—Mamá, cuando yo cumpla veinte años, ¿cuál será mi regalo?

Tenía que saberlo. La noche anterior había escuchado a mis padres cómo murmuraban en el salón lo importante que iba a ser ese día, aunque decían que sería triste, y yo me pregunté cuál iba a ser el motivo de ese desconsuelo.

«¿Por qué? Si yo a esa edad me casaré con Chloe», cavilé.

—Pero, mi amor, si apenas tienes ocho añitos. ¿No te parece que falta mucho para esa fecha?

—Bueno, mami, siempre dices que el tiempo pasa volando, aunque yo no lo he visto por aquí. Voy a morir, ¿es eso? ¿Te lo dijo el doctor Lewis?

—¡No! Vaya preguntita, mi vida. No vas a morir. Dios, que es tan grande, no permitirá que pierda lo que más quiero en este mundo —me respondió con los ojos vidriosos.

—Vale, pero supongamos que es así. ¿Iré con la abuela? ¿Podré ver desde lo alto a todos mis amigos? ¿Sabes si podré volver a visitaros en avión? —curioseé.

—¡Ay, Tommy! —exclamó mi madre—. En verdad nadie ha regresado del más allá para contar algo sobre eso. Pero si yo muriera antes, no te dejaría solo. Estando en el cielo buscaría la manera de comunicarme contigo y, en última instancia, utilizaría el viento para venir a verte.

—¿El viento? ¿Y cómo lo harías? ¿Te convertirías en una mariposa?

—No tengo ni la menor idea, mi amor. Solo sé que, si algún día muero, sentirás que estoy contigo cuando una suave brisa roce tu cara y una corriente fresca bese tus mejillas.

Pasaron unos pocos años para que yo pudiera comprender aquellas palabras que me crearon aflicción. «Ellos saben algo que yo desconozco. ¿Qué será? ¿Mamá se irá antes que yo con la abuela?», pensaba.

Ese día de picnic se convirtió en uno triste y de ojos rojos. El tiempo también cambió, al igual que nuestros estados de ánimo. De pronto, esa tarde soleada pasó a ser gris y la nieve apareció y nevó como nunca lo había hecho en la ciudad de Boston.

—¡Niños, regresamos a casa! —nos llamó la señora Hamilton.

—¡Ya vamos! —contestamos ambos al unísono.

Cuando llegamos a casa, nos cambiaron rápidamente de ropa. Estábamos helados de frío. Toda esa nieve, que nos pilló de sorpresa, nos dejó tiesos. Yo, no satisfecho con la tarde de picnic, bajé al salón y, a escondidas, cogí el teléfono. Me coloqué el auricular sobre el hombro y, apoyándolo en la oreja mientras me calzaba unas botas gruesas de color marrón, llamé a Chloe.

—Hola.

—¿Te pasa algo? —fue lo primero que dijo ella en tono preocupado.

—No, no. ¿Te apetece salir a dar un paseo? ¿Te paso a buscar por casa?

—Hace mucho frío ahí fuera.

—Qué exagerada eres.

—No soy exagerada, estoy tiritando. Me he puesto dos mantas encima y todavía no es suficiente. ¿A ti te dejan salir?

—No les diré nada. Ellos están entretenidos dándose besitos y cogiendo calor. Me han dicho: «Tommy, baja al salón y lee un poco, que dentro de un ratito bajamos nosotros» —le expliqué con voz ronca, como si fuera mi padre—. Y cuando me dicen eso y me guñan un ojo, tardan aproximadamente... una horita. Se deben pensar que soy tonto, pero los oigo susurrar: «¡Oh, Scott! Cuánto te amo» —imité la voz de mi madre—. «¡Oh, Abby! Y yo» —le dije, carcajeando y simulando la voz de mi padre—. Y después bajan con una cara de zombis enamorados que no hay quien los aguante. ¿Te paso a buscar entonces?

—Sí, pero abrígate —asintió riendo por la comedia que salía de mi boca. Seguro que Chloe se estaba imaginando las caras burlonas que yo estaba poniendo.

—Lo haré —le confirmé—. En un momento estoy ahí.

—Te espero. —Y colgué el teléfono.

Ese paseo acabó con una vista nocturna de la ciudad desde una de las montañas. Ya había dejado de nevar. ¡Qué blanco y qué bonito estaba todo! Aunque hacía muchísimo frío. Caramba, un frío de mil demonios. Sentados en una roca y con las manos unidas, charlamos durante un buen rato. Estábamos tan bien juntos, tan bien... que algo extraordinario tenía que suceder. Chloe me miró y, sin venir a cuento, posó sus labios rosados en los míos. Eran tan tiernos y suaves como pétalos de flores. Por un momento, contuve la respiración al sentir la calidez de su boca y subí las manos a la pechera de su abrigo, sin saber muy bien qué hacer con ellas. En realidad, no tengo ni idea de por qué hice aquello. Fue algo inesperado que ni supe ni sé catalogar. Simplemente sucedió. Lo que sí sé es que me sonrojé hasta las orejas y que me merecía un buen coscorrón o un buen guantazo en toda la cara, pero la reacción de Chloe me sorprendió.

—Está bien —susurró en mi oído—, iremos más despacio. —Se echó hacia atrás para mirarme con los ojos, divertida—. Dime, ¿cómo empezamos?

Me quedé perplejo cuando escuché esa interrogación. No entendía qué significaba. Es cierto que ella era una niña madura y muy inteligente, a pesar

de su corta edad, pero... ¿de dónde se había sacado la idea de ir más despacio? ¿Y cómo empezábamos? ¿A qué...? Cáspita, ¿qué quería decir todo aquello? La expresión de mi cara cambió, obvio.

—Tampoco hace falta que te pongas tan contento —bromeó ella.

—¿¡Contento?! Chloe, estoy estupefacto y sudando. —Tenía que ocultar mi ignorancia y así aparentar que siempre estaba a la altura de las circunstancias.

—Más bien parece que te haya abatido un rayo. ¡Vaya cara! —se carcajeó—. Y tus manos, ¿están calentitas?

—Sí, muy calentitas.

—Pues ya puedes sacarlas de la estufa. —Me guiñó un ojo.

Ni me acordaba de ellas, la verdad. Mis manos parecían tener un campo magnético que se pegaban como el hierro a un imán. A toda prisa las aparté, avergonzado.

—No sé porque he hecho eso. Lo siento, perdóname.

—No importa. Me he divertido mucho.

—Siempre te ríes de mí.

—Eso no es cierto, Tommy.

—Te piensas que soy idiota y que no entiendo las cosas. ¿Es que acaso te crees que no sé qué significa eso de ir más despacio y eso de cómo empezamos?

—Tommy, ¿quién te ha dicho eso?

—¡Tú!

—¿Yo?!

—Sí, tú, listilla.

—Yo no, yo no hablo así. —Negó con la cabeza enérgicamente.

—Bueno, mejor será que cambiemos de tema porque me estás volviendo loco.

—Pues yo estoy loca por este loquito. —Y se puso seria de repente.

Ambos nos miramos y sonreímos, había mucha complicidad entre nosotros.

—¿Recuerdas aquel día que me desmayé en el lago y tú creíste que me había muerto?

—Eso no podré olvidarlo jamás. Me pegué un susto... —me dijo, aleteando sus manos—. Todavía se me pone la carne de gallina con solo pensarlo, mira. —Me enseñó el brazo—. Cuando te vi tumbado en el suelo junto al lago y sin respirar, ¡uf!, imaginé lo peor. Salí corriendo en busca de

ayuda. Aún recuerdo que papá casi no me creyó.

—Si no hubiera sido por ti, mis padres no me hubieran encontrado. Por eso ahora no me dejan hacer nada solo. Eres mi ángel. Me salvaste la vida.

—No me apetece hablar de ese tema. Solo pensar que puedo perderte, me pone muy triste. ¿Y tú cómo lo soportas?

—Yo lo llevo bien. Sobrevivo, me digo: «quiero vivir en vez de pensar que voy a morir» —le contesté, encogiendo los hombros.

Chloe miró en ese momento el reloj. Era tarde.

—Tommy, mamá me dijo que no tardara. Ella cree que estoy en tu casa. Ya ves, yo también cuento mentirijillas. Espero que mis padres no hayan llamado para preguntar por mí. —En ese momento cruzó los dedos.

—No te preocupes por eso. Dejé descolgado el teléfono. Así que no sufras. Y sí, volvamos a casa, que ellos habrán terminado con sus cositas y como se den cuenta de que no estoy en el salón leyendo, me va a caer una...



Tommy tenía ojeras bajo los ojos y la cara más pálida de lo normal. Tragó saliva e intentó controlar los nervios que sentía. Recordar a aquella mujer que había amado con toda su alma le provocó un nudo en el estómago que se sentía incapaz de deshacer. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y centrarse en el ahora. Desvió la mirada a su nieta con dulzura. Ella estaba tumbada sobre la manta y permanecía observando la chimenea mientras las llamas devoraban los troncos. Se dejó mecer por la danza del fuego durante unos segundos. Él respetó su silencio hasta que Chloe decidió romperlo:

—¡Uf! Abuelo, ¡qué bonita historia!

—Es tarde, deberíamos ir a descansar. No estoy acostumbrado a estar despierto hasta tan altas horas. Recojamos la cocina, que si no tu madre se enfadará, y mañana seguimos. ¿Qué te parece?

—Claro. Aunque esta noche no voy a poder pegar ojo imaginando cómo sigue tu relato.

—Muchas veces, querida nieta, ese ser al que amamos se aleja y aprendemos a odiarlo, porque estamos heridos. Pero también somos felices al saber que esa persona ha encontrado la felicidad, aunque no sea a nuestro lado —le dijo entristecido.

—Pero ¿ella te dejó por otro hombre?

—Ains —suspiró—. Mañana seguimos.

—Quiero saber el final antes de que volvamos a casa —le habló ansiosa.

—Sí, tengo que hacerlo antes de que te vayas, necesito explicártelo —le expresó con tristeza.

—Venga, que te ayudo en la cocina.

Al cabo de media hora subieron hacia las habitaciones sin apenas hacer ruido. Si hubiesen despertado a Susan, les hubiera caído la bronca del siglo.

—Buenas noches —le susurró su nieta al oído mientras le daba un beso.

—Te quiero, nena.

—Y yooo... infinito.

Ambos cerraron las puertas de sus dormitorios. El silencio era extremo, y la calma y la alegría que desprendía Tommy en sus labios lo hicieron descansar como hacía tiempo no lo hacía.



CAPÍTULO 9

LOS REPROCHES

Al día siguiente, se levantaron con el olor del buen café que estaba preparando Susan. Las tortitas, los huevos revueltos, el beicon ahumado, las tostadas y las frutas en almíbar ya estaban sobre la mesa. Desde la ventana se podía observar la blancura espesa de la nieve que había caído durante la noche. Hacía un frío que pelaba. Susan se quedó unos segundos contemplando tal belleza y luego los llamó.

—¡Chicos, el desayuno está servido! ¡Bajad antes de que se enfríe! —gritó apoyada en la barandilla de las escaleras desde la planta baja.

Al instante ambos salieron de la habitación. En cuanto Chloe vio a su abuelo corrió hacia él y lo abrazó, emocionada.

—Muchas felicidades, joven —lo piropeó.

—¿Por qué?

—Hoy es tu cumpleaños.

—Cierto. Y lo voy a celebrar con las dos mujeres que más quiero. Tengo mucha suerte. —Le guiñó un ojo.

Los dos bajaron contentos. Su nieta le expresó lo impaciente que estaba por seguir con el relato de la noche anterior. Él amagó una sonrisa y le dijo que salía a recoger el diario. Tommy estaba seguro de que el repartidor ya lo habría lanzado hasta el porche. Una vez lo hubo hecho, cerró la puerta de un portazo y, titiritando como un flan, se sentó junto a ellas.

—Buenos días, hija. ¡Qué frío! —Abrió el diario y empezó a leer.

—¿No felicitas al abuelo?

—Claro, muchas felicidades, papá.

—Gracias, Susan —le agradeció mirándola por encima de sus lentes.

El desayuno estaba delicioso y se respiraba un ambiente sereno y tranquilo. Minutos después, esa paz se convirtió en una charla pendiente entre padre e hija. Era algo inevitable y algo que ambos sabían perfectamente que sucedería. Las recriminaciones no se hicieron esperar.

—Abuelo, ¿sabes que mamá tiene novio? Se llama James.

—Niña, calla, al abuelo esas cosas no le interesan.

—Por supuesto que me interesan, Susan —le contestó, arrugando la frente y con los ojos abiertos.

—¿Ahora sí? Vaya, qué novedad. Nunca me preguntas cómo estoy, qué tal me va y ni tan siquiera me has dicho nunca que te sientes orgulloso de mí, papá, y eso duele mucho.

—Hija, te quiero y tú lo sabes. Pero después de la muerte de mamá, todo cambió. Me volví un ermitaño de los recuerdos. Lo siento.

—La abuela no murió, se marchó. ¿No lo recuerdas, abuelo? —le dijo Chloe con sorpresa.

—No te justifiques. No tienes excusas. Desde que...

—Calla, Susan, no es el momento.

—Nunca lo es, papá. Chloe tiene dieciocho años y ya es bastante grande para explicarle según qué cosas. Te lo pedí antes de que naciera, puesto que no quería que viviera en un mar de mentiras. Pero siempre has insistido en dejarlo para más adelante. Aunque ese más adelante se ha convertido en años. Ocho exactamente, los mismos que llevo sin verte —lo apuñaló—. Siempre he respetado tu silencio y ya no puedo más. O lo haces tú o lo haré yo misma.

Chloe, que hasta entonces tecleaba en el móvil, dejó el aparato sobre la mesa y mirándolos con cara inquisitiva, empezó con el interrogatorio:

—Y bien, ¿qué tenéis que explicarme? —les preguntó, enfadada y dejando encima del plato la tostada que estaba comiendo—. Ya no soy una niña de diez años. Soy mayor para entender las cosas. No creo que lo que debáis decirme me vaya a volver una loca demente. Sé reflexionar y razonar. ¿Qué es eso de que hace años que no ves al abuelo? Y ¿cuándo murió la abuela? Porque, que yo sepa, sigue vivita y coleando.

—Y bien, hija, ¿cómo te va con él?

—De verdad... ¿Me estáis ignorando? ¡Vaya por Dios! —refunfuñó Chloe.

Susan dio paso a sus explicaciones. Esas que a ella también le ocasionaron en su momento dolor, frustración y desamparo.

—Durante mucho tiempo, después del divorcio, necesité ayuda. —Clavó los ojos en su padre—. Conocí a James, un estupendo psicólogo que me apoyó; el único que lo hizo. Por un tiempo, asistí a varias sesiones de terapia porque me estaba volviendo loca. Él me ayudó y yo me enamoré como una adolescente. Con James descubrí el verdadero amor. Una tarde, mientras tú estabas en la escuela —se dirigió hacia su hija— y yo preparaba las maletas para irnos a Boston, llegó Alice, mi mejor amiga, para echarme una mano. Mientras me ayudaba a recoger algunas cosas del apartamento, ella me preguntó si te había dicho que me mudaba. Alice estaba tocando un tema del que no me apetecía hablar. Yo negué con la cabeza. En ese momento pensé que ella y yo íbamos a tener una de esas estresantes discusiones, y así fue. Le conté que mi queridísimo padre, tú —clavó los ojos en Tommy—, al que intenté decirle lo que me había hecho su protegido yerno, apenas me escuchó y que preferiste creerle a él, así que yo decidí sacarte de mi vida. Ella intentó tranquilizarme porque me puse furiosa. Me dijo que te llamara, que hablara contigo. Ya había pasado mucho tiempo. Hizo hincapié en que la gente cambiaba y que las cosas se olvidaban. Que tal vez estabas arrepentido de todo lo que me dijiste y que quizá no te habías puesto en contacto conmigo porque temías mi rechazo. Yo le respondí con muy malhumor y le expresé que si no me llamabas era porque no te daba la gana.

En ese momento, Chloe, estupefacta, gritó a su madre:

—¿Eso es verdad? Me has estado engañando todos estos años cuando me decías que hablabas con el abuelo todos los días y sabías de él. Y cuando me explicabas que te habías escapado en tu día libre para visitarlo. ¿También era mentira? Eres... eres una falsa y una mentirosa.

Su madre agachó la cabeza. Lo que no sospechaba Tommy era que ella,

siempre que libraba en el hospital, había estado intentando localizar a su padre biológico, sin tener demasiada suerte hasta entonces. Cuando le explicaron qué hizo con aquella hermosa mujer que le dio la vida, solo soñaba con el día de enfrentarse a él. Le diría cuatro cosas bien dichas y se quedaría la mar de tranquila. Ella se sentía responsable de limpiar la imagen, la reputación y la dignidad de su madre.

—No grites a tu madre, Chloe, no se lo merece. Ha sufrido mucho. Si no te lo ha contado antes fue porque no estaba preparada y porque yo se lo pedí. Dale tiempo. Yo no le guardo rencor.

—No sé de qué diablos habláis. Me estáis haciendo perder la calma y ya sabéis que cuando eso ocurre... A ver, ¿dónde demonios está la abuela Amy? Está viva y con Frank, ¿cierto? Está con él, ¿no es así? —preguntó ella.

—Sí, ella está bien —le contestó Tommy.

—¡Buf! Menudo susto me habéis dado. Entonces, ¿de qué abuela estáis hablando? —Puso cara de póquer.

—De ninguna, cielo —contestó Susan.

—Hija, no sé qué decirte, me siento...

—¡Hellooo! Nada, vosotros a lo vuestro —Y se quedó mirándolos, procurando descubrir algo.

—Papá, no te hagas el mártir ahora. Me causaste tristeza por la manera irracional con que llevaste el tema. Harry te comió la cabeza demasiado bien diciéndote que yo era la infiel en nuestro matrimonio cuando en realidad lo era él. Y a mí no me creíste. Y todavía no entiendo por qué.

—Él me llamó y me explicó todas esas mentiras; debí escucharte a ti, eres mi hija. Lo siento.

—Y dos segundos después, te llamé yo... ¿Ya no recuerdas lo que me dijiste?

—Te he echado mucho de menos, Susan, más de lo que imaginas.

—Eso no fue lo que echaste por la boca, papá. Me dijiste: «¿Por qué le has sido infiel a tu marido? Es un buen hombre y te ama. No podrás encontrar una persona tan especial en tu vida. Eres igual que...». ¿Lo recuerdas?

—¿Habláis en código Morse? Lo de «eres igual que...», ¿igual que quién? ¿Te refieres al abuelo? Vamos, ¿qué te parece a tu padre? No entiendo. —El rostro de Chloe expresaba su confusión.

—Sí, hija —le contestó sin apenas mirarla.

—Abuelo, ¿fuiste un sinvergüenza? —le preguntó con grandes carcajadas.

—¿Lo recuerdas, papá?

—Sí, lo recuerdo vagamente.

—¿Que fuiste un bribón? —Chloe se estaba tronchando de risa.

—Todo lo que no te interesa recordar es «vago»; tú mismo te provocas esos lapsus de memoria y lo haces porque no quieres aceptar la realidad. Solo quieres escuchar lo que te interesa. Te dije que fue él quien me puso unos cuernos tan grandes que ya no entraban ni por la puerta; fue él quien me engañó, no yo. Y como si la historia no fuera contigo, me colgaste el teléfono sin más.

—Creo que he perdido el hilo de la conversación; soy incapaz de entenderos. ¿Algo que no sé y es importante? ¿Me lo vais a contar o qué? —les reprochó Chloe.

—Mejor vamos a dejar el tema, me estoy irritando —dijo Susan.

—Y bien, ¿cómo te va con James? —la reprendió Tommy.

—¿En serio? ¡Me parece indignante! —vociferó Chloe.

—Somos felices y nos va muy bien —le contó sin ganas.

—¿Me lo presentarás algún día, hija?

—Y si no te gusta, ¿qué harás? Adriana me llamó un día y me contó lo que pasó cuando aquel hombre vino preguntando por mí.

—Hice lo debido. Insinuó cosas muy feas. Contento tendría que estar. Yo lo hubiera matado, pero Adriana... —Sonrió unos segundos recordando aquel día.

—Adriana ¿qué? Creo que debiste decírmelo tú y no la asistente, ¿no te parece? —le habló mientras recogía los platos del desayuno.

—¡Madre mía! ¿Alguien va a explicarme qué está ocurriendo? Primero la abuela y ahora el hombre misterioso. Esto es de locos —gritó Chloe.

—Ve a ordenar la habitación, hija. De aquí a un rato iremos a dar un paseo por el lago —le pidió su madre.

—Que sepáis que estoy muy enfadada con vosotros —dijo mientras subía por las escaleras.

Mientras Susan recogía la cocina, estuvo cavilando toda la conversación que mantuvieron mientras desayunaban. Tommy se acercó a ella y le pidió perdón casi de rodillas. Desde luego, no fue un padre ejemplar. Lo intentó, pero no supo hacerlo. En esta historia nadie era culpable, ni tan siquiera ella. No fue Susan quien decidió nacer. Cuando cumplió la mayoría de edad, le relataron y detallaron algo que marcó su vida. La autobiografía de su madre, en definitiva, su propia historia.

—No quiero disculpas, papá, solo deseaba que me quisieras y que creyeras en mí. Mi matrimonio rompía todos los esquemas que me marqué en la vida. Yo quería lealtad, amor, sinceridad y, por supuesto, fidelidad. Pero insisto... no me creíste. Y luego... El internado. Eso no te lo perdonaré jamás.

—Perdóname, Susan, te lo pido por la memoria de tu madre.

—¿Cuál de las dos? Nuestra vida siempre ha sido una farsa para ocultar y silenciar las habladurías y esconder las realidades. No sabes lo que he llegado a sufrir desde que me explicasteis, tú y Amy, la verdad con todo lujo de detalles.

—Tú nos preguntaste y nosotros fuimos sinceros contigo.

—Durante todos estos años me he sentido una indeseada. Ahora, ya me he acostumbrado. Déjalo, papá. Hace mucho que no te veo y quiero acabar bien. Por Chloe.

El teléfono móvil de Susan sonó en ese momento.

—Disculpa. —Salió al porche—. Hola, James.

—*¿Qué tal va todo, Susan?*

—Bien.

—*No quería molestarte.*

—¡Oh! No pasa nada. Tenía muchas ganas de oír tu voz.

—*Ayer, en el trabajo, no pude dejar de pensar que tu padre biológico había muerto. Así que miré tu agenda y busqué el último número que habías marcado desde el teléfono, y vi que era de Nueva York. Seguí la pista e investigué. Busqué todos los Alan Connors y Alan Myers, apellido de su madre. Y lo he encontrado, Susan. He descubierto que es un hombre de la alta sociedad; vive en una majestuosa propiedad ubicada al norte del estado de Nueva York, en el condado de Sullivan, en la serena Bethel.*

—¿De la alta sociedad?

—*Sí, rico, influyente, poderoso... Teniendo tanto dinero, su muerte habría salido en todos los periódicos, pero no había mención en ningún diario ni en ninguna página web. Alguien te ha mentado.*

—¿Mentado? ¿Por qué? Si no está muerto, ¿crees que debería ir a buscarlo? Pero ¿por dónde empezar? Solo tengo su teléfono.

—*Y una cosa llamada Google, Susan. Cuando vuelvas, iremos a buscarlo, ¿qué te parece?*

—Claro, James. Te quiero mucho.

—*Y yo. Hasta pronto.*

Ya había dejado de nevar. Era un buen momento para airear el malhumor

que se había creado en el desayuno. Se acomodaron la ropa de abrigo y salieron a pasear por el lago. En esa época estaba precioso. Durante largo rato, el mutismo estuvo presente en el recorrido. Hasta que Chloe retomó las preguntas:

—Mamá, ¿papá te fue infiel?

—Ains, Chloe —suspiró Susan—. Tu padre es atractivo, sexi, fuerte y con un don de palabra excepcional. Eso hacía que se llevase de calle a todas las enfermeras de la planta. Todas suspiraban por estar junto a él. Aquel hombre casado que trabajaba junto a su esposa creaba un gran morbo para la conquista. Sus infidelidades se sucedían una detrás de otra. Me puso muchos obstáculos para el divorcio, pero yo insistí día tras día. Hasta que, al fin, lo conseguí.

—¿Por qué no me habías contado eso? Yo siempre pensé que se os había acabado la chispa del amor. Nunca imaginé que papá fuera capaz de hacerte algo así; si lo hubiera sabido, jamás hubiera aceptado ningún regalo de él. Ahora entiendo que lo único que hacía era comprarme con su dinero. Las cosas van a cambiar a partir de ahora. Tendrá que explicarme la verdad, y la quiero oír de sus propios labios.

—Déjalo, hija, ya pasó.

—De eso nada, mamá. Él siempre te ha culpado a ti. Me dijo que habías dejado de amarlo, de ahí la ruptura. Me mintió y no me lo merezco. Pero lo que le contó al abuelo de que habías sido tú la infiel al matrimonio... Eso no se lo perdonaré en la vida, y más cuando el único culpable de este final ha sido él.

—Lo siento, Susan, de veras; no sé qué decir. Te negué mi ayuda y te mentí; debí confiar más en ti —le dijo su padre, totalmente roto de dolor.

—¿En qué le mentiste, abuelo? ¡Bah!, déjalo, no quiero saberlo. Además, no me lo vas a explicar, ¿verdad?

—A partir de entonces, las llamadas telefónicas y las visitas semanales se fueron distanciando hasta llegar al punto en el que nos encontramos, papá. Estaba muy dolida. Fueron muchas las cosas que pasaron.

—Lo que yo decía, aquí todo el mundo más callado que la momia de Tutankamón. ¡Pues vale! —vociferó Chloe y cruzó los brazos.

—Susan, no fue así. Cuéntale la verdad a la niña. No quiero que piense que te abandoné.

—Papá, sí lo hiciste. Sé realista y no mientas; sé consciente de las cosas que han ocurrido. Mandarme dinero para subsistir no fue suficiente. Y te

aseguro que, en cuanto tenga lo que me prestaste, te lo devolveré. No quería dinero, quería tu amor. Necesitaba un abrazo, un beso, una llamada telefónica... ¡algo! He sido invisible para todos, hasta para mi propio padre. Me siento terriblemente agobiada y sola.

Chloe los miraba perpleja.

—No creo que el abuelo lo hiciera deliberadamente, mamá. Sé que hay algo que me estáis ocultando y quiero saberlo —dijo ella—. ¿Me lo vais a contar o qué?

El paseo por el lago siguió sin aclararle las dudas a Chloe. De vez en cuando, los miraba y se enfadaba más porque no le explicaban nada. Tommy y Susan no respondían, solo suspiraban. Esa tarde concluyó con miradas despechadas, llenas de dolor y arrepentimiento. Sus caras lo decían todo. Una hora más tarde estaban de vuelta en casa.



CAPÍTULO 10

¿TE PILLARON?

Tommy y su nieta pasaron casi toda la tarde jugando al ajedrez. Susan subió a la buhardilla y, sentada en el suelo y con lágrimas en los ojos, estuvo ojeando las fotos que su padre mantenía en el baúl. Rebuscando, encontró el retrato de Harry y ella en el día de su boda. En esos momentos recordó cómo intercambiaron las alianzas bajo las atentas miradas de todos los invitados y, mirándose a los ojos, se dieron el «sí, quiero». Susan se prometió ser la mejor mujer del mundo y lo intentó. Al verano siguiente, nació Chloe. Harry estaba encantado. Sin embargo, el matrimonio fue deshaciéndose gradualmente. Ella solicitó el divorcio porque los problemas que había entre ellos estaban preocupando y confundiendo a su pequeña. Y el bienestar de su hija siempre había sido lo principal. Su objetivo.

De pronto, la soledad a su alrededor le pareció asfixiante y una sensación de pérdida se adueñó de ella, volviéndose más intensa cuando su mirada recayó en una cajita de música sucia y llena de polvo perteneciente a su madre. Pensó que nunca más la vería, pero se equivocó. Sonrió con dulzura. Sin pensárselo dos veces, la cogió y la abrió para ver si contenía algo. Dentro se hallaba una bolsita de ganchillo hecha por Abby. Separó el lazo que la mantenía cerrada y, cuando lo hizo, aparecieron ante sus ojos unos pendientes brillantes y fastuosos. Había una nota. Con cuidado, intentó desplegarla sin que se rompiera. El papel era viejo y estaba en mal estado. Leyó el escrito: *Para Susan*. Era la letra de su padre. «¿Por qué no me los ha dado?», se preguntó. Los cogió con delicadeza y se acercó a un viejo espejo que había en la buhardilla. Con el puño, limpió como pudo un pequeño cerco para poder verse. Se los colocó y se miró. Eran de su madre, sin duda. En ese momento recordó que el día que ella los abandonó los llevaba puestos. Limpió cuidadosamente la cajita de música y se la llevó a su habitación. Se recogió el cabello en un moño alto, no quería mojárselo. Se quitó la ropa y se dio una ducha rápida. Cuando acabó, cogió una mullida toalla blanca que colgaba de una percha cercana y procedió a secarse el cuerpo. Se puso un chándal azul marino con una camiseta blanca y se calzó unas zapatillas de felpa de andar por casa. Respiró profundamente y se sentó en la cama. Cogió la cajita, la mimó con la mano y en ese momento recordó cómo había recibido la noticia de que su padre biológico había muerto.

—*Residencia Connors —la atendió una mujer, que supuso que era una criada.*

—*Hola, disculpe la molestia, pero quiero saber si es la casa de Alan Connors.*

—*Así es. ¿Qué desea?*

—*Mi nombre es Susan Collins. Bueno, en realidad es Susan Connors.*

—*Espere, ¿cómo ha dicho que se llama?* —*volvió a preguntar, aunque, por su tono, ya sabía la respuesta.*

—*Susan, la hija de Alan.*

—*Espere un momento. —La mujer tapó el auricular, pero, así y todo, pudo escuchar—: Dice que es la hija del señor Connors. ¿Qué le digo?*

—*No puede ser, ya lo cojo yo. Soy la señora de Alan.*

—*Quiero hablar con él.*

—*Lo siento, pero no va a ser posible. Ya es demasiado tarde.*

—*Claro, puedo volver a llamar mañana si les viene mejor.*

—No, señorita, no me ha entendido. ¿No sabe lo de su enfermedad?

—Espere... Me está diciendo...

—Lo siento. —Y colgó el teléfono.

Tras hacer una valoración rápida de lo que había sido para ella aquella experiencia, miró el despertador que estaba sobre la mesita de noche al lado de su cama y, con asombro, vio que se le había ido el santo al cielo, ya eran las nueve de la noche y todavía no había preparado la cena. Se soltó la melena y bajó a la cocina.

Comieron algo ligero, no tenían demasiado apetito. Después de una tarde llena de remordimientos y aclaraciones, solo les apetecían unas verduras frescas que Tommy había recogido esa misma mañana en su cuidado huerto del invernadero. Él, los fines de semana, después de una larga semana en el establo lechero, se ponía un pantalón viejo, un jersey roto y un sombrero de paja. Agarraba las herramientas con sus viejas manos y cuidaba con esmero y cariño su pequeño cultivo. Esos mimos que le dedicaba eran más sanos que su propia mente. Esta le jugaba malas pasadas. Las visiones y recuerdos de su pasado lo torturaban constantemente. Trabajar en su pequeño vivero le suponía un gran alivio.

También tenía un corral con unas gallinas que ponían unos huevos de doble yema que todos sus vecinos catalogaban de excelentes. Incluso conejos que criaban sin cesar. En otra demarcación se encontraban sus vacas, esas que le daban la perfecta, adecuada y pura leche para elaborar sus propios quesos. La venta de quesos había hecho que Tommy pudiera disfrutar de una vida tranquila y desahogada esperando lo que él deseaba: su muerte. Ciertamente era que daba las gracias cada mañana cuando abría los ojos, pero su existencia no era la predestinada para él. En muchas ocasiones eso era lo que pensaba.

«Qué vueltas da la vida, cómo puede, en cuestión de segundos, minutos, horas, cambiar todo. Yo debería estar muerto. ¡Qué cosas! Pero sé a ciencia cierta que ellas dos se sienten orgullosas de mí». Alzaba la vista al cielo y les lanzaba cada día un tierno y sonoro beso.

Tommy subió a la habitación. Quería estar algo más cómodo. Seguro que le esperaba una noche de largas historias junto a la chimenea. Su nieta Chloe salió en busca de huevos al corral. A Susan se le había antojado hacer galletas y los precisaba para tenerlas listas y recién horneadas cuando se levantaran. Esa noche volvió a nevar mucho en el condado. Una vez que Tommy se puso ropa más confortable, se dispuso a bajar al salón. Se sentó en el sillón y, leyendo un libro, esperó con sosiego a su nieta.

Pasaron unos minutos antes de que ella entrara por la puerta. Eso de ir al corral no le gustaba demasiado. El olor que desprendía el lugar le producía unas tremendas arcadas. Por tanto, antes de entrar, se colocaba un pañuelo de gran tamaño y anchura que rodeaba el cuello con tres vueltas. Tapaba así su boca y solo se podían distinguir aquellos ojos magnos de color verde. Ese era su método infalible, de esa forma evitaba el mal olor. Ella creía que todo ese tufo después se impregnaba en su cuerpo, por eso, cuando regresaba a casa, lo primero que hacía era ir directa y más rápida que un rayo hacia la ducha y, *a posteriori*, se tomaba una manzanilla que su madre siempre le tenía preparada. Ella sabía muy bien que ir al corral le ocasionaba después un tormentoso malestar. Susan siempre le decía que la vida estaba repleta de obstáculos que se debían vencer, que era una prueba de lo que la esperaba. «¡Chorradas!», le respondía ella. Entró helada de frío y con exagerados temblores. Eso hizo que de las manos se le resbalaran algunos de los huevos.

—Santo Dios, la que me va a caer —susurró, mirando hacia la cocina donde se encontraba su madre.

Una de dos, o Susan se hizo la loca... o posiblemente no la había escuchado.

«¡Uf! No se ha enterado. Y bien, ¿cómo cierro ahora la puerta?», caviló mirando de un lado a otro. No le quedaba otra, cogió impulso y de un solo empujón cerró la puerta con el pie, lo que causó un estruendo que retumbó en las paredes del recibidor.

Desde la entrada, vio al abuelo que estaba la mar de cómodo en el sillón. Él solo movió la cabeza y rápidamente cogió el diario local para cubrirse el rostro. Le iba a dar un ataque de risa, aquella jovencita era todo un caso.

Viendo que su madre no salía a su encuentro y que ni tan siquiera alzaba la voz, se dirigió hacia la cocina, donde ella la esperaba con la mirada fija en el fregadero.

—Chloe, ¿qué te he dicho sobre cerrar las puertas así? Tienes una manía muy fea, no me gusta y lo sabes —le dijo en tono suave.

—Perdón, mamá. Se me han caído algunos al suelo —apuntó mientras colocaba aquellos huevos tan frescos como la noche en la cestita que debió coger antes de salir a buscarlos—. ¿No estás enfadada? —le expresó sorprendida.

—No, pero otra vez pides ayuda si tienes las manos ocupadas. Anda, quítate el abrigo y cuélgalo bien, y, por favor, no lo dejes por el suelo. Otro de

tus malos vicios. ¿De quién habrás heredado esa mala costumbre? Mía no, está claro.

—Creo que del abuelo, mamá. La bisabuela Abby también se ponía como una loca cuando él lo hacía.

Susan negó delicadamente con la cabeza. No quería que Chloe advirtiera uno de sus secretos. Ese se lo reservaba a su padre. Él se lo contaría. Ocupó la mente con otros pensamientos y cambió de tema en milésimas de segundo.

—Anda, torpe, ve a limpiar ese desastre antes de que salgan los polluelos.

—Mamá, no digas tonterías, que ya no soy una cría —le recriminó.

Mientras Chloe recogía el estropicio, meditó por qué no la había sermoneado.

«¡Vaya! U hoy es mi día de suerte o mamá está de buen humor. Y creo que sé la razón: ella es feliz porque tiene a su James, que la lleva en bandeja de plata, por no decir de oro. Aunque a veces ese hombre me agobia, es un pesado. Besitos por aquí, besitos por allá. En ocasiones, me entran ganas de gritarle y decirle: «dale el último besito de los besitos, por favor, arggg...», pensó sonriendo.

Una vez limpió el desaguisado, decidió darse una buena ducha. Mientras subía por la escalera, iba olfateando su ropa y su melena rubia y generosa.

—¡Por Dios! Huelo a cerdo, con el perdón de ellos. ¡Bien buenos están!
—Rio.

Minutos después bajó ya con aroma a rosas, se tomó la manzanilla para asentar su estómago revuelto y fue en busca de su abuelo.

En la cocina, Susan ya estaba acabando de recoger. Se lavó las manos, se puso crema en ellas y se quitó el delantal, colocándolo detrás de la puerta. Por fin había acabado un día intenso. Se sentía un poco fatigada, por lo que decidió retirarse.

—Papá, me voy a dormir. Buenas noches, Chloe —le dijo al besarla—. No dejes que el abuelo suba muy tarde, necesita descansar.

—¿No le das un beso? —preguntó a su madre con las manos en las caderas e indicándole con la cabeza.

Tommy sabía que eso la incomodaba. Hacía ya tiempo que no lo besaba, así que le restó importancia y se levantó del sillón hacia ella.

—Ven aquí, mi niña, dame ese beso y un abrazo.

—¡Yaaa, papá! Con un solo beso basta —expresó.

En ese momento Susan se recogió el pelo en una coleta, pues se había

acalorado con el apretón que le había dado su padre, y dejó al descubierto los pendientes que debía haberle entregado.

—James no se va a enfadar porque el abuelo te robe un beso —le indicó Chloe con burla.

Tommy se quedó mirando las orejas de su hija atentamente. Scott, su padre, se los entregó un día y él los guardó. Debió habérselos dado, pero el dolor y el sufrimiento que sentía eran tales que ya nunca más se acordó de ellos.

—¿De dónde has sacado los pendientes, Susan? —quiso saber.

—¿Acaso no son míos?

—Sí, son tuyos.

—¿Por qué los tenías escondidos?

—No estaban escondidos, hija. Debí dártelos hace mucho tiempo. Pero... —Se sintió fatal y agachó la cabeza. No recordaba dónde los había dejado—. ¿Dónde estaban? —musitó.

—En una cajita de música.

—Te quedan perfectos. Ahora son tuyos. Te pertenecen. Siempre deberían haber estado en esas orejitas.

—Ya —respondió Susan un tanto indignada.

—Oh, mamá, ¡qué bonitos! —Chloe la miraba sonriente.

—Buenas noches. Os dejo, que seguro que el abuelo tiene que contarte miles de cosas, ¿verdad, papá? —le recordó.

Él, cabizbajo, asintió.

—Que descanses, mamá, te quiero.

Tommy y Chloe se quedaron mirándola mientras subía por las escaleras hasta que desapareció.

—¿Estás preparada?

—Pues, la verdad, abuelo, me gustaría saber más las razones por las que mamá y tú estáis tan distantes... Pero sigue con la historia.

—¿Dónde nos quedamos ayer? Ah, ya recuerdo. Esa noche, cuando llegué a casa, mis padres estaban leyendo en el sofá. Los vi por la ventana, así que tuve que entrar por la parte trasera para que no me oyeran, pero el perro me descubrió.

—¿Te pillaron?

—¡No! Por suerte, me descalcé, me alboroté el pelo y me desvestí, quedándome en pijama. Abrí la nevera y vertí en un vaso un poco de leche. Justo entonces, mamá encendió la luz de la cocina.



—¿Por qué ladra el perro?

—Ya sabes, mami, siempre que abro la nevera se coloca debajo de ella por si cae algo —le dije sonriendo. El corazón me iba a saltar en pedazos.

—Tommy, es muy tarde, deberías estar durmiendo.

—Sí, mamá, ya voy.

—Espera, hijo.

Mi madre abrió uno de los armarios de la cocina porque quería confirmar que esa noche me había dado la medicación.

—Nada, vete a dormir. Te quiero, enano mentiroso —me habló combinando la expresión con el parpadeo de sus ojos vivarachos.

«¿Por qué me habrá llamado enano mentiroso?».

Mi curiosidad pudo más, por lo que me quedé escondido y la observé. Mi madre se sentó al lado de su esposo, le cogió la mano y, con mirada triste, entabló una conversación. Ahí descubrí que no era tan listo como me creía.

—¿Ha escondido de nuevo la ropa en el horno? —le preguntó Scott.

—Sí, cielo. Ya la recogí.

—¡Este chico! En serio, Abby, no sé cómo no se ha dado cuenta de que sabemos de esas escapadas. Me pregunto si vuelve a la cocina a recoger la ropa que deja allí.

—Ya, pero es un niño. Sabes que es un desastre.

—Deberías regañarlo. La ropa no se deja en esos sitios.

—No quiero agobiarlo con esas tonterías. Me preocupa mucho más que le pueda ocurrir algo estando ahí fuera.

—Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. No pienses tanto.

—Quiero que sea feliz, pero sufro cada vez que sale.

—No te preocupes. Chloe lo cuidará muy bien. Es una doctora excelente. Puedes estar muy tranquila —expresó socarrón—. Además, recuerda que esos zapatos dorados que lleva puestos cada vez que viene a ver a Tommy son *mágicos* —añadió con cara burlona, y ambos sonrieron.

—¡Ay, Scott! Si no fuera por ti, que siempre me reconfortas con tus palabras, no sé qué haría —le contestó con ironía.

Pese a que me habían descubierto, subí a la habitación canturreando y feliz. Me cambié de pijama, el que llevaba estaba empapado. Me fui al cuarto

de baño y me lavé muy bien los dientes. Mi madre siempre me decía: «Dientes sanos, vida sana. Si no lo haces, se te caerán todos ellos y tendrás que comer papillas». Por supuesto, yo no quería quedarme mellado antes de tiempo. Cuando terminé con mi higiene bucal, me los miré en el espejo. En ese momento, abrí los ojos como platos y me quedé absorto observando mi cara. En mi rostro habían quedado marcados los labios de Chloe. A ella le encantaba pintarse los morritos. Investigué toda mi cara, la nariz estaba como un pimiento morrón a causa del frío que esa noche hacía en Boston. Estaba tan roja como la sangre que me extraía el doctor en sus analíticas para comprobar que todo marchaba bien.

—¡Mierda! —exclamé mientras me limpiaba con agua y jabón. Los restos de carmín se resistían a desaparecer.

Cuando acabé, me esparcí por todo el rostro una crema hidratante. Ese cosmético me dejó la cara blanca y muy pegajosa. No hubo manera de que desapareciera. Me pasé con la aplicación. Me reí al verme en el espejo, había dejado zonas de mi cara sin cubrir, parecía una momia real. Solo me faltaba ponerme vendas por las piernas e ir subiendo hasta llegar al cuello.

—¡Soy una momia! —grité mientras caminaba con pasos vacilantes y los brazos extendidos. Y empecé a reírme de nuevo.

Poco después me acosté, ya era muy tarde. Me costó dormirme, por lo que empecé a recordar el bonito, pero álgido, paseo. En mi cabeza aparecieron imágenes que hacían que mis labios se extendieran con una amplia sonrisa de felicidad...

Ella estaba preciosa allí sentada con su gorro de lana. Permanecimos con las manos cogidas y apretadas, pues hacía mucho frío y se nos empezaban a quedar tan congeladas como un iglú en el Polo Norte.

—¿Cómo pueden vivir los esquimales dentro de esas casas hechas de hielo? Debe de hacer mucho frío, ¿no te parece? —curioseé.

—No tienen dinero, son pobres, y con todo ese hielo que tienen deben sacarle algún provecho, y qué mejor idea que construir iglús, son gratis. Por lo menos, no pagan hipoteca, que da muchos dolores de cabeza, mamá lo dice a diario. También debe ser porque comen mucho pescado. —Me miró de reojo.

—¿Y qué tiene que ver el pescado con todo esto? —Enarqué una ceja.

—No sé —dijo, encogiendo los hombros y haciéndose la despistada.

La cuestión es que todo lo que me decía, yo me lo creía.



Chloe miraba divertida al abuelo mientras este le contaba la historia. Un brillo iluminó sus ojos y la boca se le ensanchó con una amplia sonrisa. Ella era alguien muy importante y especial para él.

—Qué bueno, ¡qué inocentes erais!

—Y no sabes lo felices que éramos entonces...

—Abuelo, ¿te apetece una taza de chocolate?

—Estupenda idea, me vendrá bien.

Ni diez minutos pasaron cuando su linda nieta regresó con dos tazas repletas de chocolate espeso y caliente.

—¡Qué olor más rico! —confirmó él.

—Abuelo, venga, desembucha —le habló a la vez que daba sorbitos al humeante y espeso dulce—. ¡Estoy muy nerviosa! Cuenta, cuenta.

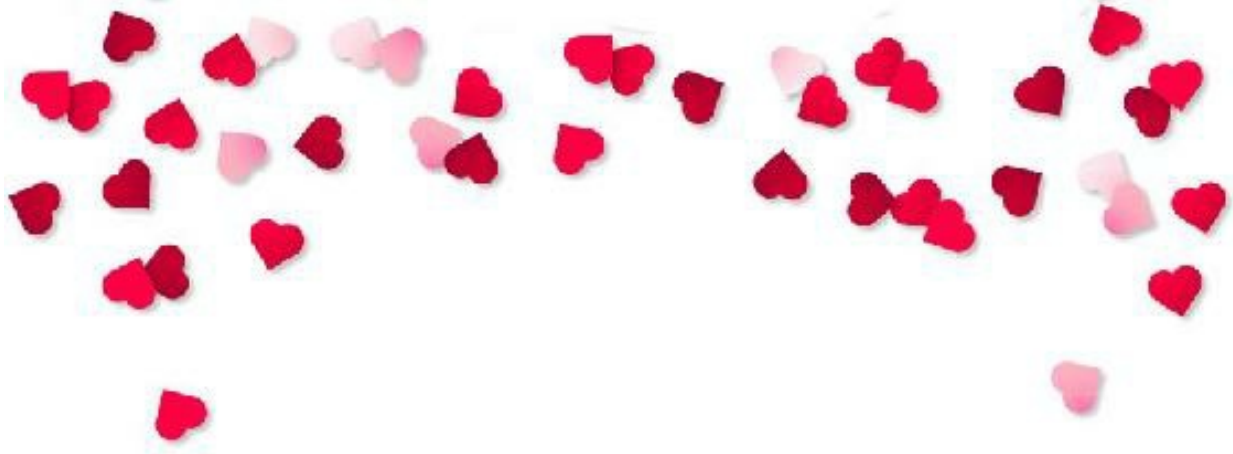
Tommy asintió y le hizo un gesto con la cabeza. Aquella voz siempre le producía una extraña corriente eléctrica por todo su cuerpo y de nuevo aquella hermosa risa llenaba sus oídos. Se colocó las lentes, dejó el tazón con extremo cuidado encima de la mesita y suspiró profundamente, contando en su interior hasta tres. Una vez que lo hizo, pensó en lo poco que quedaba para el desenlace de la verdad. Esa verdad que podía ser destructiva y dañina. Mientras se mantenía sumergido en esos pensamientos recónditos, contemplaba embobado y pesaroso a Chloe.

«¡Demonios! Cada día se parece más y más... a...».

Su nieta lo despertó del sueño.

—Abuelo, que nos dan las uvas. Anda, dale caña.

Tommy bajó a la tierra azorado. Le guiñó un ojo e inició otro capítulo.



CAPÍTULO 11

Al oeste del Lago Champlain, Vermont, invierno de 1960

Me convertí en un muchacho al que se le estaba privando de toda una vida. Ahora era consciente de mi enfermedad. Muchas noches en mi cama me preguntaba: «¿Por qué a mí? Dios mío, escúchame, Chloe se merece un hombre sano y yo quiero mimarla, cuidarla y darle todo aquello que se merece, y lo que más deseo en este mundo es envejecer a su lado. Por favor te lo pido, no me prives de algo tan sencillo para ti».

Pavor me daba imaginar que podía perderla, pero estaba escrito, era mi destino: morir antes de cumplir los veinte años. Ni tan siquiera el trébol de cuatro hojas me había concedido mi ansiado deseo.

Yo siempre había pensado que era un ser ególatra. Si ella se quedaba junto a mí, jamás se cumplirían sus deseos. Mantenerla a mi lado era un grave error. Chloe era una mujer inteligente, guapa y tenía muchos planes y sueños. Deseaba casarse y tener una familia numerosa, pero eso yo no se lo podía ofrecer. Lo veía como algo irreal y engañoso. Yo no podía prometerle algo así. En ocasiones, ella me decía: «Siempre juntos, hasta llegar a viejitos. Caminaremos juntos agarrados del brazo, uno al lado del otro, aunque sea con un bastón».

A medida que yo iba creciendo, fui dándome cuenta de por qué mi madre siempre lloraba a escondidas en su habitación y por qué mi padre faltaba tanto en el restaurante. Sufrían por mí, y ahora era capaz de interpretar todas esas situaciones que abatían y mortificaban a mis progenitores desde que cumplí los dos años. Cuando tuve uso de razón, a mí también me inquietaron. A partir de entonces, rara era la vez que no venía a mi cabeza esa palabra maldita: muerte. De pequeño, poca importancia le di —algo normal a esa edad—, la infancia es lo que tiene: comer, dormir, jugar, divertirse y poco más.

Pero ahora era mayor, un hombre hecho y derecho, y todo había cambiado. La muerte, qué lamentable y desgarradora palabra... Sabía perfectamente qué significaba. Ese indeseable término, cuando se instalaba en mi cabeza, desencadenaba lágrimas, desconsuelo y sueños rotos. Yo no quería que las personas que tanto me amaban se afligieran y se angustiaran, por eso odiaba hasta el infinito ese destructor final que solo en sí era la última etapa del camino. La ruta para seguir viviendo. Yo intentaba con todas mis fuerzas desterrarla de mis pensamientos. Era demasiado joven, no era justo que me quedara a medias con todo y con todos. No quería morir.

«Yo quiero vivir, todas las personas queremos seguir viviendo», pensaba.

Esa era la razón por la que espontáneamente consideraba la muerte como el mal mayor de mi existencia. El mal más espantoso que existía simplemente porque con ella se acababa la vida. No le temía al hecho, pero sí a su inmortalidad. Estaba cansado de ser Tommy, pero tampoco me permitiría rendirme. Antes de irme, tenía muchas cosas por hacer, demasiadas.

Cuando me miraba al espejo, no me reconocía. Veía a un ser extraño y diferente a los demás. Las ojeras negras que se marcaban bajo mis ojos me daban el aspecto de un chico enfermizo. Era como un zombi viviente. Me había tocado a mí. «¡Qué le vamos a hacer!», me decía. Tampoco quería imaginarme finales, sino que debía construir unos principios donde cimentar

momentos de felicidad que fueran capaces de eclipsar cualquier adversidad y malos pensamientos. No se trataba de encontrar una salida. Todo llegaría a su debido momento y cuando Dios quisiera. Tenía que asumirlo, no me quedaba otra. Solo era cuestión de tiempo.

Con diecisiete primaveras recién cumplidas, contaba cuánto restaba para el trágico final, ese que me auguró el doctor Lewis. Mis esperanzas se desvanecían. Aprendí a tragarme las preguntas porque, en realidad, ¿de qué me servían si en el fondo me daban miedo las respuestas? Debía permitirle un descanso a mi subconsciente, pero era incapaz de hacerlo.

Pasé a ser un adolescente muy atractivo para las chicas, pero yo solo tenía ojos para Chloe. Ella era mi vida, mi todo... Mi rostro, aunque pareciera achacoso, era como el de un ángel. Desprendía cariño, amor y ternura. Tenía un hoyuelo en la barbilla que, cuando sonreía, derretía y cautivaba a mi bonita novia. Pestañas largas e intensas, pelo castaño y unos ojos penetrantes de color azul que, cuando fijaba la mirada en mi preciosa, la dejaban fuera de combate. Lástima que esos luceros a veces se sintieran afligidos y húmedos. Las lágrimas emergían constantemente de ellos, como una noche de tormenta furiosa. Tenía una constitución delicada, pero no se advertía porque siempre sabía cómo vestirme. Cuando estaba al lado de mi bella prometida, y junto a nuestros amigos Duncan y Amy, se paraba el tiempo. Ellos me hacían olvidar todo cuanto me ocurría. Ellos eran mi salvación.

Una noche, mientras me mantenía a la espera del sueño, gané una batalla dentro de mi cabeza. No pensé en la muerte, pero tuve una pesadilla monstruosa con un hombre de bigotes largos. Me desperté asustado, sin saber dónde me encontraba. Fue un comienzo de día de lo más extraño. En casa, mis padres todavía no se habían levantado. Me arreglé y me marché al instituto sin desayunar.

Tenía ganas de cruzar la calle e ir en busca de Chloe. Necesitaba describirle aquello tan extremadamente raro que había soñado. Ella siempre me escuchaba, y eso a mí me alentaba y calmaba la ansiedad que me oprimía el pecho. Si no hubiera sido por su apoyo, ese que me daba sin pedir nada a cambio, casi seguro que hubiera explotado antes de lo previsto. Ya de camino al instituto junto a ella, comencé a narrarle tan aterrador sueño.

—No me importa luchar contra mi enfermedad mientras que siempre permanezcas a mi lado, Chloe. Tú me das las fuerzas necesarias para seguir de pie en esta guerra.

—Tommy, los dos juntos contra todas las adversidades —me dijo.

Nos cogimos de la mano con fuerza y nos mantuvimos la mirada unos segundos. Sabía que ella me decía la verdad. A mí me pareció de lo más maravilloso y mágico. Hubiera querido permanecer así para siempre, y en ese momento pensé que el mundo y la vida podían seguir adelante si estábamos juntos. Nada podía pasarme si ella estaba a mi lado.

En realidad, yo era la víctima, pero me sentía como si fuera un asesino. Un asesino por meter en esa mierda a Chloe, ya que estaba siendo injusto con ella. No es un crimen enamorarse, pero en alguno de los casos —como ahora el mío, que no tenía remedio ni futuro— era lo peor. No obstante, si algo tenía seguro era que mi amor por ella sería eterno. Me sentía un ser sucio, despreciable y codicioso. Inconscientemente la obligaba —o eso imaginaba— a que mantuviera mis mismos pensamientos; con ese egoísmo y actitud que yo sostenía, no le estaba dando la oportunidad de encontrar la felicidad. Ella se merecía ser dichosa, pero sin pretenderlo le estaba haciendo daño. La hice esclava de mi enfermedad.

Lo único que yo deseaba era oler cada molécula de su cuerpo, rozar con las manos su piel y regalarle toda mi vida, aunque mi existencia a veces se desajustaba, como un reloj viejo, y con ojos tristes la miraba y la volvía mirar. Nunca me cansaba de ello. En muchas ocasiones, cuando paseábamos por las noches por el lago, nos tumbábamos sobre la hierba y suspirábamos contemplando el cielo. Yo le comentaba que, esa noche, las estrellas brillaban mucho más, y ella me respondía: «Brillan por todos los días que aún no hemos vivido».

Pero al día siguiente nada había cambiado. Me despertaba sofocado, me costaba respirar, tosía y me lamentaba. Me daba cuenta de que seguía con una mochila cargada de obligaciones y responsabilidades a mi espalda, como cualquier persona adulta. Quería vivir, fuera como fuese, para estar junto a ella. Deseaba llegar hasta el final del camino, filtrándome a través de la luz blanca —esa que mucha gente decía haber visto—, y si era con ella, mucho mejor. Eso significaría que mi sueño se había cumplido.

Yo tenía algo claro y era que si me caía, me volvería a levantar, porque mantenía la esperanza de que, algún día, la vida me diera una nueva oportunidad. Había días que me sentía poderoso, no entendía por qué o si eso significaba algo. Solo sabía que ese día podía volar y estaba seguro de que me llevaría a un viaje increíble y fascinante.

—¿Sabes qué soñé anoche? —le dije.

—¿Qué soñaste?

—Que volaba. Volé tan alto que el azul del cielo desapareció ante mis ojos volviéndose oscuro. Me sentía libre y mi cuerpo flotaba en el aire. Era impresionante.

Dos meses después...

Como todos los días, recogí a Chloe y nos dirigimos al instituto, el cual se encontraba a varias manzanas de mi casa. Cuando regresé me extrañó el silencio que reinaba, por lo que me anuncié.

—Mamá, ya he vuelto. —No obtuve respuesta alguna.

Fui a la cocina, miré en el salón y, al no encontrar a mi madre, subí hasta su habitación. Encima del escritorio había una nota escrita por mi padre en la que me decía que tardarían algo en llegar, que estuviera atento al teléfono, pues me llamaría. Pero no se acordó de hacerlo.

«¿Qué habrá pasado? Él debería estar trabajando», pensé.

Oí el motor de un coche, aparté la cortina que colgaba de la ventana y vi cómo salían del automóvil mis padres. Bajé a toda prisa por las escaleras. Cuando ellos abrieron la puerta, yo ya me encontraba en la entrada. Fijando la mirada en ellos, les pregunté:

—¿Dónde estabais? Me teníais preocupado. Mamá, ¿qué ocurre? ¿Has llorado?

—Hijo, tengo que explicarte algo. No sería justo para ti que me vaya y no haberme despedido de ti.

—¿Qué estás diciendo? ¿A dónde vas? Me estás asustando, mamá.

—Vamos al salón —nos pidió mi padre.

Una vez sentados, mi madre me cogió de la mano; mis ojos reflejaban terror.

—Estoy enferma.

—¿Cómo de enferma? ¿Un catarro?

—No, es algo mucho peor.

Ese día me contó todo lo que el doctor Lewis le refirió sobre su enfermedad. Yo no podía creer lo que estaba oyendo.

—*Abby, el tumor que tienes está afectando a tu médula espinal y está creciendo. Tienes metástasis y el cáncer se está propagando. Por eso te encuentras más cansada de lo normal y tus dolores son más intensos e inaguantables. Créeme, siento no poder darte mejores noticias.*

—*Y... ¿cuánto tiempo me queda?* —preguntó la señora Collins.

—Es un cáncer muy agresivo, Abby. Semanas, quizás meses, es difícil decirlo.

—Además de perder la vista, ¿puede decirme qué más me va a pasar?

—Probablemente primero perderás el equilibrio, después se te debilitarán los músculos, luego, la memoria y el habla. Al final, todo será bastante rápido.

Se hizo un silencio absoluto. Scott miraba a su esposa sin creer aquellas palabras que estaba diciendo el doctor. Él le había explicado que era una enfermedad dura, pero no se imaginaba que pudiera perderla tan pronto. Suponía que aquellas medicinas que tomaba estaban haciendo su efecto y, sin duda alguna, combatiendo su enfermedad. Pero eso era pedir un milagro, otro que la vida no le ofrecía. Él deseaba ver aquella dulce sonrisa cada mañana al despertar y no utilizar mil pañuelos enjugando sus ojos.

—Espere, ¿no hay cura? —inquirió el señor Collins—. Primero, Tommy y ¿ahora ella?

—Ya te dije hace tiempo lo que padecía tu mujer, Scott. Ese tumor en su cabeza avanza sin que podamos hacer nada por remediarlo.

—Entendido. Bueno, aunque me encantaría quedarme aquí hablando de tumores, tengo que seguir viviendo.

Mi madre me miró directamente a los ojos.

—¿Cómo has podido ocultarme durante tanto tiempo algo así? —le dije.

—No queríamos que afectara a tu corazón —confesó con pena.

—¡Por Dios, mamá! No quiero que te mueras. Te necesito como al aire que respiro. No puedes dejarme solo —le expresaba mientras la abrazaba fuertemente.

—Mírame. —Me levantó la barbilla—. Estará papá y te va a necesitar mucho.

—Lo sé, mamá —contesté, agachando la cabeza.

—Tommy, solo le pido a Dios que llegue una cura para tu corazón. Eso es lo que deseo más que nada en este mundo y, sobre todo, verlo con mis propios ojos. Pero si no llega y no lo veo antes de partir, tenéis que prometerme los dos que os ayudaréis y os cuidaréis. Prometédmelo. Debéis hacerlo por mí.

—Sí, mamá. Te lo prometo.

—Abby...

—Prométemelo, Scott —le rogó.

—Te lo juro, cielo, te lo juro.

Mi madre murió dos meses después. Lo pasó muy mal. Esa enfermedad que tenía la imposibilitaba cada día en sus quehaceres y actividades rutinarias. Por momentos, un nuevo achaque aparecía y algún órgano quedaba afectado. Sus ojos eran tan azules que casi podías verte en ellos, pero ahora vagaban perdidos por toda la habitación. Aun así, creo que se dejaba guiar por el corazón, y él le decía lo representativos y especiales que fuimos en su vida. En aquel momento, de su boca surgían mensajes que, por mucho que mi padre y yo lo intentáramos, no éramos capaces de descifrar, y mucho menos de interpretar. Cuando perdió la memoria fue lo más triste y lúgubre que vivimos. Llorábamos apenados y desgarrados por el dolor. Para ella éramos unas personas extrañas y raras. Ya no nos reconocía.

Un mes después del fallecimiento de su esposa, mi padre mantuvo una charla conmigo. Me dijo que me necesitaba más que nunca y que quería estar a mi lado todo el tiempo que le fuera posible. Así que me expuso lo que pretendía hacer. Era el momento de salir de aquella casa para huir del abatimiento y del sufrimiento. Quería vender los restaurantes e iniciar una nueva y renovada vida en el lago, algo a lo que mi madre siempre se había negado. Mi padre era consciente de que si ella viviera, no lo aprobaría y de nuevo se cerraría en banda para quitarle de la cabeza esa tonta idea, pero ella ya no estaba. Ambos nos dimos nuestra palabra de cuidarnos y ayudarnos el uno al otro. Las promesas eran para cumplirlas y no para infringirlas.

—Papá, ¿recuerdas que un día te dije que había hablado con mamá?

—Cómo olvidarlo.

—Una noche, antes de volver a casa, me sentía solo y perdido. Salí a pasear con mi coche y..., pensarás que me he vuelto loco, pero imaginé que mamá estaba sentada a mi lado. Le hablé y ella me contestó. Parecía tan real... Después, supe lo que tenía que hacer.

—Irnos a vivir al lago.

—Sí, papá, eso fue lo que me dijo ella. Me estuvo diciendo que los sueños a veces se pueden cumplir, aunque el suyo no pudo ser. Y que tuviera suficiente coraje y fuerza para esperar el mío, porque me aseguró que llegaría. Me habló de ti. Me insistió y me exigió que cumplieras el tuyo.

—Entonces, ¿estás de acuerdo, hijo?

—Claro, papá, se lo debemos a mamá. Sé que nos está ayudando desde donde esté. Hablaré con Chloe, ella lo entenderá.

—Te quiero, Tommy. Eres todo lo que me queda.

—Yo también te quiero, papá.



CAPÍTULO 12

LAS DUDAS

Una noche, y como ya era habitual, Chloe y yo salimos a pasear por el lago. Hacía viento y el ambiente era fresco. Ella llevaba un atuendo liviano. Yo, muy atento, le presté mi chaqueta que, con mucha delicadeza, coloqué encima de sus hombros.

—Gracias, cariño —me dijo.

—Tienes una manía muy fea. Deberías coger una chaqueta antes de salir. Algún día cogerás un buen catarro —le advertí.

—¡Qué vaaa...!

A ella le encantaba coquetear y lucir su esbelta y contorneada silueta. Le gustaba que yo la piropeará.

—¿Es qué no te gusta lo que ves? —me preguntó picarona.

—¡Cómo no me va a gustar! Estás increíble.

—Gracias —me contestó con un guiño de ojo.

La tela vaquera se amoldaba a sus piernas de un modo delicioso. Llevaba unas botas altas de color marrón y una camiseta fina y transparente de color blanco. Uno de los tirantes se dejaba caer de forma sensual bajo mi atenta mirada, y eso me volvía loco. Debía admitir que, en conjunto, estaba de muerte. Toda ella estaba para lamerla de los pies a la cabeza, sin prisa alguna.

Mientras paseábamos cogidos de la mano, estuve pensando en la suerte que tenía. Chloe llenaba todos aquellos agujeros negros que había en mi vida, espacios en los que debía enfrentarme a mis miedos y aunque sabía que debería exponérselos sin temor, seguía sin tener agallas. La razón era que no quería perderla porque la amaba. La teoría era muy sencilla: debía dejarla volar, solo así encontraría la felicidad. Sin embargo, seguía ahí, de pie y apretándole la mano. Tragué saliva varias veces, nervioso. Tenía la boca seca. Me quedé mirándola y me sentí estúpido y violento. Ella se dio cuenta y, con gesto tranquilo, me sonrió. Rozó mis labios con sus dedos y me dijo:

—Tommy, no digas nada.

Llevé la mirada a esa boca de pecado, después alcé la vista hacia sus ojos verdes y me acerqué aún más ella. La atrapé por la cintura e hice que los pies de Chloe se despegaran unos centímetros del suelo para darle un beso apasionado a esos morritos rojos, delineados y carnosos. Negándome a soltarla, le expuse:

—Eres todo lo que quiero en esta corta vida, mi cielo.

Ella me contestó con una sonrisa y me regaló el más tierno ósculo que pudiera nacer de cualquier boca. Yo me estaba abrasando, y si aquello no era tensión sexual, que me partiesen en dos, pensé. Ese mimo que me dio fue sincero y vibrante, tanto que me derritió.

—Tommy, escucha bien lo que te voy a decir. Mírame —me rogó—. Lucharemos juntos contra esta enfermedad. ¿Te ha quedado claro? —me dijo con voz dulce.

—A veces se me hace difícil no pensar en ello. Lo siento, he hecho que te preocupes. Cambiemos de tema, ¿vale?

Chloe me lanzó una de esas miradas que siempre habíamos compartido y que nos conectaban de una manera muy especial. No nos hacían falta las palabras. Nos entendíamos a la perfección. Seguimos hablando hasta bien entrada la noche y, cuando nos marchamos, la acompañé hasta su casa.

Yo era tan feliz... Pero todavía no tenía muy claro por qué arrastraba a Chloe hacia mi abismo, ¿o sí lo sabía? Me ponía celoso cada vez que

imaginaba a mi bella novia en brazos de cualquier otro hombre, eso me destrozaba el alma. Quería que descubriese los placeres del amor a mi lado. Me entregaría a ella, aunque eso me costara la vida. Me arriesgaría porque el amor es riesgo, es lanzarse al vacío sin saber las consecuencias y es confiar ciegamente, pues pones en las manos de tu ser amado tu propio corazón, entregándole el mayor de los poderes.

«¿Qué hago, Dios mío? No quiero que sufra por mi culpa. Tengo que pensar en ello».

Estuve contemplando el cielo un rato más antes de entrar en casa. Vi cómo una estrella fugaz atravesaba el firmamento. Agrandé los ojos, recordando lo que me decía mi madre, que el deseo que le pidieses de corazón a una estrella fugaz se cumplía. No quería perder la inocencia de la infancia ni levantarme un día y percatarme de que no deseaba nada y de que había aceptado, finalmente, que mi destino estaba ya marcado y que no podría luchar contra él por mucho que lo deseara.

Esperé con paciencia a ver otra estrella fugaz para murmurar en alto mi deseo, pero esta no apareció. Aquella noche no dormí. Enterré el rostro en la mullida almohada para ahogar los sollozos y las lágrimas que brotaban de mis enrojecidos ojos. Estaba desesperado ante un oscuro futuro al lado de ese hombre con bigotes que casi todas las noches me visitaba en sueños. Ese individuo me llevaría, estaba seguro.

Levantarme al día siguiente fue muy duro, me dolían la cabeza y el corazón, y estaba agotado física y mentalmente. Apenas toqué el desayuno. A lo largo del día, actué como un autómatas, moviéndome por el instituto sin ser consciente de lo que me rodeaba, sin prestar demasiada atención y sin dejar de pensar en mi muerte, que ya debía estar cercana. «¿Debería dejar a Chloe? Quizá sería lo más conveniente, pero no tengo valor ni ganas de hacerlo».

Yo la amaba y quería momentos de felicidad a su lado. La idea de abandonarla me producía tristeza y desesperación. Mi corazón se aceleraba, pero yo seguía oyendo esas voces en mi interior que me decían lo egoísta y acaparador que era. Casi me rendí.

«¡Cállate! Y deja que hable el corazón», me decía. Pero la realidad era otra, en mi cabeza había un mundo, y mi corazón se estaba empezando a cansar de escudos y frágiles muros de cristal donde se escondían mis miedos e inseguridades. Yo era un hombre de palabra, pero tampoco entraba en mis planes romperle el corazón en mil pedazos a Chloe. «¿Cómo puedo luchar contra ello?», me preguntaba.

Yo quería ser amado, poder formar mi propia familia a la que cuidar, respetar y amar por encima de todo, pero parecía que el destino estaba en mi contra. Mi deseo estaba cada día más lejos de hacerse realidad. El tiempo volaba y cada vez que pensaba en ello, apretaba las manos clavándome las uñas en las palmas y notando cómo me temblaban. Quería llorar, desahogarme, y deseaba con todas mis fuerzas derramar las amargas lágrimas que se agolpaban cada día en mis ojos, que me ahogaban cuando recordaba que, quizá, pronto dejaría de existir. Ansiaba encontrar una salida que no podía alcanzar.

Bien, era consciente de que pedía demasiado y de que, viendo cómo transcurrían los días, iba a ser imposible que se cumpliera mi deseo, pero cerraba los ojos y rezaba en silencio, ansiando que, por una vez en mi vida, tuviese suerte y pudieran encontrar una solución para mi corazón.



CAPÍTULO 13

UN DÍA DE PESCA

«Siento como se me escurre el tiempo entre las manos, y sin darme cuenta, ha pasado un año y estoy de nuevo en primavera. ¡Maldita sea! Sigo sin saber qué debo hacer y todos esos pensamientos me atormentan. Pero ¿cómo lo hago? ¿Le digo que me he enamorado de otra mujer? ¿Le digo que ya no la quiero? ¿O simplemente le digo la verdad? Yo no quiero condenarla a una vida de sufrimiento y tampoco puedo darle esperanzas de un futuro a mi lado. Yo ni siquiera tengo futuro».

Estaba tumbado en la cama, tenía los ojos cerrados y disfrutaba del aroma que entraba por la ventana a medio cerrar de los bosques que empezaban a florecer. Un cielo azul y sin nubes indicaba que era el día perfecto para ir de pesca. Ese fin de semana, los amigos del instituto habían programado una salida al río. Iríamos a Charles, muy cerca de North Station. La idea era bordearlo hasta llegar lo más cerca posible del mirador del

Prudential Center. El plan era desconectar de los estudios, aunque también ya estábamos algo hartos de las pistas de baile, fiestas en el instituto y tardes de juegos en casa de los colegas.

La senda por la que discurría el río era arbolada. Iba a ser un placer caminar cobijado por la sombra. A lo largo de todo el trayecto había bancos donde poder descansar y también unas vistas espectaculares, tanto del riachuelo como de los rascacielos de Boston. Una vez que se pasaba el puente Longfellow, más conocido como el puente Sal y Pimienta por la forma de las torres que lo flanquean, se encontraban los embarcaderos. Ese era el destino.

Pero aquel día empezó tremendamente doloroso para mí. Duncan, mi mejor amigo, había invitado a un conocido suyo. Se llamaba Alan. Había llegado esa misma semana a la ciudad, así que las presentaciones fueron inevitables. Seríamos compañeros de estudios.

Un día de pesca empezaba antes que los demás. Así que me levanté y me vestí casi a oscuras. No quería despertar a mi padre. Desde que mi madre había muerto se pasaba las noches deambulando por la habitación sin poder dormir. Después, bajaba al salón y cogía el álbum de fotos familiar. Se sentaba en su sillón y se dormía abrazado a él. La echaba mucho de menos. No sabía irse a dormir sin darle un beso y las buenas noches. Por eso no conseguía conciliar el sueño desde que ella se había ido.

—Papá, sube a la habitación —le hablé dulcemente.

—¡Oh! ¿Qué ocurre? —contestó asustado.

—Nada. Te has quedado dormido. Sube y descansa.

—No, hijo, me quedo un rato más aquí. En la cama me es imposible pegar ojo.

—¿Estarás bien?

—Sí. Tú ve con cuidado y disfruta.

—Te quiero.

—Y yo.

Era casi de noche cuando cerré la puerta de casa y, con los equipos de pesca listos, me subí al coche para recoger a Chloe. Cuando llegué, ella ya me estaba esperando con un cestito de esparto lleno de lombrices. Lo llevaba bien tapado para que no se escaparan. Aunque fuera muy temprano, ella lucía perfecta, como siempre. Cada vez que nos encontrábamos, ambos suspirábamos. No sabíamos si sería la última vez, por eso habíamos decidido aprovechar al máximo cada instante. Ella me esperaba canturreando.

—Buenos días —dije besándola y le pregunté—: ¿Cómo puedes tener

tanta alegría a estas horas?

—¿Cómo que a estas horas? Tan solo son las cinco de mañana.

—Ya, pero es domingo. Debería estar prohibido madrugar los domingos. He dormido poco esta noche, no estoy de muy buen humor que digamos.

La cercanía de nuestros cuerpos y las conversaciones susurradas para no molestar a quienes habitasen en las casas cercanas a la de ella hicieron que Chloe se arriesgara a darme un beso dulce y profundo.

—Por favor —me rogó ella mientras me besaba con suavidad en los labios—, no me apartes de tu lado. Dame una oportunidad.

—¿A qué te refieres?

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas cuando me imploró con la mirada:

—No me dejes nunca.

—Lo siento. Perdóname, pero a veces creo que no hay futuro para nosotros. Ojalá pudiera no pensar en ello.

Chloe no tenía ni un pelo de tonta. Sabía perfectamente lo que me rondaba por la cabeza y tenía que buscar el modo de que no lo hiciera. No quería ni podía imaginar su vida sin mí.

La señora Hamilton llevaba un buen rato mirándonos sin moverse a través de la ventana, parecía muy concentrada. Seguro que estaba pensando en nosotros y en nuestro futuro. Ella veía cómo sufríamos y le dolía muchísimo. Pero no podía hacer nada, nada absolutamente. Abrió la ventana y con una sonrisa le recordó a su hija que cogiera la comida que había preparado la noche anterior.

—Buenos días, Tommy —susurró.

—Buenos días, señora Hamilton.

—Obliga a Chloe a comer, está muy delgada.

—¡Mamááá! Ya soy mayorcita. Anda, vete a hacerle cariñitos a papá, que seguro que se pondrá muy contento —le indicó con aspavientos del brazo y enfadada.

—No grites, vas a despertar a los vecinos —la regañó su madre.

—¿No comes? ¿Por qué? Si estás estupenda. Yo te quiero tal y como eres. No te sobra ni te falta de nada.

—Claro que como, quizá no tanto como le gustaría a ella. Me quiere engordar para el Día de Acción de Gracias. Yo no soy un pavo de esos que se colocan en el centro de la mesa. Ya me ha puesto de malhumor —expresó alterada.

—Mira, ya somos dos. Ven aquí —le dije, tirándole del brazo—. No te preocupes, que con el fresquito que hace, no creo que nuestro malhumor dure mucho. —Y entonces la besé.

—¡Tonto! —se carcajeó.

Ella se quedó todavía unos instantes saboreando ese delicioso beso. Esa maravillosa sensación que le había dejado la caricia la estremeció.

—¿A besos me quieres quitar mi malhumor?

—¡Uf!, sí, ¿a qué se te ha pasado?

—¿Y a ti?

—¿No te has dado cuenta? —Apreté su cuerpo contra el mío. En mi rostro se dibujó una sonrisa tonta.

—¡Tommy! —Sus ojos eran del tamaño de dos platos—. No debes ponerte de ese modo. —Ella notó cómo mi parte más íntima se había agrandado.

—¿Y qué hago? —Miré mi entrepierna—. ¿Me doy una ducha fría? —contesté entre risas.

—Anda, calla y vámonos.

Con tanto cuento se nos hizo algo tarde. Teníamos todo el día por delante para dedicarnos a la pesca. Y si solo fuera a la pesca...

Cuarenta y cinco minutos más tarde, llegamos a la gasolinera. Duncan salió de su coche con otro chico y ambos se acercaron a saludarnos.

—Como siempre, llegáis con retraso. ¿Qué habéis estado haciendo? ¿Manitas?

—Anda, tonto, es demasiado temprano —le respondió Chloe, sonriendo.

—Os presento a Alan, un amigo.

—Hola, me llamo Tommy. Encantado. —Apreté su mano.

—Yo soy Chloe. —Le dio dos besos.

—Qué bonita pareja hacéis —dijo Alan sin quitarle los ojos de encima a mi novia. Duncan sonrió y le dio un golpe en la cabeza.

—¿Dónde está Amy? ¿Está contigo? —preguntó Chloe.

—Está dentro del coche, que tiene frío.

Ella saludó con la mano a su amiga.

—¿Dónde están los demás? —curioseé.

—Anoche salieron de fiesta. Me han llamado a las cuatro de la mañana, borrachos como una cuba. No van a venir. —Negó con la cabeza.

—Me imagino. Pues ¿a qué esperamos?, en marcha —indicé.

Ya por la carretera, Chloe hizo una pregunta que era inevitable.

—¿Qué te ha parecido ese Alan? Me da mala espina, no sé, parece... un granuja, un presumido. No me hace ni pizca de gracia.

—Habrá que ir con cuidado. ¿Viste cómo te comía con los ojos? Te hizo un repaso que no me gustó nada de nada. Parecía un baboso.

Una hora después, nos encontrábamos preparando la lancha con todo lo necesario para pasar unas horas recorriendo el río. En marcha lenta, salimos del embarcadero.

Esta salida en particular se presentaba con muy buen tiempo, aunque las condiciones de pesca no eran de las mejores. Duncan me dijo que llevaba semanas sin capturar un buen ejemplar. A él le encantaba y disfrutaba de esos momentos para relajarse, aunque también tenía otros pasatiempos que en más de una ocasión le dieron sustos.

Alan tomó el control del timón hábilmente. Parecía un experto conocedor del tema. Duncan me comentó que desde muy pequeño ya manejaba lanchas, motos y coches. Su estatus social de nacimiento se lo había permitido. Haber nacido en el seno de una familia adinerada era una de las armas más útiles que empleaba para conquistar a cualquier chica de su mismo nivel social o a una simple muchacha humilde y desdichada del condado. Siempre iba de sobrado. Así que aprovechó sus conocimientos para hacerse el poderoso héroe que fue malcriado en un ambiente destacado e influyente de la casta. Chulear se le daba muy bien. Mientras Alan *Popeye el marino* —porque solo le faltaba llevar una omnipresente pipa de caña de maíz en su boca— manejaba la motora, nosotros entablamos conversación.

—Chloe, ¿cuándo te vas a meter en la cama de Tommy?

—No la presiones —dijo Duncan.

—Aunque, si la memoria no me falla, cuanto más tiempo estás sin sexo, más agria y desagradable te vuelves —replicó Amy.

—¡Madre mía, Amy! Eres de lo que no hay. —A mí se me escapó la risa.

—¡Déjame en paz! —alzó la voz Chloe.

—¿Lo ves...? —Enarcó una ceja nuestra amiga.

La mañana transcurrió lenta y calurosa. Paramos la lancha y nos quedamos anclados a unos diez metros de la orilla. Desde ahí podíamos observar algunas truchas de buen porte que se encontraban a poca profundidad. Nadaban lentamente contra la corriente, lo que las hacía parecer estáticas en el fondo. Comenzamos a preparar las cañas de arrastre. Durante un buen rato, todo transcurrió sin demasiada suerte. No conseguíamos pescar

ni una sola trucha. De pronto, Chloe gritó contenta:

—He pescado una, tengo una, ¿qué hago? No quiero que se me escape.

—¡Sujeta la caña! —le gritó Amy.

—¿Qué?

—Que sujetes la caña con fuerza y recoge el sedal —le repetía.

—¡Vale!

—Que la sujetes con fuerza, te he dicho que se te va a escapar —le chilló, y decidió ayudarla.

—Ya te oí, pesada, no me agobies —vociferó la otra.

—¡Aaau! ¡Cuidado! —aulló Amy. La trucha se estaba resistiendo.

Duncan y yo fuimos en su ayuda, pero ese presumido de Alan se nos adelantó. Se posicionó tras ella en un soplo. Esa forma de hacerlo me molestó. Me quedé allí, de pie y más tieso que un palo, mirándolo con desagrado. Alan apartó a Amy de un empujón y esta cayó al suelo. Duncan la ayudó a levantarse.

—¡Animal, burro, estúpido! ¿Has visto lo que has hecho? —le increpó ella.

—¡Oh! ¿Qué palabrotas son esas? Pensé que tenías un vocabulario algo más apropiado —le contestó Alan.

Amy abrió la boca en un intento de responderle, pero tuvo que volverla a cerrar, las palabras morían en sus labios.

Alan, con pose de sabelotodo, daba instrucciones a mi novia sobre cómo capturar la trucha. Pude apreciar cómo ella había conectado de una forma especial con ese descarado porque su parpadeo se hizo más lento, se la veía a gusto y relajada. En aquel momento, él le dio dos golpecitos en el trasero y yo lo miré con los ojos llenos de odio, aterrorizado. A ella no le agradó esa confianza que se tomó. Hecha una furia, volteó la cabeza para mirarlo.

—¿Estás cazando, Alan?

—Ni se me ocurriría. A las mujeres como tú no se las caza, se las conquista.

—Ah, ¿sí? Las mujeres como yo... Los tipos como tú creéis que lo conocéis todo de las mujeres, pensáis que con cuatro palabras bonitas ya nos vamos a meter en vuestras camas. —Alan hizo una mueca, sorprendido.

—¿Por qué te pones a la defensiva? Ni siquiera te he atacado, y eso que no he usado ninguna de mis técnicas especiales.

—Alan, eres peligroso. Y ahora, ¿qué? ¿Nos concentramos en sacar a la trucha?

—Claro, recula con el sedal, y despacio, preciosa —le susurró en la oreja.

—Ya la tengo, ya la tengo. Mira, Tommy, mira qué ejemplar, es preciosa. ¿Cuánto debe pesar?

—No es tan preciosa como tú —le musitó Alan.

—¿Me estás comparando con una trucha?

—¡Qué vaaa! No digas estupideces, solo ha sido un cumplido.

—Suéltame ya.

—¡Suéltala, ¿no has oído lo que te ha dicho?! —grité.

Alan la soltó y se dirigió a proa, donde se sentó y, abriendo un botellín de cerveza, fijó su mirada en mi preciosa Chloe. Después, me acechó con una sonrisa sarcástica y me saludó. Sentía rabia y me estaba muriendo de celos. Aquel memo ya se estaba pasando de la raya. Aquel flirteo místico con la idea del pecado hizo que casi perdiera los papeles. Intenté liberarme de la presión y logré dominarme.

Chloe estaba muy contenta y quiso hacerse una foto con esa hermosa pieza que había pescado.

—Foto, quiero foto —le pidió a Duncan, que llevaba la cámara.

Alan siguió mirando atentamente a mi chica con aire de superioridad.

—Espera, yo quiero salir. Tommy, ven —me indicó Amy con la mano—. ¿Has visto qué bueno está ese Alan? Es un poco estúpido y creído, pero está de muerte —comentaba mientras intentaba llamar la atención de aquel petulante con sus poses fotográficas.

—¿En serio? ¿Por qué te gustan siempre los tíos más raros? Ve con cuidado o te hará daño, querida amiga.

—Chloe tiene razón. Tienes delante de ti a una persona que vale la pena. Deberías darle una oportunidad a Duncan, él es un buen chico —opiné yo.

Pero ella no me hizo caso y siguió hablando:

—Yo me lo comería enterito. Lo cubriría de nata y sirope de chocolate, y después lo lamería de arriba abajo, ¿no te parece excitante?

Amy no era la única que miraba descaradamente a Alan. Chloe también lo observaba con disimulo, y de eso me di cuenta yo. Mucho me temía que ese amigo de Duncan acabaría conquistándola. Me estaba volviendo loco solo con pensarlo.

Alan seguía ladeado frente al timón en una pose de insolente, con el codo sobre la pulida superficie horizontal, y la camiseta que lucía marcaba un cuerpo esculpido a la perfección. Su cara de aire pícaro, rebelde, sonrisa sexi

y mirada irresistible estaba enloqueciendo a Amy. Tenía unas facciones viriles, cuadradas, labios carnosos y ojos de un penetrante azul. En su cabello castaño se podían hundir los dedos.

—Por Dios, está tremendo. Cómo me gustaría besarlo —añadió Amy.

—Chisss —la regañó Chloe.

Pero Amy, con una pícaro sonrisa, cuchicheó:

—Oh, Dios, ¡qué labios tan dulces!

—Amy, calla. ¿Desde cuándo eres tan descarada? —le espetó.

Duncan se dirigió hacia Alan y estuvieron charlando un rato. La cara de mi amigo se deformó y sus facciones se agrandaron de forma increíble. Yo vi como ese tipo tan creído fingía no escucharlo. Era un imbécil total y cualquier persona querría darle un buen puñetazo en la cara.

—Soy descarada de toda la vida y no sé a qué viene eso ahora. Vaya preguntas que me haces.

—Olvídate de él.

—Déjame soñar un poco, anda.

—Pues no lo hagas, créeme, no te conviene.

—Y tú ¿qué sabes en lo que estoy pensando?

—No hace falta ser muy lista. Te estás derritiendo de placer con solo mirarlo.

—Es que mira qué tipo más salvaje. Me está volviendo loca —se estremeció.

Alan le guiñó un ojo a Chloe. A medida que transcurrían los segundos, mi desazón se incrementaba. Por un momento creí que mi corazón saldría disparado de mi pecho y se estamparía contra la cara de él.

—Venga, vamos a sentarnos —nos propuso mi novia—. Tienes que conocer las profundidades, como el océano...

—¡Ummm! ¿Qué dices, Chloe? Estamos en un río, ¿lo recuerdas? —Amy puso cara de póquer.

—Imagina que estás en un océano. Ves solo la superficie y parece muy sereno, tranquilo y seguro, pero en las profundidades todo se vuelve oscuro. Hay depredadores —le dijo con voz aterradora.

—¿Qué me estás contando?! ¿De dónde has sacado eso? ¿De algún libro tonto de esos que lees?

Yo me carcajeé.

—Yo selecciono muy bien lo que leo. Piensa en lo que te digo. Es más seguro quedarse siempre en la superficie.

—Pero ¿de qué demonios me estás hablando?

—De que te van a cazar, Amy.

—¿Qué idioma hablas? —Su amiga la miraba y al final empezó a reírse—. Vale, yo no bucearé por las pro-fun-di-da-des del océano. Pero tú no te metas, déjame a mí, ¿de acuerdo? —Chloe le sacó la lengua mientras le alborotaba el pelo. Alargó el brazo, la cogió por la barbilla y la obligó a mirarla—. ¿Qué haces? Quitá, quita, que Alan está observando.

—Atraer tu atención, espero. No te conviene, hazme caso.

—Cambiano de tema, ¿no crees que Alan está para comérselo?

—¡Ay, Amy!

Amy siguió con sus pensamientos algo calenturientos. Su mirada se fijó en él de nuevo. Era alto, de espalda ancha, donde poder agarrarse, y de piernas y brazos fuertes. Se movía con gracia felina. Parecía un depredador al acecho; seguro, arrogante y terriblemente encantador. Bajó a su parte inferior y se centró en el paquete abultado que su vaquero comprimía. Chloe le dio una palmadita en la espalda y le habló:

—Contrólate un poco, chica.

Eran las tres de la tarde cuando cayeron sobre el río las primeras gotas de lluvia, grandes y oscuras. Sobre nuestras cabezas, el cielo parecía lóbrego, enfurecido y fascinante. En algún lugar, por encima de las nubes, los truenos retumbaban. Un relámpago, como un tridente azul, cayó sobre el terreno a bastante distancia.

Ya habíamos desembarcado cuando la lluvia empezó a caer. Durante unos segundos lo hizo con tal fuerza que Chloe se encontró aislada bajo una cortina de agua, por lo que corrió a resguardarse bajo un árbol de copa ancha. Pronto amainó y se convirtió en una prolongada llovizna. En el cielo, las nubes empezaban a deshilacharse.

Alan corrió a su lado con las vueltas de los pantalones subidas. Llevaba unos tejanos demasiado holgados y tenía que remangárselos a menudo. Yo me acerqué con disimulo para escucharlo, no me gustaba nada cómo miraba a mi novia.

—¿Te gusta la lluvia? —le preguntó Alan. Ella negó con la cabeza.

—Ese tipo de ahí atrás no es muy hablador, ¿verdad? —Lo vi mover apenas la cabeza, como queriendo señalarme.

—Ya, ¿y qué? —contestó ella.

—¿Qué pasa con él? —le dijo luciendo aquella sonrisa irritante—. ¿Qué planes tienes? ¿Eres de las que arriesgan algo?

—¿A qué te refieres?
—Tiene cara de bobo y no lo veo yo capaz de hacerte gozar como mujer.
—¡Oooh! Menuda tontería.
—¿De veras? —La voz de Alan replicó con un tono desagradable—. Podemos probar, a mí me encantaría pasar una noche de locura y desenfreno entre tus brazos. Piénsalo.
—¡Eres un grandísimo idiota! —Ella salió corriendo bajo la lluvia hacia mi encuentro, con Alan pisándole los talones.
—¿Damos un paseo por la orilla del río? —se aventuró Alan.
—¿No puedes callarte un rato, tío? Eres muy pesado —escupí.
—Te aconsejo que la cuides, porque alguien te la puede quitar. Ve con cuidado.
—¿Es una amenaza? —le pregunté con los ojos muy abiertos.
—Yo te aviso. No te descuides porque algún canalla te la puede desvirgar.
—¿Algún canalla como tú?
—Si ella me deja... —me respondió, y clavó los ojos en ella.
—Por Dios, Alan, cállate —le pidió Duncan.
Amy y Chloe resoplaron. Miedo les daba que pudieran llegar a las manos.
—Oye, Duncan, ponle un bozal a tu amigo de una vez —dijo Amy—. Ladra como un perro rabioso y al final le dará por morder. No sé cómo Duncan te soporta. —Desvió la mirada hacia Alan.
—¡Parad ya! —los reprendió Chloe.
De pronto, empezó de nuevo la tormenta y esta vez mucho más fuerte.
—Vámonos, esto se pone feo, recojamos —opinó Duncan.
—Corre, Tommy. Las tormentas me dan pánico. No me gustan —manifestó mi novia.
—Lo sé. —Y la protegí entre mis brazos.



Lo mejor de ese día fue la trucha que pescó ella. Tommy tenía la foto bien cuidada y lustrosa sobre la chimenea.
—¿Es esa, abuelo? Esa chica es preciosa. Parece una estrella de cine. Y qué casualidad, se llama como yo.
—Sí, esa es —le manifesté entristecido y conteniendo las lágrimas.

—Vaya tipo ese Alan. Yo conozco unos cuantos que van de sobrados por la vida. Me dan un asco... —refirió, se colocó los dedos dentro de la boca y fingió una arcada.

—Mal tipo, muy mal tipo, ya lo verás. Te sigo explicando.



CAPÍTULO 14

LAS HORMONAS ANDAN REVOLUCIONADAS

Tommy se puso el abrigo negro de lana y abrió la puerta principal de la casa para salir al porche, cerrándola de golpe tras de sí. Notó como el frío le calaba hasta los huesos. Tiritó. Se ajustó la prenda y se frotó las manos. Caminó hacia la mecedora, se sentó y se meció con un suave impulso. Inhaló el aire fresco del lago, le ayudaba a desconectar, a calmar los nervios, incluso experimentaba una mayor sensación de bienestar. Echó una mirada llena de ternura a su alrededor; una ternura llena de nostalgia. Entornó los ojos y dejó que los sonidos y olores de la granja lo reconfortaran. Había vivido en aquel lugar tantas maravillas y sufrido el peso de tantas cosas...

—Mi reino por tus pensamientos —le dijo Chloe, que salió un rato después.

—El amor es mágico. Te atrapa y de él nunca escapas —le contestó sonriente.

—Abuelo, sigue contándome, por favor.

—Vamos dentro, que no quiero que te resfríes —le comentó.

Una vez en el interior, se quitaron la ropa de abrigo y la colgaron en el perchero de pie de la entrada. Chloe lo guio hasta el sillón y se colocó junto a él en el suelo, sobre la alfombra, a la izquierda de la chimenea. El abuelo buscó el trébol que hacía de punto de libro y leyó y continuó parte de la historia a través de las palabras de su amada.



Supongo que es inevitable que, a una edad determinada, las chicas descubran que se ha terminado la época de los juegos y que ha llegado la hora de aceptar que la verdad no es de color de rosa. La experiencia de asomarse al mundo exterior, que para la mayoría de las jóvenes se resume en un desengaño amoroso o algún que otro chasco doloroso, para Chloe significó una alocada aventura de mentiras y héroes enmascarados. La cuenta atrás había empezado.

Esa mañana, ella se miró al espejo y este reflejó a una joven de satinada piel, con mejillas sonrosadas, de ojos expresivos y dulces, de nariz respingona y de labios gruesos en un tono carmesí. Intentó poner una sonrisa en su rostro, pero solo logró morderse el labio inferior y suspirar con resignación. Se sintió diminuta en cuanto sus pies la adentraron en ese mundo. Notó una repentina oleada de calor a pesar del frío. Ya no había marcha atrás. Su vida dejaba de ser la de una inocente niña para convertirse en una hermosa mujer y le auguraba el más exquisito de los placeres. Dejó de pertenecer a ese mundo de fantasía e ilusión. Ya no existían las criaturas mágicas y los príncipes azules. La realidad era otra bien distinta. La verdad estaba ahí afuera. Y era un mundo de sombras y de engaños. En definitiva, un mundo de locos. Se arregló y fue en mi búsqueda. Yo estaba receloso. Ese Alan me tenía desquiciado, tanto que si tuviera una pistola en mi poder, yo mismo apretaría el gatillo.

—Tommy, qué cosas piensas. ¿Tú serías capaz de hacer algo así?

—Chloe, no quiero perderte. No voy a permitir que nadie rompa lo que llevamos prometiéndonos tanto tiempo.

—No me vas a perder, y deja de decir tonterías. —Me abrazó dulcemente.

—¿Qué pasa, tortolitos? —preguntó Amy, que llegaba agarrada del brazo de Duncan.

—¡Ese idiota de Alan! —grité con desprecio.

—Vale, ya vale, ya está, mi amor, por favor, no te alteres —me reprendió Chloe.

—Es cierto. Es un gran idiota, un payaso vanidoso, un presumido, un tocapelotas, un merluzo, una sabandija, un patán, y parece que todos los días desayune bombas fétidas. Pero está tan bueeeno... Dios, ¡me lo comía entero! —expresó Amy pestañeando y suspirando.

—Lo siento —dijo Duncan, llevando una de sus manos al bolsillo delantero de sus *jeans*—. Siempre fue un buen amigo. Aunque ahora no se si quiero matarlo o qué. Se ha vuelto tan despiadado y ruin...

—Tú no tienes la culpa. Ven y dame un abrazo —le pedí.

De hecho, Duncan necesitaba mucho de ese abrazo. El comentario de Amy sobre Alan le había causado tristeza, el corazón se le encogió en el pecho y unas tenues lágrimas intentaron escaparse de sus ojos. Yo lo noté. Reprimí las ganas de desahogarse con ellos, ya lo había hecho en muchas ocasiones, pero no había conseguido nada, solo hundirse más en ese mundo de sueños que quizá nunca se podrían realizar. ¿Cómo podía hacer para que Amy se fijara él? Ella tenía otros planes y en ellos no entraba él. Amy puso en su punto de mira a Alan.

—Ha sonado el timbre, vamos dentro —dijo Duncan.

Cuando todos estuvimos sentados en nuestros respectivos pupitres, las clases empezaron. La mayoría de los chicos del instituto eran iguales que ese Alan Connors: revoltosos, superficiales y groseros. Ellos compartían un sentido del humor más que discutible. Jugaban y se perseguían como críos, y miraban a escondidas revistas de mujeres desnudas, como si eso los hiciera más hombres. Solo pensaban en salir de fiesta, y si no coqueteaban o retozaban con alguna chica, estaban mal mirados.

Chloe se enfurecía en silencio —se advertía en su mirada— cuando veía a aquellas jovencitas pavonearse ante los chicos que las piropeaban y los provocaban con vestidos tan mediocres como inapropiados. Guiñaban los ojos y sacaban las lenguas sin el más mínimo pudor. Después, excitadas, con las pupilas dilatadas y las mejillas sonrojadas, reían como ratitas en un rincón y comentaban lo que Alan había dicho, lo que Alan había hecho o lo que Alan había mirado...

Él era el capricho de todas. El más alto, el más fuerte, el de hombros

más anchos, el de la sonrisa más blanca, el de la mirada más insolente y, sin duda alguna, el de la lengua más larga.

Cuando acabaron las clases, Duncan, Amy y Chloe dijeron de ir a tomar algo.

—Yo no puedo. Tengo cita con el doctor Lewis —les comenté apenado.

—Te acompaño, Tommy —contestó Chloe con rapidez.

—No, no hace falta. Ve con ellos. Solo es una visita rutinaria. Nada importante.

—Si acabas pronto, ya sabes dónde encontrarnos —me refirió Duncan.

De camino a la consulta, vi como Alan estaba mirando el escaparate de una tienda y que entró en ella. Yo me acerqué y eché un vistazo tras el cristal. La dependienta cogió del expositor una tarjeta de San Valentín; era horrible. ¿A quién iba a regalarle esa espantosa postal? «¿Será para Chloe?», pensé. Un escalofrío sacudió mi espina dorsal. Quise apartar ese pensamiento que resonaba en mi cabeza. Alan estaba dispuesto a prestarle y facilitarle todo su cuerpo sin ninguna clase de pudor —el ego es así—, se la quería llevar a la cama fuera como fuese y darle lo que yo no podía ofrecerle: sexo.

Alan se quedó contemplando a la dependienta con deseo voraz. Ella lo miraba de reojo, con la cara abochornada y confundida. Es que el rostro de aquel chico era el de todo un sinvergüenza pervertido. Casi se funde ante el escote de aquella mujer que dejaba ver unos pechos voluptuosos y extraordinarios. Se le estaba haciendo la boca agua. Hubo un momento en el que hasta pensé que iba a gozarla allí mismo, encima del mostrador. Ese joven era un descarado. Tenía una mente calenturienta. Seguí mi camino hacia la consulta, no me apetecía verle más la cara a ese tonto de remate.

Chloe era una joven bonita, exuberante y sexi. Seguro que ella sería su próxima víctima, una más, una cualquiera en su larga e interminable lista de rendidas ante sus pies y sus encantos. Me estremecía solo de pensarlo. Estaba al borde de la locura.

Al día siguiente, en el instituto, Alan paseaba por los pasillos como si pisara una larga alfombra roja, como si se dirigiera a recoger algún premio Emmy. Caminaba con sus nuevos amigos. Apenas llevaba unas semanas allí y ya tenía lameculos riéndole las gracias estúpidas a sus espaldas. Esos nuevos compañeros sabían que permanecer al lado de él sería llegar a la victoria. Las chicas también se les acercaban y aquel año caería más de una entre las desmedidas telas de araña de Spiderman. Las hormonas andaban algo revueltas y las chicas se estremecían por caer entre los brazos de aquellos

chicos supersimpáticos que andaban hablando de forma vulgar e incorrecta.

Cada día era más de lo mismo. Desfilaba junto a sus colegas como si su escuadrón hubiera sido el elegido para desfilarse ante el rey, aunque, desde mi punto de vista, más bien se asemejaba a un desfile de hormigas en un jardín, porque tras de ellos iban las féminas tonteando y riendo, todas susurraban eufóricas y estaban deseosas de ser las elegidas. Él sonreía y miraba de un lado a otro saludando a las que se cruzaban en su camino. Parecía un experto modelo enseñando sus mejores prendas con las nuevas tendencias, colores y un peinado de lo más actual.

Alan se detuvo al lado de Duncan; divertido, le dio una palmada en la espalda, y empezaron a charlar. Yo ladeé la cabeza un poco y me quedé observándolos detenidamente. Vi el momento en que la expresión de Duncan cambió de inmediato; cuando apretó los labios, los ojos le relampaguearon y miró a Alan con intensidad. Escuché como este último le decía que no perdiera los estribos.

Poco después, mi amigo me advirtió de sus intenciones.

—Hay algo que quiero decirte, Tommy, y no te va a gustar.

—Puedo imaginar lo que es.

Él me explicó de pe a pa lo que le dijo, que esa chica —mi Chloe— le ponía las cosas difíciles, pero que iba a ser suya, que eso se lo juraba.

No cabía en mi cabeza que un chico bien criado, con una posición holgada y un estatus social aceptable, fuera tan payaso. Me parecía estúpido.

Duncan, enfadado, le explicó a ese fanfarrón que eso iba a ser imposible, tanto como tocar las estrellas elevándose con sus propios brazos. Contaba con un fuerte rival, un muro difícil de derribar, y ese era yo.

Mientras esperábamos a que empezaran las clases, estuvimos hablando con los compañeros de cosas sin importancia, de todo un poco, pero nada en concreto. Pronto, la conversación tomó dos rumbos distintos. Por un lado, Amy y Chloe entablaron su propia charla, y Duncan y yo seguimos con la nuestra. Hasta que ese impresentable de Alan pasó a la acción.

—Estás bien buena —dijo Alan, que pasó por el lado de mi novia.

—¡Vete a la mierda, presumido! —le contestó ella.

—Este memo roba el corazón a media clase —comentó Amy.

—Este chico es el diablo en persona —apunté yo.

El curso avanzaba y cada vez eran más las miradas que compartían ambos. A él le daba igual que ella fuese mi chica. Yo era invisible para Alan. Amy me contó que siempre que veía a Chloe por el pasillo, se le acercaba por

detrás y le daba un beso en la mejilla, alejándose con una sonrisa después.

Duncan me relató que esa clase de acciones le acarrearón muchos problemas en su antiguo instituto. Lo echaron por las múltiples peleas que provocaba con sus compañeros y, por supuesto, también tenía muchos problemas de faldas.

Un día, cuando entramos en el instituto para acudir a clase, inconscientemente —o eso quise pensar— ella le sonrió. Alan se quedó ensimismado con aquella sonrisa, tanto que el mundo desapareció de su alrededor. Babeaba, literalmente. Seguro que imaginó que su presa, mi chica, estaba a punto de caer en sus redes. Eso no iba a ocurrir jamás. Yo pondría las manos en el mismo fuego del infierno por ella y seguro que no me quemaría.

Chloe era de naturaleza tranquila, evitaba cualquier problema, pero ese día, supongo que después de muchos esfuerzos, cayó en la tentación y, chupando con sensualidad el lápiz, cruzó con disimulo algunas miradas con aquel tipo perverso. Ella suspiró y bajó la mirada. Se levantó de la silla y se dirigió donde se encontraba Amy.

Mientras caminaba, la observé sin decir nada, escudriñándola. Recuperé la respiración y parpadeé. Me estaba muriendo por dentro. Miré a Alan con inquina. Pero como era el hombre invisible para él, ni se enteró. Vi que uno de los amigos de Alan le quitó un lápiz que este tenía tras la oreja y después, sin pensárselo dos veces, lo lanzó. El lapicero justo cayó a los pies de Chloe.

—¿Eres tonto? —Alan levantó la voz farfullando.

—Tío, es una buena oportunidad para acercarte a ella —el otro le contestó entre risas.

Alan se aproximó a paso lento. En ese instante, ella apoyó los codos en el pupitre y descansó las mejillas en sus palmas. Su bonito culo en pompa se quedó a un palmo de la cara de él cuando recogió el lápiz. Este fijó la mirada en ese perfecto trasero.

«Este chico me saca de mis casillas. Lo detesto, lo odio», pensé.

—¡Dios santo, qué culo! Es exquisito —dijo sonriendo.

—Tiene novio —le habló una de sus compañeras—. Y no te quita ojo de encima.

—Ya lo sé —contestó, y se sentó de nuevo.

—Yo estoy disponible por si te interesa. Me llamo Lucy. Y creo que mi trasero también se merece ser admirado, ¿quieres que te lo enseñe?

—No, no. Gracias. Y tú ¿dónde estabas? —le preguntó Alan.

—He estado sentada delante de ti todo el tiempo.

—Un placer, preciosa. —Le hizo un guiño seductor—. ¿Sabes? No me importaría llevarme bien contigo —expresó con soberbia.

Deseaba golpearlo. Toda esa escena me irritó. Me entraron ganas de arrancarle la lengua de víbora que tenía. Lo que mis padres me enseñaron de pequeño, los valores, ahora eran inútiles y anticuados. Mi paciencia se estaba agotando.

Chloe había nacido con una inteligencia extraordinaria. Sus progenitores se sentían muy orgullosos y satisfechos de sus rendimientos académicos. Era reconfortante ver como su hija estaba alcanzando todas las metas que se proponía, pero más importante aún era tener la certeza de que estaba progresando en su vida como persona de bien. Ellos soñaban con que su hija sería alguien importante y respetada el día de mañana.

Una mujer morena y delgada entró en clase, era la profesora, dejó su abrigo en el perchero y miró su reloj para luego sentarse con las piernas cruzadas tras su mesa de trabajo.

—Chloe es inteligente, guapa, sexi y virgen, me encantan las vírgenes —le dijo Alan a su compañero de mesa.

Yo lo escuché, él estaba sentado delante de mí, con la cabeza apoyada en sus manos, cavilando, quizá, en su próximo plan de ataque. Sentí una rabia indescriptible en mi pecho, cerré los ojos y apreté los puños. No soy agresivo, pero la ira y la impotencia se estaban adueñando de mí. Me entraron ganas de darle un buen tirón de orejas a ese estúpido de Alan, o mejor, un buen coscorrón. Meneando la cabeza, volví al presente. Ese cretino era como un imán para mí. Sin embargo, otro cuchicheo llamó mi atención y observé a las chicas.

—Amy, pásale esto a Chloe —la llamó Lucy en voz baja al entregarle un sobre.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—¡Y yo qué sé! Estaba en mi pupitre.

—Chisss —llamó a su amiga y se lo dio.

—¿Qué broma es esta? —gruñó Chloe cuando abrió el sobre gigante y se encontró con la tarjeta de San Valentín más cursi que jamás había visto.

—Estoy tan sorprendida como tú. Mira por donde te ha salido un sapo en busca de su princesa —le dijo Amy crispada. Suponía que ella sabía de quién podía ser, al igual que yo, pues vi a Alan cuando la compraba.

—Mira lo que hago. —Y rasgándola en mil y un pedazos, la tiró a la papelera.

—Peter Pan —murmuró Amy.

—¿Cómo dices?

—Le llamamos Peter Pan porque siempre anda revoloteando de aquí para allá en busca de una nueva Campanilla que conquistar. Estoy segura de que es de él. ¿No hueles su perfume? Lo lleva siempre. Este tío solo vive para ponerse en ridículo. Hay que tener morro. Un tipejo como ese insinuándose cuando sabe que tienes novio. Aunque no es de extrañar. Es un cerdo repugnante, sin vergüenza y vicioso.

—¡Amy! —la riñó.

—Es la pura verdad.

Chloe oteó a Alan y mi enfado fue en aumento. Había notado que cuando él estaba cerca de ella, Alan hacía payasadas en cuanto la miraba. Era una de sus múltiples tácticas para conquistarla. Cuando se lo proponía, ese tipo era capaz de hacer todo lo contrario a lo que acostumbraba. Y yo estaba seguro de que eso, a ella, la seducía. No era la única chica que coqueteaba con él.

—¿Le vas a dar las gracias a ese imbécil? —continuó Amy con la charla.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

—Pensé que lo harías —le contestó irritada.

—¡Chicas! Prestad atención o suspenderéis el examen —las avisó la profesora.

Cuando las clases acabaron, creí que era una buena idea airear todo mi malhumor.

—¿Vamos al cine esta tarde? ¿Te apuntas, Amy? —les pregunté.

—Yo paso, no me apetece. Prefiero ir a casa de Duncan. Me ha dicho que esta tarde irá Alan.

—Amy, anda con cuidado. No me gusta que te acerques a él, sabes que no tiene buenas intenciones —le advirtió Chloe.

—¿Qué pasa?, ¿lo quieres todo para ti? —Esperó respuesta.

Yo abrí los ojos como una lechuza y los clavé en Chloe.

—No digas bobadas —alzó ella la voz.

Su contestación me tranquilizó.

—Duncan me cuidará. ¿Sabes qué me dijo el otro día? Todavía estoy alucinando. Que quería algo serio conmigo.

—Virgencita, ¿qué me dices...? ¿Y qué le dijiste? Explícame.

—Se enfadó conmigo. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—Le dije que era una tontería eso de ser novios, además, eso no se estila. Yo le ofrecí otra alternativa.

—Dime, ¿cuál?

—Que podíamos pasarlo igual de bien sin obligaciones y sin compromisos, ¿qué eso o nada!

—Pero qué despiadada eres, Amy. Sabes que Duncan se muere por estar contigo —expresé.

—¡Ya! Eso o nada. Es lo que hay.

—¿Y qué te contestó? —inquirió Chloe.

—Me dijo que esa clase de relaciones no le gustaban. Me dijo también algo de... no sé qué de la miel... ¡Ah, sí! Que quería su propia miel. No entiendo lo que quería decir con ello. —Puso cara de boba.

—Amy, ¿en serio? Venga, ¿me tomas el pelo?

—Pues no. Yo, los pasteos, no los entiendo. A mí es mejor que me hablen en cristiano. Vamos, directos al grano y sin rodeos.

—¿No te das cuenta de que se muere por tus huesos? Lo que intenta decirte es que solo te quiere para él y no creo que le guste compartirte con nadie —le dije.

—¿De veras...? Eso es muy difícil. Yo quiero probar cuerpos fornidos, brazos fuertes tocándome aquí —señaló con la mano su sexo de forma descarada— y llegar a tocar las estrellas con los ojos en blanco. Quiero vivir y estremecerme, quiero tener sexo sin complicaciones y disfrutar como una loca —contestó sonriendo.

—No seas tan vulgar, Amy. Y ten cuidado, puedes acabar más sola que la una. Podrías perder a la única persona que habrá valido la pena conocer —puntualizó Chloe.

—No quiero ser como tú. ¿Cuándo piensas meterte en la cama de Tommy? —le contestó con provocación y a mí me guiñó un ojo.

—¡No me hables así! Y contestando a tu pregunta, te diré que mantener relaciones sexuales no es una prioridad para mí. Yo me conformo con el amor que me da, con eso me basta. —Me abrazó con fuerza.

—No digas tonterías, anda. ¿Quién puede vivir sin sexo cuando ama? Nadie, Chloe, nadie. Aunque no hace falta amor, mírame a mí. Yo practico sexo y te aseguro que pegar un buen revolcón alivia las tensiones.

—Yo paso —le contestó convencida.

—No me digas que por las noches no piensas en él bajo las sábanas —comentó sonriendo.

—¡A ti te voy a decir lo que yo pienso por las noches en mi cama!

—¡Lo sabía! Te metes mano, ¿a que sí? —se carcajeó.

—¡Dios mío, Amy! Eres un caso —le indiqué.

Alan se acercó a nosotros e interrumpió la conversación de manera desagradable.

—Oye, tío. ¿Te afecta la idea de morir? —me dijo de forma sarcástica.

—Déjalo en paz —lo interrumpió Chloe.

—¿Por qué? La muerte es algo natural. Algo de lo que hay que hablar.

—No quiero seguir más con esto —declaró ella—. Estoy harta.

—Escucha, Alan —le hablé.

—No, escucha tú. Si no cuidas a esta preciosidad, me la llevaré a la cama. Creo que necesita otra clase de amor.

—Lárgate, Alan —alzó la voz Chloe.

—Está bien, tú ganas. No pondré ningún impedimento si ella quiere — acepté con una sonrisa.

—Pero ¿qué dices? —Ella me cogió de la mano—. ¿Estás bien? Y tú — miró a Alan con inquina— desaparece, que solo me causas un maldito dolor de cabeza.

—Guuaau, vamos avanzando terreno, querida. —Rio de forma cínica.

—¡No me hagas reír! —contestaron al unísono Amy y Chloe.

El ambiente se iba cargando, casi saltaban las chispas. La gente no tardó en congregarse a nuestro alrededor y mientras unos hacían mofa, otros cuchicheaban.

—Deberías enseñarle modales a tu cerebro, ¿cabeza hueca! Y ahora lárgate, querido imbécil —le escupió Chloe.

—Anda, no seas tonta y vente conmigo, no te arrepentirás. —Le lanzó un beso con los morros.

—Si voy yo, ¿te vale? —dijo Amy.

—¡Cállate, idiota! —grité.

—¿Por qué me has llamado idiota? —Me pegó dos golpecitos en la cabeza.

—No es a ti, Amy.

—Dímelo a la cara, enfermo —chilló Alan—. Ven aquí y dímelo a la cara.

—Se está volviendo loco —espetó Amy.

Me dirigí a la carrera hacia él. No podía ser menos. Estaba insultando a mi novia y se estaba riendo de mí. La muerte no era un tema como para

cachondearse, sino algo serio y triste. Entre ruidos de gemidos y respiraciones profundas, sentía cómo crecían en mi estómago el miedo y el aturdimiento. Por un instante, noté cómo me latía ardientemente el pulso en las sienes. De pronto, me sentí bastante mareado, como si fuera a desmayarme. Levanté una mano y me di dos cachetes en la mejilla con la palma y el revés. Aun así, me lancé hacia él, pero Alan fue más rápido y me cogió de la pechera.

—Suéltame —le exigí con rabia.

—Si lo hago intentarás golpearme. Y golpear a alguien como yo es como darle un puñetazo a un grueso muro de hormigón. Te destrozarás la muñeca. No quiero que te hagas daño —formuló con ironía.

—No te preocupes. El haberte partido la cara me hará más llevadero el dolor —escupí, furioso, mientras forcejeaba intentando liberarme.

—¡Basta ya! Suéltalo —vociferó Chloe. Alan le hizo caso y yo caí al suelo—. ¿Te encuentras bien? —me preguntó mi novia, que fue a mi encuentro.

—Me siento mareado. —Mi voz sonaba débil y enmarañada—. Estoy bien, pasará.

—Este tipo es un enclenque, corre unos metros y ya está para el arrastre. Se ha quedado hecho un guiñapo —dijo Alan riendo.

—Los camaleones son verdes y cambian de color, pero tú eres gilipollas y no te cambia ni Dios —sonrió Amy—. ¡Anda, rima y todo! —se carcajeó—. Lo siento, Tommy, no era mi intención reírme. ¿Estás bien?

—Sí, sí, no es nada. Es que llevo días sin apetito y apenas pego ojo. Y bien, ¿vamos al cine esta tarde? —pregunté mientras me recuperaba.

—Yo paso. Tengo algo mejor que hacer, hasta luego —indicó Amy.

En el cine proyectaban *La angustia de vivir*, interpretada por Grace Kelly y Bing Crosby. Era un drama basado en la obra de teatro de Clifford Odets. Esa tarde, mi linda novia no tardó en cerrar los ojos y, con el cucurucho de palomitas en la mano, daba cabezadas a un lado y a otro. La señora del asiento contiguo la miraba sin saber qué hacer ni cómo reaccionar.

—Chloe, Chloe... —la llamé muy bajito al mismo tiempo que le tocaba la pierna para despertarla.

Tuve unos instantes de dudas y mi corazón empezó a bombear y a sonar como las campanas de una catedral. Casi me quedo sin respiración.

—Ah, sí, perdón, perdón. ¿Qué pasa? —interrogó alarmada sin saber dónde se encontraba.

—¡Ay, amor! Te has dormido.

—Lo siento. Últimamente no puedo conciliar el sueño.

En ese momento la miré y me di cuenta de lo mucho que la amaba, más que nunca. El estómago se me comprimió y por unos instantes pensé que la podía perder.

—¿Hay algo que te preocupa?

—Estoy muy agobiada con los dichosos exámenes. Si suspendo, mis padres se van a enfadar mucho conmigo.

—Es imposible que suspendas. Eres una Albert Einstein, mi vida. Tienes un coco espectacular. No deberías obsesionarte por ellos, aprobarás. ¿Estás segura de que no te ocurre nada más?

—No, no sufras, no me ocurre nada más. ¡Ains! —Suspiró.

Salimos del cine cogidos de la mano. Las farolas iluminaban y embellecían el centro de la ciudad tanto o más que en un parque de atracciones. El ambiente era de fin de semana. Se respiraba un aire jocoso y animado.

—Qué bien se lo pasa toda esa gente ¿eh? —expresé.

—Sí, es agradable sentir como la familia y los amigos disfrutan de todos los momentos que la vida les ofrece. Y cuando los enamorados se despidan, igual se dan algún beso o acaban en la cama amándose.

—¿Hechas de menos alguna cosa? —La miré con tristeza.

—No. Era solo un comentario. —Me sonrió dulcemente.

—¿Me deseas? —le pregunté ansiando de que me dijera que sí.

—Claro que te deseo, ¿acaso lo dudas?

—Pues...

Ella se acercó a mí y me besó impidiendo que siguiera hablando. Entonces se apartó, me miró a los ojos en silencio durante unos segundos y me habló:

—Si estás a mi lado y de vez en cuando me abrazas o me apartas el cabello de la frente, es suficiente. Yo con eso me conformo. —Apoyó una mano en mi pecho y dejó caer la cabeza sobre él.



CAPÍTULO 15

LAS MENTIRAS

Llegó el lunes y la vida continuaba. Entrada la mañana, supuse que la profesora Miller, que impartía clases de matemáticas, había mandado a Chloe a buscar unas libretas y lápices a la sala de profesores, pues la vi salir de clase cuando yo estaba por entrar. Parecía perdida en sus pensamientos porque no se dio cuenta de mi presencia, así que la esperé. Regresó a los pocos minutos con unos cuadernos y varias cajas de lapiceros. Un murmullo hizo que ella desviara la vista y yo hice lo mismo: Alan estaba charlando con otros chicos en la puerta del instituto; llevaba unos *jeans* acampanados y una chaqueta Nehru de color negra, abrochada. Miré a Chloe, parecía embelesada. De hecho, lo estaba, pues se le resbaló uno de los bultos que llevaba. Al escuchar el ruido, Alan se giró hacia ella y sus ojos se cruzaron.

Fue como si el tiempo se detuviera. El corazón me latía como si hubiese estado haciendo una maratón. Oía un pitido en los oídos y el cuerpo entero me vibraba de rabia. Avancé hasta donde estaba ella y rompí el hechizo de sus miradas conectadas.

—La táctica de dejar caer algo al suelo —chasquéé la lengua—, qué truco más viejo. —Me agaché a recoger los cuadernos.

—¿Qué?! Vaya susto que me has dado, Tommy. ¿Por qué no has venido a buscarme esta mañana?

—Te dije ayer que tenía cita con el doctor Lewis, ¿se te olvidó?

—No, claro que no —dijo ella sin mirarme a los ojos. Hacía varios días que estaba un poco rara.

—¿Qué te pasa? Estás dispersa, ausente...

—No me pasa nada. Y bien, ¿qué te ha dicho?

—Que estoy hecho un caballo, está todo controlado.

—Me alegro, Tommy. —Chloe curvó los labios hacia arriba.

—Pero ten cuidado, que el caballo se puede convertir en un potro desbocado y quizá tenga que dar alguna coz a alguien —le comenté en forma de aviso.

—Anda, no digas tonterías, vamos a clase. —Rio.

—Dame, que te ayudo. —Cogí parte del material.

Alan echó a andar hacia nosotros. Ese morenazo empezaba a cautivar a mi novia. Pero yo creía y casi podía confirmar que ella no se sentía atraída por un tipo como él. En absoluto. Aunque el mismísimo James Dean estuviera en clase, ella jamás iniciaría una relación ilícita. Aunque Alan sabía muy bien cuáles eran sus puntos flacos: chica virgen y sin sexo. Seguro que aprovecharía tales situaciones para llenar ese vacío físico.

Esa mañana en el instituto, Chloe no escuchaba las explicaciones de la profesora. Estaba distraída y en ningún momento me miró. Yo intuía que estaba en otro lado, Amy me había revelado algunas cosas que yo no quería ver, pero que no me podía permitir el lujo de ignorar. Y lo que me contó no me gustó. Me dijo que Chloe había repasado la lista de defectos de Alan: era un presumido y un prepotente, y que eso la ponía histérica. Me comentó que yo era todo lo contrario, que siempre intentaba pasar desapercibido y que todo yo era cariño y dulzura. Alan tenía casi los diecinueve —era repetidor—, le costaba sacar los estudios adelante, o mejor digamos que pasaba de ellos. Yo sabía que a Chloe le gustaban los hombres de una edad más próxima a la suya y, por mi parte, hacía lo posible por aprobar. En este caso era yo quien

cumplía con todos los requisitos. Alan tenía demasiadas mariposas revoloteando a su alrededor y a ella le gustaba la fidelidad. Eso de los engaños siempre lo había criticado. El otro también armaba revuelos en el pasillo del instituto, siempre entraba en peleas con algún novio despechado. Pero lo que más me desconcertó fue que me dijera que Chloe estaba hecha un lío.

—Chloe, ¿cómo se hace esta dichosa ecuación? Chloe, *hello*... ¡Eh, sal de dónde estés! —exclamó Amy con un peculiar acento y haciendo aspavientos con las manos.

No pude evitar reírme pese a todo, esa amiga que teníamos en común era tan graciosa...

—No sé cómo se hace.

—Y esos garabatos que estás haciendo en tu cuaderno, ¿qué demonios son?

Chloe levantó la vista de la libreta y sonrió a su amiga.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?... ¿Dónde estás? Madre mía, qué cara de tonta tienes. ¿En qué estabas pensando?

Presté más atención, yo también quería saber de sus pensamientos.

—En la fiesta de esta noche.

—¡Ajá! Y una mierda.

—¡Amy! —le alzó un poco la voz.

—Puedo ser una obsesa del sexo, pero no idiota. A ti te pasa algo y no quieres contármelo. Allá tú. Y bien, ¿qué te pondrás esta noche?

Era increíble la capacidad de Amy de pasar de un tema a otro en cuestión de segundos.

—Nada especial. Un vestido.

—¿Te apetece venir conmigo esta tarde al centro comercial? Quiero comprarme algo distinto para la ocasión.

—Claro, tengo ganas de hacer algo diferente.

¿Diferente? Eso no me sonó bien.

—Es que tu vida con Tommy es muy aburrida. —Asintió con la cabeza.

—Oye, ¿soy un aburrido? —No me gustó que Amy dijera eso de mí.

—Pues sí —me respondió enarcando una ceja—. Siempre os quedáis al lado de la chimenea viendo películas soporíferas como los yayos en una residencia. Tenéis que vivir. ¡Caramba!

—Yo no necesito nada más. Soy feliz así —manifestó Chloe.

Me quedé mirando al infinito, incapaz de encontrar fuerzas para hacer nada más. Me sentía como si estuviera a la deriva en un mundo en el que nada era real. Amy tenía razón.

—Pero ahí fuera existen otras cosas que no son una tele, una peli o un gran cuenco de palomitas. Os estáis perdiendo tanto... Alucinaríais con todo lo que hay. Y bien, ¿me acompañas esta tarde?

—Te he dicho que sí, pesada —le confirmó sonriendo.

—Por cierto, ¿te ha mandado Peter Pan alguna tarjeta más?

—¿Qué tarjeta? —pregunté, me había olvidado completamente.

—¡Uy, Tommy! Que no te enteras de los cotilleos de clase... —Amy negó con la cabeza—. Tu novia tiene un amor misterioso. Digamos que es más bien un fantasma. ¡Buh! —exclamó con burla.

—¡Cállate, Amy! No quiero hablar del tema.

—Pero yo sí y quiero que me lo cuentes —dije entre dientes, muy celoso, aunque ya lo sabía.

—Chicos, prestad atención —nos riñó la profesora Miller.

—Luego te lo explico —me contestó Chloe.

Amy no pudo más que sorprenderse y alzó la voz:

—¿En serio?... ¿No le has contado a Tommy lo de la tarjeta? ¿Por qué no lo has hecho? A ti te gusta ese tío —soltó sin más.

Yo me crispé, pero no dije nada, agucé el oído y mis ojos se clavaron en Alan, que chuleaba de su chaqueta de cuero marrón. «Qué asco que me das, tío», pensé con rabia.

—¡Qué va!

—Anda que no.

—Calla —le respondió Chloe con enfado.

—OK —contestó nuestra amiga bajando la cabeza—. Por cierto —Amy miró a Chloe—, me he enterado de que Alan lo dejó con su novia hace unos días. Era una chica demasiado fiestera, o eso dicen, y supongo que le puso los cuernos. Bueno, la verdad es que se lo merece, él también lo hace, es un sinvergüenza. Pero para qué nos vamos a engañar, es un golfo atractivo, seductor, una tentación, ¿no te parece? Apuesto a que no estará demasiado tiempo solo. Yo estoy libre. Me parece que empezaré a atacar —dijo ahuecándose el cabello.

—Estás como una cabra, Amy —expresé. «Si ella entra en el juego, dejará de acosar a mi chica», cavilé—. ¡Venga! Todo tuyo, ve a por él. —Le alcé el pulgar.

—Sí, eso, incítala y, de paso, le das un empujón para que caiga en las redes de ese ligón de mierda. Desde luego, Tommy —me riñó mi novia.

—Hombre, amigo, gracias, no me esperaba eso de ti —manifestó Duncan con disgusto; yo no sabía que también estaba escuchando.

—¡Uy, lo siento! Sé cómo te gusta Amy, pero no pensé en ello. Perdóname, soy un verdadero idiota.

—No pasa nada. Además, lo que ella quiere conmigo, yo no se lo voy a dar.

—Sí, lo sé —le respondí con nostalgia—. Amy siempre me sorprende, pero es buena chica. Lucha por ella. Cómprale flores... —continué bajito para que las chicas no nos escucharan.

—Ya le he regalado flores y me dijo que era un antiguo. Pero a mí me gusta hacer esas cosas. Me gusta ser detallista. Si es que soy un romántico sensiblero.

—Ten paciencia con ella. Mira a Chloe, tiene tanto aguante...

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dispara. —Le guiñé un ojo.

—No sabes lo que me cuesta decirte esto, pero es que sufro por ti.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has pensado alguna vez que todos esos sueños que compartís quizá nunca los alcancéis? A veces pienso que necesitas desahogarte, y los amigos saben escuchar mejor que la propia familia. Ellos evitan cualquier tema doloroso. No quiero que pienses que no tienes una mano amiga que coger o un hombro donde apoyar tu cabeza en esos momentos en los que te encuentras algo deprimido o pesimista. Soy tu amigo y quiero que cuentes conmigo para lo que sea. Estoy ahí para todo lo que necesites. Lo sabes, ¿verdad?

—Eres un gran amigo. Te aseguro y confirmo, sin duda alguna, que eres el mejor que he podido encontrar. Y doy gracias por ello.

—Llevas lo de tu enfermedad con tanta entereza... Admiro la fuerza que tienes. Yo te aseguro que no lo hubiera llevado del mismo modo.

—Solo soy un superviviente —traté de sonreír—, porque cada día que sigo con vida es una batalla vencida. Además, nunca he estado mejor —le dije con un suspiro de alivio, y luego reí—. Ver llegar la muerte no es nada cuando se está rodeado de personas buenas y cariñosas.

—¡Caramba! Se me pone el vello de punta solo de escucharte.

—Duncan, no hay nada malo en que las cosas buenas que uno desea

lleguen más tarde de lo esperado. Si lo que se desea tarda en llegar, te fortaleces y el corazón se prepara para recibir eso que tanto has anhelado. Cuando menos lo piensas, o quizá cuando te has dado por vencido, es cuando, por arte de magia, el destino o lo que sea nos sorprende. Entonces se disfrutan más esos instantes. Esos que llegan en el preciso y justo momento, y que ya no los esperabas. Todo llegará y Amy vendrá a ti.

—Vaya, Tommy, en pocos minutos me has dado una lección de la vida increíble. Menudas reflexiones. Eres genial, eres grande, muy grande —me indicó Duncan mientras dejaba que las lágrimas bajaran por sus mejillas con total libertad.

El timbre sonó en ese instante. La clase había acabado. Chloe se acercó a mí, me rodeó el cuello con los brazos y posó sus labios ardientes en los míos. Ese beso me volvió loco, tanto que me dejó sin respiración. Cuando ella se apartó suavemente para apoyar la cabeza en mi pecho, le pregunté:

—¿Y esto a qué se debe?

—Porque te amo —me contestó satisfecha y sonriendo—. Esta tarde voy con Amy al centro. Nos vemos por la noche. ¿A qué hora me recogerás?

—Sobre las nueve, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto.

—Ponte guapa, aunque tú con cualquier cosa que te pongas estarás espectacular.

Ellas dos se alejaron y yo me quedé contemplándola mientras salía por la puerta principal del instituto.

—Mira, Duncan. —Señalé mis partes bajas—. Ese beso me ha puesto como una locomotora. Voy a estallar.

—¡Hala, colega! —Acto seguido puso las manos sobre mis hombros y me giró la cara hacia él—. Escúchame, voy a darte un buen consejo, amigo mío. —Estaba tan serio que por un momento me asusté—. O le pegas un buen meneo a Chloe o cualquier día de estos se te queda la sangre cuajada en el cerebro. —Ambos nos carcajamos al unísono.

—Dices unas cosas... Y bien ¿quieres que vayamos a tomar algo esta tarde?

—No puedo. Tengo cosas que hacer —masculló sin entrar en detalles.

Duncan esquivó mi mirada. Saltaba a la vista que me estaba ocultando algo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté amablemente.

Ni me contestó, solo agachó la cabeza.

—¿Qué ocurre? —Le cogí del brazo suavemente, lo miré a los ojos y esperé inquieto su respuesta. Ante mi mirada inquisitiva, no tardó en explicarse.

Esa tarde, Duncan había quedado con Alan, iría a su casa porque se había ofrecido para ayudarlo a organizar la fiesta. No quería contarme nada para que no me molestara, y más sabiendo que ese chico quería beneficiarse a mi novia y le importaba bien poco causarme sufrimiento. Alan tenía malicia, era perverso y cruel, y, sobre todo, era un chico malcriado y consentido. Mi amigo no quería lastimarme, así que pensó que sería una buena idea cerrar la boca y no decirme nada de esa cita. A él no le apetecía lo más mínimo ir, iba a sentirse solo y a aburrirse como una ostra. Pero es que Amy acudiría también, y aunque esa tarde Duncan tuviera que compartirla con ese engreído y *cazamujeres* de Alan, eso era mejor que nada. Solo estar al lado de ella era suficiente para que se sintiera el hombre más afortunado del planeta. Pero los sueños eran solo eso, sueños. Apenas espejismos que aparecían por la noche y que se rompían cuando veían los primeros rayos del sol. La realidad era dura, y Duncan odiaba sentirse así de frágil e incapaz de levantar la mirada del suelo cuando Amy se encontraba a su lado. Se sentía desmañado y no sabía cómo hacerla entrar en razón. Ese Alan no le convenía, sin embargo, aparte de preciosa era tozuda, y no era una gran virtud, al contrario, pues eso la cegaba aún más y no la dejaba ver la realidad ni las intenciones de ese chico. Siempre que él intentaba hablarle del tema para que entrara en razón, ella cogía y se marchaba, nunca lo escuchaba ni tampoco atendía a razones. Seguro que verla allí, en territorio enemigo, iba a ser una tortura. Se le formaría un gran nudo en el estómago y, sin duda, en algún momento desearía probar el sabor de sus hermosos labios. Pero esa ilusión desaparecería en cuanto ese presumido y pedante que decía ser su amigo empezara con el tonto, acechándola como un cazador hace con su presa. ¿Y qué podía hacer? Nada. Observar y esperar a que Amy se diera cuenta de que lo único que pretendía de ella era llevársela a la cama. Duncan siempre pensó que algún día —no sabía cuándo— ella abriría los ojos e iría hacia él. Soñaba siempre con ese momento.



—Querida nieta, el amor es sencillo, modesto, dulce y tranquilo, pero a veces y cuando menos te lo esperas, se puede convertir en un aluvión de jeroglíficos infernales. Aquel chico popular en el instituto, chulo, arrogante,

tajante, directo, agresivo, prepotente y que empleaba un lenguaje soez, se encargaba de que así fuera.

—Yo le hubiera castrado las pelotas con un emasculador para caballos.

—¡Qué cosas dices, criatura!

Se rieron.

—Se lo hubiera merecido, por imbécil. Menos mal que Alex es un chico bueno, honesto, educado, generoso y de un gran corazón, como tú. —Pestañeó.

—Este chico será un gran hombre. No os faltéis nunca el respeto —le espetó con gesto muy serio.

—Si pierdes el respeto a una persona, te lo pierdes a ti misma. Hay valores que mi madre me enseñó con palabras, pero los más importantes me los enseñó con su ejemplo.

—Es una excelente madre. Estoy muy orgulloso de ella, ¡vaya que si lo estoy! —Asintió con la cabeza—. ¿Quieres que te explique lo que pasó en el centro comercial?

—Claro, estoy impaciente.

—Aquella tarde, mientras Amy se probaba el vestido, Chloe se dirigió hacia la cabina de teléfono más próxima y me llamó. Parecía disgustada, molesta, casi furiosa, echaba chispas. Su enfado aumentaba según hablaba. Yo intentaba quitar hierro al asunto, pero ella no colaboraba en absoluto y seguía charlando cada vez más resentida. Mis ojos brillaban llenos de tristeza. Sentí un vago malestar por todo mi cuerpo. La tormenta estaba cada vez más cerca y el estruendo de los truenos era cada vez más fuerte. Las cosas no iban nada bien. Chloe me explicó lo que le había contado Amy sin pelos en la lengua. Como siempre, abrió su alma y le confesó algo inaudito, aunque predecible.



—Tengo que contarte una cosa —anunció Amy.

—¡Tú dirás!

Amy sonrió y le confesó canturreando:

—Hoy me han besado. —Chloe la miró no muy sorprendida—. Mientras esperaba en el instituto a que llegaras, Alan se acercó.

Abriendo desmesuradamente los ojos, su amiga gritó:

—¡No me lo puedo creer! —Alzó los brazos al cielo.

—Créetelo —contestó ella divertida—. Eso sí, después le arreé un bofetón.

—¡Amy!

—Es que cuando acabó con ese beso, que me pareció eterno y caliente, va y me dice: «Lástima que Chloe no sea tan facilona como tú». Ha sido un deslenguado. ¿Qué querías que hiciera? Tenía que darle el bofetón, no quiero que piense que soy una chica de esas que uno se beneficia sin remordimientos. Ante todo, dignidad.

—No hay nada que pueda decir o hacer para que no continúes con esta locura, ¿verdad? —Amy negó con la cabeza—. Creo que te equivocas, ya sabes lo que pienso. Ese Alan no te hará ningún bien. No quiero que te ocurra nada malo. —Contempló a su amiga y le sostuvo la mirada hasta que, con languidez, la acabó apartando.

—No me va a pasar nada, tonta. —Amy reprimió un suspiro—. Me siento atraída por ese tipo. —Sonrió.

—¿Te sientes atraída por un tipo que no tiene sentimientos ni empatía?

—Mira, no me vengas con sermones, que ya tengo una edad y sé lo que me hago. A ese chico me lo voy a llevar a la cama. No podrá resistirse a mis insuperables tácticas y armas femeninas. —Se carcajeó—. Mira este vestido, es precioso. ¿Te gusta?

Chloe se recostó en la pared y suspiró profundamente; cruzó los brazos y le dijo:

—Creo que es tu talla, pruébatelo.

—Voy.

Al cabo de un rato, salió del vestidor y, con el cuerpo garboso y la cabeza alzada, empezó a desfilarse como si estuviera sobre una pasarela. Aquel vestido rosa conjuntado con aquella chaqueta de punto que se había puesto le quedaba sensacional.

—¡Guau! Estás preciosa. Te queda que ni pintado.

—No sé. Me queda algo grande por aquí —le expresó mientras se estiraba del pecho.

—Te queda impresionante —afirmó la dependienta.

—No mienta. Tiene que estar más ceñido, mire... —le contestó Amy frunciendo el ceño.

—No, el busto te queda perfecto porque no tienes que parecer muy pechugona.

—¡Madre mía! Las mentiras que se dicen por vender y cobrar una buena comisión —murmuró Amy—. Sí, vale. Pero veré... mis pechos son preciosos y firmes, pero a veces tienen vida propia y pueden irse en distintas

direcciones, ¿sabe? Y no puedo controlarlos. Así que, ¿podría estrecharlo medio centímetro, solo medio centímetro?

—De acuerdo —respondió la empleada.

—Bien, genial. Lo necesito para esta noche, ¿puede ser?

—Lo tendremos listo en un par de horas.

—Gracias. ¿Me acompañas a la peluquería, Chloe?

—¡Dios mío! ¿Qué te vas a hacer esta vez en la cabeza?

Ella rio al recordar una vez que se presentó en su casa vestida a lo *garçonne*, embutida en un traje con corbata y con una boquilla larga con un cigarrillo, parecía una cabaretera. Se cortó el pelo al estilo *bob cut* y se lo quisieron teñir de un tono rubio. Pero lo que le pasó es que le aplicaron el color equivocado y el resultado fue desastroso, su cabello se quedó de color verde. No le quedó otra que colocarse en la cabeza un sombrero *cloché* para disimular la tragedia. Amy había empatizado con un nuevo tipo de mujeres que surgieron en los años 20 en París, que reivindicaban los derechos de la mujer y la igualdad de género. Eso a ella le gustó y desde que lo leyó en una revista de curiosidades, se declaró su fan.

—Por favor, Amy, dime que esta vez no harás ninguna locura.

—Tranquila, he cambiado de peluquería, esta vez estaré en buenas manos. Solo me reparé la cabeza. —A Chloe casi se le salen los ojos de sus cuencas—. ¡Que nooo! Solo me voy a poner un tupé y me lo teñiré de rubio platino, estaré preciosa.

—¡Ay, no sé!

—¿Y qué pasa? A mí me gustan esos cambios radicales y crear tendencia.

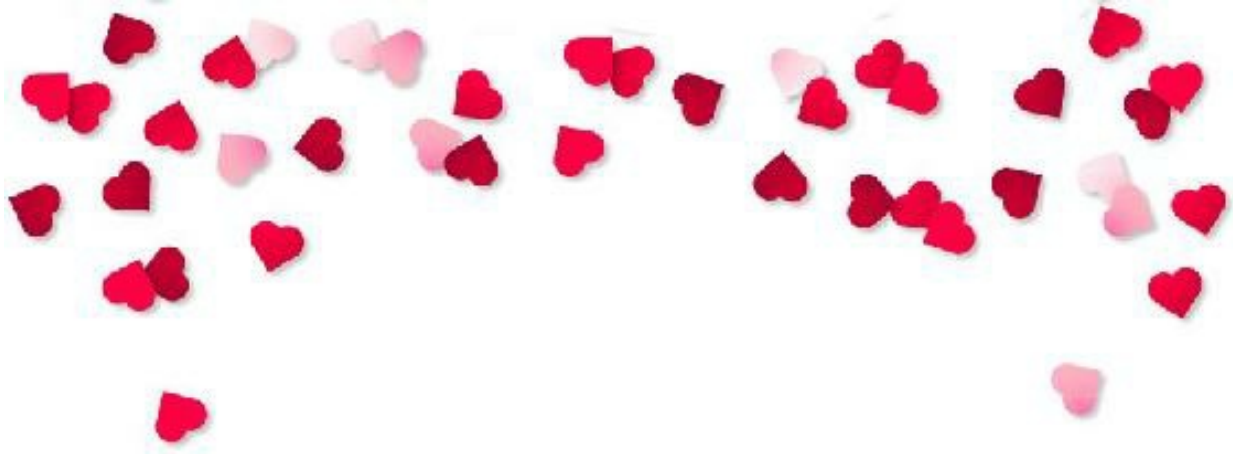
—Mira, Amy, da igual. Estoy cansada de repetirme siempre lo mismo —le habló enfadada—. Me molesta que luego todos anden riéndose de tus pintas.

—No hagas un drama, tampoco es para tanto. Estaré divina de la muerte y a gusto conmigo misma, y eso es lo único que me importa.

—Estás como una cabra. —Rio Chloe resignada—. Amy, eres caso aparte.

Se despidieron con una sonrisa de oreja a oreja. Aunque siempre o casi siempre discutía con Amy, le encantaba estar con ella. Era una inyección de positivismo y buen humor.

—Ojalá pudiera ser como tú —le expresó.



CAPÍTULO 16

LA FIESTA

Esa noche, Alan organizaba su primera fiesta en la mansión de sus padres con los amigos del instituto. Sus progenitores eran unos notables y prestigiosos arquitectos a los que la vida les había sonreído en todos los aspectos. Eran unos ricachones que no se cohibían en malgastar lo que fuera para que su hijo estuviera integrado en las más altas élites de la sociedad. Se codeaban con importantes políticos y empresarios capitalistas que dedicaban todo el tiempo a fiestas, celebraciones y cócteles. Siempre se vestían con las más acreditadas y conocidas marcas de la época. Cuando se ponían vaqueros, los llevaban bastante subidos, marcando paquete, a juego con unos zapatos tipo mocasines. En verano, les gustaba llevar bermudas que compraban en comercios y establecimientos de renombrada y acreditada fama. Se peinaban con gomina, como si hubieran ido a una

gasolinera y se hubieran dado con la pistola de agua a presión para atrás. Bebían *gin-tonics*. Entendían de vinos, pedían una marca y una cosecha en concreto, y antes de beber le daban vueltas a la copa, miraban el color al trasluz y lo olían como si quisieran esnifarlo. Conocían al primo o cuñado o hermano del presidente de los Estados Unidos, y otros hasta se reunían con ellos. Las jóvenes se echaban piropos entre ellas, pero en cuanto se daban la vuelta, se ponían verdes. Ellas decían que eran monas, no bonitas, andaban con la cabeza erguida y se obsesionaban con sus cuerpos, las arrugas y el peso. Nunca abrían la boca y cuando comían, si había que hablar, se ponían una mano delante, todas unas chicas muy delicadas. Los chicos son monos, no, guapos; son encantadores, no, simpáticos; vamos, de lo más cómico.

Se presentaba una fiesta entretenida y peculiar. Aparte de los amigos que Alan invitó, sus padres, por cuenta propia, convidaron a las personas representativas de los círculos de amistades a los que pertenecían.

Cuando Chloe llegó a casa después de una tarde de lo más divertida con la loca de su querida amiga en el centro comercial, se dirigió al salón y miró el reloj de cuco, daban las ocho.

—¡Caramba!, ¿son ya las ocho?, se me ha hecho tardísimo —murmuró—. Esta Amy siempre me lía.

Subió como un cohete por las escaleras, pues todavía tenía que ducharse, arreglar su hermoso cabello y pintarse. Pero antes de eso se asomó por la ventana y subió la cuerda que agarraba por las asas una cestita ancha y abierta de mimbre. En ella, Tommy y Chloe transportaban las más bellas cartas de amor y a veces algún que otro regalito. Cuando él le colocaba alguna cosa en ella, tiraba del cordel haciendo que tintinearan unas campanillas. Era el aviso de que algo bonito la esperaba.

Miró en el interior y dentro había una nota que decía: *Ponte guapa*. Ella echó un vistazo al exterior y gritó:

—¿Tommy? —Pero nadie contestó.

Así que, sin darle más importancia, se dirigió al armario blanco y lo abrió sin hacer mucho ruido. Se quedó pensativa un momento y, de repente, fijó su mirada. «¡Ya lo tengo!». Había visto colgado un vestido verde esmeralda. «Me gusta».

En ese preciso instante sonaron las campanillas de nuevo. Se asomó por la ventana y sacó medio cuerpo fuera.

—Luego saca el otro medio y verás qué porrazo te pegas —susurró Brenda. Chloe no la escuchó. Subió la cesta y dentro de ella había una nueva

notita que decía:

¡Oh, no! Yo soy un caballero con tradiciones muy románticas, no ese enfermo de tu novio.

—Alan, ¿eres tú? ¿Me estás acosando? —gritó enfadada. Ni un alma ante sus ojos.

Brenda se rio bajito y sacudió la cabeza. Estaba espachurrada en un cojín grandioso de color azul eléctrico en una de las esquinas, al lado de la cómoda, que la mantenía escondida. Era imposible haberla visto. Tenía pegado en una de sus orejas un pequeño transistor que en alguna ocasión casi le cuesta un buen coscorrón. Se pasaba horas y horas dando vueltas al botón intentando localizar alguna emisora local en la que pusieran música. A ella le encantaba cantar y bailar. Siguió meneando la cabeza al ritmo de la canción.

Chloe suspiró molesta, se masajeó las sienes y fue desvistiéndose de camino al baño, y dejó que la bañera se llenara mientras recogía la habitación. Luego se metió en el agua, cerró los ojos y el deseo invadió su cuerpo. Sus manos empezaron a acariciar sus muslos, su respiración fue haciéndose dificultosa y jadeante. En poco tiempo se rindió, complaciendo todas aquellas partes de sí misma que mantenía casi inexploradas. Sus dedos y sus manos fueron dando rienda suelta a esas inquietudes sexuales que la quemaban por dentro. Esos movimientos que aumentaban de intensidad hicieron que su cuerpo se convulsionara, llegando por fin a un orgasmo placentero y profundo mientras nombraba a Tommy. En aquel instante, se le nublaron los ojos y se sintió fatal. Salió de la bañera, se puso el albornoz y se enrolló una toalla a la cabeza. Se miró al espejo y se enjugó las lágrimas que caían por su rostro para irse hasta el armario en busca del vestido. Lo miró, lo cogió y se lo colocó. De nuevo esas campanillas.

¿Te pondrás aquel vestido verde esmeralda? Es precioso y te sienta genial, me pone a cien.

—¡Qué ganas de tocar las narices tiene la gente! —chilló, mirando desquiciada por la ventana.

Empezó a pensar en la fiesta y en la ropa que se pondría. Dado que el vestido verde resultaba algo conflictivo, pensó en colocarse unos vaqueros ajustados. «¿Por qué no debería ponerme el vestido?», se preguntó.

—Hola, hermanita, ¿vas a salir?

—¡Dios santo, Brenda! Me has dado un susto de muerte. ¿Cuánto llevas ahí?

—Llevo rato.

—Sabes que no me gusta que entres en mi habitación sin pedirme permiso.

—Ya, pero me aburro. —Hizo una mueca.

—Vale, es igual. ¿Cómo me queda el vestido? —Estaba impresionante. Ese vestido ceñía a la perfección todas sus curvas.

—Pareces una lechuga. Muy pegado. Pero estás muy guapa.

—Gracias, bonita —le dijo despechada—. No sé por qué te pregunto.

—Pues eso.

—No me fío de ti. ¡Mamá, ven a ver esto! —la llamó Chloe desde la habitación.

—Está al teléfono —contestó Brenda.

Chloe sabía que Brenda la admiraba, continuamente le decía que tenía un cuerpo espectacular y que era muy bonita.

—Dile que venga a ver mi vestido.

Brenda se apartó de la oreja la radio para concentrar todas sus energías en llamar a su madre.

—¡Mamááá! Sube, que tu hija mayor quiere enseñarte algo —gritó como una loca.

—Tu hija mayor —se quejó Chloe—. ¡Bah!

Siempre que Chloe intentaba hablar con su madre, o estaba atendiendo una llamada de trabajo u ocupada con papeleo para la oficina.

—¡Estoy hablando por teléfono! —vociferó.

—Yo creo que estás muy guapa, hermanita. Estás hermosa.

—¡No te metas! —le chilló Chloe.

—¿Por qué me gritas, tonta?

Ella no acostumbraba a hacerlo, pero ese Alan, porque seguro que era él el de las notitas, le estaba haciendo perder los papeles. Se estaba convirtiendo en una jovencita antipática, irritable y de mal genio.

—Lo siento, estoy muy nerviosa con esta fiesta —se disculpó mientras le besaba su cabello rizado.

Chloe bajó las escaleras de dos en dos. Quería que su madre opinara sobre cómo le quedaba ese fastuoso vestido que se había puesto.

—¿Qué es eso tan importante que no puede esperar? —le preguntó tapando el auricular con la mano.

—¿Te gusta? —dijo dando vueltas sobre sí.

—¿El qué?

—Mamá, el vestido. ¿Te gusta el vestido?

—Estás muy bonita, hija.

—Gracias, mamá —contestó coqueta—. ¿Crees que podría utilizar tus pendientes? Para tener suerte. Como cuando tú fuiste la reina del baile, ¿me los prestas? —Casi se lo rogó con la mirada.

—¿Suerte para qué, hija? ¿No me dijiste que era una fiesta en casa de un amigo? Alan, se llama así, ¿no?

—Sí. Y solo quiero estar guapa para Tommy.

—¡Madre mía! A él le gustarías aunque te vistieses con un albornoz y unas zapatillas.

—¡Mamá! ¿Me dejas los pendientes o no?

—Chloe, para ganar una corona, sea la que sea, no dependes de la suerte. Para alcanzar lo que quieres debes esforzarte. ¿Qué quieres ganar tú hoy? De verdad que no entiendo a dónde quieres llegar poniéndotelos.

—Solo quería que te sintieras orgullosa de mí. Quería mostrarte...

La señora Hamilton siguió con la llamada de teléfono, concluyendo de ese modo la conversación con su hija. Chloe subió a la habitación y fijó la mirada en la cotilla de su hermana que, escondida como si acabara de hacer alguna de sus chiquilladas, permanecía sentada con las piernas cruzadas en el hueco de su escritorio. Brenda no la había escuchado entrar porque mantenía el transistor pegado al oído. Estaba leyendo aquellas notas que había recibido y se alarmó. Seguro que haberla visto de pie, ante la ventana y sacando medio cuerpo gritando como una endemoniada le había causado cierto interés.

—¿Qué haces, chismosa? Sal de ahí —la amonestó mientras tiraba de su chaquetilla hacia arriba.

—¡Ay, ay, ay! ¿Estás engañando a Tommy? Mejor que no te pille. A mí me cae genial. No le hagas daño, querida hermanita.

—¡Sal de mi habitación, que quiero estar tranquila! Vete a darle la tabarra a mamá, quizá a ti te haga más caso —le dijo a la vez que la empujaba hacia la puerta.

—¡Adiós, bruja! Que cuando estás de malhumor no hay quien te aguante, ni siquiera tu padre, que tiene una paciencia de santo.

—Siento decirte que es el mismo que aguanta tus fechorías.

—Pues eso, nuestro santo padre. —Brenda salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí dando un fuerte portazo.

El timbre de la casa de los Hamilton sonó en ese momento.

—Chloe, Tommy ha llegado —la avisó su madre.

La pequeña Hamilton bajaba por las escaleras quejándose y

murmurando lo mal que se había comportado su hermana con ella.

—Hola, Tommy, ¿has tomado todas tus medicinas? Creo que las vas a necesitar. Mi hermana tiene un mal día. Supongo que hoy la ha visitado su amiguita.

—¿Qué amiguita? —le pregunté.

—No esa clase de visita. La menstruación, la Cruz de Eva, la corriente de carmín...

—Ya, ya lo entendí —le contesté, sonriendo.

—¡Calla! Qué inoportunas son tus palabras. Hija, eres...

—¿Cómo soy, mamá?

—De lo que no hay.

—No importa, señora Hamilton —me precipité a contestar.

—Salgo a dar un paseo con mis amigos. Vendré a cenar —le confirmó Brenda.

—Por supuestísimo que vendrás a cenar. Y te lo advierto, no me hagas ir en tu busca. La cena estará preparada a la misma hora de siempre.

—¡Caray! Estáis todos insoportables. Adiós —dijo cerrando la puerta.

Media hora después, Chloe bajaba por las escaleras luciendo su llamativo vestido verde esmeralda y su preciosa melena larga y bien peinada. Ella sabía cómo seducir y centrar mis ojos en ese escultural cuerpo. Cuando la vi, me quedé mudo y tragué saliva para expresarle después lo guapa que estaba.

—Pareces un ángel caído del cielo.

—Gracias —me respondió con coquetería—. Tommy, ¿qué has estado haciendo esta tarde?

—¿Por qué?

—No, por nada —me contestó con un gesto de mano.

—Nada más colgarte el teléfono, mi padre y yo fuimos a merendar al centro.

—¡Vaya!

—¿Ha ocurrido algo?

—No, olvídalo. —Me sonrió.

—Tengo algo para ti.

Hacía días que le quería entregar un colgante. Uno que tenía para mí un incalculable valor emocional, era de mi abuela. Esa noche, antes de salir de casa, mi padre me lo recordó preguntándome si ya le había entregado el collar que hacía tiempo me dio mi madre para que se lo regalara a Chloe, lo que hizo

que me acordara de que lo había dejado guardado a la espera de encontrar el día adecuado y, sin duda, esa noche sería la perfecta. Según mi madre, la piedra que colgaba de él era del mismo color que los ojos de mi bella novia. Seguro que le quedaría perfecto y que le realzarían esos luceros tan verdes.

Ella cogió el colgante que le tendí, tocó la piedra verde con cariño, la besó y se la puso alrededor del cuello. La señora Hamilton nos miraba conmovida por la ternura que ambos desprendíamos. Éramos tan guapos, tan cariñosos y nos amábamos tanto...

—Y esto ¿a qué se debe? ¿Se me ha olvidado alguna fecha importante? Soy una despistada —preguntó quejándose.

—No, mi amor. Mi madre me lo entregó hace ya mucho tiempo, antes de que... Bueno, quiero que lo lleves tú.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Muchísimo. No hay ni un solo día en que no la recuerde —le contesté con la voz algo triste.

—Eres tan bueno. Que ganas tengo de que encuentren una cura para tu corazón. Quiero que seas feliz, tanto como yo lo soy cada vez que estoy a tu lado. Es precioso, me encanta —expresó mientras se miraba y remiraba en el espejo del *hall*.

—¿No me das un beso?

—Y dos —me respondió a la vez que me fundía con esa boca llena de amor.

—Vamos, llegamos tarde —apunté.

—Que lo paséis genial —expresó Karen Hamilton—. Hacéis una pareja perfecta. Sois especiales los dos. Rezo todos los días y le pido a Dios con todas mis fuerzas para que la ciencia prospere, Tommy. —Se mordió el labio y permitió que las lágrimas descendieran por sus mejillas. Saqué un pañuelo del bolsillo de mi pantalón, me acerqué a ella, le besé con dulzura la frente y sequé sus gotas. Y mostrándole una pequeña sonrisa, le dije:

—Señora Hamilton, no se preocupe por mí.

—Ay, mamá, ¡qué tierna estás hoy!

—Venga, que se os hace tarde —pronunció haciendo un gesto con la mano.

—Adiós, mamá. Te quiero.

—Y yo a vosotros.

Nos dirigimos a la fiesta, llegábamos tarde. Chloe me estuvo pidiendo disculpas por el retraso, había perdido la noción del tiempo con un proyecto

que tenía en la cabeza desde hacía días. Mientras me lo estaba explicando ni me miró a la cara. Podía notar el esfuerzo excesivo en su rostro. Estaba seguro de que hasta se sentía una farsante pronunciando toda aquella palabrería. Era obvio que no estaba diciendo la verdad. Años después, Amy me explicó que ese día Chloe se mantuvo sin pestañear escondida tras las cortinas de su habitación esperando descubrir al misterioso admirador, aunque yo suponía quién era. Los celos me atacaron de nuevo como ahora, no lo niego. Todo aquello me roía por dentro.

De pronto, me acordé de la dichosa tarjeta.

—Chloe, ¿me vas a explicar lo de la tarjeta? ¿A qué se refería Amy? ¿Quién es el fantasma?

—Algún chalado me mandó esa tonta tarjeta. No te preocupes, la rompí y la tiré a la papelera.

—¿Tienes idea de quién ha podido ser? —Yo quería que fuera sincera conmigo.

—No lo sé. No te preocupes, olvídalo.

Al ver la tensión de su mandíbula y la angustia de sus ojos verdes, no seguí con la conversación.

—Bueno, ya hemos llegado —le dije al aparcar el coche. Chloe abrió la puerta y salió disparada hacia la fiesta—. ¡Dios mío! ¿Es que quieres matarte?

—Vamos, Tommy, corre. Llegamos tarde.

—Como siempre y de toda la vida —contesté caminando tras de ella.

Entramos en un gran salón con muchísima gente. La estancia estaba llena de risas y palabras de felicitaciones. Chloe y yo saludamos a la multitud —los típicos formalismos— ante la cual pasábamos desapercibidos. Yo me sentía un poco extraño y fuera de lugar. No estaba ahí para sentirme precisamente bien, mi único propósito era que mi chica saliera y se distrajera. Nos sentamos en un cómodo sofá. Miré a mi alrededor y me sentí orgulloso de haber nacido en un barrio más humilde, alejado del bullicio y de la falsa sociedad.

—Vamos a bailar —me pidió Chloe tirándome del brazo.

—No, no tengo ganas. Ve tú.

Ella me miró y una sonrisa iluminó su cara. La acaricié, como queriendo guardar esa imagen de su rostro en mis manos, y recorrí con la yema de los dedos la comisura de sus labios. Traté de ahuyentar mis pensamientos y la besé en la mejilla. Ni por todo el oro del mundo dejaríamos de luchar por el amor que sentíamos. Nada ni nadie, y por mucho que se empeñaran y se lo propusieran, obtendría esa finalidad.

—Me quedo contigo. ¿Estás enfadado? —curioseó con tristeza.

—No —le respondí de forma rotunda.

Chloe no apartó la mirada de mis ojos tristes.

—No quiero verte sufrir —me expresó con el corazón.

—Una pregunta: ¿estás jugando con mis sentimientos? —La miré de reojo.

—¡Claro que no! ¿Qué clase de pregunta es esa? —le tembló la voz.

—Nada, cosas mías.

Mientras todo el mundo bailaba y reía en medio del delirio del alcohol, fascinados con la llegada de Alan, vi cómo ella cerraba los ojos. Seguro que se sentía demasiado avergonzada como para mirarme, la conocía bien, pero que muy bien. Rio, supongo que para contener y disimular su malestar.

Alan había organizado una ostentosa y lujosa fiesta. Sus padres habían contratado a un grupo musical. Durante toda la noche estuvo sonando música *country*, *blues*, *jazz* y *folk*. Todas las piezas musicales eran de melodías rápidas, bailables y pegadizas. Cantaban y tocaban temas pertenecientes a grandes cantantes como Buddy Holly, Bill Halley... Barra libre, canapés exquisitos, caviar del mejor, trufas, ternera *Wagyu* —una de las más sabrosas carnes—, postres y repostería de la más selecta ocupaban toda la zona de *buffet*. En definitiva, por donde miraras, se notaba el trabajo con que habían preparado el acontecimiento.

—¡Madre mía! ¿Estás viendo todo esto?

—Es lo que tiene ser rico, ¿te apetece una copa? —le pregunté contemplando a toda aquella gente desconocida en la sala.

—No estarás pensando que todas esas cosas me pueden gustar, ¿verdad?

—Pues qué quieres que te diga. A cualquier mujer le gustaría tener todas estas grandezas, codearse con gente famosa y comer caviar todos los días. ¿Por qué a ti no?

—Jamás te dejaría. ¡Aunque me lo regalaran! Yo no quiero poder ni dinero, solo deseo amor, tu amor. No te dejaría por algo tan material. Tengo lo que necesito contigo. Ser feliz es mucho más importante e imprescindible para mí. Dudo que estas personas que hay hoy aquí, en esta sala, sepan lo que realmente es la felicidad.

—Ahora vengo.

Me levanté y fui a buscar algo para beber. Aquello era un verdadero caos. Intenté sortear sin éxito a toda aquella gente engalanada. A todo esto, camareros con bandejas, por allí, por allá. Tuve la sensación de que todo era

irreal, como si se tratara de una horrible pesadilla. Me crucé con Alan, quise saludarlo, pero él ni tan siquiera me vio. Se movía rápido, con gestos repentinos y ligeros, sin vergüenza. Ignoraba completamente a las personas y empujaba enfadado a quien se interponía en su camino. Lo seguí porque tenía la certeza de cuál era el motivo. Colocado estratégicamente tras una columna, escuché cómo hablaban.

—Me estaba preguntando cuánto tardarías en aparecer —le manifestó Chloe de manera hosca.

—¿Te gusta la fiesta?

—No está mal.

Él sonrió.

—Tengo algo que confesarte —le dijo—. Cuando te vi el primer día, allí, en la gasolinera, me enamoré de ti. ¿No te diste cuenta de ello?

Alan dio un trago largo a su *whisky*. Tuvo la poca vergüenza de insinuarle que ese cuerpo monumental que ella poseía debía entregarse a los placeres de la vida. Me entraron ganas de asesinarlo. Suspiré e intenté controlar mi rabia.

—Es curioso, tantas mujeres guapas y elegantes que tienes revoloteando a tu alrededor y pierdes el tiempo conmigo. No lo entiendo. ¿Por qué yo?

—¿De verdad te gusta ese Tommy? ¿Acaso debería acostumbrarme a ello?

—Mira, Alan, todas las chicas besan el suelo que pisas, están coladas por ti. Ellas no tienen ningún compromiso, pero yo sí. Vete de caza, es un consejo. Ellas te están esperando como locas, ¿no las ves? No te quitan el ojo de encima.

—Entiendo la indirecta. Pero escucha lo que te voy a decir: algún día serás mía, y estos ojitos lo verán —le indicó, posando los dedos suavemente sobre esos luceros verdes y profundos.

—Cuando los burros vuelen...

—¡Vaya!

—Oye, deja de molestarme y no me mandes mensajitos estúpidos. Además, no voy a romper una relación estable por estar con un Casanova como tú —le explicó sin apenas mirarlo.

—Nada, chica, tú te lo pierdes. Te aseguro que pasaríamos un buen rato. Ese Tommy no está para hacer grandes esfuerzos, podría parársele el corazón en el intento. Y créeme que lo necesitas, no sabes lo que te estás perdiendo. Me buscarás, y desde luego que me encontrarás porque yo estaré allí,

esperándote —le murmuró al oído.

—¿Por qué no te vas un poquito a la mierda?! Haz el favor de no meterte nunca más con Tommy. Yo lo quiero y tengo planes de futuro con él.

No pude evitar que una amplia sonrisa mostrara todos mis dientes, me encantó lo que escuché, aquello era lo que alimentaba mi atormentada alma.

—¿Qué tonta eres! Eso será si no se muere antes —le respondió de manera déspota—. Él jamás te dará lo que yo puedo ofrecerte y, encima, sin ninguna clase de compromiso. Pasamos un buen rato y tú sigues con él como si no hubiera ocurrido nada. Piénsalo.

«Él tiene razón», pensé. Ella no había mantenido todavía relaciones sexuales conmigo. El doctor Lewis me había dicho que no era conveniente debido a mi estado de salud. Mi corazón se hallaba débil y no estaba preparado. Podría ser muy arriesgado. Pero no era justo que Chloe pasara su juventud sin poder probar algo tan maravilloso e irresistible. En ese mismo instante decidí que había llegado el momento, me entregaría en cuerpo y alma a ella.

—Permíteme que te haga una pregunta: ¿qué es lo que queréis las mujeres? Porque no lo entiendo. ¿Queréis que os piropeemos o que no os piropeemos, que seamos románticos o que no lo seamos, que os regalemos bombones y flores o que no lo hagamos? ¿Queréis que os arranquemos las bragas a bocados o que seamos tan dulces como la miel?...

—Te lo diré, pero prométeme que jamás dirás que te lo he dicho yo porque es máximo secreto.

Pude imaginar sus ojos mirándolo con frialdad y desprecio.

—Te lo prometo, máximo secreto.

—¿Preparado?

—Sí.

—¿Seguro? —Él asintió—. No tenemos ni idea de lo que queremos. Y ahora vete, cerdo.

—¿Lo sabía! Lo sabía, sois todas unas frías.

Alan se alejó después de su rotunda confirmación. Ella no se iría con él. Yo no me había equivocado, pero no me cabía duda de que él volvería a intentarlo. Las mujeres difíciles le encantaban; además, quería beneficiarse sí o sí ese escandaloso cuerpo que mi novia poseía. Vi que se apoyaba en la barra, frente a ella, y que pidió otro *whisky*. El muy cretino no dejaba de observar a mi chica mientras se bebía la bebida de un sorbo. Al ver que Chloe no le prestaba atención, clavó su mirada en una joven de melena rizada, que

deduje que era una amiga de la familia. Era muy bonita. El prototipo de todas sus conquistas. Pedí unos refrescos y me dirigí hacia Chloe.

—¿A quién buscas? —Le entregué un botellín de cerveza.

Ella escudriñaba la sala.

—No he visto a Amy.

«Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma», sonreí y tomé un sorbo de mi zumo de naranja.

—Hola, ¿qué tal la fiesta?

—Hola —contestamos ambos.

—¿Qué pasa? ¿No me reconoces o qué?

—¡Dios mío, Amy! ¿Qué te has hecho en el pelo? ¿Y el vestido que te compraste esta tarde?

—¡Ufff! No quiero ni pensarlo. ¿Estoy sexi?

—Sí, estás preciosa. Pero... ¿por qué te has hecho eso en el pelo?

—Ya te dije lo que haría. Pues aquí está. ¿Me queda mal?

—Bueno... mal, mal, no.

—Ya. No te gusta, en fin. ¿Qué estabas hablando con Alan? Os he visto. Contado por reloj, quince minutos.

—En serio... ¿Has controlado el tiempo, Amy?

—Sí, necesitaba saber cuánto tiempo era el que necesitaba para conseguir una mejor marca.

Yo negué con la cabeza ante su ocurrencia, pero no pude evitar reírme.

—¡Dios mío, qué cosas se te ocurren! No estoy compitiendo contigo.

—¿Seguro?

—Y tan seguro —le dijo, suspirando profundo.

—El novio de mi madre es un torpe —habló con cierto aire de mosqueo.

—¿Qué pasó esta vez?

—Tonteaba con la botella de champán, ya sabes que este hombre siempre tiene excusas para celebrar algo, y esta vez era que le han arreglado el coche en tiempo récord, ya ves. Pues eso. La botella de champán para arriba, para abajo, muy gracioso él... y de pronto, el corcho salió a toda velocidad, golpeó la lámpara de la cocina, salió todo el líquido y acabó encima de mi vestido. Este que llevo es de hace unos meses, me lo compré para el entierro de tío Charles, no tenía ninguno más para la ocasión, así que pensé que lo mejor sería sacarle provecho.

—¡Vaya, Amy! —Escupió la cerveza de la boca—. Bueno, te queda genial de todos modos.

—Tú vas que rompes. Me encanta ese vestido verde de tirantes finos. Estás muy sensual. Aunque tengo que confesarte algo.

—Dime.

—Mi madre tiene uno igualito al tuyo.

—Espero que no venga a la fiesta. —Sonrió.

—No creo. A estas horas estará liada con el ensordecedor triquitraque.

—¿A qué te refieres? ¿Discuten?

—Ay, ¡qué inocente que eres! Chica, es que solo tienen tiempo para besos, fuego y pasión; dos locos de amor, ya ves. Lo peor de todo es que no me dejan pegar ojo en toda la noche. Acabo en el sofá, con el perro en los pies y el gato en la cabeza. Es que es de lo más asqueroso escuchar a mamá dale que te pego.

—Cómo odio que hables así. Esa jerga callejera que te sale de la boca te quita todo el encanto.

«Vaya par de amigas locas», pensé.

La primera pieza musical dio paso al baile. Las chicas suspiraban con la fuerza de un huracán, y cuando el conjunto atacó la primera balada, Alan se puso en movimiento. Todas contenían la respiración, compartiendo la sensación de que el tiempo se había detenido. Cada una deseaba que aquellos ojazos azules se posaran sobre ellas y fueran las elegidas para bailar y lo que fuese con él, pero eso no ocurrió. Él se dirigió hacia la única joven que no lo había mirado con interés.

—Voy a ver si encuentro a Duncan —mentí. Seguro que ese Alan debía estar tramando alguno de sus planes viles de nuevo.

—No tardes. Cuando te vas solo no me tranquilizo hasta que regresas —me dijo Chloe.

—Enseguida vuelvo. —La tomé de la barbilla y le di un beso suave en los labios.

Me levanté y caminé en medio de la muchedumbre, dándome la vuelta para ojearla unos metros más adelante. Ella miraba a la gente que llegaba, así que era mi oportunidad para escabullirme entre el gentío y a paso rápido me oculté, de nuevo, tras la columna. Ni yo mismo me creía lo que estaba haciendo, pero dadas las circunstancias, decidí quedarme allí. Permanecí detrás de la pilastra observándola, enamorado de aquella mujer fuerte, bella, de mirada dulce y apasionada... Y esperé.

—Dios santo, que me da... que me da...

—¿Qué te da, Amy?

—Un infarto. Mira quién se acerca, ¿qué hago?

—Qué pesado es... —murmuró Chloe—. Para, no te muevas tanto. No lo mires. Pasa de él.

—Seguro que me pide para bailar. Estoy salivando como una cerda en celo. Creo que me lo llevaré de *souvenir*, ¡ea!

—¡Ay, Amy! Qué cosas se te ocurren. ¡Y para ya de moverte, que pareces una gelatina viviente!

—¡Ains! —Suspiró—. Es que estoy muy nerviosa, enfadada y de muy malhumor. Estoy harta de mi madre. En realidad, me llevo bien con ella, pero a veces hace ciertas cosas que me desquician. Un día de estos me voy. A ver cómo se las apaña sin mí.

—¿Qué te ha pasado esta vez?

—Cuando ya estaba preparada para venir a casa de Alan para ayudarlo con lo de la fiesta, salí en busca del coche y... ¡sorpresa!, mamá se lo había llevado. Y eso que la avisé. Está tan enamorada de su novio que últimamente ni se acuerda de que tiene una hija, pero no me voy a enfadar por ello. Se lo perdono, quiero que sea feliz. Así que no me quedó otra opción que buscarme la vida. El bus ya había pasado, con lo cual solo podía venir en bici, era el único medio de transporte que quedaba mi alcance. Ya se me había fastidiado la cosa. Lo peor fue cuando me bajé de ella y me di cuenta de lo poco entrenada que estoy. Hacía tiempo que no la cogía. Cuando desmonté, se me pusieron las piernas en plan goma y no podía andar porque me caía, te lo juro. Qué sensación más mala, malísima. Tuve que caminar en plan robot con las piernas muy tiesas para no caerme. Parecía Frankenstein. No podía doblar las rodillas. Si llego a saber lo lejos que se encontraba la casa de Alan, no hubiera venido. Pero eso no es lo peor. El remate de la tarde, y eso es lo que más me ha fastidiado, fue cuando él me vio llegar desde la ventana y me abrió la puerta. No paraba de reírse, y cada vez que me miraba sin perder de vista las pintas que llevaba, de nuevo se moría de la risa, el muy imbécil. Cuando me miré al espejo para acondicionar un poco mi pelo vi que el tupé que me hicieron en la peluquería, y que por cierto me quedaba divino de la muerte, estaba sin forma y enmarañado en mi cabeza. ¡Qué vergüenza, Dios santo! Menos mal que al regresar a casa, después de haberlo ayudado con los preparativos, mi madre ya había llegado. Tenía que pintarme y ducharme. Olía a perros muertos. Llevaba unas pintas que para qué. Suspiré y me relajé al saber que disponía del coche, porque ya me veía de nuevo montando mi dolorido culo en esa bicicleta vieja y destartalada.

Chloe estuvo conteniéndose las risitas, tanto que hubo un momento en que ya no pudo más y explotó. Amy la observó primero enfadada, pero pensando en lo que le había narrado, no tardó en contagiarse de las fuertes carcajadas de su amiga. Así que ambas, con risotadas escandalosas e imposibles de controlar, llamaron la atención de todos los presentes, que clavaron las miradas en ellas.

—Es que, Amy... ¡te estoy imaginando! —Siguió carcajeándose—. Supongo que a Duncan no le importó verte hecha un adefesio.

—Me saludó, me dio dos besos en las mejillas y se fue a ayudar a la señora Connors. A este chico no hay quien lo entienda. Y ahora, para y deja de reírte, que se acerca Alan.

—Duncan es muy prudente. Seguro que no quería molestarte.

—¿De qué estáis hablando? Da igual, no quiero saberlo. Vamos, te estás muriendo de ganas.

—Claro que me muero de ganas —contestó Amy, cogiéndolo del brazo.

—Tú no. Quiero bailar con ella. —Señaló a Chloe.

—¿Qué?!

—Que te estás muriendo de ganas, Chloe —expresó Alan.

—¿¿Yo?? ¿Ganas de qué?

—¿De qué va a ser? De bailar conmigo. Anda, vamos. —La cogió de la mano.

—Pero ¿qué haces? Suéltame.

—De acuerdo —dijo el adonis deteniéndose un momento—. Ahora que ya has puesto a salvo tu dignidad femenina resistiéndote un poco, vamos a bailar, ¿vale?

—Pero ¿quién te ha dicho que quiero bailar contigo?

Alan se echó a reír. No le cabía en la cabeza la idea de que una chica, fuera la que fuera, no quisiese bailar con él.

—Bueno, pues nada.

—Yo sí quiero bailar contigo. Es más, estaría encantada. —Sonrió Amy.

—No, déjalo. —Y se alejó.

—¡Serás imbécil! —le gritó Amy.

—Chiss, no grites —le pidió Chloe.

—Bah. —Y pegó un trago.

Vi cómo Chloe centró su mirada en Alan que, sentado junto a la barra, acabó con una pelirroja espectacular colgada del brazo.

—¿Has visto? Anda de flor en flor.

—Está colado por ti —le habló en un tono hiriente y venenoso—. ¿Y a ti que más te da? —le expresó, observándola ceñuda—. Aunque lo que no me puedes negar es que está buenísimo y...

—Ol-ví-da-lo. Deletrea alto y claro.

—¡Para mí no hay retos imposibles! Si algo soy en la vida es ambiciosa, y siempre consigo lo que me propongo.

Amy era graciosa, amable, simpática y se podía hablar de cualquier cosa con ella. Pero cuando menos te lo esperabas, aparecía la muchacha eufórica y desinhibida, y todo lo que pensábamos con anterioridad de ella desaparecía.

—No puedes ir por la vida entrando así a los chicos, Amy.

—Lo siento. Así me parió mi querida madre, ¡qué le vamos a hacer! Y bien, ¿tienes algo que contarme? ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de cómo lo miras tú?

Ví cómo Chloe bebió un largo sorbo de la botella de cerveza. Seguro que Amy la estaba incordiando con sus palabras.

—¿Me estás escuchando?! —le gritó.

—¡Ay! Qué susto me has dado. —De un manotazo y sin querer, Chloe le vertió sobre el vestido el *gin-tonic* que su amiga estaba saboreando.

Amy observó el desastre y luego alzó los brazos, apretando los puños hacia el cielo.

—Bendito sea Dios, ¡cómo me has puesto! —chilló.

—¡Ay, Dios mío! Lo siento. Qué torpe que soy —se disculpó.

—Se te da fatal disimular —insistió su amiga mientras intentaba secarse con una servilleta—. Me he fijado en cómo lo mirabas. Sin duda, ese chico te ha impresionado. Nunca te he visto mirar así a nadie, ni siquiera a Tommy.

Chloe no respondió, miró a Alan con disimulo y suspiró al ver cómo bromeaba con la pelirroja y le besaba el cuello. Yo sentí que mi corazón bombeaba descontrolado.

—De acuerdo, es muy guapo. Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada. Tú sabes que solo tengo ojos para Tommy.

—Ya, ya. Eso no te lo crees ni tú. Voy al baño, ¡mira cómo me has puesto! Vaya manchurrón. Ya me dijo mi madre que ponerme este vestido no era buena idea. Ahora vuelvo, voy a limpiarme este estropicio. Me parece que tienes que contarme algo. En cuanto regrese, me lo explicas con todo lujo de detalles, ¿de acuerdo?

—No tengo nada que contarte.

—Sí, sí tienes —le dijo medio regañándola y se alejó.

Unos minutos después, me acerqué de nuevo a Chloe.

—Ten, preciosa. —Le entregué otra cerveza y me acomodé a su lado.

—Gracias. ¿Te encuentras bien? —Me miró analizándome la cara. Estaba pálido y tenía la frente sudorosa.

—Estoy bien, de verdad. —Ella se dejó caer sobre mi hombro.

—¿Por qué has tardado tanto? Estaba preocupada por ti.

—Yo siempre estoy preocupado por muchas cosas —expresé irónico.

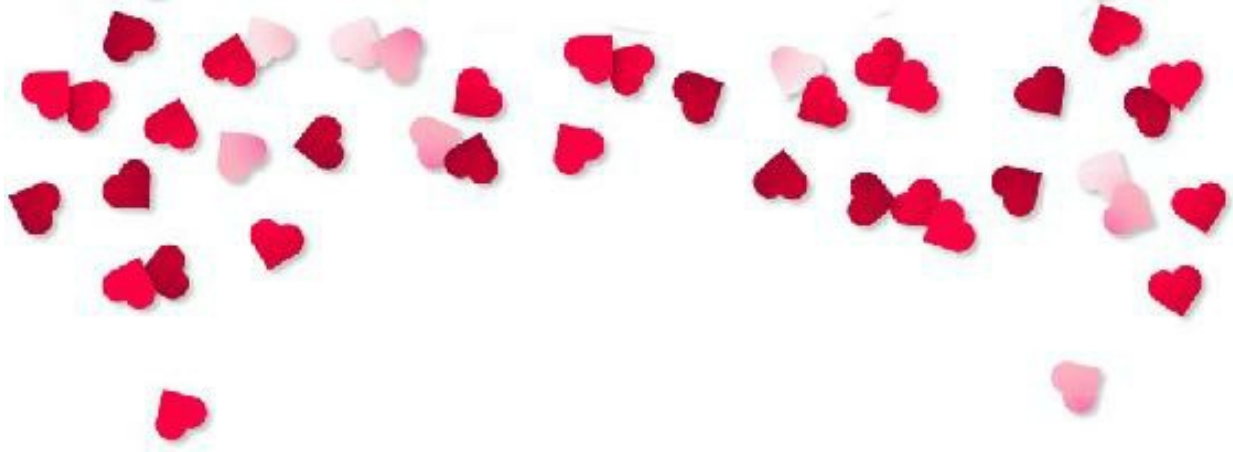
Hubiera deseado pronunciar palabras más afectuosas y cordiales, pero no las encontraba. Ella puso una mano en mi pecho, arqueó las cejas y me sonrió lentamente. Mi enojo desapareció al instante. Yo no quería perderla. Todo lo demás no importaba. Me llené de fuerzas y seguí con la mentira. Era la única manera de mirar hacia delante sin perder la razón o hacer una tontería.

—Discúlpame, me encontré con Duncan y ya te puedes imaginar... cuando empieza a hablar de Amy, no hay quien lo pare. Tú estás como ausente, como si estuvieses a miles de kilómetros de aquí. ¿Se puede saber qué te pasa? —Esperé respuesta.

—Lo siento, debe de ser el cansancio acumulado. No duermo lo suficiente, tengo demasiadas cosas en la cabeza. La tengo como un bombo.

—No me lo creo. Hemos salido precisamente para despejarnos. Estás muy rara. ¿Es culpa mía? Llevas unos días preocupada por algo y me gustaría saber qué es. Ya no sonríes como antes y tengo miedo a perderte. Te amo tanto... —le dije, reprimiendo las lágrimas—. No sabes lo feliz que me harías si de nuevo tu rostro se iluminara con ese gesto que me cautivó y me enamoró desde el primer día en que te vi.

—Perdona. No es culpa tuya. —Posó sus labios en los míos con mucha dulzura—. Mañana estaré mejor, te lo prometo —me susurró, recostando después su cabeza en mi pecho y dejando que le acariciara el cabello.



CAPÍTULO 17

LOS SECRETOS

Aquella noche se convirtió en la peor máquina de tortura. Cuando Duncan me contó lo que había ocurrido —porque Amy desahogó sus penas con él—, me entristecí. Mi buen amigo se sentía como un gusano ciego y torpe arrastrándose sobre una superficie con inalcanzables muros y sin rumbo fijo. Sus pensamientos se hundían en su mente y permanecían allí como si estuvieran en un sótano pantanoso intentando salir. Aunque le prometí que no diría nada a nadie, igualmente lo supe a través de las palabras de ella, años más tarde, cuando se sinceró conmigo y me contó lo que había ocurrido exactamente.



Mientras Amy subía por las escaleras hacia el baño, con el ruido de la música y las luces tenues de la sala no se percató de que la estaban siguiendo. Al llegar frente a la puerta, la abrió. En ese momento sintió unas manos que la empujaban dentro y que la sujetaban por la cintura. Se revolvió asustada y se giró para encararse a la persona que tenía tras de sí. Alan cerró con el pestillo la puerta. Luego se giró y la enfrentó.

—¿Tú? —exclamó con el corazón latiéndole a mil por hora—. ¡Serás idiota, qué susto me has dado!

Alan hizo como si no la hubiera oído.

—He visto cómo me comes con los ojos. ¿Será algo llamado deseo? —le preguntó sin titubear y de manera insolente—. ¿Estoy en lo cierto? —Ella lo miró como si le hubiera leído el pensamiento—. Es más... te estás encaprichando de mí.

Amy se quedó petrificada. Ese chico arrebatador y salvaje le encantaba y perdía el norte cada vez que lo tenía a su lado. Alan sabía cómo engatusarla. Era un hábil experto y sabía cómo proceder con cada una de las mujeres con las que se acostaba. Ella era una presa fácil y mansa. Estaba convencido de que se la beneficiaría cómodamente y no tendría que echar mano a su amplio repertorio de palabras conquistadoras y sugerentes.

Ella se quedó inmobilizada y sumisa ante tanto encanto. Fue incapaz de salir corriendo y escapar de las garras de ese don Juan. Ese chico de ojos azules, penetrantes y picarones despertaba en ella sensaciones que jamás había imaginado que existieran. Su cuerpo se quedó paralizado y atrapado. Sus pies no tenían vida y le pesaban. Se le formó un gran nudo en el estómago y, por primera vez, experimentó esos síntomas que la gente decía tener cuando se enamoraba. Su cuerpo tiritaba de forma descontrolada. Parecía un flan. ¿Serían nervios? No. Eran miles de descargas eléctricas que recorrían toda su piel de manera descontrolada. Casi muere electrocutada al escuchar esa voz grave y sensual acercándose de nuevo a su oído. Ese chico le provocaba tal deseo que, en esos instantes, si él se lo hubiera pedido, hubiera vendido su alma al diablo, ya que poco le importaba quemarse en el infierno.

—¿No vas a contestarme, Amy?

Ella suspiró y cerró los ojos con fuerza durante un segundo. Él la miró con una expresión pícaro en el rostro y enarcó una ceja.

—¿Qué quieres que te diga? Tú también lo haces.

—Yo observo a todas las mujeres bonitas. Los ojos tienen una función y es no perder de vista todas las cosas hermosas que se ponen ante ellos. Y tú

eres uno de esos encantos y placeres que me regala la vida.

—Y Chloe, ¿ella también es un regalo de la vida? —le preguntó curiosa.

—Es muy guapa y tremendamente sexi, pero ella no se deja cautivar por mis encantos, y eso que lo he intentado. —Sonrió.

—¿En serio? Ella no me ha dicho nada —le refirió, encogiéndose de hombros.

—Si no tengo nada que hacer con una mujer, prefiero no perder mi tiempo, vale mucho como para perderlo tontamente.

—¿A cuánto te pagan la hora? —Amy arqueó una ceja con burla.

—Calla y déjate llevar —le dijo con voz sensual.

—Suéltame, no quiero nada contigo. Eres un presuntuoso y un presumido. Que me guste poner morritos y sacar la lengua cuando me hacen fotos no significa que sea tonta. Ay, chico, ser guapo suele ser una ventaja en todos los ámbitos de la vida, pero...

—Cierto, a todo el mundo le parezco muy atractivo y seductor.

—¿También eyaculas demasiado rápido? —se carcajeó.

—¿Quieres saberlo? —preguntó ofendido.

En ese momento, Alan pasó a la acción. La besó de una forma urgente y casi desesperada, y ella no tuvo más remedio que responder de la misma manera. No tardó ni un segundo en pensárselo. Sus labios capturaron los suyos y su lengua, exigente y ardiente, se abrió paso en su boca. Alan colocó las manos en su cintura y con la rodilla hizo que abriese las piernas. Él le levantó el vestido y ella se dejó llevar por el deseo que despertaba en todo su cuerpo y, sobre todo, en su parte más íntima. Amy gemía entregada a ese placer de locura desenfrenada con agrado y satisfacción. Era una prisionera de sus encantos. Mientras tanto, las manos de Alan seguían su recorrido invadiendo suavemente el espacio entre su cuerpo y el vestido negro que tan ajustado llevaba; acariciaba su piel al mismo tiempo que subía mucho más la prenda, que acabó enrollándose en su cintura. En ese instante, Amy tuvo un escalofrío que la sobrecogió.

—¡Ya basta! No soy una fulana como todas tus conquistas —le gritó entre jadeos.

—¿Estás segura, preciosa?

No contestó. Las espaldas fueron chocando por las paredes hasta dar con el hueco apropiado y sin apartarse el uno del otro. Amy trató de abrir los ojos e intentó avanzar hasta el lavabo. Alan la tomó por las nalgas y la alzó sobre el mármol. La piel expuesta de su trasero agradeció el frío. No se creía

que le estuviera pasando aquello y ni quería pararse a pensarlo ahora. Se estremeció, hundió las manos en su cabello, lo miró y enroscó sus largas piernas alrededor de él, uniendo sus sexos. Sus caderas se movían con un roce enloquecedor, la humedad comenzaba a traspasar las braguitas de ella de tal forma que también mojó la bragueta de los pantalones de él. Se miraban fijamente mientras él apartaba la prenda interior de ella. Alan buscaba el camino ágilmente y con decisión. Sus dedos la tocaron con exquisita intimidad, excitándola todavía más. Amy se derretía, se estaba deshaciendo. Era muy agradable y placentero. Alan no tardó en sacarlos y la ausencia hizo que ella abriera los ojos tan grandes como dos lunas llenas. Quería más, mucho más. ¡Dios, se estaba volviendo loca!

Amy pudo escuchar cómo los pantalones de Alan caían al suelo, se sacó el polo, permitiéndole ver sus anchos y musculosos pectorales, y ella soltó un largo y profundo suspiro. Era impresionante. Cerró los ojos y los volvió a abrir, solo con la intención de asegurarse de que era todo real. Él rasgó el envoltorio de un preservativo con los dientes, se lo colocó y, de una sola embestida, la penetró. Alan empezó a moverse poco a poco, para ir creciendo y creciendo. Era un joven con habilidad y control. A Amy le gustaba que no fuera tierno ni cuidadoso. Era firme y diestro. Y sabía que su propio cuerpo estaba húmedo y dispuesto para él. Amy se vio envuelta por la impetuosidad del momento, por sus gruñidos animales, por su abandono, hasta que el placer estalló en ella. Alan le dio un último y frenético envite entre gemidos entremezclados hasta que terminó. Ella se convulsionaba, casi no podía respirar. Tuvo un orgasmo salvaje, de placer extremo. Desde luego, el mejor. Fue la experiencia erótica más intensa que había vivido.

—¡Guauu! Ha sido espectacular —exclamó todavía en éxtasis.

Alan se alzó los pantalones, se subió la cremallera y se abotonó. Se colocó el polo, se lavó las manos y después se miró al espejo. Sacó un pequeño peine del bolsillo y se acicaló.

—Hala, y ¿ya está? Soy una boba. ¡Qué puedo esperar de un hombre como tú! Te lo has pasado genial, ¿verdad?

—No ha estado mal, aunque los he tenido mejores —le dijo mientras abría la puerta y la dejaba cerrada a su salida.

—¡Serás cerdo! —le gritó ella—. Soy... Soy... una estúpida —se increpaba a la vez que se arreglaba el pelo y se colocaba el vestido—. Tengo que contárselo a Chloe. Va a alucinar. —Y bajó a la carrera por las escaleras hasta dar con ella.



Tommy se quedó mirando el diario mientras su nieta lo observaba. Esa misma noche también había ocurrido algo con Chloe y Alan, y releer las palabras escritas por ella no le hacía bien, pero no podía obviar esa parte si quería sincerarse con su nieta, así que tomó aire y continuó.



La noche era muy agradable. Apenas soplaban el viento, lo cual no era frecuente en Boston. Una tenue nube de polvo se levantaba en el aire. La luna brillaba en el cielo nocturno. Era una noche propicia para que los amantes se abrazaran y se susurraran palabras de amor al oído.

La puerta trasera del jardín se abrió y volvió a cerrarse. Chloe se giró y vio cómo Alan se dirigía hacia ella. Apartó la vista a la vez que él llegaba a su lado. Sin decir nada, él sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y tomó uno entre los labios. Al encender el fósforo, la llama iluminó brevemente su rostro. Volvió a guardar la cajetilla y aspiró una profunda calada.

—Eso te matará —habló ella sin levantar la cabeza.

Alan la miró por el rabillo del ojo y se apoyó de espaldas contra la barandilla.

—Todavía no me ha matado, y eso que empecé a fumar a los diez años.
—Chloe levantó la vista y lo contempló de arriba abajo, arqueó una ceja y negó con la cabeza—. ¿Qué haces aquí, tan sola?

—Necesitaba respirar aire fresco.

Alan rio, dio un paso más para acercarse a ella y le susurró al oído:

—Esa eres tú, un tentador soplo de aire fresco.

Ella, incómoda por cómo la miraba, se movió para alejarse. Con gesto arrogante, Alan sonrió y, queriendo demostrarle su fuerza y superioridad, la agarró por la cintura, le quitó el botellín de cerveza de las manos y la acercó mucho más a su cuerpo.

—No pareces tan difícil. Me miras, y eso significa algo.

—¡Suéltame!

—No lo niegues. Te mueres por hacerlo conmigo.

Enfadada, ella gimió.

—¡Eres un canalla y un pretencioso!

—¿Tommy te quiere?

—Pues claro que me quiere, ¡jamás he dudado de su amor!

—¿Y tú a él? —Clavó sus ojos en los de ella.

Chloe se mordió el labio inferior para reprimir un gemido que brotó sin querer y poco después, con el corazón martilleándole en el pecho, tomó carrerilla y le dijo:

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Quieres casarte con él y tener una casa con niños y todo eso? ¿Es así?

—Eso es asunto mío. Mío y de Tommy. Y si fuera así, ¿pasaría algo?

—Qué tonta eres. Me dijo Duncan que anda mal del corazón. Se muere y su vida no vale una mierda.

—¡Eres un desconsiderado! —le chilló. En ese momento contuvo su ira y se sintió avergonzada de gritarle, pero ese chico la sacaba de sus casillas. Era tan ruin y tan despreciable...

—Esperaré todo el tiempo del mundo.

—Mira, no quiero seguir escuchándote, ¿has bebido? —Se echó hacia atrás.

—Por desgracia, no demasiado. Pero ojalá lo hubiera hecho. Chloe, despierta —dio un paso adelante y la zarandeó suavemente—, estás bajo su control, y ya eres una mujer. Una mujer condenadamente atractiva.

—¿Y crees que debería hacer como tú y ponerme a revolotear de flor en flor?

—No, pero tampoco debes emplear casi todo el tiempo de tu vida esperando como si fueras una puritana. —Alan se pasó una mano por el pelo—. Lo que haces es admirable, y no voy a quitarte mérito, pero me da rabia ver cómo te conviertes en una anciana marchita antes de tiempo. Estás tirando tu vida por la borda.

—No es así. Voy a tener una vida feliz junto a él. —Ya estaba poniéndose nerviosa, muy nerviosa.

Alan la miraba. Estaba tan bonita y sensual que no podía dejar de hacerlo. Era una tentación.

—Quiero hacerte el amor. Los dos lo queremos. Te voy a contar algo, bonita, a veces sueño despierto con cómo sería compartir una cama contigo y me pongo muy caliente.

Ella no se asombró por sus palabras.

—Me pides un imposible —se carcajeó.

—¿Seguro? —expresó él con voz neutra y volviendo la vista a la joven que lo había cautivado como ninguna otra.

—Alan, no voy a entrar en tu juego. No malgastes tus energías conmigo.

—De eso no estoy tan seguro.

De nuevo la atrajo hacia él. Ese impulso que le dio hizo que sus labios se quedaran apenas a escasos milímetros de los suyos. Aprovechando la situación, el joven descarado introdujo la lengua en su boca y acarició su cadera. Ella, al sentirla, abrió mucho más la boca y lo besó apasionadamente, y lo disfrutó, ¡vaya que si lo disfrutó! Alan, al verse aceptado por Chloe, la agarró por las caderas y la restregó contra su entrepierna. En ese momento sintió como un suspiro se escapaba de la garganta de ella. Él interpretó que le había resultado placentero y, con cara de insolente, gruñó de satisfacción. Eso hizo que ella se irritase y, de forma repentina, se alejó de él, clavándole la mirada con desprecio. Cuando sus bocas se separaron, ella sintió que le faltaba el aire. Él, aturdido, excitado y furioso por el rechazo, fue a acercarse de nuevo a ella, entonces... Paf, Chloe le cruzó la cara de una bofetada. Esa acción le hizo perder el equilibrio a Alan que, sin entender por qué lo había hecho, frunció el ceño y le preguntó:

—¿Por qué me has pegado ese guantazo? ¿Eres imbécil? ¿Me metes la lengua en la boca y después me abofeteas?

Ella se apartó de ese cuerpo fornido con celeridad.

—¿Quién te ha dado permiso para besarme?

En ese instante, Amy abrió la puerta del jardín y se acercó de manera pausada y confusa.

—¿Qué hacéis aquí?

—¡Que te lo diga este memo! —dijo Chloe, cerrando los ojos.

Amy lo miró. Esperaba respuesta y, mofándose de él, le dijo:

—Bonita marca la de tu cara. —El comentario no gustó a Alan y soltó un gruñido para asustarla—. Uuu, ¡qué susto! Anda, ve a buscar un poco de maquillaje y píntate una cara de payaso en tu rostro. Por tu culpa, esta noche no voy a poder dormir. ¡Idiota! —Él sonrió y se alejó no sin antes preguntarle a Chloe lo que ese beso había significado para ella—. ¿Te ha besado? —preguntó Amy dolida.

Aún acalorada, Chloe se retiró un mechón de pelo de los ojos. Su cuerpo todavía vibraba, y eso jamás lo había sentido antes. Era algo que no lograba entender.

—Tommy no debe enterarse, júramelo, Alan —le pidió casi

rogádoselo.

—¡Hey, *hello!* Estoy aquí, ¿soy invisible? —Amy hizo aspavientos con las manos.

—Tienes un cuerpo de escándalo. Eres una mujer preciosa —le expresó él.

—Adulador, bla, bla, bla... —dijo Amy con antipatía—. Oye, ¿antes de cagar das mil vueltas como los perros? Porque mira que eres pesado, chico. Algún día, el karma te devolverá todo lo que te mereces. Eh, por triplicado, y mis ojitos lo verán.

El corazón de Chloe latía a toda mecha. Sin duda alguna, él era todo un conquistador. Pero redoblando su empeño, ella se mantuvo firme.

—Dame otro beso —le pidió él.

—Déjame, Alan.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —interrumpió Amy—. ¡Chicos, que estoy aquí! No soy un foco que ilumina vuestra escena de amor.

—¿Estás celosa? —le preguntó Alan.

—¿Yo, celosa? No, niño de papá. No mereces ni respirar. ¿Qué clase de hombre eres? Te lo diré yo: un mujeriego en toda regla, eso es lo que eres. Pobre mujer la que sea madre de tus hijos.

—Hace un momento no pensabas lo mismo cuando tan fácilmente te abrías de piernas. Venga, cuéntale, cuéntale lo que ha ocurrido en el baño.

—¡Eres un tipo sucio y despreciable! —gritó Chloe.

—Prefiero ser sucio y despreciable, antes que un porrero.

—También lo eres. Lo tienes todo. Ah, y mamporrero —añadió Amy.

Alan levantó las cejas, pero esas palabras no le causaron daño. Él era consciente de que lo era. Les sonrió burlón y las dejó solas.



Esa misma noche, tras cruzar una mirada nada afable con Alan, decidí sentarme en la mesa al lado de mis amigos, que me recibieron con una grata sonrisa. Un rato después, Duncan se acercó y en voz baja me dijo:

—Tommy, debes hablar con Alan. Hasta que no consiga a tu chica, no parará. Me ha insinuado que quiere llevársela a la cama.

Al oírlo, lo miré y siseé con voz trémula por la furia contenida:

—No vuelvas a hablarme así en toda tu vida. Y tratándose de Chloe, aún

menos, ¿entendido?

Mi amigo, al ver el gesto serio, asintió, me miró a los ojos y exclamó:

—¡Maldito cabezota! Solo intento ayudarte.

—No lo dudo.

Las dos amigas volvieron a la casa y, por lo visto, ninguna se atrevía a empezar una conversación. Ambas se miraban por el rabillo del ojo, pero ni una ni la otra se aventuraban a abrir la boca. De improviso, alguien me abrazó por detrás, era Chloe.

Amy, con el pie, apartó de malas formas la silla que hasta entonces estaba colocada perfectamente pegada a la mesa. Esa acción ocasionó un ruido molesto que hizo irritar a los que estaban hablando tranquilamente en el lugar. Enfurruñada, se sentó, cruzó los brazos y centró su mirada en el centro de la pista de baile.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Duncan.

—Pregunta incorrecta. La buena es: ¿qué no tenía que haber ocurrido? Me lo he hecho con Alan en el baño, ¡mierda!

—¿Cómo? —gritamos todos a la vez.

—Ha sido espectacular, aún me tiemblan las piernas, pero me arrepiento de haberlo hecho. Ojalá pudiera dar marcha atrás.

—¿Estás loca? ¿Se te ha ido la cabeza? —alzó la voz Duncan.

—No me vengas con sermones, Duncan. Ya sé que ha sido una estupidez. Me he dado cuenta, ¿verdad, querida amiga? —Dirigió la mirada a Chloe—. Pero ya lo he hecho y no hay vuelta atrás.

En ese mismo instante, Chloe clavó sus ojos en los de Alan. Eran unos ojos llenos de odio, de repugnancia. Él la estaba mirando. Rio al comprobar que había conseguido su despreciable propósito: ponerla rabiosa. Buena táctica viniendo de una persona incapaz de sentir el más mínimo respeto por las mujeres.

—Me equivoqué con él. Me siento sucia. Míralo, será imbécil... Después de lo que ha hecho conmigo en el baño, sigue tonteando con todas. ¡Qué asco me da! Me entran ganas de vomitar. Me voy a casa, ya no tengo ganas de seguir aquí.

—¿Por qué no me escuchaste cuando intentaba advertirte de él? No me atendías, ni siquiera aceptabas mis consejos —le reprochó Duncan.

—Me voy, se ha fastidiado la noche. Tenía que haber hecho caso a mi madre y no ponerme este horrible vestido. Me ha dado mala suerte. Al cubo de la basura va en cuanto llegue a casa.

—¿Quieres que te acompañemos? —se ofreció Chloe.

—No hace falta. He venido con el coche de mi madre.

—Pero ¿puedes conducir? Has bebido mucho —preguntó su amiga, apenada.

—¿De verdad te importa? —Abrió los ojos como una lechuza.

—Pues claro que me importa. Eres mi mejor amiga.

—¿En serio? —Frunció el ceño.

—¿Qué os pasa a vosotras dos? —curioseé.

—Que te lo explique tu princesita. —Chloe le pegó un golpe por debajo de la mesa que hizo que Amy gritara—. ¡Auuu! —Y la miró con desprecio—. Me voy, adiós. —Se levantó y susurró—: Mierda de fiesta.

—Voy a hablar con ella —indicó Duncan, que se alzó de la silla con rapidez.

—¿Nos vamos, Chloe? Este ambiente empieza a ser algo cargante para mí. Me siento incómodo —expresé.

Por educación, quise despedirme de Alan.

—¿Dónde vas? —me interrogó Chloe.

—Hay que dar las gracias. —Aunque me apetecía mucho más darle un buen puñetazo en todos los morros—. Gracias por la fiesta, ha sido fantástica. —Le estreché la mano con fuerza, casi haciéndole daño.

—¿En serio, Tommy? —me preguntó, extrañada, mi novia.

—Y tú, Chloe, ¿te lo has pasado bien? —La cara de ella empezó a transformarse. Se acercó para besarle la mejilla y, al oído, ella le susurró:

—Eres un cerdo —le transmitió con repugnancia.

Él, aprovechando la proximidad, le dio un mordisquito en la oreja y masculló:

—Tienes envidia de Amy, ¿eh, *mi preciosa*? —Se estaba burlando de mí, pues en más de una ocasión me había escuchado llamarla así.

—Vámonos, aquí no hacemos nada, Tommy. —Ella me cogió de la mano y me empujó suavemente hacia la salida.

—¿Todo bien? —le pregunté ya dentro del coche.

—Sí, claro.

«¿En qué estará pensando? ¿Por qué no se sincera conmigo? Cada día que vivo es un martirio. Ella me quiere, lo sé. Pero ahora sus ojos verdes reflejan dolor. Tal vez se siente tentada por Alan. No, eso es imposible, ¿o no? Ahora ya dudo».

Cuando me despedí de ella esa noche, me quedé sentado un rato dentro

del coche, pensativo. Empecé a hipar. Vi como Chloe retiraba la cortina de su habitación y miraba tras el cristal. Pude imaginar lo que sus labios me estaban diciendo: te quiero. Y advertí cómo golpeó con los puños el borde de la ventana, ella también estaba llorando, porque se frotó los ojos con exasperación.



Tommy cerró el diario y suspiró. Se quitó las lentes y se restregó los ojos. Estaba cansado y no se encontraba del todo bien.

—Abuelo, no pares ahora, ¿qué pasó con ellas? —le preguntó su nieta, comiéndose las uñas.

—Estoy algo cansado. Mejor lo dejamos para mañana, ¿te parece bien?

—No, por favor. No quiero irme a dormir sin saber lo que ocurrió. No voy a pegar ojo. Por favor, abuelo, venga... —insistió con unos gestos graciosos.

—¡Cómo me voy a negar con esas caritas que me pones! Anda que no eres zalamera. Solo un poco más y nos vamos a dormir, que mañana iremos a dar un paseo. El lago está precioso en esta época del año. Con la nieve que ha caído, será increíble pasear sobre él. Verás qué maravilla. Los árboles están preciosos con esa densa capa blanca sobre las ramas, es algo que merece ser contemplado. —Tomó un vaso de agua para refrescarse la garganta y prosiguió.



CAPÍTULO 18

LA FALSA LLAMADA

Pasó un tiempo antes de que ocurriera el fatal desenlace. Lo que vi aquella tarde del mes de marzo se me quedó grabado en las retinas. Difícilmente podría olvidarlo. Esos suspiros que oí entre las sábanas me estaban matando.

Era miércoles y algo tarde cuando, de pronto, sonó el teléfono de casa. Bajé velozmente por las escaleras, pero mi padre fue más rápido y descolgó el auricular. Una voz de mujer que mi padre no reconoció le dijo que era urgente que yo fuera a casa de Alan, algo había ocurrido.

—¿Quién era? —le pregunté.

—No lo sé. Su voz no me es familiar. Creo que alguna amiga de Chloe, supongo.

Es que ese día Amy, Alan y Chloe habían quedado en el piso que este

último había comprado hacía unos meses —digamos que sus padres lo pagaron—, Alan solo tuvo que pedirlo y, con un cheque en blanco y una firma de su progenitor, se fue a la inmobiliaria y lo adquirió. El joven Connors quería gozar de un espacio tranquilo donde sus padres no lo molestaran y en donde él pudiera hacer realidad sus fantasías más calenturientas. ¡Menudo sinvergüenza estaba hecho! El día anterior la profesora de ciencias naturales distribuyó grupos para hacer un trabajo. A dedo, los eligió a ellos tres. Tenían que entregarlo esa misma semana y si no lo hacían, les bajaría la nota. ¿Casualidad o destino?

Aparqué el coche a toda prisa y corrí escaleras arriba hacia el piso de Alan. ¿Le habría pasado algo a mi novia? La imaginación no me había dejado de funcionar a toda velocidad desde que recibí la llamada. Un cierto nerviosismo comenzó a adueñarse de mí. El apartamento 6B estaba en la segunda planta; cuando lo localicé, me paré en seco delante de la puerta. Parpadeé incrédulo. Estaba sonando *Only you*, de los Platters, nuestra canción.

Llamé al timbre, no funcionaba. Golpeé con los nudillos. Esperé en silencio. Repetí la acción. Mi rostro mostraba una gran preocupación. El pomo brillaba tentador. Como nadie me respondía, lo hice girar y la puerta se abrió. Un solo zapato color negro de tacón estaba abandonado como un signo de interrogación en medio de la moqueta del salón. ¿Era el de mi novia? Deseé que no fuera así.

—¿Chloe? ¿Amy? ¿Alan...?

Este último se reía y su risa me hizo mucho daño. La puerta del dormitorio estaba entornada y la abrí. Entonces fue cuando vi a la pareja semidesnuda que retozaba en la cama deshecha.

—¿Chloe?!

—¡Tommy! —exclamó ella incorporándose con expresión de horror.

Me quedé petrificado. Cerré los ojos esperando eliminar la imagen que acababa de ver. Pero fue imposible. Después, fijé toda mi atención en la cabeza masculina despeinada que se apoyaba en la almohada. Cuando lo reconocí, fue como si recibiera un puñetazo en el estómago y el corazón me dejara de latir.

—¡Oh, cielos! —gimió ella al tiempo que trataba de arreglarse la ropa y salía de la cama.

La furia en mí creció visiblemente y Alan, al verme, me soltó:

—Solo quiero que conozca el verdadero amor. Ya has visto que es

vulnerable, ¿tú la puedes proteger?

—¿Qué haces aquí, Tommy? —me preguntó ella, nerviosa y temblando.

—Tranquila, ya me voy. Paso de estar aquí viendo la cara de ese estúpido más tiempo. Que os lo paséis bien. —Ella fue acercarse a mí con los brazos extendidos.

—Esto no ha pasado antes, te lo juro. —Chloe empezó a llorar.

—Alguien llamó por teléfono y le dijo a mi padre que algo había ocurrido. ¿Qué clase de broma es esta? —levanté la voz, enojado.

—Alan, ¿tienes que decir algo al respecto? —Chloe clavó sus ojos brillantes en el rostro de ese presumido.

—Digamos que alguien me hizo un gran favor. —Se carcajeó—. Llamaré a la artista y le daré las gracias. Ah, y no volveré a hacerlo nunca más, lo juro —expuso llevándose la mano al corazón con un gesto brusco, y con esa sonrisita tan peculiar, añadió—: ¡Por mi vida! —dijo irónico.

La habitación se me hizo pequeña, me asfixiaba. Me noté totalmente fuera de lugar. Estaba volviéndome loco. Chloe me miraba con gran dolor y arrepentimiento. De todos modos, continué tratando de organizar mis pensamientos y expresé:

—Esa clase de bromas que haces son de muy mal gusto. Eres un canalla, eres un malvado, eres un mal hombre, Alan —le hablé al mayor cretino del mundo.

—¡Eres un cerdo! Me has metido en esto deliberadamente. —Ella se encaró a él totalmente descompuesta y gritándole. Después fue hacia mí y me cogió un brazo—. ¡Mi amor, escúchame!

—Déjame, Chloe, y no me toques. Ahora quiero pensar. No me puedo creer lo que me has hecho. Es... es... es...

—Tu novia es un diamante en bruto y tú la tratas como a una baratija.

—¡Qué sabrás tú cómo me porto yo con ella!

—Como yo, ya te digo que no.

—Para ti solo es un trozo de carne. Eres repugnante y cruel.

—¡Parad ya! Tommy tiene razón. He sido una tonta y he caído en tu trampa. Eres detestable, Alan —vociferó ella.

—¡No seas estúpida, princesa! —siseó Alan de forma burlona.

Inmediatamente, ese tipo arrogante y despreciable clavó los ojos llenos de odio sobre mí y, con una sonrisa maliciosa, vio que yo estaba retrocediendo nervioso, palpando con las manos algo en lo que apoyarme antes de que me fallaran las piernas.

—¡Qué fácil sería acabar contigo en este momento! ¿Te sientes débil, infeliz? Ya te advertí que la cuidarás. Chloe —la miró—, estás desperdiciada con un tipo tan frágil y enfermizo. Pronto morirá, y después ¿qué...?

—¡Cállate, idiota! Tú sí que estás enfermo. Eres un miserable y un perfecto canalla —le chilló ella.

—Soy un canalla, sí, es lo que siempre he sido y no logro arrepentirme por serlo o por haberlo sido. Pero no lo niegues, has disfrutado como una zorra.

Me di la vuelta y salí corriendo de allí. Casi caí en los últimos escalones. Las frenéticas llamadas de mi novia me llegaban desde arriba. Una vez abajo, me apoyé en una pared y traté de tranquilizar mi alterada respiración.

—No corras, por favor. ¡Perdóname, te lo suplico! —me gritaba ella.

Alan y Chloe, Chloe y Alan. Miré como atontado la cadena de plata que rodeaba mi cuello. Era un corazón y me lo había regalado ella. Al contemplarlo, se me revolvió el estómago. «Ese tipo y mi chica... No me lo puedo creer» pensé, negando con la cabeza.

—Me quiero morir, ya no quiero vivir —murmuré y me eché a llorar.

Ya en casa, el timbre del teléfono sonó dos veces, tres, cuatro... Si lo hacía una vez más, lo cogería y le cantarí las cuarenta a Chloe. Todavía sollozando, cerré los ojos y me froté la frente con el dorso de la mano. Me estaba atormentando que ella, mi prometida, se hubiera entregado a ese despiadado de Alan, y más habiéndome jurado que me amaba.

Un rato después me levanté de la cama donde estuve tumbado sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Bajé al salón, me acerqué al mueble bar y saqué una botella de *brandy*. Me serví una buena cantidad en una copa y la bebí lentamente. Tal vez eso me haría sentir algo mejor o, por lo menos, dormiría la mona y al día siguiente vería las cosas de manera diferente. Alan y Chloe. No podía dejar de pensar en ellos y deseé darme de cabezazos contra las paredes. Me sentía como si me fuera a volver loco. Me arranqué la cadena del cuello y la tiré de malas formas en un cajón.

El teléfono volvió a sonar y esta vez contesté. Por fortuna, era mi amigo Duncan. Quería ultimar los detalles para la fiesta. Mi fiesta. Tan solo faltaban dos meses para mi decimoctavo cumpleaños, todo un acontecimiento. Hacía tiempo que hablábamos de ello. Respiré profundamente y le dije:

—Duncan, lo siento, pero no va a poder ser. No estoy de humor. Chloe y yo hemos roto y me siento fatal. No me apetecen las fiestas. —Aquello me

pareció irreal hasta para mis propios oídos, parecía una broma de mal gusto.

—*Pero ¿qué me estás contando?*

—Que hemos roto. Que se acabó, ¡mierda!

—*Pero ¿qué ha pasado? Ella es una buena chica, sería incapaz de dejarte. Te ama con locura. Si has tenido alguna discusión tonta con ella, te sugiero que lo arregles. Además, estuvo conmigo tomando un aperitivo antes de ir a casa de Alan y no le ocurría nada. Estaba bien.*

—Mañana te llamo. Ahora no me apetece hablar de este tema. No me encuentro muy bien.

—*Bueno, como quieras. Mañana nos vemos. Pero hazme caso, habla con ella. No la pierdas, amigo.*

—Adiós, Duncan.

—*Cuídate mucho.*

Subí de nuevo a mi habitación, escondiendo la copa de *brandy* bajo la camiseta. Me sentí como si de repente el mundo se hubiera puesto cabeza abajo y yo estuviera cayendo libremente. Estaba tan afectado que no podía ni pensar. La sorpresa estaba cediendo un sitio a la realidad. ¿Cuánto tiempo hacía que Chloe me engañaba? Recordé la botella de vino en el salón y las copas semillenas en el dormitorio. Un encuentro que me pareció cuidadosamente preparado.

Escuché como mi padre tosía mientras subía por las escaleras, tenía que esconder la copa en algún lugar, así que la coloqué tras el globo terráqueo que formaba parte de la decoración de mi escritorio. Si él la hubiera visto, seguramente me hubiera reñido. Beber no era bueno para mi corazón. Entró en mi habitación. Yo tenía los ojos llorosos y él se inquietó.

—¿Qué ocurre? Algo te está afectando, hijo. ¿Qué ha pasado? —me preguntó mi padre, que se quedó de pie frente a mí.

—¡Nada! No pasa nada —le contesté, bajando la mirada *ipso facto*.

Sus dedos se acercaron hasta mi barbilla y la alzaron, obligándome a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué será que no acabo de creerte?

Instintivamente, busqué con mis dedos el corazón que colgaba de la cadena, pero ya no estaba. Nunca me la quitaba.

—No la llevas —me dijo al notar lo que hacía—. ¿Qué ha ocurrido? Me estás preocupando, hijo.

Quería soltar todo el veneno que tenía dentro, pero me mordí la lengua.

—Hago la cena y después podríamos ir al cine, ¿qué te parece? —quiso

animarme.

—¡No!

—¿Por qué no?

—La he pillado en la cama con otro, papá. —Tan pronto solté eso, no podía creer que lo hubiera dicho, y mucho menos a mi padre—. ¿Cómo voy a confiar de nuevo en ella? Necesito estar solo. Quiero estar solo. —Las lágrimas corrían silenciosas por mis mejillas.

—¿Eso es cierto? —Asentí con la cabeza. Mi padre se quedó de piedra con lo que acababa de escuchar—. Vamos a ver. Tranquilízate un poco, por favor. Más tarde hablamos de ello, si te apetece —me sugirió—. Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

—Sí, papá, lo sé. Yo también te quiero —le contesté lacrimoso y triste.

—Hablar te aliviará, te lo aseguro —me insistió de nuevo.

—Ahora no. Solo necesito pensar.

—¿A qué hueles? —Olfateó mi aliento—. ¿Estás bebiendo? Sabes que no puedes hacerlo. ¿Dónde está el *brandy*?

—No estoy tomando nada —mentí.

—No me hubiera imaginado nunca que ella pudiera hacer tal cosa. Vosotros os amáis, no lo entiendo —habló negando con la cabeza.

—Papá, quiero estar solo, por favor.

—Claro —expresó con dolor. Salió de la estancia y cerró la puerta tras de sí.

Ese maldito teléfono no daba respiro, de nuevo sonaba.

—Hijo —alzó la voz mi padre desde la planta baja—, voy a la estación a recoger a Adriana. ¿Estarás bien? —me preguntó.

—Sí, papá. Vete tranquilo.

—¿Seguro, Tommy?

—Sí, papá, no sufras. Estoy bien.

Cuando oí que mi padre cerraba la puerta principal, me acabé la copa que tenía escondida tras el globo. Inmediatamente, bajé de nuevo al salón y me serví una más. Me senté en el sillón. El teléfono sonó y me sobresalté. No esperaba el estridente sonido de la campanilla en ese momento. Cuando lo descolgué, pude comprobar que esta vez era Chloe. Le colgué el aparato y, con ira, estampé el puño contra la pared del comedor. Me puse tremendamente nervioso y caminé de un lado a otro de la estancia. De pronto, me paré delante del gran espejo que decoraba la entrada de la casa. Me miré en él y empecé a hablar.

—Eres un enfermo —le dije al tipo del espejo.

—*Por favor... lo soy para lo que me conviene. Aunque eso lo sabrás tú mejor que yo, ¿no?* —Y seguí bebiendo.

—¿Por qué crees que me conoces?

—*Me das vergüenza y pena.*

—Eres un tipo raro, no recuerdo haberte permitido que me hables. Cada vez que hablas, hablo yo. No soy ni tu conciencia ni tú mismo. No digo nada que no hayas pensado antes. —Pegué otro trago.

—*Todos echamos de menos liarla, pegar a Alan... y ponerle un ojo morado.*

—Cállate.

—*No te estoy diciendo que te vuelvas un asesino o que le digas a una niña de papá lo mal que lo ha hecho hoy...*

—Pero ¿qué? ¿Te vas a rendir? ¿Es eso? Quieres que tire la toalla en señal de rendición, ¿verdad? ¡¿Es eso lo que quieres?! ¿Que me deje pisar? —contesté.

—*¡Qué imbécil eres! No me entiendes porque no te quieres escuchar ni a ti mismo por miedo a no tener razón. ¡¿No te das cuenta de que ya has tirado la toalla?! Lo único que digo es que la recojas. ¡Recógela, idiota!, recoge la maldita toalla.*

Di un último trago de *brandy*.

El teléfono sonó por quinta vez. Si era ella, estaba dispuesto a decirle todo lo que pensaba. Es más, le diría que todo se había acabado. Pero era Amy quien llamaba. Chloe había estado charlando con ella y le había explicado lo que había ocurrido.

—*Tommy, ¿cómo estás?*

—¿Por qué no has ido a casa de Alan? Tenías que hacer un trabajo, ¿cierto?

—*Sí, pero lo llamé y le dije que estaba con fiebre y que me iba a meter en la cama. Él se ofreció muy amablemente para hacer mi parte del trabajo.*

—¿Chloe sabe que estás enferma?

—*Supuestamente, sí. Me dijo Alan que él se lo diría.*

—Amy, quiero que seas sincera conmigo. ¿Cuánto tiempo hace que me engaña? —hablé arrastrando las palabras debido a mi estado de embriaguez.

—*¿Has bebido, Tommy?*

—¡Tú sabías que me engañaba! —casi le grité.

—*Tommy...*

—Dime, ¿qué sabes tú de todo esto?

—*Caramba, no sé cómo lo hago, pero siempre estoy dentro de todos los líos. Fue en la fiesta de Alan. Esa noche ella se presentó en mi casa muy aturdida y arrepentida.*

—¡Pero si yo la vi entrar en la suya y cuando nos despedimos estaba bien!

Justo en ese momento recordé cómo Chloe aquella noche retiró la cortina de su habitación y miró tras el cristal. Ella movió los labios despacio para que yo pudiera leer en ellos un: «te amo», posteriormente golpeó con los puños el borde de la ventana y acto seguido se frotó los ojos, parecía furiosa consigo misma. Todo iba cuadrando.

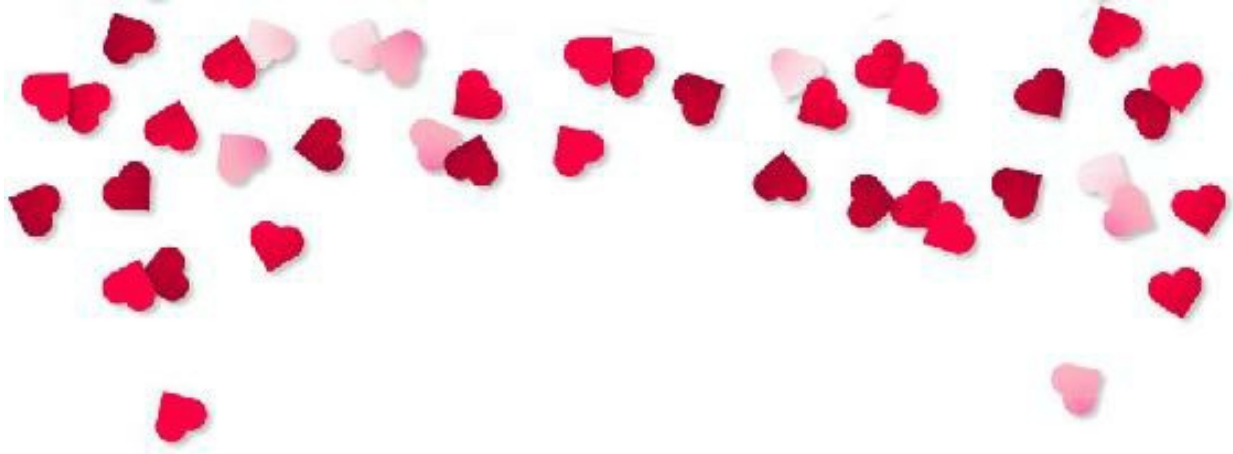
—*Bien, bien... puede ser, ¡quién sabe! Aunque yo creo que estaba probando los límites de la realidad. Después de que la dejaras en casa, cogió la bici y se presentó en la mía. Como pudisteis ver, estábamos algo mosqueadas. Y ni tú ni Duncan sabíais el motivo. Apareció de la nada detrás de mí, como una loca y sin parar de llorar.* —Hizo un inciso—. *Antes de seguir, prométeme algo, Tommy.*

—¿El qué?

—*Prométeme que no te vas a alterar.*

—Lo intentaré.

Amy me empezó a explicar lo que sucedió esa noche cuando regresó a casa. Yo percibía que estaba avergonzada por lo transparente que ella podía ser. Se sentía sucia y humillada. Su amiga Chloe había besado a ese estúpido de Alan, pero no la culpaba a ella. Era de esperar que algo así pudiera ocurrir. Ese endemoniado era capaz de eso y de mucho más.



CAPÍTULO 19

LA REVELACIÓN DE AMY

La tensión iba aumentando a medida que Tommy le contaba a su bonita nieta historias de otros tiempos. Él había pensado que con el paso de los años asimilaría todo lo que ocurrió, pero se equivocó, era evidente que seguía tan rabioso y enfadado con Alan como el primer día. Chloe lo miraba con ojos penetrantes y despiertos. De repente, esbozó una sonrisa para animarlo a que siguiera hablando. Tommy quería avanzar, debía hacerlo, solo así podía dejar de sufrir. A veces, por disminuir su sufrimiento, utilizaba la amnesia. Esta actitud —poco recomendable— le servía de combustible, un combustible que quema, que arde, porque lo único que alimentaba era su padecimiento, su dolor y su tortura.



Amy se dirigió a su habitación y se sentó en el taburete que había delante del espejo. Se contempló con aire ausente y, jugando con su cepillo entre las manos, se quiso atusar el cabello. Entonces fue cuando se percató de que su larga cabellera ya no estaba. Esa misma tarde se la había cortado. Fija en la banqueta, con el rostro inclinado y sin saber qué hacer con él, recordó el instante en que Alan le había mostrado su parte más canalla. Fue en el baño, encima de ese mármol frío y con él entre las piernas. Amy parecía estar en un lugar muy lejano y un escalofrío le recorrió toda la espalda.

Despertó de su ensoñación cuando la puerta tras de sí se abrió de golpe y dio paso a Chloe con los ojos rojos y pidiéndole disculpas. Al verla, frunció ligeramente el ceño, para soltar luego una sonrisa un tanto falsa.

—Lo siento, Amy. Te juro que no fui yo.

—Ya, cuando ocurren esas cosas es porque ambos lo quieren. Y creo que tú lo estabas deseando. Cierto, ¿no? ¿Qué, no dices nada? —preguntó endureciendo la voz.

—No sé qué decir —respondió ella, bajando las pestañas para huir de esos ojos almendrados que parecían traspasarla—. Créeme, yo no fui. Por favor, no te enfades conmigo.

—No mientas, sabes que ese chico te gusta. Actúas como una niñaata.

—¿Niñaata? —Chloe hizo un gran esfuerzo por calmarse—. Te quiero, Amy, y jamás te haría daño.

—Yo no tengo nada que decirte y creo que tú tampoco. Deberías ir con Tommy —le respondió Amy con voz ahogada.

—Esta discusión es ridícula.

—¡Maldita sea! —exclamó, furiosa, Amy.

—¡Testaruda! —resopló Chloe mientras se acercaba más a ella.

Estuvieron charlando varias horas hasta que por fin Amy consiguió sacar de los labios de su amiga una confesión. Solo quería que Chloe le dijera la verdad.

—Y qué... besa bien, ¿eh?

La joven Hamilton solo atinó en morderse el labio inferior, nada de lo que pudiera salir de su boca tendría sentido alguno en ese momento. Pero, aun así, expresó lo que aquel beso le supuso. Le contó que, cuando Alan hablaba, no la dejaba pensar con claridad. Sintió cómo un temblor se apoderaba de todo su cuerpo y se dejó llevar por esa sensación mientras él comenzaba a

adentrarse dentro de su boca. Ese contacto que le entregó fue lento y mareante, y la llenó de euforia. Se sentía atravesada por las sensaciones, demasiadas para controlarlas, y se estremeció indefensa entre los brazos de él. Siguiendo sus instintos, se apoyó ciegamente en la tierna e incansable caricia de sus labios.

Justo cuando ella comenzaba a perder todo rastro de cordura, la boca de Alan se apartó de sus labios. Él, sin retirar su mano de la nuca de ella, inclinó la cabeza hasta que un murmullo hormigueó su oreja.

—Te deseo —le dijo—. ¿Quieres bailar? —La música se escuchaba a sus espaldas.

—No, es una estupidez, tengo que irme. Esto no va a funcionar. Es como si me pusiera unos zapatos con los que no me siento cómoda.

—¿Y qué te parece andar descalza un rato? Además, ¿qué hay de malo en un baile? Soy una excelente pareja, incluso es posible que disfrutes —le dijo con un guiño de ojo.

Chloe murmuró cada vez más exasperada.

—La idea de bailar contigo hace que se me hiele la sangre de las venas.

—Ningún hombre vivo o muerto te culpará por vivir. —Encogió los hombros.

—¿Por qué los hombres sois tan materialistas y tan ególatras?

—No lo somos. Probablemente, es que te fijas solo en esos. Hay hombres majos, agradables, altruistas, pero parece ser que esos son invisibles para ti.

—Claro, y uno de ellos eres tú, ¿no? ¿Los hombres no escuchan o no entienden? —alzó el tono de voz, estaba indignada.

—No te pongas así, que no es para tanto...

—¡Oh, Alan! Es que ya no sé cómo decirte que me dejes en paz. Me irritas —le soltó con una mirada de verdad escalofriante.

—Me halagas, cariño. ¿Sabes?, me encantas toda tú. Tu pelo, tu nariz, tus labios, tus ojos, pero sobre todo tu carácter, ¡eres perfecta!

—¡Aléjate de mi vida! —le gritó ella.

Alan no le hizo caso, se acercó un poco más y, bajando la voz de modo que nadie pudiera escucharlo, le contestó:

—Muy bien. Pero antes de marcharme te voy a decir algo para que lo medites. Es muy posible que algún día no puedas permitirte el privilegio de rechazar tan buena oferta, y menos de alguien como yo.

—La cara dura de ese chico ya estaba sobrepasando mis límites, Amy.

—Sí, pero, aun así, lo besaste —le contestó la otra enfadada y con expresión de no creer lo que estaba oyendo—. Y bien, ¿qué más te dijo? Porque estabas muy acalorada. Estuve a punto de llamar a un bombero guapo y fuerte para que apagara ese fuego que tenías en la cara.

—Alan me insinuó que algún día mi situación podría ser tan desesperada como para verme obligada a considerar la posibilidad de acostarme con él.

Si no hubiera estado tan concentrada en sus recónditos pensamientos, Chloe se habría reído al contemplar la cara de asombro que apareció en el rostro de Amy. Sin embargo, su amiga, en lugar de protestar movida por su ira virginal o de dejar pasar el tema, formuló de nuevo una pregunta que ella no esperaba:

—¿Y está en lo cierto?

—Estaba en lo cierto en lo referente a lo desesperado de mi situación —admitió ella—. Pero no en cuanto a la posibilidad de convertirme en una de sus mujerzuelas. Ni suya ni de ningún otro hombre. Antes te juro que me suicidaría para no caer tan bajo.

La mirada analítica de Amy la recorrió de arriba abajo mientras seguía hablando. Chloe le pidió perdón, pero ella negaba con la cabeza.

—No entiendo por qué me haces esto, tú tienes a Tommy. Y digo yo, ¿podrías dejar algo para las demás? Por una vez que me encapricho con alguien, vas y te interpones.

—No, Amy, yo no he hecho tal cosa, te lo aseguro. Y quédate tranquila porque yo amo a Tommy más que a nada en el mundo, y desde luego que no lo quiero perder. Búscate a alguien con más cabeza que ese Alan, que solo piensa en coquetear y llevarse a su cama a todas las que pilla. Duncan te quiere y es un buen partido, te haría muy feliz.

—¡Aaah!, no me vengas con cuentos. Me acabas de decir lo que sentiste cuando te besó. A ti te gusta ese chiflado. La que debe cuidarse eres tú, no vayas a perder a Tommy por ese impresentable.

Amy se sentía traicionada por su mejor amiga. A Chloe le gustaba ese necio, estaba segurísima de ello porque la había visto flirteando con él. Intentó serenarse y le expresó que no quería perder su amistad, que lo mejor sería que olvidaran lo ocurrido y que empezaran de nuevo. No había más.

—Mira, yo perdí la virginidad allá por la época jurásica, más o menos. Él era el trompetista de un grupo de *jazz*. —Hizo una pausa y sonrió—. Esta

historia ya te la he contado, ¿verdad?

—Sí, ya me la has contado. Conozco todos los detalles de tan lujuriosas y apasionadas aventuras con el trompetista. Deberías escribir un libro algún día. —Amy rio.

—Venga, lo que quiero decir es que no es el fin del mundo. Lo superaremos. Somos jóvenes, olvidamos todo y seguimos adelante con nuestra vida.

De pronto, se oyó un golpe sordo y Chloe se sobresaltó. Amy, con cara de pilla, la miró y, esbozándole una bonita sonrisa, levantó su pie.

—Lo siento —se disculpó—. Una araña. Creo que era una de esas saltarinas que están siempre al acecho controlando y persiguiendo a su próxima presa. Hay que tener cuidado porque cuando menos te lo esperas... ¡zas! Aquí te pillo y aquí te mato.

Ambas rieron sin parar durante un buen rato.



Estuve escuchando con precisión cada detalle que Amy me estaba revelando por teléfono. Quería pensar que eran cosas del alcohol que no dejaba que mi mente pensara con claridad. Debía ser mentira todo lo que estaba oyendo. Yo no bebía nunca, quizá era eso. Mi cuerpo empezó a tiritar y mi espalda fue recorrida por unos temblores que llegaban a punzar hasta el corazón. Empecé a marearme y a sentirme incómodo. Esa sensación la conocía muy bien.

—Gracias, Amy. Nos vemos mañana en el instituto. Besos.

—*Tommy, espera, ¿estás bien? ¿Quieres que vaya? Escúchame, ella está muy arrepentida de todo, de verdad. Está fatal. Creo que no se acercará nunca más a Alan. Ha aprendido la lección. Habla con ella.*

—No quiero hablar con ella. Ha sido buena idea que encontrara a ese inoportuno de Alan. Yo no viviré para ver lo felices que serán. Por eso no me duele tanto. Chloe se merece ser feliz. He sido un estúpido y un ciego no dándome cuenta de lo que ella necesitaba. Está viva, debe vivir. Yo ya casi estoy enterrado. He sido un egoísta.

—*No digas eso. Yo te quiero mucho, Tommy. Déjame que vaya a tu casa.*

—No, Amy. Quiero estar solo. Adiós. —Colgué el teléfono.

Cuando la conversación terminó, me giré y le di un puñetazo al espejo.

Me apoyé en la pared, mareado y roto de dolor. Poco a poco, mi espalda fue deslizándose hasta que quedé sentado en el suelo. Me sentía desorientado e incluso hubo un momento en el que hasta me costó saber quién era. Estaba tan ebrio que ni podía acabar una sola frase en mi cabeza. Fijando la mirada en el techo, recordé los besos y los mimos que Chloe me había regalado. Poco después me dormí. Cuando mi padre y Adriana —nuestra asistenta— llegaron a casa, vieron el lamentable estado en el que me encontraba. Ellos corrieron en mi ayuda. Me levantaron como pudieron y me subieron hasta la habitación. Me desvistieron entre los dos y me pusieron el pijama, después me curaron los cortes que me había hecho en la mano cuando golpeé el espejo. Finalmente, me acostaron.

Ambos hablaban, yo podía oír sus murmullos, me llegaban a través del pasillo, aunque no alcanzaba a entender todo lo que decían. En principio conversaron en voz baja, pero pronto, creyendo que yo estaba dormido, alzaron la voz más de lo normal.

—¡Madre mía! Adriana, tengo algo que explicarte. —El señor Collins puso al día a su asistenta.

—¿En serio?! No me lo puedo creer.

Un rato después, mi padre subió a mi habitación y me encontró cubierto de sudor. Yo hablaba en voz alta. Estaba pesaroso y me sentía traicionado.

—Te amo, Chloe —murmuraba.

—Hijo, descansa —me indicó mientras me cubría con la manta que se había caído al suelo. Se sentó en el borde de la cama y me miró como pocas veces en mi vida. Observé a un hombre realmente roto de dolor. Me daba pena. Él era fuerte, lleno de seguridad, y ahora se veía débil.

—Te quiero tanto, papá. —Una lágrima se escapó de mis ojos y rodó presurosa a su divino antojo.

—Estoy seguro de ello. —Apoyó delicadamente su cabeza sobre mi pecho y me abrazó—. Te quiero y te querré siempre, hijo.

Al abrazarme derramó en mi corazón su amor, que era eterno e infinito. Era todo lo que necesitaba cuando mi existencia se venía abajo.

—Buenas noches. —Me besó en la mejilla.

—Hasta mañana.

Pasé la peor noche de mi vida, solo, desolado, engañado, extrañándola. La quería tanto y sentía tanto por ella... Algo que no podía explicar. Pero ella tenía un amante. ¿Desde cuándo? Lloré amargamente en la intimidad de mi habitación hasta que el sueño me venció.

A la mañana siguiente, recibí la llamada de Duncan. Intentó convencerme para que le diera una oportunidad a Chloe, pero cuanto más insistía él, más me empecinaba yo en la idea de permitir que ella tuviese la posibilidad de buscar la felicidad sin mí. Además, existía un problema que parecía obviar Duncan: yo había encontrado la excusa perfecta para dejarla. Hacía mucho tiempo que me rondaban esas ideas por la cabeza y ella se merecía el cielo.

Las semanas fueron pasando y las imágenes de lo ocurrido parecían no remitir. A pesar de realizar grandes esfuerzos para evitarlas, no lo conseguía, se escapaban de mi control y seguían irrumpiendo involuntariamente en mi mente. La última vez que hablé con Chloe fue en el instituto, y ella acabó con las lágrimas resbalándole por las mejillas e implorándome con la mirada que la perdonase.

—Lo siento, pero no hay futuro para nosotros. Ojalá lo hubiera —le dije con una expresión triste en los ojos.

—Por favor, te lo suplico, no me apartes de tu lado. Perdóname, necesito que lo hagas. Yo solo he amado una vez en la vida —me miró sollozando—, y es a ti.

Esa tarde regresé a casa afligido, en un estado mustio y lamentable. No cené y me metí directamente en la cama. Quería pensar que, si cerraba los ojos y dormía, al día siguiente los abriría y todo habría sido un sueño. No obstante, la realidad me despertaba cada mañana, así que decidí huir a toda costa de mis sentimientos. Si los dejaba a un lado, todo pasaría. Pero ¿estaba preparado para vivir sin ella? Quizá solo era cuestión de tiempo.

Me levanté muy deprimido y melancólico. Bajé a la cocina y me serví una gran taza de leche. Mientras la tomaba apareció mi padre que, dándome los buenos días con una palmadita en la espalda, me dijo:

—Sé lo que piensas, y no es justo ni para ella ni para ti, hijo. No lo es. Ella no necesita esto. Nadie lo necesita. Son más problemas. ¡Ya ves!

—Papá, he sido un egoísta.

—Sí, tienes razón. Estaba pensando que tal vez sea el momento de dejarte en la calle. Te dejo en un hospital y que ellos carguen con tu enfermedad. Va en serio, no soy nada sentimental. ¡Venga ya, hijo! No ha sido culpa de nadie lo que ha pasado. Son cosas que no se entiende por qué ocurren, pero es así, ocurren y ya está. No te hagas mala sangre. Habla con ella. Quizá lo que pasó tiene alguna explicación. Escúchala.

—No, yo quiero que sea feliz y Alan ha sido el detonante para llevar a

cabo lo que desde hace tanto tiempo me ronda la cabeza. Hasta ahora no he tenido suficiente valor y esto me ha venido bien para dejarla marchar. Quiero que encuentre la felicidad, conmigo nunca la alcanzará.

—¡Hola, campeón!

—Buenos días, Adriana —le contesté.

—¿Cómo te encuentras, hijo?

—Estoy bien.

—Ese tipo es...

—¿Un imbécil, un tonto? —Fruncí el ceño.

—Un despiadado —contestó Adriana—. La señorita Hamilton no creo que fuera capaz de hacer algo así, si no hubiera sido por ese joven cruel y perverso. Si algún día lo veo, le voy a arrancar las... —se calló.

—¿Pelotas? —preguntó mi padre sonriendo.

—Sí, los testículos. Se los arrancaré y los meteré en la máquina de picar carne. Las gallinas estarán contentas. Ellas se lo comen todo, absolutamente todo.

Mi padre y yo no pudimos reprimir las carcajadas. Adriana era ocurrente y graciosa. Esas cosas que decía nos ocasionaban buenos ratos en donde pensar estaba prohibido.

—Bueno, salgo un rato al jardín —dije.

—Y yo voy a buscar el periódico —manifestó mi padre.

—Yo, a la cocina. Tengo cosas que hacer —musitó Adriana.

Era domingo, así que poco tenía que hacer yo. Duncan me llamó por teléfono y me propuso salir a pescar; rechacé la invitación. No tenía ganas de ver a nadie. Preferí quedarme en la habitación leyendo y escuchando música romántica. Hoy estaba algo sentimental. Durante un buen rato estuve tarareando canciones que había escuchado mientras Chloe y yo habíamos bailado bien acaramelados en las fiestas. La canción *Only You* sonaba sin parar una y otra vez en mi tocadiscos. De nuevo me sumergí de forma descontrolada en llantos sin consuelo.

Estuve subiendo y bajando durante largas horas la canastilla que colgaba de la ventana. Quería pensar que no había oído el sonido de las campanillas y que quizá a ella se le hubiera ocurrido ir al lago y dejar alguna carta. Quería llamarla, sentir su voz, quería decirle lo mucho que la quería. Marcaba los números y cuando llegaba al último, colgaba. Y así, miles de veces. Ya entrada la tarde, me atreví. Escuché la señal y esperé. Quería ser sincero con ella. Me sentía responsable de lo que había ocurrido. Me consideraba un ser

arrogante y narcisista manteniéndola a mi lado, y ella no se lo merecía. Me veía en la obligación de expresarle que el único culpable de este final había sido yo, solo yo y mi desafortunada enfermedad.

—Hola, Chloe.

—*¿Estás bien?*

—No.

—*¿Qué te pasa?* —me preguntó.

—No lo sé. Me he quedado horas sentado en el columpio, pensando. Será eso, que tengo melancolía de recordar todas las cosas bellas que hemos vivido juntos.

—*¿Me dejas ir a verte?*

—Claro.

—*Ahora voy.*

Cuando llegó, se dirigió a la parte trasera del jardín y se quedó inmóvil, mirándome fijamente mientras me balanceaba en el columpio. Le hice una señal para que se acercara. Se aproximó, se sentó al otro lado, en el balancín, y se impulsó con los pies.

—Hola —me saludó.

—Hola.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—Chloe, esta noche he tenido un mal sueño.

—¿Soñaste con el hombre de los bigotes?

—No. Me desperté y abrí los ojos de golpe. Estaba empapado de sudor, mi corazón latía con fuerza y sentía que no podía respirar. Miré hacia la ventana porque estaba lloviendo con bastante intensidad. Suspiré ya relajándome. Tan solo fueron un par de truenos, pero me acordé de ti. ¿Recuerdas cuando eras pequeña y te acurrucabas en mis brazos llorando y me preguntabas que por qué el cielo estaba enfadado contigo?

—Claro que lo recuerdo. Las tormentas siempre me han asustado. Me sentía protegida entre tus brazos.

—Siento como que me he pasado media vida huyendo de mis miedos. Debería hacer la maleta e iniciar otra vida en otro lugar.

—Y tú ¿crees que así huirías de ellos?

—No, creo que no. Pero por lo menos intentaría ir más rápido que ellos. No me apetece que me atrapen de nuevo. Y si lo hago, quizá se esfumen.

—Eso será inútil. Si no resuelves tus problemas y tus miedos, se irán guardando a la espera de que alguien o algo pueda abrir ese cajón en el que se

van amontonando, cada vez más apretujados, sucios y desordenados. Si no te enfrentas a ellos, estarás dándoles permiso para hacerse cada vez más y más fuertes. Deja ese enfado reprimido que tienes, Tommy.

—Siempre cuesta dejar lo que amamos y casi prefiero aborrecerlo. Así es todo mucho más fácil.

—¿Tú crees que esa es la mejor forma de apartarme de tu lado? ¿Con dolor y lleno de odio? Buscas sosiego en el lugar equivocado. Quieres vengarte, hacerme sufrir y, por supuesto, quieres borrar del mapa de tu vida a la chica que tanto te ama.

—Si me amaras, no hubieras hecho lo que hiciste.

—Tommy...

—Necesito tiempo para aceptar lo que pasó. Debo asumir lo sucedido. Y creo que nunca lo conseguiré.

—Luchar contra el pasado es una batalla perdida, créeme. Es inútil malgastar energía en eso. Lloro, Tommy, llora lo que tengas que llorar, grita lo que debas gritar y perdona lo que debas perdonar. Todo lo que te di, yo lo di con ganas. Acostarme con Alan estuvo mal y asumo mi parte de culpabilidad.

—Agachó la cabeza.

—Ojalá fuera todo tan fácil.

—Tom Collins, yo quiero seguir en tu camino, así que, por favor, no me apartes de él.

—Me gustaría recuperar aquella magia que teníamos cuando éramos pequeños.

—Para recuperar esa magia necesitas quitarle los frenos a nuestro amor. Déjalo fluir. Ayúdame, en lugar de vengarte. Transforma la energía de tu enfado en experiencia y será entonces cuando aparecerá la magia. No me apartes de tu lado, Tommy. Mantener las distancias conmigo no va a cambiar mis sentimientos hacia ti.

—Oye, yo te quiero. Pero no puedo dejar que todo esto vaya a más.

—¿No vas a perdonarme?

—No es eso. Yo te perdoné al segundo. —Suspiró.

—¿Entonces? —Enarcó una ceja.

—Es que no quiero hacerte daño.

—¿Daño? Yo sí que te he causado dolor —me alzó un poquito la voz.

—No lo entiendes. —Sacudí la cabeza.

—Sí lo entiendo.

—Chloe, pronto moriré. Y no quiero que sufras.

Mis ojos, ahora húmedos, centelleaban al contemplarla, la amaba mucho. Tuve que apartar la vista y mirar al suelo. No quería que advirtiera mi desolación.

—No te mortifiques. Yo quiero estar a tu lado. Solo tienes que perdonarme.

—Créeme, soy pura dinamita y la mecha pronto prenderá. Lo presiento.

—Me da igual estar bajo tierra contigo mientras esté a tu lado.

—Seamos amigos, solo eso. Yo no puedo entregarte nada más. —Me encogí de hombros dándome cuenta de que mi mentira no tenía sentido.

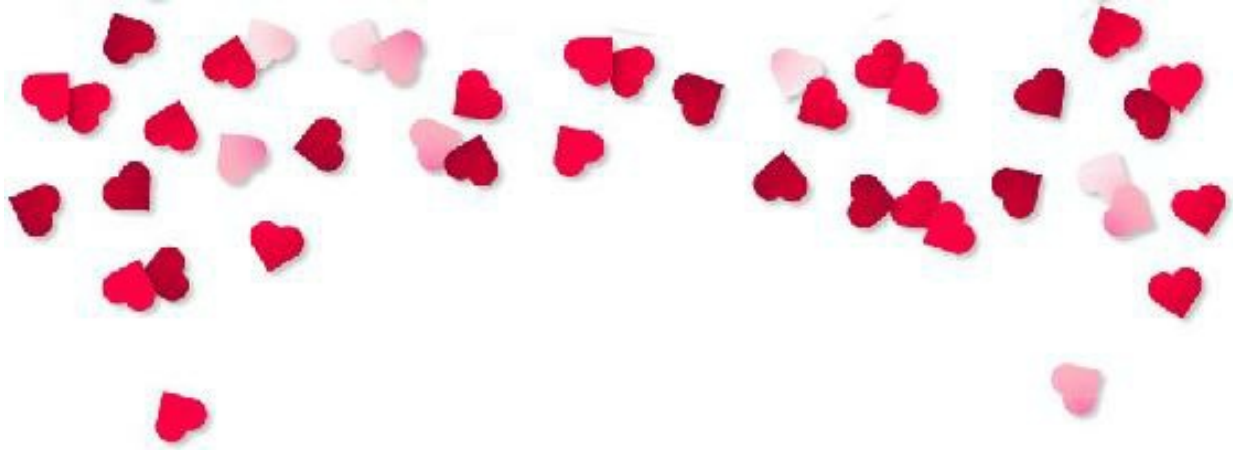
—Tommy, quiero seguir mi viaje por la vida contigo.

—No me lo hagas más difícil, por favor. —Tuve que reprimir un gemido de sufrimiento.

—Está bien. Pero quiero que sepas que yo nunca te olvidaré, eres mi gran amor —me confirmó, besándome en la mejilla—. Hasta pronto. Te amo, Tommy.

Se despidió de mí con un dulce «hasta pronto», y después se alejó corriendo y llorando desconsoladamente. Aquella estampa me partió el alma en mil pedazos. La iba a echar mucho de menos. La tristeza inundó mis entrañas. Mi vida carecía de sentido sin ella. La angustia empezó a apoderarse de mí. Tenía un nudo en la garganta. Un hueco en el estómago. Me sentía perdido y sin rumbo. Ya no tenía sueños ni ilusiones. A ella le importaba bien poco mi enfermedad. Había vivido con ello desde que nos conocimos. Ella jamás me hubiera dejado por eso. Chloe deseaba con todo su corazón que yo hubiera sido el primer hombre que la poseyera, pero era joven y la carne era débil. Las palabras de Alan la cautivaron por unos momentos aquel día y cayó como una tonta entre sus garras.

Se me hacía casi insoportable el respirar y temía que las lágrimas comenzaran a salir sin poder hacer nada para evitarlo. Nuestra relación era un despropósito y un absurdo futuro sin sentido. Yo solo deseaba su felicidad, aunque para ello tuviera que renunciar a la mía. Lo único que hice fue darle un pequeño empujón antes de que cada cual siguiera su camino. Y, sinceramente, creo que fue lo más correcto.



CAPÍTULO 20

LA TRAMPA

Desde que Chloe y yo terminamos con nuestra relación, Duncan y Amy se las ingeniaban para compartir planes con ambos. La amistad, sin duda, es el lazo más grande después del amor.

Aquella tarde, Duncan me llamó por teléfono y me dijo que había reservado mesa para tres en un restaurante llamado Cuchi Cuchi, muy cerca de Boston. La verdad era que no tenía muchas ganas de salir, pero al final me convenció. Eran las nueve y media cuando Duncan, Amy y yo llegamos a la puerta del local. En ese instante levanté la vista, era una noche despejada y serena, en el cielo había una gigantesca y luminosa luna llena y las estrellas poblaban el azul del firmamento. En ese momento me acordé de algo que me había dicho Chloe: «Las estrellas brillan por todos los días que aún no hemos vivido». Nuevamente ese apremiante deseo de llorar, de gritar, de decirle lo

mucho que la echaba de menos. Sentí un sabor amargo en la boca ante aquel recuerdo y tragué saliva. Duncan me dio una palmadita en la espalda y me sacó de mi letargo. Yo le sonreí y abrí la puerta para acceder al restaurante. La camarera nos recibió al entrar y nos guio hasta nuestra mesa: boa de plumas, guantes hasta los codos y un vestido que por muy ajustado que fuera no le impedía contonear las caderas al ritmo de la música que sonaba en el local. El resto de los empleados también iban acordes con dicha estética y parecía que en cualquier momento fueran a improvisar una escena musical de Broadway. Las demás mesas eran de parejas en busca de la privacidad que ofrecía la luz tenue de la sala. Nos sentamos e hicimos nuestra comanda. Fueron rápidos.

—Hoy he hablado con Chloe —sacó a relucir el tema Amy.

—¡Amy! —la riñó Duncan.

Me limpié la boca con la servilleta y le dije:

—No pasa nada. ¿Ella está bien? —En mis ojos se reflejó la tristeza.

—Ya lo sabes, ¿no? —Tomó su copa y cató el vino—. Ummm, excelente.

No sé cómo empezó aquella conversación, pero lo que estaba oyendo era algo que desconocía totalmente. La conducta que tuve con Chloe aquella tarde fue inadecuada e injusta. Me sentí fatal por haber sido tan idiota. Debí haberla escuchado, pero esa vocecita interior me decía que no lo hiciera. Todo fue un maldito error.



—Esa noche Amy tenía ganas de hablar y me contó todo. Yo me quedé mirando a lo lejos, como si todo aquello que me estaba refiriendo no fuera conmigo, pero Amy me conocía bien y sabía, por cómo apretaba las mandíbulas, que estaba nervioso. «No tienes que escucharme hasta el final si no quieres», me dijo cogiendo aire. La miré a los ojos y ella me habló: «Si no te quisiera, jamás te contaría todo esto». Quería salir corriendo, me sentía atrapado. «Tu cara lo dice todo, Tommy. La vida continúa y tienes que saber qué es lo que ocurrió». Duncan la reprendió alzando un poquito la voz y opinó que no era el momento de relatarme todo aquello y que ahora era tiempo de relajarse y pasarlo bien.

—Abuelo, me puedo imaginar lo mal que lo pasaste —me indicó apenada.

—Me estremecía más y más con cada palabra que decía. Todavía pienso

y pienso y me resulta increíble.

—Dime, ¿qué pasó?

—Algo me decía en mi cabeza que debía escucharla con atención. Así que agucé el oído y dejé que hablara.

Tommy le narró aquello y más mientras releía también las páginas del diario.



Cuando Chloe llegó al apartamento de Alan, situado en lo más alto de uno de los mejores edificios de toda la ciudad y ubicado en uno de los barrios más caros y famosos de Boston, no tenía ni idea y ni siquiera se imaginó por un momento lo que ese chico, aprovechando la ocasión, le había preparado. Un plan perverso y miserable estaba a punto de suceder.

El timbre sonó.

«Es sorprendente lo fácil que se puede llegar a vivir con un buen talón en blanco en el bolsillo», pensó ella.

—¡Un momento! —exclamó una alegre voz masculina—. Ahora mismo estoy contigo, encanto.

—¿Encanto? ¡Bah! —murmuró, sacudió la cabeza e hizo una mueca de fastidio.

Esa voz impertinente se cruzaba con ella docenas de veces a lo largo del día en el instituto. No le impresionó, pero se puso en guardia. Él abrió la puerta con una amplia sonrisa. La miró de arriba abajo con sus grandes ojos de un azul intenso, penetrantes y astutos, y luego los clavó en el rostro de ese bombón. De sus labios descarados brotó un silbido de aprobación.

—Buenooo, hola, pasa —le dijo, haciéndole un ademán teatral con el brazo.

—Hola —contestó ella con frialdad.

Chloe entró con paso cauto y observó detenidamente la habitación. Le resultaba difícil registrar en la mente los espacios del apartamento porque Alan iba pisándole los talones, prestando atención a todos sus movimientos.

—¿Dónde está Amy?

—No vendrá.

—Entonces me voy.

—No seas estúpida. —Alan la alcanzó antes de que llegara a la puerta—. No te vayas. Me llamó y me dijo que estaba enferma. Me pidió que

hiciéramos su parte del trabajo.

Chloe lo miró detenidamente mientras tiraba el bolso en el sillón granate que ocupaba parte del salón. Su expresión, por una vez, era grave.

—Bueno, creo que podré soportarlo —susurró. Ella le lanzó una mirada gélida. Iba a ser una tarde muy larga, y en su mente no dejaba de bailablear la sonrisa descarada y ardiente de ese joven. ¿Utilizaría Alan Connors la ocasión para intimar con ella? «No —pensó Chloe—, no es tan mezquino y rastrero, o ¿sí?». Ahora empezaba a dudarlo porque los ojos de él se estaban transformando. Ella era virgen y ese chico se moría por entrar en ella antes que nadie. Le encantaba ser el primero en todo. Alan abrió una botella de vino y sirvió dos copas.

—¿Un brindis?

—¿Por qué? —preguntó extrañada.

—Porque seamos buenos compañeros de trabajo. —Le dedicó una mirada parsimoniosa que acaloró sus mejillas—. Y buenos amigos. —Antes de que ella pudiera protestar, Alan chocó las copas y bebió un sorbo de vino.

—Gracias, pero prefiero agua. —La dejó sobre la mesa de cristal del salón.

—Bebe. Te relajará y te sentará bien. —Soltó una sonrisa avispada. Y añadió—: No es francés, pero no está mal.

—Yo prefiero agua.

—Luego. Ahora bebe.

Chloe tuvo el impulso de marcharse porque no se fiaba de Alan, y lo peor de todo era que tampoco se fiaba de sí misma. Pero el trabajo se tenía que entregar esa semana y ella era una chica responsable.

Alan se sentó detrás del escritorio y encendió un cigarrillo. Se colocó unas gafas con cristales finos porque a él le pareció que era de suma importancia crear un ambiente de estudio para llevar a cabo sus propósitos. Ella arrugó la frente. No sabía que usaba lentes, en clase no las llevaba.

—Bebe, el vino todavía está fresco. —Parecía ansioso porque lo hiciera.

—¡Qué encanto de hombre! —Le lanzó una mirada irónica—. No, gracias.

—Bien.

Chloe parecía aliviada porque Alan había dado a entender que no quería nada de ella. Cogió una silla y se sentó al lado de él en el escritorio.

—Echa un trago, tenemos que hablar. —Se levantó y se paseó por la

habitación. Se detuvo junto a la ventana y separó las láminas de la cortina veneciana.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó ella.

—No. —Se retiró del cristal y se sentó a su lado. Toma. —Le ofreció de nuevo la copa. Ella la cogió. En ese instante, Chloe se sintió como la ingenua Blancanieves; Alan, el malvado, le estaba ofreciendo la manzana envenenada.

—No me apetece. Tenemos que hacer el trabajo de ciencias.

—Ahora empezamos. Pero pega un sorbito a este vino, está de vicio. — Le empujó el vaso hacia la boca—. Salud.

¿Qué había hecho? Alan era un individuo monstruoso. Le susurró al oído cosas bonitas con contenido vacío solo para tenerla allí, para utilizarla. Se sintió mal, triste, inmensamente triste en cuanto vio entrar a Tommy porque, sin duda, haber visto lo que vio debió romperle en mil pedazos su corazón. La mujer que amaba le había traicionado. Se sintió sucia y avergonzada, todo era culpa de ella. Quiso morir.

—¿Atento y maravilloso? Vaya, Chloe, si lo que quieres es suicidarte, solo tienes que ponerte una pistola en la sien y apretar el gatillo. Eso sí, apunta bien, no vaya a ser que dispaes a los pajarillos que vuelan libremente por el cielo, ellos no tienen culpa. Pero vamos a ver, ¿tú te estás escuchando? —la regañó Amy.

—Es que me parecía estar entre los brazos de Tommy. Te lo juro, era él. Hasta que no entró y nos pilló sobre la cama, no desperté del sueño. Entonces fue cuando me di cuenta del error que estaba cometiendo.

—¿Y bien? —preguntó Amy, encogiéndose de hombros—. Ya has descubierto la clase de gentuza que es. Te aconsejo que te olvides de él.

—¡Oh, Amy! Él no ocupa mis pensamientos ni mi corazón. Ahora mismo me siento torpe e incapaz de encontrar una salida para solucionar este lío que tengo en mi vida.

—Estás rodeada de gente que te quiere: tus padres, tu hermana, Tommy, Duncan y yo misma. Eres consciente de ello, ¿verdad? Puedes contar con nosotros.

—Lo sé. Pero a Tommy ya no lo recuperaré. Entregaría mi alma al diablo por cambiar ese momento en el que pude hacer algo y no lo hice. Cuanto más lo pienso y miro atrás, no logro entender por qué sucedió.

—Ahora no es tiempo de lamentaciones, chica. Tienes que luchar por recuperar lo que tan tontamente has perdido. Haberte acostado con Alan te va

a acarrear muchos problemas. Tommy debe estar destrozado. Habla con él y explícale todo tal y como ocurrió. Seguro que te perdonará. Él te adora y te ama con locura.

—Yo también estoy fatal. Si le pasa algo por mi culpa, no me lo perdonaré en la vida y viviré con ello hasta el fin de mis días. ¿Crees que me dará una oportunidad para que pueda contarle la verdad?

—Es obvio que tu verdad no se la va a creer. La realidad es lo que vio con sus propios ojos. Pero puedes intentarlo, yo te ayudaré.

—Gracias. Siento haberos causado tanto daño a los dos. Voy a llamar a Alan, él tiene que ayudarme con esto.

—¡Qué boba eres! Ese cretino no será tan tonto de cavar su propia tumba. Anda, habla con Tommy y olvídate de ese fanfarrón.

Chloe cogió el teléfono. Daba tono, pero nadie contestaba. «¿Le habrá pasado algo?», pensó.

—¡Vaya mierda de día! ¿Qué tenéis en contra de mí? ¡¿Qué?!

Tenía los nervios a flor de piel y su nivel de frustración amenazaba con hacerla gritar como una posesa en pocos segundos. Intentó llamarlo de nuevo, pero ya no daba tono alguno, quizá lo había descolgado.

—¡Cógeme el maldito teléfono! —chilló. Cerró con fuerza los puños, sintiendo que la rabia se apoderaba de ella, exhaló el contenido de su pecho y estalló—: ¡Se ha aprovechado de mí! ¡Me ha humillado! ¿Y pretendes que me olvide de él, Amy? —voceó, intentando recuperar el control sobre sí misma y riendo amargamente—. Supongo que toda la culpa es mía.

—Acepta mi consejo y no le des más vueltas al asunto. Borrón y cuenta nueva.

—¿Y cómo recupero a Tommy?

—Eso ya no lo sé. —Sacudió la cabeza y levantó las palmas de las manos.

Chloe bajó los ojos. A ella la habían criado con fuertes convicciones, por no mencionar el orgullo y el respeto hacia uno mismo. Alan había pisoteado y arrastrado esos valores por el barro y tenía que pagarlo. No sabía cómo, pero se vengaría. Haría que ese chico se arrepintiera de haberle puesto una mano encima.



CAPÍTULO 21

LAS CONSECUENCIAS

Al llegar al instituto, a pesar del dolor de su corazón, la expresión de su cara seguía siendo risueña al saludar a los compañeros que iba encontrando. Aquella sonrisa y el pretendido buen humor no eran más que una fachada. En su mirada y en su boca se reflejaron la tristeza y la amargura al ver llegar a Tommy, que pasó por su lado sin dedicarle un vistazo. Él tenía los ojos rojos e inflamados de tanto llorar, y ella casi se desmaya al sentir su indiferencia.

Chloe estaba delante de la máquina del café esperando ver el vaso caer. No había dormido en toda la noche. Necesitaba mantenerse despierta en clase.

—¿Qué te he dicho del café de máquina? —Amy le quitó el recipiente de las manos y lo tiró a la papelera.

—¡Por Dios! ¿Qué haces? Necesitaba ese café —refunfuñó.

—Anda, vamos a clase.

Esa mañana le fue imposible concentrarse. Su mente permanecía ocupada con oscuros pensamientos sobre venganzas y engaños. Ese Alan se las pagaría.

«¿Cómo he podido ser tan estúpida y cómo he podido acostarme con ese demonio sin corazón? ¿Cómo es posible que me haya rendido tan fácilmente?», se preguntó. Su cabeza no paraba de trabajar. Se quedó perdida en sus pensamientos, con la mano apoyada en la barbilla, e intentó recordar cómo había ocurrido todo. Quería comprenderlo.

Alan le quitó la copa de vino de su temblorosa mano y la dejó a un lado sobre la mesita del salón. Luego la agarró por los hombros y la miró fijamente. ¿Le estaba diciendo en serio que ella era una mujer especial? «El amor a primera vista es algo natural», pensó. Podía parecer un sueño romántico o un cuento de hadas, pero de hecho podía ocurrir. Aquellos ojos azules, limpios y luminosos que tenía ese chico llenaban todo su campo de visión. No veía más allá. Toda su sensatez había desaparecido ante el deseo de creer en aquellas palabras. La voz de Alan de pronto se hizo ronca y llena de deseo.

—Eres muy guapa. Nunca había visto unos labios tan deseables y tentadores como los tuyos. Tienen el poder de hacer que un hombre se deje guiar solo por el ciego impulso.

Sus brazos la atrajeron más cerca, estaba tan pegada a él que podía sentir los latidos de su pecho, fuertes y rítmicos. Entonces su propio corazón se disparó mientras él tomaba sus labios. El contacto cálido y dulce de su piel alejó todo pensamiento coherente de su mente. Se abandonó a sí misma ante la excitación de aquella provocación. Un largo gemido se ahogó en su garganta mientras él le hacía abrir la boca con la lengua mostrándole una pasión que hasta ese momento era desconocida e inimaginable para ella. El perfume que desprendía él estaba ocupando e inundando todos sus sentidos. Exhalaba y respiraba tan profundamente que hubo un momento en que se sintió totalmente embriagada por la esencia de su aroma. Su razón exigía a gritos que se alejase de sus brazos, pero algo se lo impedía.

Aquel beso la dejó aturdida y sin aliento. Apoyó la cabeza contra su hombro intentando recobrarse mientras él la abrazaba con fuerza. La boca de Alan se acercó a su oreja y mordisqueó su lóbulo despacio, con suavidad. Chloe suspiró.

—No sería un hombre —le susurró— si no te confesara que no hay

nada en este mundo que desee más que hacerte el amor. Ninguna mujer me ha hecho sentir así. Quiero hacértelo despacio, querida. Quiero poseerte. Un momento. No abras los ojos, espera. —Alan puso con rapidez un disco de vinilo y Only You empezó a sonar en el tocadiscos—. ¿Bailamos? —Ella accedió. Era su canción preferida, amaba esa melodía y escucharla hizo que ella se debilitara.

No podía ser Alan quien le hablaba tan cariñoso y caballeroso. Ella cerró los ojos y se mordió el labio inferior mientras se dejaba llevar por el son y los pasos sosegados y delicados que marcaba él. Hasta le pareció que la voz que le susurraba al oído era la de Tommy. ¿Cómo podía ignorar aquel ruego tan apasionado? Era él, era su rostro. Sí, era Tommy.

—¡Por fin! Te amo.

—¡Chiss! Calla, no hables —la silenció Alan con un beso suave en los labios.

Chloe sintió el leve tirón de la cremallera de su vestido en la espalda. Luego este se deslizó por su cuerpo y cayó con un ligero susurro a sus pies. Entonces elevó la cabeza buscando sus labios de nuevo. Estaba segura de que todo aquello estaba escrito en las estrellas. Finalmente, uno de sus sueños había sido concedido; entregarse a Tommy era su máxima aspiración. Quería conocer y experimentar solo con él todos los placeres que le regalaba la vida, era lo que más había anhelado.

El timbre del instituto sonó. Se había pasado más de hora y media apoyada con los codos en el pupitre y las manos ocupando sus mejillas. Estuvo repasando cada intervalo, buscando y ubicando el momento justo en donde ella se dejó transportar por aquella efectiva trampa que organizó y adornó sutilmente ese adorador del demonio de Alan.



—Recuerdo ese día como si hubiera sido ayer —acotó el abuelo. Su nieta lo miró con lástima, como comprendiendo su pena—. Duncan me dijo que debía hablar con ella, pero yo le respondí que todavía no estaba preparado para hacerlo. —Exhaló en un suspiro un chorro de nostalgia—. Creo que ella escuchó mis palabras cuando pasó cerca, pues se frotó la cara con las manos, angustiada.



—Chloe, vámonos, aquí todo el mundo te mira como si fueras un monstruo.

Mientras se dirigían a casa de Amy, ella le estuvo explicando lo que todos en el instituto rumoreaban. Era la comidilla de todas las conversaciones y, por supuesto, el centro de todas las miradas.

—¿Es que no te has dado cuenta?

—Pues no. Tengo cosas más importantes en que pensar. No estoy para tonterías. Solo veo lo que he perdido. Además, yo no se lo he contado a nadie. ¿Has sido tú?

—Cómo voy a hacer tal cosa. ¿Tú te crees que me he vuelto loca? Eres mi amiga, una *robacorazon*, pero eres mi amiga y te quiero. El sinvergüenza de Alan, que va de Cristóbal Colón como si hubiera sido él quien descubrió las Américas, va explicando su hazaña. ¡Qué asco me da ese granuja! Seguro que te hipnotizó con una flauta, como hacen los encantadores de serpientes.

—Anda, no me hagas reír. Esto es muy serio. He perdido a Tommy por su culpa.

—Y tuya, recuerda que tú participaste en ello. Bueno, ya que estamos hablando del chulo ese, ¿cómo lo...? ¿Qué puntuación le darías?

—¡Amy! ¿De veras tú puntúas a todos con los que te acuestas? Eso es ruin.

—Mira quién habla. Venga, directa al grano, del uno al diez.

—No tengo la menor idea de cómo hacerlo —contestó tensa—, él ha sido mi primer amante, y posiblemente sea el último.

—Perdón —dijo tosiendo delicadamente—, se me había olvidado. Digámoslo de otra manera. ¿Te hizo sentir que la tierra temblaba? No hace falta que entres en detalles. Solo lo justo. ¿El estómago? ¿Mariposas, quizás?

No había forma de escapar. Cuando Amy quería algo, podía ser tan insistente como un perro de presa. Chloe se ruborizó, pero consiguió mantener la calma.

Aquellas caricias habían conseguido electrizarla. Sus manos habían explorado cada centímetro de su piel. La había amado lenta y exquisitamente, sin perder su propio control. Había hecho que cada uno de sus nervios se convirtiera en una llamarada inflamada de pasión hasta que por fin la había penetrado. Luego profundizó en ella cada vez más, la había llevado al clímax, le robó el aliento y el corazón. Chloe había gritado, había jadeado y lo había

arañado con las uñas.

De pronto, la voz divertida de Amy la despertó, devolviéndola a la realidad.

—No tienes muchas ganas de hablar, ¿verdad? Normal. Tendrías que charlar con Tommy. Deberías contarle todo tal y como pasó. Él te perdonará.

—Él no me perdonará. Tú misma lo has visto hoy en el instituto, ni siquiera me ha mirado.

—Dale tiempo, todavía tiene que asimilar todo lo que ha pasado. Lo cierto es que me ha sorprendido cómo ha llevado el tema. Su corazón está delicado. Lo extraño es que no haya cogido sus bártulos y haya emigrado a *villa descanso*. Por suerte, no ha ocurrido nada. Y para que veas, mientras tanto, el imbécil de Alan, como el que no quiere la cosa y con la cabeza bien alta, va por ahí metiéndole la lengua en la boca a Lucy en la misma puerta del instituto. ¿Te has dado cuenta? Le importas una mierda, Chloe. Una vez que ha conseguido su asqueroso propósito, escurre el bulto y ahí te quedas. Aunque lo mío fue diferente. En mi caso, yo conseguí lo que quería de él. Menos mal que no me enamoré —manifestó con la boca chiquita.

Chloe había caído en una trampa torpe y cruel. El vino que al final tomó, junto con la droga que vertió en él, la música y la agradable voz de Alan habían sido el cebo que ella había mordido como una estúpida, pero se dijo que nunca más volvería a ocurrirle. Ya no era una niña de quince años enamorada del chico malo que la volvía loca con sus frases amables y llenas de miel. Esa tarde maduró con la mala experiencia que había tenido. Ahora sería prudente y se sentía capacitada por si algún día algo parecido le volvía a ocurrir. Indudablemente tendría el suficiente valor y mente fría para decir ¡no!

Amanecía un nuevo día frío y lluvioso en Boston. A primera hora de la mañana, cuando Chloe llegó al instituto, Alan estaba sentado en su pupitre con los brazos cruzados y un rictus de perdonavidas. Esperaba, una vez más, que ella se postrara ante su atractiva e irresistible personalidad.

—¿Te lo pasaste bien? —le preguntó, burlándose de ella.

—¿Quieres que te diga una cosa? ¡Vete a la mierda!

Alan se rio con ganas, complacido.

—¡Así me gusta, amazona! ¡Nunca me han atraído las mujeres fáciles!

—Pues como me sigas provocando, pronto empezarán a gustarte. Y ahora, largo de mi pupitre.

—Pídemelo bien —le soltó con una sonrisa.

Chloe le clavó una mirada asesina.

—Largo del pupitre.

—Dame un beso y dejaré que te sientes.

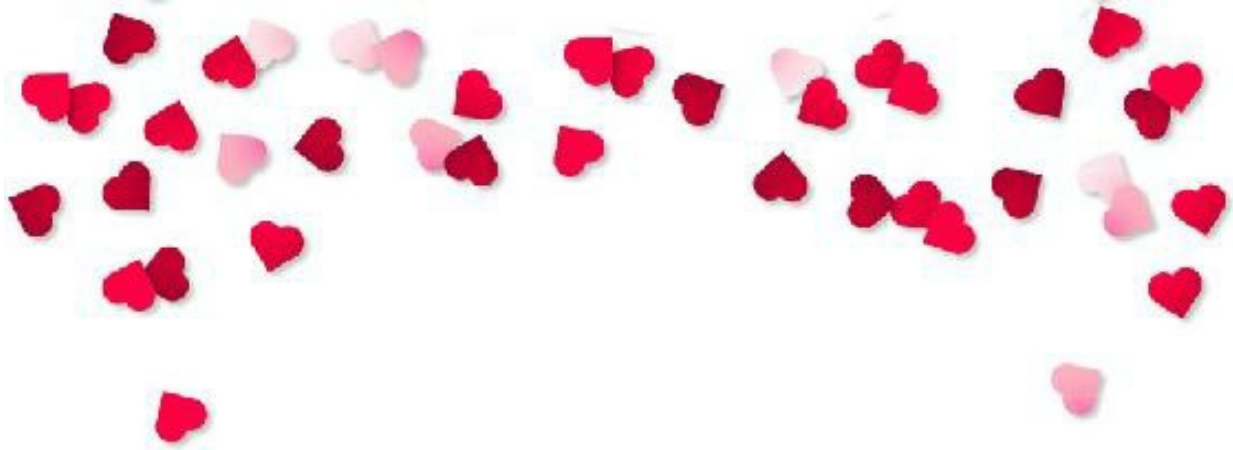
Ella se acercó a Alan como si accediera a su pretensión y él que se lo creyó, aproximándose encantado y satisfecho.

Los pupitres eran de formica y tan ligeros que no había que hacer mucho esfuerzo para levantarlos del suelo y de la superficie resbaladiza como una pista de patinaje. Chloe solo tuvo que agarrar una de las patas y dar un tirón hacia arriba, y de pronto... Alan abrió mucho los ojos, alargó un brazo al máximo y buscó un punto de apoyo que lo salvara. Dio un grito y cayó de culo con un golpe que hizo vibrar todos los cristales del aula.

—Y ahora largo de aquí, ¡imbécil!

Los demás alumnos celebraron con una carcajada el fracaso de Alan. Las cosas como son: sus compañeros eran imparciales, pero tenían sentido del humor y sabían aplaudir un triunfo, aunque esta vez fuera de la joven Hamilton. Tommy se alegró y sonrió por la hazaña protagonizada por ella.

Pasaron dos meses desde que había ocurrido esa terrible experiencia, dos meses en los que Chloe no dejó de pensar ni un solo segundo en Tommy. Tuvo que llamar varias veces a Amy inventándose excusas tontas para que le hablara de él. Ella se pasaba los días mirando las fotografías y leyendo todas las cartas que se habían intercambiado subiendo y bajando aquella cesta de mimbre que ella todavía se negaba a quitar de su ventana. Aunque Tommy se había trasladado al lago junto con su padre, pensó que quizá algún día se acercaría y colocaría algún escrito. Mantenía esa esperanza. Antes de acostarse, se sentaba en la silla de su escritorio y le escribía, pero nunca tuvo el valor necesario para entregárselas, así que las amontonaba en un cajón y allí las dejaba, guardadas bajo llave. Después se tumbaba sobre la cama y con la mirada fija en las campanillas, deseaba con todas sus fuerzas que tintinearan. Se dormía soñando y pensando en él, y preguntándose si a Tommy le ocurría lo mismo. Estaba nerviosa y agitada. Faltaban pocos días para su cumpleaños y, aunque ella no había sido invitada, le entregaría su regalo. Un regalo que seguro sería el mejor de los obsequios que ese día recibiría o, por lo menos, el más significativo.



CAPÍTULO 22

EL CUMPLEAÑOS DE TOMMY

Vermont se halla salpicado de villorrios, que son de gran belleza y hermosura. Pintorescos parques municipales, iglesias de agujas blancas y tranquilos senderos rurales se combinan con uno de los paisajes montañosos más pintorescos de América del Norte. Las clásicas tiendas de pueblo están llenas de quesos y tarros de jarabe de arce fresco. Vermont es un estado para recorrer tranquilamente, dejando que el paisaje actúe con su magia. A Chloe y Amy les encantaba hacer largas caminatas por esos senderos que les parecían sobrenaturales y prodigiosos. Al cabo de mucho tiempo, Chloe me explicó detalladamente lo mucho que sufrió. Se sintió sucia, humillada, avergonzada y vacía, muy vacía. Sus ojos brillaban y las facciones de su rostro se le desencajaban cada vez que sus pensamientos recaían y se enfocaban en todo el mal que me había causado. El sentimiento de

culpabilidad que tenía la estaba matando, sin embargo, siempre asumió las consecuencias.

—Amy, vamos a sentarnos allí, en aquel banco.

—¿Qué te pasa?

—Estoy un poco mareada. —Chloe estaba pálida.

—¡Vamos a coger una pulmonía!

—Chisss, cierra los ojos. Escucha.

—¿El viento?

—Exacto. ¿Sientes el viento entre los árboles?

—Y los ríos y a algún pájaro despistado... —Rio.

—Y tu propia respiración. Ahora imagina y disfruta de las sensaciones.

—¿Y qué se supone que tengo que escuchar?

—Nada. Solo imagina tu alrededor.

—Imposible. Me estoy congelando.

—¡Caramba, Amy!

—Chloe, no te sigo —dijo negando con la cabeza.

—Disfruta de la brisa...

—Y de las bajas temperaturas —añadió la otra.

—Me encantan los otoños en Vermont.

—Pues qué pena. Es invierno y me estoy quedando helada. ¿Nos podemos ir?

—Amy, ¿por qué no me sigues la corriente? —alzó un poco la voz.

—¡Porque hace un frío de mil demonios! Además, no veo nada, tengo los ojos cerrados, ¿recuerdas? —Encogió un hombro.

—¡Qué poca imaginación tienes! —la riñó—. Yo también los tengo cerrados, pero puedo ver un hermoso sendero cubierto de hojas de colores rojos, magentas, amarillos, naranjas, ocres, incluso lilas.

—¿En serio ves todas esas cosas? —Abrió un ojo y miró a su alrededor.

—Pues claro.

—¿Qué te pasa? Hoy estás muy rara. —Se rascó la cabeza, abrió los ojos de par en par y la miró.

No es que fueran las mejores horas de la vida de Chloe, pero sí las más importantes y decisivas para lo que estaba a punto de hacer. Estaba intentando no pensar en ello. De pronto, Amy formuló una pregunta:

—¿Qué sabes de Alan?

Esa pregunta provocó que le hirviera la sangre, tanto así que sintió el calor en su rostro.

—Nada. Ni ganas —le contestó, abriendo esos luceros verdes para encontrarse con los almendrados de ella.

—Mejor, ¡qué aasco me da! —Dio un respingo.

—No quiero hablar de él, ¿vale? —dijo de forma rotunda.

—Claro, ¿estás preparada para ver a Tommy esta noche?

—Tengo pánico, Amy, pero quiero verlo. Tengo que explicarle algo importante.

—¿Y qué es eso tan importante? ¿Puedo saberlo? —La observó extrañada.

En ese mismo instante, las campanas de la iglesia sonaron. Ya eran las siete.

—¡Uy! Qué tarde se ha hecho. —Se levantó del banco con pesadez.

—Salvada por las campanas. ¡Qué suerte tienes! —se burló Amy.

—¿Tú crees? Yo no creo en la buena suerte, aunque sí en la mala.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño.

—Nada. ¿Me recogerás?

—Claro, a las nueve en punto estoy en tu casa. Me muero por saber qué es eso tan importante que tienes que decirle a Tommy.

—Pronto lo sabrás. —Sonrió—. Es tarde, me voy, adiós.

—Adiós, chica, adiós.

Chloe no podía negar que estaba nerviosa y que deseaba con todas sus fuerzas recobrar el amor y la confianza de Tommy. Pero ¿cómo iba a perdonarle que se metiera en la cama de Alan? Todo estaba perdido y lo peor aún estaba por llegar.

Llegó a casa y mientras se dirigía a su habitación, se iba desvistiendo y dejando un reguero de ropa desperdigada por el suelo. Se quedó delante del espejo y se contempló. La imagen que le devolvía era la de una adolescente esbelta, con la piel blanquecina y unos pechos de buen tamaño. Llevaba el pubis totalmente depilado. Después de aquella tarde en casa de Alan quiso borrar de su cuerpo cualquier ápice que hubiera podido ser tocado por ese malnacido, así que decidió rasurárselo.

Su rostro permanecía triste. Sus facciones estaban marcadas por el dolor. Sus labios gruesos se sentían desentrenados; ya no sonreían. Esos ojos verde oliva que en su día enamoraron a Tommy, ahora eran dos pinceladas de tristeza. Amy le decía una y otra vez que era una mujer muy guapa, pero en estos momentos ella se veía fea y del montón. Posó una mano abierta sobre su vientre y sintió un escalofrío. Esa noche le explicaría a Tommy algo que

mantenía en secreto. Chloe empezó a sentir melancolía y de sus ojos brotaron unas tenues lágrimas. «Me lo merezco», se dijo.

Decidida, se giró y se fue al baño a darse una ducha. Había quedado con Amy a las nueve y no quería hacerla esperar. Intentó ponerse lo más bonita posible, pero por mucho que lo intentara, seguía viéndose como un cadáver viviente. Enfadada, decidió no perder más tiempo frente al espejo y se vistió con lo primero que encontró.

—Chloe, Amy ya está aquí —le avisó su madre.

—Ahora bajo, mamá.

—¿Tommy sabe que va? —le preguntó la señora Hamilton a Amy.

—No la espera, verás qué sorpresa. Karen, desde hace ya meses tienen una conversación pendiente. Creo que es hora de aclarar algunos malentendidos. Él la quiere mucho, él mismo me lo ha dicho. Hoy puede ser un gran día para arreglar las cosas. Tengo la esperanza de que en Navidad todo sea posible —le contestó sonriendo.

—Mi hija tiene mucha suerte de tener una amiga como tú. Después de todo lo que ha ocurrido, tú y Duncan sois las únicas personas que no le han dado la espalda, y os lo agradezco enormemente.

—Yo la quiero mucho y haría cualquier cosa por ella.

—¡Bien!, ya estoy lista, ¿nos vamos? —dijo mientras bajaba por las escaleras.

—Feliz Navidad, señora Hamilton. Adiós.

—Espera. Cógeme esto. —Le dio el regalo de Tommy y tomó una rosa del florero azul que había en la mesa del salón.

—¿Qué vas a hacer con esa rosa? —le demandó Amy confusa.

—Ya lo verás.

—¿Este es el regalo de Tommy? —Miró aquello largo que le había entregado.

—Sí, es su regalo.

—¿Un palo? —Puso los ojos en blanco.

—No es un palo, Amy, y tiene un significado muy especial para nosotros.

—Seguro que será el obsequio más raro que le han hecho en la vida. Ten. —Se lo entregó—. No me gusta ir dando palos de ciego sin conocer la historia completa.

—Pasadlo bien, chicas, y mucha suerte, hija —las despidió la señora Hamilton.

—Gracias, mamá.

—Venga, perdedora, canta un villancico.

—Anda ya... No estoy de humor para cancioncillas estúpidas.

—Parece que estás muerta. Arriba esos corazones. Susurra conmigo: *Jingle bells, jingle bells, jingle all the way! O what fun it is to ride. In a one-horse open sleigh...* Hazlo por mí, canta.

—No quiero cantar, pesada.

—¡Qué poco espíritu navideño tienes!

—¡Uf! Que frío hace. —Era obvio que quería cambiar de tema.

—Bueno, no me apetece hacerlo sola y no quiero que la gente piense que estoy loca. Aunque un poco sí que lo estoy, ¿eh? En invierno meriendo todos los días helados de vainilla con cacahuetes cubiertos de chocolate mezclados con dulce de azúcar y debería dejar de hacer tal cosa. La cuestión es que cojo unas anginas tremendas. Tengo que quitarme ese mal vicio —dijo asintiendo con la cabeza—, porque cada dos por tres estoy en la cama atiborrándome de antibióticos y con fiebre alta. Mi madre me dice que me paso las noches diciendo cosas inconexas y fuera de la realidad. —Miró a Chloe—. No te interesan mis anginas, ¿verdad?

—¿Qué?

—Déjalo. ¿A que no sabes qué me tiene preparado Duncan para Navidad?

—Ni idea, sorpréndeme.

—Un paseo al atardecer por la ciudad, cenaremos pizza en un restaurante italiano y luego recogeré mi regalo de Navidad en su casa. Es ideal, ¿no te parece? Es perfecto. Después tendremos una noche loca y acabaremos extasiados el uno encima del otro.

—Parece romántico. Me alegro de que estés con él, ya era hora.

—Pues sí. —Rio—. Bueno, ¿y tú? ¿Estarás sola?

—No, no estaré sola. Me han invitado a un montón de fiestas de Navidad, a un montón, de verdad. Lo que ocurre es que no me apetece ir a ninguna de ellas.

—Sí, seguro que sí —le habló incrédula.

—Bueno, quizá estoy un poco sola, pero ¿quién no lo está en esta época del año? Todos parecen llevar «Feliz Navidad» escrito en la cara. Pero bueno, yo estoy bien. Debería estar agradecida. Tengo la amiga perfecta.

—Eso es cierto.

—Y tengo una familia perfecta y los estudios me van de lujo. Aunque no

me dejan mucho tiempo para mi vida personal. Tengo a mis padres, a mi hermana y a mis queridos abuelos, a los que pronto visitaré. Y a alguien que en breve ocupará el resto de mis días —le explicó, deslizando la mano por el vientre.

Amy no escuchó lo que acababa de decirle su amiga porque se quedó embobada contemplando los escaparates que ponían en escena todo un poético, mágico y encantador mundo: un auténtico bosque donde se escondían los duendes que tenían que ayudar a Santa Claus y que probaban los juguetes y los regalos que los niños encontrarían en la chimenea junto a su calcetín la mañana de Navidad. Había animaciones musicales, coros y conciertos por todas las calles. Los árboles lucían decorados con bolas luminosas de oro, plata y cobre. Boston en aquella época era como un bosque de hadas y fantasías.

—Tus abuelos viven un poco lejos de donde se cuece todo, ya sabes.

—No puedo quejarme. Lo único que me falta es él. —Su voz era triste.

—¿Tommy?

—Claro, ¿quién si no?

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—¿Por qué has cogido esa rosa?

—Se la voy a regalar a Tommy.

—Anda que no se ha llevado grandes regañinas el pobre cuando te las regalaba.

—Ya, pero las cosas han cambiado. Ahora sé lo que significan.

Después de hacer tiempo, subieron al coche. El lago estaba algo apartado. Chloe, sonriente y esperanzada, estallaba en risas con las ocurrencias y bromas que Amy soltaba por la boca. Treinta minutos después, aparcaron el auto enfrente de la casa de Tommy. El ambiente que se respiraba en la zona del jardín era de júbilo y animación.

—¡Oh, Amy!, no quiero entrar. Estoy muerta de miedo.

—Eres una cobarde. O lo haces por las buenas o me obligarás a cogerte de la oreja y llevarte a rastras. Vamos, para adentro. —La agarró del brazo y la metió a empujones dentro de la casa.

—Hola, Chloe —la saludó el señor Collins.

—Hola. Feliz Navidad —le contestó ella.

—Feliz Navidad, hija. —Le dio dos besos en las mejillas y se alejó.

—Quiero irme, Amy, no me encuentro bien. Estoy mareada —le susurró

al oído.

—Tú aquí quieta como una estatua de museo. Mira, por ahí viene Tommy.

—¡Oh, no! Me voy, dale esto.

—¡Ni hablar! Se lo das tú misma y ni se te ocurra mover un solo pie. — La sujetó del brazo con fuerza.

—¡Ayyy! Me haces daño.

—Lo siento. —Y aflojó.

—Tienes buena cara, Tommy. Feliz cumpleaños y feliz Navidad. —Amy le dio un beso.

—Gracias. Hola, Chloe, ¿cómo estás?

—¡Oh, yo bien! Gracias. ¿Y tú, mi amor? Perdón, qué torpe soy. —Se tapó la boca.

—No importa, ¿me das un beso?

—Claro, y dos si quieres.

—Linda parejita —vociferó Amy con satisfacción—, os dejo soliiiitos. Adiós... *Jingle bells, jingle bells...* —Y se fue cantando.



Me quedé solo con Chloe. Yo la miraba, pero ella mantenía la cabeza gacha, así que hice un intento por decirle algo:

—Siento haber sido tan egoísta contigo. No podía soportar la idea de... Déjalo.

—No, háblame. Dime todo lo que tengas que decirme, aunque sea lo más horrible.

—Lo que tú buscaste esa tarde con Alan, te lo hubiera dado yo. Estaba mentalizado y preparado. Me iba a entregar a ti, ¿por qué no esperaste?

—Yo no busqué nada. No fui consciente de lo que pasaba hasta que entraste por la puerta. Te juro que fue la primera vez, nunca había hecho algo parecido. Te lo juro —me dijo casi llorando. Yo la miré. No me gustaba verla llorar.

—Te he echado de menos. Te echo de menos —le confesé mirándola a los ojos con ternura.

—Y yo, Tommy, mucho. —Suspiró—. Tengo que decirte algo.

—Espero que sean buenas noticias. —Reí.

En ese instante se apagaron las luces y Amy entró con una amplia

sonrisa por la puerta del salón. En sus manos llevaba una hermosa tarta de trufa y nata. Adriana se había pasado toda la mañana coordinando y organizando la fiesta. Quería que yo, ese día, echara en falta lo menos posible a mi madre. Ella sabía que mejorar las tartas de la señora Collins era misión imposible, pero puso todo su empeño y se lució, porque aquella tenía una presentación inmejorable y el olor... En ella, dieciocho velas. Era la edad que cumplía ese día.

—¡Atención! —exclamó Adriana.

Esa voz familiar me sacó de mis divagaciones. Yo estaba observando a Chloe con infinito cariño.

—El amor no se mira, se siente, y aún más cuando ella está junto a ti —murmuró Duncan en mi oído.

—Chisss —lo callé.

—¡Eh, chicos, venid! Tommy, toma aire, que tienes que apagar las velas —me indicó Adriana.

—Pide un deseo —me requirió Amy.

Miré de reojo a Chloe. Deseos ya no tenía, se habían esfumado. Pero pedí uno con todas mis fuerzas. Yo no había perdido la fe y quizá me fuera concedido.

—Venga, los regalitos. Toma el mío. Ábrelo —expresó Amy con impaciencia.

—Calma, ¿esto qué es? —Puse cara de no creer lo que estaba viendo.

—¡Ah! No me digas que no has visto ninguno en tu vida.

—Sí que los he visto, tontita. Qué regalos más bobos que haces. —Era una caja de profilácticos.

—¿En serio?... Tú tenlos cerquita, que con un poco de suerte podrás utilizarlos esta misma noche —habló mientras fijaba los ojos en su amiga.

—Qué situación más irónica —musitó Chloe.

—Estas cosas solo se te ocurren a ti —manifestó Duncan.

—Sabes que yo siempre sorprendo, mi amor —le dijo pestañeando y con gesto burlón—. Venga, te toca a ti, Chloe.

—Claro. Ten, Tommy.

Me entregó su regalo. Era un bastón con empuñadura de madera tallada de sauce diamante. En el puño se podía ver una pequeña frase cincelada: «Por siempre juntos».

—En una ocasión te dije que seguiría a tu lado hasta envejecer, ¿lo recuerdas? Siento haber roto nuestro sueño. Lo siento —me refirió afligida.

—Sí, lo recuerdo. Lo recuerdo como si fuera ayer. Pero de eso ya ha pasado mucho tiempo. ¿Y esa rosa? —La miré extrañado.

—Siento no habértelas aceptado cuando me las regalabas.

—Tenías muy claro por qué no hacerlo y lo respeté.

—Cógela, es para ti. ¿Sabes que hay un lenguaje secreto de las flores?

—Ah, ¿sí? —La observé atento y una dulce sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sí. En la época victoriana, la gente codificaba los mensajes con flores y arreglos florales. Expresaban y revelaban de esa manera sentimientos que permanecían ocultos. Las violetas azules significan fidelidad; las flores de los almendros, esperanza; y las rosas rojas, siempre amor.

—No lo sabía.

—No cambies nunca. Sé tal y como eres. Sigue con un corazón bello, llueva o haga sol.

Por mis mejillas rodaron las lágrimas, que pronto sequé con el revés de la mano. Era mi cumpleaños y era feliz. Tenía a Chloe junto a mí. Ese instante era para vivirlo intensamente y no iba a desperdiciarlo como un bobo.

—Acéptalo, por favor.

—¡Oh! Qué bonito detalle —balbuceó Amy—. Casi me haces llorar, tonta.

—Gracias por tu regalo. Es un bastón precioso, pero tengo mis dudas, no sé si podré utilizarlo alguna vez.

—¡No digas tonterías, Tommy! —me gritó Amy—. Pronto te pondrás bien.

—Bueno, ahora tengo que contaros algo. ¿Podemos salir al porche? —nos pidió Chloe.

—Esperadme fuera, ahora voy. —Me acerqué a mi padre—. Enseguida vuelvo, papá. Discúlpame con toda esta gente.

—¿Dónde vas?

—Chloe tiene algo que decirnos. Salimos un momento al porche.

—Está bien, no tardes, hijo.

—No, será un instante.

Cuando me reuní con mis amigos, el primero en hablar fue Duncan:

—Y bien, ¿qué nos tienes que contar?

Ella me miró y vi su cara añorada y un destello en sus ojos verdes, que me observaban con aire pensativo.

—¿Qué piensas? —pregunté.

—Que quizá sea la última vez que te vea sonriendo —me contestó.

—¡Qué tonta eres! ¿Qué ocurre? —inquirió su amiga.

—Tommy, Duncan, Amy, escuchad bien lo que os voy a decir.

Todos nos quedamos expectantes y prestando mucha atención.

—Estoy... estoy... —No encontraba las palabras.

—¿Estás qué? —le chilló Amy.

—Estoy embarazada.

—¡¿Embarazada?! —gritamos los tres a la vez.

—¡Chiss! No gritéis, por favor —susurró Chloe con vergüenza.

—Pero ¿cómo y por qué? —le preguntó Amy.

—Espera... Esto es una broma, ¿verdad? —la interrogué.

—Ojalá lo fuera. Pero estoy muy embarazada —dijo muy nerviosa.

—¡Dios Santo! ¿En serio? —espetó Duncan.

—¡Que sí! —gritó Chloe.

—Que no.

—¡Que sí, caramba!

—¡Esto no puede ser verdad! ¿Y de cuánto estás? —indagué.

—Estoy de ocho semanas. Lo siento. —Me miró apenada.

—Con razón has estado tan dispersa estos días —habló Amy.

—He intentado decírtelo al venir, pero estabas tan embobada contemplando los escaparates y tan emocionada hablándome de tus anginas que no quise romper la magia.

—¿Y por qué no me has pegado un guantazo? ¿Y de quién es? No me digas que es de ese estúpido engreído de Alan. Dime que no, por favor —le preguntó.

—Sí, es de él. —Bajó la cabeza.

—¡Por Dios! Esto es un desastre.

En ese momento, un coche rojo paró delante de la puerta de mi casa. Era Alan con uno de los tantos autos que poseía. Las bromas y las burlas se escabullían por los cristales bajados del vehículo. Amy lo miró con tirria y en sus ojos se podía adivinar que algo iba a suceder.

—¿Lo has invitado tú, Tommy? —curioseó Amy.

—¿Cómo voy a hacer tal cosa? Loco tendría que estar.

—Entonces, ¿qué demonios hace aquí?

—No lo sé. —Encogí los hombros.

—¿Dónde vas, Amy? —la interrogó Chloe.

—Tú espera aquí —le contestó.

Duncan y yo intentamos pararla, pero el salvaje odio que desprendían sus ojos podía más.

—Hola, Alan. —Apartó uno de sus muslos y le dejó ver por la raja de su falda. Él era incapaz de apartar la vista de la hendidura que modelaban sus braguitas.

—Guaaaau, Amy, bufff —sopló.

—¿Puedes salir un momento del coche? —le dijo con aire sensual y provocativo, mientras se relamía los labios con la lengua.

—Si es para darme un beso, ahora mismo bajo.

—Claro, mi amor. Baja, que te voy a dar candela de la buena —expresó, sacándole la lengua de forma excitante.

Ella se alejó y se quedó algo apartada del vehículo. Esperó a que Alan se le acercara. Mientras, en la puerta de casa, todos nos mirábamos confusos y extrañados. «¿Qué va a hacer?», nos preguntábamos. Pavor nos daba saber qué era lo que esta vez se le habría ocurrido a esa amiga que teníamos en común.

—¿Qué? ¿Me das ese beso?

No hizo falta que le contestara. En un tris deslizó su mano hacia la entrepierna de él y, apretando con fuerza sus genitales, le hizo saber la respuesta. Con una súbita pero simpática sonrisa, compañera inseparable de la alegría, Alan gritó de dolor.

—¿Qué haces?

—Y ahora ¿qué?

—¿Qué de qué?! No entiendo qué me quieres decir. Suéltame o...

—¡Oh! —Lo miró ceñuda.

Cuando Amy se lo proponía podía ser el hada más buena del cuento y la mujer más dulce y encantadora del planeta. Pero cuando se manifestaba la bruja mala, actuaba con frialdad, era atrevida y descarada, por lo que acercándose peligrosamente a su boca, respondió:

—¿O qué?

—Te vas a enterar —le contestó él.

—Lo dudo —respondió.

En ese momento, sacó su mano de las comprimidas partes. Amy se retiró, lo miró y, con inquina en sus ojos y como si su pie tuviera vida propia e interpretara lo que debía hacer, le metió un puntapié en todas las bolas. El daño que sintió Alan lo hizo caer al suelo. Retorciéndose de sufrimiento y protegiendo sus testículos, le dijo:

—Pero ¿qué haces, estúpida?

—Después de esto espero que los espermatozoides que corren por tus pelotas se mueran. ¡Imbécil! Que eres un imbécil —le cantó con desprecio.

Los amigos que lo acompañaban salieron del coche a toda prisa y fueron en su ayuda.

—Alan, ¿estás bien? —preguntó uno de ellos.

—¡Cómo voy a estar bien, idiota! Si me ha puesto el huevo izquierdo en la tráquea.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? A Chloe le has hecho un bombo. ¿Te vas a hacer cargo de eso tan gordo? —le habló Amy con saña.

—Que no se hubiera acostado conmigo —le contestó con padecimiento—. Me has hecho mucho daño, te vas a enterar...

—Ah, ¿sí?

Amy se acercó de nuevo a Alan y él gritó:

—¡No! Basta ya. Deja mis pelotas en paz.

—¿Te vas a hacer cargo de tu hijo?

—Ni hablar, antes muerto.

En ese instante, Duncan, Chloe y yo salimos corriendo a sujetar a Amy. Iba a pegarle de nuevo y esta vez iba a ser con su zapato negro de tacón fino, que ya tenía bien agarrado en la mano.

—Ya, Amy, tranquilízate —le pidió su amiga—. Puedes darle las gracias, porque ha sido benévola contigo. Lo mío hubiera sido peor. Eso te lo aseguro yo —le expresó Chloe—. Y te lo advierto, y tenlo muy presente, olvídate de mí y de tu hijo. Y no dudes por un momento que cuando tenga edad para comprender, le confesaré qué clase de padre tuvo.

—Vámonos dentro —dijo Duncan.

—Ahí te pudres, Alan —vociferé con repugnancia y escupí al suelo.

Ya dentro y mientras subíamos a la habitación a la carrera, mi padre, que nos vio, preguntó que dónde nos habíamos metido. Nos paramos en seco. Nos miramos y, sin haber preparado la respuesta, los cuatro contestamos a la vez:

—Hemos salido a tomar el aire.

—Hijo, toda esta gente ha venido por ti —me riñó.

—Lo sé, papá. Enseguida estoy con ellos.

—Bien. No tardes.

En el dormitorio nadie osaba abrir la boca. Un silencio sepulcral inundó la escena. Duncan encendió un cigarrillo y yo me quedé con la mente en blanco, como si una terrible fuerza me impidiera hablar o razonar. Hasta que Amy lanzó un grito.

—¿Tommy?!

—¿Qué?!

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo Amy.

—No tenéis que hacer nada. Y no estoy para bromas —respondió Chloe.

—Menudo puntapié le has dado —rio Duncan.

—Es un malnacido —repliqué—. Se lo merece. Más fuerte le tenías que haber dado, y yo te hubiera ayudado hasta que hubiera pedido clemencia.

—Casi lo dejas muerto en el suelo, Amy. Tommy, tú dijiste un par de veces que ojalá se muriera, y casi lo consigue mi preciosa novia.

—No, no dije eso.

—Claro que sí. Odiabas su pelo, su cazadora de cuero marrón...

—No voy a seguir hablando de esto. ¿Por qué no me ayudas a pensar?

—¿Cómo te pones!

—¡Basta ya! No tenéis que hacer nada. Lo tengo todo preparado. Mañana mismo me voy a Portland con mis abuelos. Me quedaré allí con ellos y empezaré una nueva vida —nos explicó Chloe. Ella me miraba, supongo que necesitaba oírme decir algo. Pero me quedé mudo con lo ocurrido.

—Pronto iremos a la universidad. Habíamos hecho planes... Quédate aquí con nosotros y te ayudaremos, ¿verdad, Tommy? —me preguntó Amy.

Yo no respondí. No sabía qué decir. Me quedé helado con toda aquella historia que parecía sacada de una telenovela.

—Solo venía a despedirme. Me quería despedir de ti, Tommy. Lo siento. Pensé que me ayudarías, que me perdonarías y que me entenderías. En fin, a partir de ahora empiezo una nueva vida. No la que deseaba. Adiós.

Ella salió corriendo. Me quería morir. No le dije nada y me quedé allí plantado como un pasmarote.

De repente, me sentí mal. Tenía miedo, todo estaba nublado, todo me daba vueltas. Las piernas me flaquearon y caí al suelo redondo.

—Dios, Tommy. ¿Estás bien? —vociferó Amy—. ¡Señor Collins, suba, por favor! —gritó ella.

Yo estaba inmerso en la más absoluta oscuridad y no deseaba salir de ella. Tenía la sensación de que me aguardaba una molestia física. Era algo más. Algo relacionado con mi corazón. Estaba furioso con Chloe y tenía un enfado muy grande. Aquella confesión casi me deja muerto. Intenté sumergirme más aún en aquellas tinieblas, pero unas manos me agarraron por el hombro y empezaron a agitarme. Con cada sacudida, una insoportable punzada de dolor me traspasaba el pecho.

—¡Tommy! ¡Tommy! ¡Despierta! ¡Tienes que despertar! —Era mi padre, pero a mí me pareció que era Abby, mi madre—. ¡Tommy, estamos aquí! —chillaba.

La ambulancia no tardó en llegar. Con la sirena y las luces encendidas, nos dirigimos a toda prisa al Centro Médico de Boston, en el barrio South End.

—¿Nombre? —preguntó un doctor de urgencias.

—Tom Collins —contestó una enfermera.

—¿Edad?

—Dieciocho.

—¿Alguna alteración?

—Su nivel de conciencia ha disminuido.

—Tommy, ¿me oyes? —me decía el médico.

—Todo listo, doctor —le habló el auxiliar.

—Prepara el desfibrilador, coge las palas. Carga a ciento cincuenta.

¡¿Está puesto?!

—Sí —respondió su ayudante.

—Atrás.

Esas semanas que estuve ingresado en el hospital fueron las más duras que me había tocado vivir en mucho tiempo. Cada día era una maratón que parecía no tener fin. Estaba cansado y me estaba quedando sin fuerzas. Ya me daba todo igual. No deseaba seguir viviendo sin el amor de Chloe. Si no tenía su amor, ya no valía la pena continuar existiendo. La noticia sobre su embarazo me causó rabia y odio. Me sentía como si acabaran de asestarme una puñalada mortal en el corazón. Nunca había sentido un dolor semejante. Las esperanzas que había albergado en aquella relación de ternura, cariño y adoración se desvanecieron. Todos mis sueños se disiparon. Todo se acabó.



CAPÍTULO 23

LA DESPEDIDA

—Querida nieta, el rumbo de la vida es un confuso viaje y un laberinto con mil caminos. A veces parece que el mundo se burla de nosotros, que Dios se esconde y que es el destino quien juega, caprichoso, con nuestras vidas. La decisión que tomó Chloe no solo iba a marcar su futuro (el cual ya sabía de antemano), sino que este ya no se podía modificar; ahora debía adecuarse al presente. Todo aquello que le había ocurrido le parecía una broma pesada de muy mal gusto, y esa broma se había convertido en su peor pesadilla. Sueños rotos, mucho sufrimiento. Ella lo estaba pasando realmente mal.

—¿Te imaginas, abuelo, lo mucho que tuvo que llorar...? —Suspiró—. Ese Alan era un energúmeno de mucho cuidado.

—Lo más duro fue decírselo a sus padres —balbuceó Tommy.

Su abuelo se quedó muy serio y miró las fotos que tenía sobre la repisa

de la chimenea. Su cabeza era como un molinillo de emociones mientras le contaba todo aquello a su nieta. Cambió de postura en el sillón y luego siguió leyendo el diario.



¿Se sentirían avergonzados y se lo estarían reprochando toda la vida? ¿Dejarían de ser la familia perfecta? Chloe no sabía cómo empezar a contarles todo aquello a sus padres. Se sentía fatal. Hasta ese mismo día lo había mantenido en secreto, o eso pensó.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido, hija?

—No mucho —le contestó con cara triste.

—¡Buenos días y feliz Navidad! —vociferó Brenda—. Mamá, ¿puedo abrir los regalos? —Batió sus pestañas varias veces con inocencia y puso cara de niña buena.

—Más tarde. Ahora toma el desayuno antes de que se te enfríe. —Ella se sentó al lado de su hermana y se la quedó observando con gesto de preocupación.

—¡Ummm! ¡Qué cara tienes! Parece que hayas visto un fantasma. —Chloe no respondió, ni la había escuchado, puesto que se hallaba profundamente sumergida en sus pensamientos.

La señora Hamilton se acercó al gran ventanal que tenía en la cocina y desvió la mirada al cielo. Sorbiendo de la taza de café caliente, les dijo:

—¿Habéis visto que día tan despejado y soleado? Lo normal en esta época es que estuviera cayendo una gran nevada. Estamos en diciembre y hoy es Navidad. De todas formas, adoro esta parte del condado, siempre me sorprende.

—He visto que has preparado equipaje, hermanita. ¿Dónde te vas? —le susurró Brenda mientras se untaba mermelada de frambuesa en su tostada.

Chloe estaba totalmente ausente. Ella tenía otras cosas en las que pensar.

—¡Virgen santa, Brenda! ¿Qué te he dicho sobre lo de cubrir tanto la tostada con mermelada? ¿No sería mejor que directamente la colocaras dentro del frasco?

—¡Oh, mamá! Es que esta mermelada de frambuesa que haces está buenísima.

En ese instante, Alan, con un lujoso automóvil deportivo de color negro,

pasó por delante de la casa de los Hamilton y aminoró la marcha. Casi se quedó estático en la calle levantando la vista hacia la habitación de Chloe.

—¡Uf!, vaya coche —exclamó la señora Hamilton—. ¿Qué modelo es, Chloe? —consultó sin quitarle el ojo a ese impresionante auto.

—¿Cuál, mamá? —dijo, levantándose a toda prisa, Brenda—. ¡Ah! Ese. Es un Jaguar XK120. Y ese que va dentro es Alan Connors —pronunció su nombre con una mezcla de auténtica solemnidad e incontrolada burla—, ese gallito de corral lleva de calle a todas las jovencitas del instituto. Ya te hablé de él.

Alan las saludó con la mano. Karen hizo un ademán con la cabeza y la pequeña Hamilton casi le mete ese dedo maleducado en el ojo a su madre.

—¿Por qué has hecho eso? —le riñó su madre.

—¡Ains, mamá! —Suspiró—. Te aseguro que se merece eso y más.

—Yo no te he enseñado esas cosas. Esta chiquilla... —Negó con la cabeza.

«¿Por dónde empiezo? ¿Cómo les digo que estoy embarazada? El padre de esta criatura —se llevó las manos a su vientre— es un chico totalmente desconocido para ellos. Y ¿cómo les insinúo que ni tan siquiera se quiere hacer cargo de él?», pensaba Chloe con una sensación creciente de horror mientras escuchaba el alegre parloteo de su madre preguntándole por aquella fiesta, a la cual había asistido hacía ya dos meses en la suntuosa mansión de los progenitores de Alan.

—Seguro que es un palacete viejo perteneciente a su familia por varias generaciones. Yo estoy a favor de preservar las tradiciones familiares, pero ¿es necesario vivir en ellas? Bueno, para gustos, los colores. —Chloe tenía los ojos como platos y la mirada dispersa—. Hija, cielo, ¿me estás escuchando? —le alzó la voz.

—¿Qué?! —Ella se sobresaltó, salió de su ensimismamiento y derramó sobre la mesa lo que le quedaba de leche en su taza.

—¿Te ocurre algo?

—Que patosa eres, hermanita. —Brenda le entregó la servilleta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó de nuevo su madre, intranquila.

—No pasa nada, mamá. Todo va bien.

Estaba visiblemente alterada, tanto que empezaba a marearse, ¿podrían ser los nervios? Lo que le ocurría era que su embarazo asomaba sus primeros síntomas. No sabía cómo empezar el diálogo y corría prisa hacerlo. En unas horas se metería dentro de su Ford Crestliner de color gris, viejo y

destartalado, y se marcharía a Portland con sus abuelos, dejando atrás a sus amigos, a su familia y a Tommy. Pensar en ello hizo que todo su cuerpo se estremeciera. Empezar un nuevo camino totalmente desconocido para ella y sin ninguna de esas personas que la habían protegido hasta entonces hizo que se le pusiera la carne de gallina y empezó a tener mucho miedo.

—¿Seguro? Yo sé una cosita —le susurró Brenda al oído.

—¡Qué vas a saber tú, renacuaja! —Le remolinó el flequillo.

—Ya que no te apetece hablar de la fiesta de Alan, por lo menos me explicarás qué tal te fue ayer con Tommy. ¿Hicisteis las paces, hija? —curioseó su madre.

Brenda, con cara de pilla, miró a su hermana y le hizo una mueca que no le pasó inadvertida a Chloe; estaba segura de que ella iba a poner la guinda al pastel.

—Ya sé, ya sé... ya sé que no te gusta que entre en tu habitación sin tu permiso... pero es que no me quedó otro remedio, me dejé el transistor sobre tu escritorio. Y claro, cuando entré y vi la llave metida en la cerradura del cajón donde guardas todos tus secretos... fue goloso y tentador —dijo Brenda poniendo su mejor cara de niña traviesa, pero simpática.

—No habrás leído mis cartas, ¿verdad?

—Pues sí. No pude remediarlo, lo intenté, pero no pude, lo siento. —Se encogió de hombros.

—¡Serás...! —La miró con inquina.

—A mí me gusta aprender, ¿sabes? Así que busqué qué era eso de la hormona gonadotropina coriónica humana. De modo que investigué lo que significaba y encontré la respuesta, ¡vaya que si la encontré! Ese regalito de Navidad que tienes preparado para mamá le va a encantar —le indicó de forma irónica.

—Te he dicho millones de veces que no me gusta que cotillees mis cosas.

—Queréis parar ya las dos —las riñó la señora Hamilton, que hasta entonces había permanecido callada sin entender de qué hablaban.

—¿Se lo digo yo a mamá o lo haces tú?

—¡Chafardera!

—¡Embarazada!

—¡Arpía!

—¿Quién está embarazada? ¿Alguna de vosotras me va a explicar lo que está pasando?

—Te cedo todos los honores —le expresó Brenda haciendo una reverencia.

—Mamá, estoy... estoy...

—¡Madre mía, hermanita! Tan lista e intelectual que eres y a veces parece que la sangre no te llega al cerebro. Soy cuatro años menor que tú y soy más espabilada. Madre —la miró—, tu hija mayor está embarazada —soltó.

—Chloe, ¿lo estás? —la interrogó sinceramente sorprendida.

—Sí, mamá —le dijo abochornada.

—¡Y mucho! Está casi de nueve semanas —añadió Brenda.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó ella con el ceño fruncido. Sus ojos verdes echaban chispas. Parecía un basilisco.

—No, no, no, la pregunta es: ¿por qué no tomaste precauciones? Y respondiendo a lo de cómo me he enterado de cuántas semanas estás, eso tiene fácil respuesta: en una carta se lo contabas a Tommy con todo lujo de detalles.

—¡Eres una bruja! —Estaba tan crispada con Brenda que le restregó por toda la cara la tostada que tenía en el plato. La mermelada de frambuesa resbalaba por su rostro. Rápidamente, la pequeña de los Hamilton se limpió con los dedos dando paso a unos ojos muy abiertos. Y con mucha calma le habló:

—No me voy a enfadar contigo porque ya tienes bastante con la carga que vas a llevar auestas durante toda tu vida.

—Eres, eres...

—¡Basta ya! ¿Por qué no me habías dicho algo así, hija? —Se dejó caer en una silla, a su lado, y soltó aire—. ¿Qué has hecho, Chloe? —Puso una mano sobre su hombro.

—Lo siento —contestó ella con la mirada perdida al frente.

—¿Por qué no me lo habías contado? —Hizo una pausa y le acarició el cabello—. Si me lo hubieras dicho antes, habiéramos buscado una solución. Eres muy joven para echar al traste toda una vida. Quizá hubieras podido...

Chloe la silenció al momento. Sabía perfectamente lo que le iba a decir.

—¡Ni se me ha pasado por la cabeza hacer tal cosa, mamá! Esta criatura no tiene la culpa de que su madre sea una idiota inconsciente.

—Y Tommy ¿qué opina? Se hará cargo, ¿verdad? Echando cuentas, deduzco que tiene que ser él el padre. Han pasado... ¿tres meses desde que lo dejasteis?

—No es de él —le dijo, agachando la mirada.

—¿Cómo? —Se llevó las manos a la cara horrorizada—. Si tú no has estado con nadie más.

—Lo engañé, mamá. Me acosté con Alan. Él es el padre.

—¿Ese que acaba de pasar con el coche negro?

—¡El mismo que viste y calza! —respondió Brenda.

—¡Dios santo! —Karen sacudió su cabeza—. ¿Esa fue la razón por la que acabasteis la relación? ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—Yo ya lo sabía y, además, era de esperar. Tonteabas mucho con ese idiota, y al final ya ves, con bombo y más sola que la una —apuntó su hermana.

—Eres cruel —espetó Chloe.

—Que va, yo te quiero, y mucho. Pero agua que no has de beber, déjala correr. Eres torpe e ingenua, y mira que te lo advertí. —Brenda se levantó de la silla y, enjugándole las lágrimas a su hermana, la besó y, sonriéndole, le habló:

—¿Qué nombre le pondremos? Si es niña, me encantaría que llevara el tuyo, me encanta tu nombre. Y si es niño...

—Mira cómo me estás poniendo de mantequilla y mermelada, marrana. —Se rio.

Karen estaba en estado de *shock*. No sabía qué decir ni cómo actuar. Justamente el embarazo de Chloe no era uno de los planes que más deseaba para su hija, ahora no. Ella tenía que estudiar. Ella valía para eso y sería alguien en la vida, algo por lo que sus padres siempre habían luchado. Todavía era demasiado pronto para ello, aún le quedaba una vida muy larga por recorrer antes de ser madre. Pero la señora Hamilton no quería dañarla y abandonarla. Quizá si le dijera todo lo que pensaba, corría el riesgo de perderla, y eso no lo iba a permitir. Quería a su hija más que a nada en el mundo. Así que la apoyó en todo.

—Hija, yo lo único que deseo es que seas feliz y si has tomado una decisión, la tendremos que respetar. Pero eres tan joven... Y los estudios, ¿qué pasará con ellos?

—Ya los acabaré algún día. Ahora quiero irme. No puedo levantarme todas las mañanas y ver como Tommy pasa de mí cada vez que nos cruzamos. Siento vergüenza y no quiero seguir aquí. Estoy muy arrepentida de lo que he hecho, y eso no me lo va a perdonar nunca. Le he roto el corazón y le he fallado, mamá. Lo he perdido —hipaba—. Aún no consigo entender cómo pude caer en esa trampa. Me dejé llevar por unas palabras encantadoras

ocultas en boca de un diablo y ese perverso de Alan supo hacerlo muy bien.

—Ya está, hija, no le des más vueltas a la historia. Te ayudaremos en todo, y recuerda algo, y eso es lo más importante: te queremos. —Karen le colocó el pelo tras las orejas—. Aún recuerdo cuando eras pequeña y te atusaba la melena, tú cantabas y reías, eras feliz. Siempre dispuesta a estar guapa para cruzar la calle y salir pitando con la varita mágica en las manos y los zapatos dorados encajados en los pies hasta llegar a casa de Tommy. Te torcías los pies entre paso y paso, el calzado se te había quedado pequeño, pero poco te importaba. Estabas muy graciosa. —Karen pestañeó, la miró y le sonrió—. Has crecido sin apenas darme cuenta y ahora tengo a toda una mujer ante mis ojos. Vas a ser madre y yo, abuela. ¡Dios! Han pasado los años como si hubieran sido horas. ¿Qué te he enseñado? ¿Qué será de ti? No te he prestado demasiada atención. El día que bajaste ilusionada por las escaleras con aquel vestido verde esmeralda... Tenía que haber colgado el teléfono y haberte dedicado unos minutos. Me arrepiento de no haberte dejado aquellos pendientes que tanta ilusión te hacían.

—Mamá, no te atormentes —le expresó Chloe esbozando una cándida sonrisa.

—El tiempo ha pasado velozmente. He perdido media vida en mi trabajo y reuniones. Y yo me he quedado sin decirte todas aquellas dulces y lindas palabras que las madres siempre dedican a sus hijos.

—No te sientas culpable. Tú has sido la mejor madre del mundo, y te quiero.

—Ahora te bajas del tren familiar y sigues tu camino dejando vacío el asiento que hasta entonces has ocupado. El destino te tenía preparado otros planes. Me siento fatal.

Su hija Brenda interrumpió la conversación.

—¿Qué? ¿Un abrazo familiar? —propuso.

—Gracias, mamá. Pensé que te ibas a enfadar conmigo. Aunque tú —miró a su hermana— ya lo sabías todo. Eres una granujilla. Mamá, he hablado con los abuelos y ellos están al corriente —comentó.

—Me llamaron anoche preguntando por ti y les dije que estabas en el aniversario de Tommy. No me dijeron nada al respecto —contestó su madre.

—Les pedí que no lo hicieran, que eso debía hacerlo yo.

—Desde luego que han guardado muy bien el secreto, ¡vaya dos! Ahora entiendo por qué habías preparado las maletas. Yo pensé que ibas a ir a esquiar unos días con Duncan y Amy, por eso no me extrañé cuando las vi ayer

sobre tu cama —le dijo con expresión triste—. Sabes que te vamos a echar mucho de menos. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, mamá, y yo a vosotros. Te quiero pedir un último favor. Habla con papá, yo no tengo suficiente valor.

—¿Cuándo te vas?

—Hoy mismo.

—Quédate y pasa las Navidades con nosotros, hija. No quiero que estés sola en estos momentos.

—¡Oh, no! No estaré sola, estaré con los abuelos.

—Pero tú sabes que aquí se te pasarían algo las penas. Tu hermana Brenda es una payasa y siempre te hace reír.

—Y enfadar muchas otras. —Clavó sus ojos en ella.

—Por favor, quédate —le rogó con carita de ángel.

—Lo tengo decidido. No os enfadéis conmigo, por favor.

—Bueno, hablaré con tu padre y solo espero que lo entienda. Ya sabes que él está algo chapado a la antigua. Ahora voy a llamarlo, querrá despedirse de ti.

—Os quiero mucho —balbuceó.

—Y nosotros a ti, hija.

Ya entrada la tarde, Chloe echó una última mirada a su habitación elegantemente amueblada. Iba a añorar la mullida alfombra gris, el sofá cama de piel, el mueble de la estantería de caoba, la tele e incluso la horrible pintura moderna del vestíbulo. Cogió su bolso de mano, suspiró y cerró la puerta de su habitación tras ella. La familia Hamilton permanecía de pie en el salón esperando la despedida.

—Bueno, llegó la hora —expresó la joven con el rostro triste.

—Ya tienes las maletas dentro del maletero —le comunicó su padre con pena.

—Gracias, papá.

—Cielo, nosotros iremos este fin de semana y te llevaremos algunas cosas. —Chloe se iba de su hogar, pero su madre no pensaba estar demasiado tiempo alejada de ella—. Y si necesitas algo, solo tienes que llamarnos. Vete ya. No quiero que conduzcas por la carretera de noche.

Su padre se le acercó.

—Cariño, sabes que te queremos mucho, ¿verdad? Pero...

—¡Uy, papá! No quiero momentos cursis.

—Cierto, no seré cursi. Ven acá —le dijo mientras la abrazaba.

—Te quiero, papá. Mamá —la miró intentando no llorar, pero las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos—, te echaré muchísimo de menos. —Chloe tomó aire—. Brenda, ahora estarás más contenta que un niño con zapatos nuevos, ¿eh? Estoy segura de que irás corriendo a instalarte en mi habitación, disfrútala. A cambio, solo te pido una cosa: cuida de ellos, ¿lo sabrás hacer?

—Claro —le contestó, gimoteando.

—Cuando tengas algún problema o te sientas sola, llámame.

—Lo haré, no te preocupes por mí. Tú cuídate.

—No estás sola, Chloe. Somos una piña y permaneceremos siempre juntos pase lo que pase, ¿te ha quedado claro? —le manifestó su madre mientras volvía a abrazarla.

—Adiós. Os veo este fin de semana. —La acompañaron hasta el coche.

—Qué tengas buen viaje. Cuando llegues, llámame —le pidió su madre.

Antes de subir al vehículo se quedó mirando la casa de Tommy. Las persianas estaban echadas desde hacía tiempo. El coche del señor Collins ya no se hallaba donde siempre, mal aparcado y en la entrada recogiendo quizá algunas de las últimas pertenencias que les quedaban. Chloe no supo ni se enteró de que Tommy esa noche había salido urgentemente hacia el hospital. Sus amigos Amy y Duncan intentaron localizarla por teléfono, pero fue imposible. En la casa de los Hamilton no había nadie, sus padres y su hermana estaban en la fiesta que la empresa de Daniel organizaba todas las Navidades, y ella se había ido al lago, donde paseó y recorrió cada uno de los rincones preferidos de ambos. Esos que habitualmente, cogidos de la mano, acostumbraban a visitar. Desesperada, se tumbó sobre la espesa y fría hierba. Se quedó con la mirada fija en las estrellas y recordó lo que una vez le dijo a Tommy: «Brillan por todos los días que nos quedan por vivir juntos». En ese momento cerró los ojos y lloró como nunca lo había hecho. Se entristeció, le hubiera gustado verlo, aunque fuera tras la persiana de su habitación como hacía de costumbre, y enviarle un beso volador.

Cuando arrancó el coche, lloró de forma descontrolada. Estaba muy arrepentida de todo el daño que le había causado. Se enjugó las lágrimas y sin dejar de mirar por el retrovisor, vio cómo su padre abrazaba a su madre acurrucándola entre sus brazos. Hasta que su familia no entró en casa de nuevo, no dejó de mirarlos.

Chloe tenía que admitir que estaba huyendo. Se sentía vacía por dentro y algo le faltaba, una cosa que no podía recuperar, y era el amor de Tommy. Se

pasó una mano por el pelo, intentando ahuyentar la irritación que sentía cada vez que pensaba que por culpa de Alan todo se había ido a la mierda. Hizo el viaje sin paradas, excepto para llenar el depósito de gasolina y cenar un poco en un pequeño café de carretera. Cuando el sol comenzó a ponerse, pensó que lo correcto sería parar y pasar la noche en un motel, pero no quería detenerse hasta llegar a Portland.

Era casi medianoche cuando encontró el estrecho sendero que conducía a la casa de sus abuelos. Ahora que estaba cerca, sintió una punzada de excitación. «¿Es lo correcto marcharme de Vermont y empezar una nueva vida en Portland?», se preguntó. Se detuvo frente a la residencia. Salió del coche y allí de pie, con los ojos llorosos y deshecha de dolor, se quedó mirando a su alrededor; la noche era silenciosa y tranquila, pero un ruido le gratificó los oídos: el ulular de un búho la hizo respirar con profundidad. Abrió el maletero y cogió parte de sus pertenencias. Subió por las escaleras del porche y entró en la vivienda.

—¿Abuela? ¿No hay nadie en casa? —preguntó alzando la voz.

Nadie contestó, así que subió al dormitorio, dejó sus cosas y bajó a la cocina. Se sirvió un zumo de naranja y se dirigió al salón. La chimenea estaba cargada de leña y Chloe no dudó en aplicar una cerilla para ver cómo las pequeñas llamas encendían el papel de periódico arrugado y comenzaban a lamer la corteza de los troncos. Pasada una hora, los abuelos estaban de vuelta. No habían querido alargar la noche con los Benet, ya que estaban deseosos de encontrarse con su nieta.

—Mira, Percy, ya ha llegado nuestra niña —dijo la abuela con alegría.

A Chloe le pareció escuchar el motor de un coche, pero no se despertó hasta que oyó el gran ruido de las puertas de este al cerrarse y se asustó. Por unos momentos le costó recordar dónde se encontraba. Se había quedado dormida con el calor del fuego y el crepitar de la leña. Siempre la había relajado. La visión de las llamas le daba tranquilidad y un espacio para la reflexión. Esa pila de leña que había encendido nada más llegar le transmitió seguridad y cuando ella sentía esa acogedora sensación, sabía que podía afrontar cualquier cosa por muy difícil que fuera. Se hallaba en sintonía con todas las cosas bellas que le proporcionaba la vida, aunque el destino estaba siendo perverso y cruel con ella.

Sus abuelos abrieron la puerta principal y colgaron los abrigos.

—¿Dónde está la jovencita más bonita del mundo? —inquirió alegremente la señora Anderson.

—Aquí, en el salón —contestó y sonrió al levantarse.

—Oh, mira, Percy, que guapa está nuestra Chloe. —La abrazó dulcemente.

—¿Qué tal fue el viaje? —le preguntó Percy.

—Bien, tranquilo. Tenía ganas de llegar y veros.

—¿Has cenado? —la interrogó la abuela.

—No, no tengo mucho apetito. —Y agachó la cabeza.

—Pues deberías cenar. Antes de irme he dejado algo preparado. Venga, vamos a la cocina, que tienes que alimentarte.

Estuvieron comiendo pollo, patatas fritas y maíz dulce. A mitad de la cena y después de una charla entretenida, el abuelo le preguntó:

—¿Has comido bien?

—Si comiera un bocado más, explotaría. Todo estaba delicioso. No había tomado una cena como esta en años.

—La que no tenía hambre, Percy —miró con ternura a su esposo—, y casi deja el plato más resplandeciente que la perrita.

Kyra era un bichón maltés, la mascota de los Anderson. El cachorro observaba a Chloe moviendo el rabito y a ella se le escapó una media sonrisa y, por debajo de la mesa, le dio un trozo de pollo que le había quedado en el plato.

—¿Le has dado algo? —preguntó Grace.

—No. ¡Válgame Dios! —Se hizo la despistada.

—Oye, tengo curiosidad... —refirió cruzándose de brazos.

Chloe se puso nerviosa y el vaso de agua se le derramó.

—Lo siento —dijo mientras recogía el líquido vertido en la mesa con una servilleta—. ¿Qué quieres preguntarme?

—Aparte de estar muy embarazada, ¿qué más te ocurre? Mientras cenabas me ha parecido que estabas como de peregrinación en la luna. —Fijó su mirada en los ojos tristes de su nieta.

—¿Qué cosas dices, abuela! Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En los cuentos de hadas y en la fantasía. Un mundo mágico y maravilloso donde todo es perfecto. Es una pena que acabemos perdiéndola cuando dejamos de ser niños.

—Quizá algunas fantasías son más verdad de lo que se cree la gente —dijo Grace con suavidad.

—Ojalá fuera así —contestó ella reprimiendo un bostezo—. Lo siento.

—Es tarde. ¿Quieres ir a la cama?

—Sí, estoy cansada. Gracias por la cena. —Se levantó y los besó en la mejilla—. Os quiero. Hasta mañana.

Dos meses después...

El sol estaba saliendo por el horizonte cuando Chloe se despertó. Se restregó los ojos con ambas manos y se levantó. Se puso un vestido holgado y se recogió el cabello. La casa estaba en silencio cuando salió de la habitación. Si los abuelos dormían, podría hacerles el desayuno y esperar en el porche a que se levantaran. Pero antes se puso a escribir en su diario. Cada mañana, sin perdonar un solo día, redactaba en él sus más profundos e intensos sentimientos. Después, como ya era habitual en ella, escribía una carta a Tommy. «¿Alguna vez responderá alguna de mis misivas?», se preguntaba. Cuando el abuelo Percy bajaba al pueblo a comprar alimentos básicos, se acercaba al pequeño local de correos. Quizá Chloe ese día hubiera recibido correspondencia de él; nunca perdió las esperanzas.

Cogió la estilográfica, apoyó los codos en la mesa y, atrayéndola hacia la boca, se quedó por unos instantes embobada observando la belleza de la naturaleza. Las montañas y praderas que se distinguían tras la ventana eran un regalo para la vista y le concedían una tregua a su desgarrado corazón. En ese momento sintió paz, mucha paz. Cerró los ojos, suspiró y empezó con la escritura.

A mi amado:

Te escribo esta sencilla y humilde carta para expresarte todo lo que siento. Recuerdo tus abrazos, tus sonrisas, tu olor y esos momentos especiales que vivimos, momentos de mi vida que serán imborrables y eternos.

Me paso las veinticuatro horas del día pensando en ti y no puedo dejar de hacerlo. Me pregunto dónde dejé esa felicidad que tenía.

Evidentemente algo crece en mí y no puedo disimularlo. Tengo molestias, no tengo ganas de nada, me encuentro horrible con todo

lo que me pongo... Soy incapaz de disfrutar de mi embarazo y me paso el día entero llorando, sintiéndome culpable. Supongo que todo esto que pienso es normal.

Amy no es tonta. Me conoce lo suficiente como para darse cuenta de todo lo que siento. Me duele mentirle cuando me pregunta que cómo estoy y yo le digo que muy bien. Ser fuerte no significa volverse insensible y frío. La vida sigue, el planeta continúa dando vueltas, pero yo sigo atada a algo que me sujeta las piernas y no me deja caminar. ¿Sabes? Creo que la única forma que me queda para salir de esto es sin mentir. Y te mentiría si te dijera que no te amo, porque eso no es cierto. Te amo, Tommy.

Siempre tuya, Chloe.

A mi querido amor:

No voy a decirte que no te extraño porque me muero de ganas de estar contigo. Tampoco voy a decirte que no te necesito porque me haces mucha falta y, tal vez, ahora más que nunca. A veces me miro en el espejo y me gustaría ver el cuerpo de una chica adolescente normal. Una cara que no estuviera hinchada y unos ojos que no marcaran unas ojeras por falta de sueño. Echo de menos estar en clase, echo de menos levantarme a las siete de la mañana, preparar mi desayuno, meterlo en mi bolsa y salir en tu busca. Di un paso hacia lo desconocido y aquel fue el día en el que mi vida cambió para siempre. Me acostumbré a las miradas y a los cuchicheos. La mayoría de los días sería mucho más fácil darse por vencida, pero la verdad es que hay otro ser humano dentro de mí y yo soy su madre. A veces hablo a la criatura que llevo dentro de mis entrañas y creo que le gusta que lo haga. No voy a decirte que no quiero llamarte porque es mentira. Me pongo nerviosa cada vez que tengo el teléfono en la mano y mis dedos van directos a marcar tu número. Pero no tengo el valor suficiente. Todas mis esperanzas siguen intactas y todos mis sueños siguen adelante, quiero que lo sepas. No caigas en el silencio, ya que tus palabras me hacen falta, y mucho.

Siempre tuya, Chloe.

Nueve años después...

Querido Tommy:

Han pasado muchos años y yo sigo escribiéndote. ¿Por qué no me respondes? Quizá ya no me amas o te has olvidado de mí. Es obvio que no me has perdonado, pero yo te seguiré queriendo a pesar de todo y jamás en mi vida dejaré de hacerlo.

De cualquier manera, si el destino no nos ha dejado estar juntos, solo le pido a Dios que te bendiga, que te cuide y que haga que tu vida sea la más maravillosa. Deseo que encuentres una cura para tu corazón, para que puedas compartirlo con alguien que valga la pena y que no te haga sufrir como yo lo hice. Creo que eso no te será difícil porque eres la persona más humana que he conocido, y cuando digo humana, me refiero a todo lo que significa esa palabra. Me hubiese gustado mucho ser parte de ti y de toda tu vida.

Mi hija Susan crece muy rápido. Es una niña extrovertida, vital, alegre y muy hermosa, te gustaría. Todos los días le hablo de ti. Ella tiene muchas ganas de conocerte. Te extraño, mi amor.

Siempre tuya, Chloe.

Querido y esperado amor:

He madurado mucho en este tiempo y ya no soy la misma chica que aquel día te engañó. Me duele la distancia geográfica que existe entre ambos, me duele tu ausencia y me duelen las huellas de tus besos quemándome día a día la piel. Siento desesperación cuando creo verte en otras personas que se parecen tanto a ti. Mañana será otro día y solo le pido a Dios que me dé fuerzas para conservar mi amor intacto, limpio, grande y puro. Recuerdos de Susan.

Tuya, Chloe.



—Puedo palpar con mis propias manos lo mucho que te amaba, abuelo. ¿Por qué no le escribiste? —Chloe clavó sus ojos esmeraldas en él.

—Me pareció cruel dejar que se hiciera ilusiones. —Tommy sacudió la cabeza y se frotó el rostro con una mano—. Estaba enfermo y no sabía cuánto tiempo me quedaba.

»Cada carta que recibía era un regalo que atesoraba con entusiasmo y frenesí en mi carpeta. Las leía todas las noches a la tenue luz de la luna. Me sentaba en la hamaca del porche y miraba las estrellas, quizá ella también lo estuviera haciendo en ese mismo momento. El cielo entonces se iluminaba de miles de millones de ellas. En la garganta se me formaba un nudo, tragaba, suspiraba y no quería llorar más. Me pasaba los días haciéndolo y ya estaba cansado de tanto sufrimiento. Me había aprendido de memoria todas aquellas cartas, cada palabra, cada frase que ella me describía eran ilusiones y sueños rotos.

»Una noche recordé un cuento precioso que mi madre me contaba. Daba igual que estuviera en el hospital o en casa, porque ella siempre me lo relataba. Siempre me decía que si deseaba algo fuertemente con el corazón, nada ni nadie se podía interponer. Creí verla de nuevo como aquella noche que, huyendo para encontrar sosiego, ella me habló sentada en el auto. Mi cuerpo cedió, dejándome llevar por la brisa que me rozaba las mejillas y con los ojos cerrados me pareció escucharla.

—*Tommy, mi niño. Es hora de ir a dormir.*

—*Sí, mami, pero ¿me contarás el cuento del gusano y la flor?*

—*Sí, mi amor, como todas las noches.*

—*Es que este cuento me encanta.*

—*Dame un beso antes, que luego te duermes y no me lo das.*

—*Te quiero. —Le di un beso dulce en la mejilla.*

—*Este cuento quiero que lo recuerdes siempre, ¿me lo prometes?*

—*Siempre lo recordaré y lo llevaré aquí, en mi corazón.*

Abby empezó a leer con voz dulce y tierna:

—*Había una vez un gusano que se enamoró de una flor. El bicho solo soñaba con llegar hasta ella y darle un beso. Cada día el gusano la miraba, y cada noche soñaba que llegaba a ella y la besaba. Un día, decidió que no*

podía seguir soñando con la flor y no hacer nada al respecto por cumplir su sueño. Así que una mañana empezó a trepar por el tallo. Pero cuando el sol se ocultaba, acababa exhausto y se pasaba la noche agarrado al tallo. Él se decía: «Seguiré subiendo al día siguiente». Sin embargo, mientras dormía, su cuerpo se resbalaba y amanecía donde había empezado. Y así un día tras otro. Nunca se rindió. No quería renunciar a ello porque si lo hacía dejaría de ser quien era. Una noche, el gusano soñó tan intensamente con esa bella flor que los sueños se transformaron en alas y por la mañana despertó siendo una mariposa. Y voló y voló, mi pequeño Tommy, y llegó hasta la flor, y por fin, la besó.

»En ese momento me desperté y me levanté pesaroso, ya era muy tarde. Subí a la habitación y miré que por la ventana entraba el fulgor de la luna. Durante muchos años, nueve en concreto, me había dedicado a reflexionar y había sentido de todo: pena, alegría, gozo, tristeza, fe, desazón y desesperanza. Temblaba como si tuviera fiebre y a mis ojos acudían las lágrimas. Nueve años era mucho tiempo para pensar en una sola cosa y dedicarla a creer en los más profundos remordimientos.



—¡Santo Dios, Tommy! Si todo eso que me estás contando es cierto, ¿cómo haces para no volverte loco? —me preguntó Amy mientras pedía otro café.

—No tengo ni idea. Chloe ha sido mi primer y único amor. Me quedé sorprendido con lo que hizo. No me lo esperaba de ella. Lo peor de todo es cómo huyó de mi lado sin poder aclarar nada, y eso es como tirar un libro a la basura sin ver el final.

—No mientas, amigo. Ella intentó arreglar las cosas aquel día en el lago mientras os columpiabais, me lo dijo. Fuiste tú quien la apartaste.

—Cierto, no quería dañarla. No sé por qué mantengo en mi cabeza que fue ella la que me dejó.

—Eso de echarle la culpa a los demás es una estrategia bastante común, ¿no te parece? Es una manera de dejar de sentirse culpable uno mismo. Pero tengo entendido que te llamó cuando estuviste en el hospital, ¿eso es cierto?

—Sí, pero cuando llamó, la atendió el doctor Lewis, que estaba reconociéndome en ese momento. Él, amablemente, le sugirió que llamara pasados unos días.

Los recuerdos seguían allí y era una cicatriz que siempre permanecería conmigo. Tenía que acostumbrarme a perder a las personas que más quería. Perdí a mi madre y ahora, de diferente forma, había perdido a Chloe.

—Desde entonces, ella no ha vuelto a llamar.

—Qué cabezones sois los dos. Y tú, ¿por qué no la llamas?

—No lo sé —le dije, bajando la cabeza.

—Me vais a volver loca. Llevo muchos años intentando que vosotros dos arregléis todo esto y creo que ya es hora de zanjarse el tema y ponerle un punto final a tanto sufrimiento. Me estoy empezando a cansar de ir tras vosotros, ¡ni que fuera vuestra madre! Ve a visitarla, llámala, corre hacia ella... Mírame a mí. Justo cuando la vida me sonreía y empezaba a ser feliz, Duncan fallece. Sé feliz y dichoso, y escucha muy bien lo que te voy a decir: estoy viviendo cada segundo, cada minuto y cada hora de mi vida con arrepentimiento. Tenía ante mis ojos al amor de mi vida y estaba tan ciega que no lo supe ver, y cuando lo hice, ya fue demasiado tarde. Y te puedo asegurar que vivir así es un infierno. ¡Malditas carreras! Le tenía dicho que no me gustaban y que algún día le ocurriría algo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordarlo.

Aquella noche fue a buscar a Duncan. Habían quedado para ir al cine. Cuando llegó a su casa, la madre de él le dijo que había salido temprano y que no sabía dónde estaba. En ese momento Amy tuvo un mal presentimiento y se dirigió a toda prisa a la parte trasera de la vivienda donde comprobó que el coche, el que utilizaba para sus carreras prohibidas y clandestinas, no estaba.

En muchas ocasiones le hizo saber que no le gustaban y pensó que lo había dejado. Le mintió. Cogió su vehículo dándole fuerte al gas. Una sensación le produjo un *dejà vu* que la hizo estremecerse, y recordó esas ovaciones, los aplausos, la música, y escuchó cómo los motores roncaban a medida que se iba acercando al lugar. Era un descampado de tierra, peligroso e ilegal, donde los jóvenes demostraban su valía y se jugaban sus vidas solo con la única intención de quedar ante los ojos de los amigos como unos héroes. Era un presagio, una intuición. Sabía que algo malo iba a ocurrir. Cuando bajó de su auto, buscó con desesperación a Duncan. Los coches estaban preparados. Iban hacia delante, avanzaban, paraban y los neumáticos rechinaban. Solo era una estúpida carrera con un Plymouth Fury de 1953. Cuando lo localizó, se acercó a él. Duncan en ese instante se arrodilló y se metió bajo el automóvil. No la vio llegar. Miraba el tubo de escape tan nuevo que todavía estaba plateado.

—¿Qué estás mirando, Duncan?

—Estoy revisando el coche. —Trató de mostrar despreocupación y se quedó mirando los pies de aquella chica. Esas botas altas de color blanco hasta por encima de las rodillas las conocía muy bien.

—Amy, ¿qué haces aquí?

—¿Creías que no me iba a enterar? ¿Por qué me has mentado?

—He mirado debajo y ese cabezal del tubo de escape está hecho trizas.

—Duncan, no me ignores. Te dije que no me gustaba que hicieras esto. Es ilegal y peligroso. Espero que por lo menos conduzcas con las ventanillas abiertas.

—¡No me digas cómo tengo que conducir! Entiendo de coches —le gritó.

—No me grites, lo hago por ti. No quiero que te pase nada.

Fue entonces cuando Amy empezó a sentirse irritada con él, pero no quería tener una discusión con Duncan, y mucho menos antes de una carrera.

—¡Escucha! —Dio un paso hacia él—. Sal de ahí. —Duncan obedeció—. Me importa una mierda este coche y tus estúpidas carreras con todos estos... descerebrados. Lo único que quiero es que no te metas en ningún lío. De verdad. —Él la miró con aire dubitativo.

—¿Por qué estamos discutiendo? —La carrera estaba a punto de arrancar. Había empezado a caer una llovizna y comenzaba a refrescar—. Amy, puedo cuidarme solito —le dijo.

—De acuerdo. Espero que sea así.

—Puedo hacerlo. No te preocupes.

Duncan sacó un arrugado paquete de tabaco de su bolsillo interior y se colocó uno de los retorcidos cigarrillos en la boca. Encendió una cerilla en el tacón de uno de sus zapatos negros y tras prender el cigarro, se subió al coche. Los automóviles estaban preparados en la línea de salida. La bandera verde pronto daría el inicio. Los motores sonaban *ung-ung-guz-ung*. Él hizo caso omiso en el tramo donde uno de los chicos anunció la detención inmediata de los coches con la bandera roja. Llovía, estaba oscuro y la carretera estaba resbaladiza. Era peligroso.

—Y a partir de ahí ya sabes el resto. Yo quise evitar que lo hiciera, pero no me escuchó, y ahora vivo con remordimientos por no haberlo obligado a sacarse esa estúpida idea de la cabeza. Estoy segura de que si hubiera insistido un poco más, él no habría muerto esa noche.

Agarré dulcemente la mano de mi amiga y mirándola a los ojos, le dije:

—Amy, no te eches la culpa porque si no, yo también debería echármela. Duncan era mi mejor amigo y en muchas ocasiones intenté hablar con él de ello. Me prometió que no seguiría y yo le creí. Debería haber estado más atento.

—Mira, Tommy, yo hablo con Chloe a diario y sé de sus sentimientos. Desde que tu madre y Duncan fallecieron, no has levantado cabeza y te estás enterrando en vida. Y de todo eso ya ha pasado mucho tiempo. Yo te estaré eternamente agradecida por todo lo que hiciste por mí, me apoyaste en un momento muy delicado de mi vida. Ahora soy yo quien te ofrece ayuda. Te lo debo. Déjame ayudarte.

—No me debes nada. Lo hice encantado. Amy, eres mi mejor amiga.

—Ya —me habló con tristeza—. Pero te has vuelto una persona aislada, distante y rutinaria. Haces una y otra vez lo mismo cada día. ¿No te aburres? ¡Vive! Cada día que te despiertas es uno nuevo que la vida te regala. El tiempo, Tommy, aférrate a él y haz todo aquello que desees con todas tus fuerzas. No dejes que el destino haga de ti lo que quiera. No dejes que te venza. Prométeme que pensarás en lo que te he dicho. Es importante para mí veros felices.

Finalmente asentí y Amy, sonriendo, añadió:

—Han pasado nueve años y eso es mucho tiempo. A mi parecer, excesivo. No sigas luchando contra los fantasmas del pasado. Deberíais daros una oportunidad. ¡Sed felices, os lo merecéis!

Ella me miró fijamente, a la vez que con tranquilidad sostenía una taza de café y le daba un sorbo. Yo solo la escuchaba con atención y los ojos me brillaban. Lo que mi amiga me decía me daba tanto miedo que sentí como un río de lágrimas amenazaba con salir. Hice grandes esfuerzos por no llorar y Amy, que se daba cuenta de ello, me manifestó:

—Tommy, ella te quiere, y mucho.

—Cambiando de tema... tengo buenas noticias.

—¿Qué es? ¿El doctor Lewis te ha dicho algo?

—Sí, ¿preparada?

—Mira que te gusta hacerte de rogar.

Sonreí.

—Me ha dicho que hay una posible cura para mi corazón.

—¿Eso es cierto?

—Sí, verás, me ha contado que hay un médico cirujano llamado Jorge Kaplán y que es pionero en trasplantes de corazón en el Hospital Naval

Almirante Nef de Valparaíso.

—¡Dios mío! Si eso es cierto...

—El doctor Lewis se ha puesto en contacto con él y le ha dicho que si algún día alguien dona un corazón, estaría encantado de realizarme dicha operación. Pero...

—¿Qué?

—El donante de corazón debe ser compatible con mi tejido para esperar la probabilidad de que mi cuerpo no lo rechace. Cuando llegue el momento, el equipo del doctor Kaplán evaluará y verificará si soy un buen candidato para el trasplante.

—¡Qué contenta estoy por ti! —expresó entusiasmada.

—Ahora solo hay que esperar. Lo que peor llevo desde que me lo ha dicho es que si algún día recibo ese órgano, será porque alguien ha fallecido, y eso me entristece mucho.

—Alégrate, ¡que son buenas noticias! Pronto estarás bien. La medicina ha avanzado mucho. No doy crédito. Tendrías que estar contento.

—Lo estoy, Amy, lo estoy. —Le sonreí.

—¿Se lo contarás a Chloe? Ve a verla, díselo.

—Ay, no sé...

—Si no lo haces tú, lo haré yo. Ella se alegrará por ti.

—Por ahora no le cuentes nada, por favor.

—Sabes que no se me da bien guardar secretos. Ya me conoces. —

Ambos nos carcajamos.

Me rendí. La cabezota de Amy no tenía remedio. Después de hablar con ella un rato más y de hacerme prometer que buscaría un día para hablar con Chloe, nos despedimos.

—Me lo has prometido —me recordó ella.

—Te doy mi palabra de que lo haré. —Asentí con la cabeza.



CAPÍTULO 24

NUEVE AÑOS DE SOLEDAD

Una mañana, y ya iban no sé cuántas, me despertó el sonido de la lluvia. Me froté los ojos con cansancio y me levanté. Me puse la bata, fui en busca de mis cómodas zapatillas de andar por casa y todavía medio dormido, bajé a la cocina. Al entrar en la estancia vi a mi padre, que estaba a la mesa bebiendo café y leyendo el diario.

—Buenos días, señorito Tommy. —Adriana, que estaba preparando un nutritivo desayuno, me dedicó una gran sonrisa.

—Buenos días —contesté—. Hola, papá, ¿alguna noticia destacada?

Mi padre levantó la vista por encima del periódico y me guiñó un ojo con picardía. Yo comprendí inmediatamente lo que eso significaba: había recibido otra carta de Chloe. Me sentí embargado por una ola de felicidad. La misiva estaba sobre la mesa. Emocionado como un chiquillo, la cogí y me

dirigí hacia el salón. Me senté en el sillón, suspiré, rasgué el sobre con mimo y saqué varios papeles cuidadosamente doblados; los desplegué y ahí, frente a mí, se encontraba de nuevo su letra, la letra de Chloe. En aquel escrito me decía lo mucho que notaba mi ausencia y cómo necesitaba de mis abrazos, de mis besos y de mis sonrisas. Seguía necesitando todo eso a su alrededor porque si no lo tenía, le faltaban las fuerzas y carecía de ilusión.



Las campanadas del reloj de la iglesia la despertaron. El alboroto del campaneo de la torre de la capilla le recordaba que tenía que ponerse en pie. Ya eran las siete de la mañana. Se frotó las sienes con los dedos y el sonido cesó.

Todavía le costaba aceptar que ya no era la adolescente que había sido. Era toda una mujer y con muchas responsabilidades. Cada día daba gracias a Dios por abrir los ojos y poder disfrutar un día más en ese camino que hipotéticamente le había marcado su destino. Detestando la dirección que estaban tomando de nuevo sus pensamientos, se retiró la colcha que la cubría y se sentó en la cama. Al menos, estar sentada le aliviaba ese mareo que se había apoderado de ella desde que se fue de Vermont. A veces tenía la sensación de que nunca conseguiría ni recuperaría la confianza en sí misma, pero la firmeza y el empeño con que cada mañana se despertaba le hacía augurar que algún día —no sabía cuándo— las cosas irían mejor. Solo le quedaba por cumplir un último deseo: que su gran amor la perdonara.

—Hora de levantarse, perezosa —susurró y contempló con una sonrisa su camión—. Así que, venga, Chloe Hamilton, a cumplir nuevas metas. Feliz día.

Retiró la cortina a un lado, abrió la puerta y salió al balcón. Desde su habitación se podían contemplar los jardines de los Anderson. Eran maravillosos, con fuentes de agua talladas en piedras pulidas y claras. Había árboles frondosos y hermosas aves de distintos tipos habitando libremente en el lugar. La mansión se elevaba sobre una colina de una forma impresionante; a sus pies, el pueblo. Entre las ramas de los álamos y los cedros podían ver las casitas.

Era todo espectacular, fascinante. Sin embargo, ella seguía sintiéndose aislada del mundo, de la gente y de todos los lugares que antaño había sentido como propios. Todo era extraño, pero ahora estaba en Portland, Maine, con

sus abuelos y con una hija preciosa que rebosaba felicidad y salud por todos los poros de su piel. Era feliz, sí, pero no lo suficiente. Le faltaba llenar de amor la otra mitad de su corazón y, sin duda, esa parte le pertenecía a Tommy. Sin su amor no valía nada. Ella daría su vida por él. Ansiaba con toda su alma recuperarlo, solo así su sufrimiento desaparecería. Si algún día Dios le concediera ese deseo, Chloe lo iba a derretir en el calor de su voz y le iba a quitar el aliento a besos. El tiempo corría y la vida los estaba dejando atrás. Apenas salía de casa, tan solo lo hacía cuando iba a trabajar a la escuela pública de primaria en el pueblo. A pesar de todo, esa mañana, recordando el ajetreo de su vida en los últimos años, se dijo que tenía derecho a un poco de paz y tranquilidad. Si existía un ser poderoso en el firmamento, debía saber que ella no estaba preparada para todo aquello. Quería alejarse no solo de Vermont, sino de su antiguo estilo de vida, y si eso significaba que estaba loca de remate, no le importaba en absoluto, porque únicamente lo hizo con la intención de evitarle a Tommy cualquier dolor. Era consciente y sabía a la perfección que su presencia en el instituto no iba a ser agradable y para nada apetecible para él.

Después de ducharse y despejarse un poco, se puso unos *jeans* ceñidos que definían sus estilizadas piernas y una camisetilla de color azul ajustada. Al mirarse en el espejo del baño, sonrió. El silbido de la tetera al fuego anunciaba que el desayuno estaba listo.

—Buenos días, abuela. —La besó en la mejilla.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido?

—De un tirón. Susan no tuvo malos sueños y durmió toda la noche en su cama.

—¿Té o café, cielo?

—Café.

—Yo creo que te está tomando un poco el pelo. Es una niña con mucha picardía. El otro día me dijo que le encantaba dormir acurrucadita contigo.

Chloe rio.

—A mí también me gusta abrazarla por las noches. Aunque creo que no es buena idea. Ya tiene casi nueve años. Debería dormir en su habitación.

La abuela no podía dejar de mirar a su nieta. Tenía una carita dulce y tierna. Su cabello rubio resaltaba debido al color tostado que había cogido en sus largos paseos a caballo. Estaba dotada de una exquisita hermosura, pero sus ojos seguían tan tristes como cuando llegó a Portland. Le causaba pena verla así. Ella se merecía ser feliz y seguir esperando a Tommy la estaba

consumiendo. Intentaba disimularlo, pero Grace no tenía un pelo de tonta. Los pensamientos que le rondaban a su nieta en la cabeza había que vigilarlos. Era importante que no cayera en un pozo de lamentaciones.

—Qué guapa estás. Ese pantalón ajustado que llevas... te queda genial.
—Parpadeó repetidamente y se rascó la coronilla.

—¡Ay, abuela! Tú siempre sabes cómo hacer que me sienta especial. —
Una leve sonrisa curvó sus labios.

Grace puso una sartén al fuego. Al poco rato, el hogar quedó deliciosamente impregnado del aroma del café y del sabroso olor del beicon recién frito.

Susan se levantó, hizo su cama y poco después bajó por las escaleras entonando una de esas cancioncillas que ella siempre improvisaba. Se dirigió hasta la cocina y, con una sonrisa pícaro, las saludó:

—¡Buenos días! —gritó.

—Has dormido bien, ¿eh? Qué energía de buena mañana —le dijo su madre.

—¡Oh, sí! He dormido muy bien. Mami, ¿puedo ir al bosque?

—Cada día igual, hija. ¿No te cansas de hacer siempre lo mismo?

—¿Tú te cansas de comer todos los días? ¿A que no?

Chloe y Grace se miraron a los ojos y después se mordieron los labios.

—Pues eso —remató la chiquilla.

—Antes desayuna, culito inquieto —expresó Grace.

—Me comeré la tostada mientras voy al bosque, ¿me dejas, mami? Por favor, por favor. —Que guapa y que carita tan dulce tenía.

Ese rostro era el mismo que el de Chloe a su edad. Eran los genes. Pero todavía le quedaba por descubrir cuáles eran los que había heredado de su padre.

—Está bien, ve. Pero ten cuidado, ¿me lo prometes?

Susan se levantó de la silla como impulsada por una descarga eléctrica y salió de la estancia, riendo, hacia la puerta.

—Señorita, ¡ahí quieta! —La pequeña se giró muy despacio y sus ojos verdes se posaron en los de su madre antes de que su expresión alegre se apagara—. Ay, ay —le dijo ella en tono de reprimenda—, coge la tostada.

—Se me olvidaba, lo siento. Adiós.

—Esta chiquilla —susurró Chloe mientras la observaba corriendo por el jardín.

—Uno, dos, tres, cuatro y... cinco —contaba Grace.

—¡Virgencita, qué trompazo me he dado! —Susan se apresuró a levantarse del suelo. Se acarició las rodillas y siguió su camino.

—Si se atara los cordones de los zapatos, no le ocurrirían esas cosas —murmuró la abuela, y Chloe se carcajeó—. Oye, ¿no es extraño que cada día vaya al bosque?

—¿Quieres decir que es posible que nos esté escondiendo algo? —le preguntó, arrugando ligeramente la frente.

—No sé, tiene la mirada un tanto misteriosa. Diría yo que demasiado relajada y serena, ¿no te has dado cuenta?

—Pues no. A mí me parece que tiene los ojos más bellos que he visto jamás.

—Recuerda que los ojos son las ventanas del alma. Esa chiquilla oculta algo.

—No creo. Ella nunca miente. —Chloe sonrió. «O ¿sí?». Ahora ya dudaba.

—¿Qué tal te fue el último día en el colegio?

—¡Genial! Mi grupo de tercero de primaria es una clase de niños muy listos y avispados. Siempre me sorprenden con preguntas nuevas e ingeniosas. A veces me cuesta lo mío encontrar una respuesta adecuada.

—Y bien, mañana es Navidad, ¿has comprado los regalos?

—No, todavía no. Esta tarde me acercaré al centro comercial, ¿te puedes quedar con Susan?

—Claro.

—Gracias. Por cierto, ¿a qué hora llegarán mis padres?

—Tú madre llamó ayer mientras estabas montando a Rocinante. Llegarán justo para cenar. Tu padre tiene que dejar zanjados algunos temas en la empresa. Brenda le arrebató el teléfono a tu madre y me dijo que te transmitiera las ganas que tiene de verte. Así que, en cuanto recoja todo, me pongo con los preparativos de Nochebuena. No quiero que se me eche el tiempo encima.

—Los añoro —habló con tristeza.

—Eso tiene fácil arreglo.

—Ah, ¿sí?

—Es tan sencillo como desprenderte de tus miedos, coger tu coche y enfrentarte a la realidad. Vermont es tu hogar, cielo.

—¿Me estás echando?

—No, solo quiero que seas feliz. No estaría mal volver y arreglar

algunas cosas que tienes pendientes. Me ha dicho un pajarito que Tommy...

—¿Qué sabes de él? ¿Le encontraron un donante? —Abrió los ojos como platos.

—No, todavía no. ¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó Grace sorprendida.

—Amy me contó que el doctor Kaplán, del Hospital Naval Almirante Nef de Valparaíso, se ofrecía para hacerle un trasplante si se presentaba la ocasión. ¿Y a ti quién te ha informado?

—¿Amy!

—¿Por qué tanto secretismo? —preguntó Chloe.

—Pero ¿por qué no se lo preguntas tú misma a Tommy?

Su amiga se había ido de la lengua, ya le advirtió a Tommy que eso de guardar los secretos no se le daba bien. Pero no fue malintencionado. Simplemente se sentía feliz por él. A ambas les había pedido que no dijeran nada, debía ser máximo secreto.

—Le escribo todas las noches, pero nunca me responde. Él se ha olvidado de mí —le dijo afligida.

—No estés tan segura de ello.

—¿Acaso tú sabes algo que yo no sepa?

—Naaada de nada —le expresó mientras apartaba la mirada de sus ojos.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Se está haciendo tarde. ¿Necesitas algo del centro comercial?

—El abuelo lo compró todo hace unos días.

—Bien, pues voy a poner sábanas limpias en las habitaciones. Quiero dejar todo preparado antes de irme y que esté listo para cuando lleguen mis padres y Brenda.

—Estupenda idea, hija.

Ya era algo tarde cuando se subió al coche y se dirigió a la ciudad. En la radio se felicitaban las familias, los amigos, los novios y las novias... Se dedicaban canciones tiernas y significativas. Empezó a sonar una muy popular por aquella época. *Stand by me*, de Ben E. King, y comenzó a cantarla.

Chloe no pudo seguir entonando porque se le formó un nudo muy grande en la garganta, tanto que casi le costaba respirar. Entre sollozos y con el cuerpo compungido, se quedó escuchando hasta que acabó la balada. Cuando llegó, aparcó en el parquin, se miró en el espejo y se limpió el rímel, que se le había corrido. Entró en el centro comercial y casi se da media vuelta y se va,

era un caos. Los carros y los clientes de última hora causaban atascos en los pasillos.

«¡Qué mal día para comprar los regalos!», pensó.

Tenía una lista de varias personas que decían no querer nada, pero ella sabía que se ofenderían si no les compraba cualquier tontería. Le fue difícil encontrar el regalo perfecto. Su familia, gracias a Dios, tenía una buena posición económica y social.



Después de leer la carta, permanecí junto a la ventana, pensativo. Todo permanecía mojado por la lluvia. Confié en esa voz interior que me gritaba que corriera hacia sus brazos. Ya no podía aguantar más. Inmediatamente cogí un bolígrafo, un papel y me puse a escribir. No quería ser egoísta, aunque por un segundo lo fui; quería ser feliz. Tardé un tiempo en enviársela. Cada vez que recordaba a Chloe, me dolía. Las tristezas del corazón son las más grandes y las más difíciles de asumir. Tenía que detenerme y pensar. Quería estar seguro de haber cicatrizado mis heridas, no quería lastimarla.

Pasaron las Navidades y llegó la primavera.

Me despertó la luz del sol que entraba por la ventana. Era una mañana brillante y soleada. En ese instante sonó el teléfono y contesté, era Amy. Estaba alterada y nerviosa. El tono de su voz era de verdadera alegría y felicidad.

—Tommy, me ha dicho Chloe que ha recibido una carta tuya, ¿eso es cierto?

—Buenos días, torbellino. Pues sí —respondí riendo.

—¡Uy, perdón! Buenos días. ¡Ay, amigo, no sabes la ilusión que le ha hecho! Esta mañana, cuando bajó al salón y miró la mesita donde su abuelo deja la correspondencia, estaba tu carta. Tenía miedo, no sabía si abrirla o qué... ¿qué te parece? —Rio—. Me ha dicho que las manos le empezaron a temblar como un flan. Rasgó el sobre con impaciencia, desdobló el escrito y empezó a leer. Me ha dicho que el día veintiséis de este mes tienes previsto ir a verla. Miró el calendario que su abuela tiene colgado en una de las paredes de la cocina y casi le da un patatús al comprobar que era viernes veinticuatro.

—Amy, tranquilízate, que parece que te han dado cuerda —me carcajeé.

—Es que estoy muy contenta, Tommy. Ya era hora.

—¿Qué más te ha dicho? —indagué.

—*Me ha explicado que salió al porche trasero de la casa, se sentó en una mecedora y se llevó la mano al pecho, comprimiendo la carta sobre su apenado corazón. Durante unos minutos contempló el jardín y trató de relajarse. Una vez más, volvió a leer la carta. Me ha dicho que aquellas palabras eran escuetas, pero muy significativas para ella. No se lo acababa de creer.*

—Bueno, ahora ya lo sabes todo. Quería contártelo, pero se me han adelantado.

—*Has tenido mucho tiempo para hacerlo, esto no te lo voy a perdonar, granujilla.*

—Tengo que dejarte, Amy.

—*Un beso. Y mucha suerte. Te quiero.*

—Lo sé. Yo también te adoro. —Y colgué.



CAPÍTULO 25

EL ENCUENTRO

Y por fin llegó el domingo veintiséis de marzo. Cuando me desperté, el sol ya estaba brillando en el cielo. Con una amplia sonrisa, me pasé las manos por el rostro. «Hoy voy a tu encuentro». Ese fue mi único pensamiento, no necesitaba más para sentirme feliz. Con movimientos lentos, comencé a levantarme. En la habitación hacía frío y me abracé a mí mismo para mitigar esa sensación. Encendí la radio, me metí en la ducha y, bajo el chorro de agua caliente, mi cuerpo entró en calor. El estómago me asfixiaba y me oprimía. Sentía nervios, ¿o quizá era miedo? No sabía realmente lo que era. Me enjabonaba la cabeza por inercia y sin prestar atención a ninguno de mis movimientos. Suspiré. Había tomado una firme decisión. Ya estaba cansado de ser un hombre frágil, delicado y desmotivado. Una vez que acabé con el aseo, me perfumé y bajé a desayunar con mi padre.

—Buenos días, papá.

—Hola, hijo, ¿qué tal has dormido?

—No he pegado ojo. Estoy muy nervioso —dije alegre mientras me servía un zumo de naranja natural recién exprimido.

—Pues deberías tranquilizarte, aunque te entiendo. Tú ya sabes que no me meto nunca en lo que haces o dejas de hacer, pero hoy me siento muy feliz. Ya era hora de que te decidieras a ir en busca de Chloe, en serio, y de que dejaras de mirar atrás buscando unas respuestas que no vas a encontrar.

—¡Qué nervios, madre mía! —Bebí un sorbo del jugo cítrico.

—Cierra los ojos y respira, respira profundamente. —Le hice caso—. Ahora sigue el recorrido del aire que entra en tu cuerpo y simplemente disfrútalo. Vive justo el momento. Aquello que algunas personas llaman intuición, otras lo designan como sexto sentido o voz interior, tú llámalo como quieras. ¿Qué te dice?

—No sé quién me habla, yo solo tengo miedo. —Encogí los hombros.

—No dejes que se apodere de ti.

—¿Y cómo puedo saber que ha llegado el momento de tomar una decisión? —Lo miré y esperé a que él me dijera algo.

—Creo que por primera vez has escuchado a tu voz interior, hijo. Te has quitado la ropa de estar por casa y te has arreglado... y, Tommy, estás bien guapo. No pareces ni tú. Hacía tiempo que no te veía así.

—Entonces, ¿es correcto que, después de tantos años, me presente en Portland?

—Hijo, solo tú has decidido qué hacer con tu vida. Hoy te has levantado con el único propósito de ganar una batalla. Y estoy muy orgulloso de ti.

—¿Por qué estás orgulloso de mí, papá?

—Porque no lo has hecho por nadie, sino por ti mismo.

—Ya. Pero me parece que me vuelvo a equivocar. De nuevo la quiero desposeer de todo aquello que tanto se merece: su felicidad.

—Tommy, ya sabes lo que te ha dicho Amy. Ella te ama y estoy seguro de que sea el tiempo que sea, querrá pasarlo contigo. Lo que pasó, hay que enterrarlo. Ahora es necesario que habléis y que no dejéis ningún capítulo a medio cerrar. Me encantaría que os dierais una segunda oportunidad. Los dos merecéis ser felices.

—Gracias por estar todo este tiempo protegiéndome y apoyándome en todas mis decisiones. Te quiero y estoy feliz por ti. Tú has conseguido tu sueño. —Le sonreí.

—Y hemos cumplido los deseos de mamá. Estar juntos y cuidarnos.

—Cierto, debe estar satisfecha y orgullosa de nosotros. —Mis ojos se nublaron. Me entristecía recordar el pasado—. ¿Podrás apañártelas solo?

—Claro, solo trabajaré un poco en el invernadero y echaré un vistazo a los establos a ver qué tal están las vacas. Y no te preocupes por mí, si preciso algo, tenemos a nuestra querida Adriana.

—Bien, pues me pongo en camino. Cuídate, papá. Quizás hasta es posible que regrese acompañado —le dije guiñándole un ojo—. Adriana, si ocurre algo, me llamas al teléfono de los Anderson. El número lo encontrarás en la guía telefónica.

—Vaya con cuidado. ¡Y para atrás ni para coger impulso! —expresó con una dulce sonrisa mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Anda, dame un beso —le pedí.

—Cree en ti —me dijo.

—Lo haré, Adriana.

—Bueno, pues adiós.

—Hijo, avísame en cuanto llegues. Me quedaré más tranquilo sabiendo que el viaje ha ido bien.

—No te preocupes. Yo te llamo.

—Mírelo, señor. Por primera vez en muchos años, sus ojos expresan felicidad.

—Es cierto, Adriana —le contestó, con una inmensa satisfacción, mi padre.

Pisé a fondo el acelerador y busqué alivio en la velocidad de la vía. Pronto pude ver la salida que me llevaría a mi destino. Me adentré en una carretera estrecha custodiada por un bosque de arbustos y arces. Bajé la ventanilla y respiré con fuerza. El olor impregnó mis fosas nasales y mi cerebro me recordó la última vez que había estado allí. De eso hacía ya mucho tiempo y fue con Chloe, cuando éramos pequeños. Ahora las cosas habían cambiado. Ella vivía en aquellas tierras y tenía una preciosa niña llamada Susan.

Los Anderson, sus abuelos, vivían en aquel lugar desde siempre. Eran los amos y señores de aquellas tierras. Mientras conducía por el camino, pude ver, algo alejadas, las dos hermosas mansiones que la familia de Chloe poseía. Se levantaban una frente a la otra y estaban separadas por un prado extenso y ondulado. A un costado de estas, se alzaba un enorme granero pintado de color rojo brillante y con immaculados ribetes blancos. Cerca de la otra había un

gran establo. Entre este y el granero se extendía un estanque ancho y poco profundo que reflejaba serenamente el cielo. Había olvidado el intenso verdor de aquella zona de Portland. Estaba fascinado con los infinitos tonos de la vegetación. Pero ese día la luz permanecía en el cielo y la proyección de los rayos en el coche hacía que el calor fuera bochornoso. Quizás era lo predestinado para nosotros dos: un encuentro apasionado y ardiente.



Chloe estaba tan impaciente que hasta le temblaban los párpados, se desplomó en el sofá y se hizo un ovillo en una esquina. Tommy le sonreía desde la foto enmarcada que había encima de la chimenea. Duncan la había hecho en aquella fiesta que dio Alan en casa de sus progenitores. Los ojos le brillaban. Se levantó y cogió entre sus manos el retrato. Recordando, esbozó una sonrisa contemplando lo gracioso que salió Tommy en ella. Estaba bizqueando y haciendo muecas. Ese rostro ovalado, de labios gruesos y bien cincelados, el cabello de un castaño oscuro, casi negro, y los ojos de un intenso color azul le fascinaban.

Chloe miró el reloj colgado en una de las paredes del salón. Tan solo eran las seis de la mañana y ya llevaba varias horas sin conciliar el sueño. Se había duchado y paseaba por toda la casa tomándose un café. Colocó en su sitio el portarretratos y volvió al sofá. Cerró los ojos y recostó la cabeza. Estuvo maldiciéndose por haberse dejado convencer por Alan, pero entonces era mucho más joven y sin ninguna experiencia. Apenas tenía diecisiete años y él, un amplio conocimiento en la materia. Esa labia y dialéctica innata que poseía la utilizó para engatusarla de forma ruin.

Tommy quería verla y eso la sorprendió, pero ¿para qué? ¿Para reprocharle lo mal que lo había hecho? De todas formas, estaba feliz y contenta. Cuando se dio cuenta, todos estaban de pie. Desayunaron y cada cual se ocupó de sus tareas. Percy fue al pueblo, la abuela dio de comer a los animales y Susan hizo lo que mejor se le daba: hacer todo lo contrario a lo que le pedían.

—Mami, ¿salgo a pasear un rato?

—¿Por qué me lo preguntas? —Frunció el ceño.

—Pues no sé. A lo mejor he olvidado algo. —Hizo una mueca con la boca.

—¿Has hecho tu cama? ¿Has recogido la habitación? ¿Te has lavado los

dientes? ¿Te has peinado?

—Vale, vale... Ya sabía yo que algo se me olvidaba.

—¿Algo? Se te ha olvidado todo, Susan. Anda, sube, y cuando acabes, vas al establo y ayudas a la abuela —le mandó casi riñéndola.

—¡Caramba, mamá! ¿Qué te pasa? ¿Has dormido mal esta noche? Los mayores sois complicados. No hay quien os entienda. —Puso los ojos en blanco.

—Ya sabes lo que te hago si pones esa carita, ¿verdad?

—Ni se te ocurra. —Reculó muy despacio y se giró hacia las escaleras.

—¿Qué has dicho? —Echó a correr tras ella.

—Mamá, esa cara que pones me da miedo —le gritaba mientras subía de dos en dos los peldaños.

—Te voy a comer enterita —dijo con voz ronca y aterradora—. Serás mía...

—Para, para, que me muero de la risa. No me vas a pillar —la retaba.

—Llevo cincuenta dragones conmigo y vamos a por ti —seguía diciéndole con su teatrillo.

Susan miró a su madre con unos ojos más cerrados que abiertos por encima de su hombro. Abrió la puerta de su dormitorio y la cerró de un golpe. Saltó sobre la cama y se espachurró un cojín en el rostro. Su madre se pegó a la puerta y le habló:

—No te escaparás...

—Mierda, vete —le expresó con voz temblorosa.

Chloe sonrió dulcemente.

—¡Esa boca! Me voy, pero volveré.

—Déjame, vete ya, por favor.

Cuando Susan sintió que su madre se alejaba de su dormitorio, se levantó. Encendió el tocadiscos y empezó a bailar mientras hacía sus quehaceres. Al terminar, se limpió los dientes, se peinó y se puso crema en la cara. Era fundamental mantener la hidratación de la piel. Su madre lo hacía a diario.

«¡Caracoles! Dientes de Drácula seguro que se ha desmayado. ¡Con lo que come ese conejo!», pensó.

Encontró a aquel conejito una tarde mientras paseaba por los alrededores del bosque. Fue de repente que algo le llamó la atención, un sonido salía de los matorrales, a su derecha. Allí había algo. Caminó hacia el lugar, curiosa. Cuando estuvo enfrente, se arrodilló y después apartó las hojas.

Un conejito peludo, y más blanco que la nieve, estaba tendido de costado; parecía herido, pues una de sus patitas estaba cubierta de sangre seca. El pobre animal no podía moverse y parecía sediento. Susan lo cogió con suma delicadeza y lo meció un rato entre sus brazos. «Pobrecito, está herido», pensó. Sin dilación, se lo llevó al establo, donde lo ocultó en el lugar más recóndito del cobertizo. Le dio agua, le limpió la herida de su patita y, por último, le cantó una dulce nana. El conejo pronto estuvo mordisqueando semillas y granos que le ofreció. «¡Caray, ¡qué dientes más largos tienes! Te los voy a tener que limar —se carcajeó—. A partir de ahora serás mi mascota y te llamarás Dientes de Drácula», le dijo.

Susan bajó a la carrera por las escaleras. Abrió la nevera y cogió dos zanahorias.

—¡Mami, me voy! —gritó desde el rellano apoyando la mano en la barandilla.

—Con la abuela, ¿verdad?

—Sí, sí, claro, faltaba más. —Miró hacia arriba.

—Oye, hija, ¿por casualidad no habrás visto mi crema facial? —La oía en el dormitorio, abriendo y cerrando cajones.

—No, no la he visto —le contestó hundiendo el rostro en sus manos.

—Es que no la encuentro.

—Ay, ay, ay, ¡qué despistada eres! —chilló desde abajo.

—Bueno, cuando acabes en el establo, no te alejes demasiado, ¿me has oído?

—Sí, mamááá, te he oído.

Susan se acercó al corral y vio a su bisabuela dando de comer a las gallinas. «Qué peste, ahí no entro ni muerta, ¡qué asco!». Así que se fue en busca de su conejo. Estaba preocupada por él.

—Hola, Dientes, ¿tienes hambre? Ten, te he traído zanahorias, que yo sé que te gustan. —Le acercó una.

Unos minutos después, el runrún de un coche la sorprendió.

«¡Mierda, el abuelo!», pensó.



Por fin había llegado el momento. Habían pasado nueve años y habían sucedido mil cosas desde entonces. Me detuve y bajé del coche. Tal vez un poco de aire fresco me vendría bien antes de ir al encuentro de Chloe. Aspiré

con fruición y caminé unos metros para disfrutar de la buena temperatura ambiental que ese día hacía en Portland. Eché la cabeza hacia atrás y permanecí quieto unos segundos mientras aspiraba los aromas de aquellos bosques. Los rayos del sol iluminaban mi rostro, suspiré y esboqué una sonrisa de satisfacción. En ese momento, escuché la voz dulce de una niña. Busqué a mi alrededor y allí, en el establo de los Anderson, me pareció ver una silueta. Con paso firme, me dirigí hacia ella. Esa niña debería tener unos ocho años y estaba agachada junto a lo que parecía una conejera dando pan seco y hojas de diente de león a través de las rejas a lo que quiera que hubiera en su interior. La chiquilla alzó la cabeza, asustada. Aquella criatura era preciosa. Tenía los ojos verdes y un cabello dorado como el más reluciente oro. Me sonrió y esa sonrisa me pareció familiar. La pequeña se apresuró a ponerse en pie.

—¿Tú eres Tommy? —La pregunta me pilló desprevenido. Fue muy rápida.

—Sí, soy Tommy —le contesté a la cría, despeinando ligeramente su flequillo—. Tú debes ser Susan.

—Sí —respondió ella tras un momento de vacilación—. ¿Te gustan los perros?

Yo sonreí sin poderlo evitar. Quizá quería asustarme.

—No mucho.

—Yo tengo un perro y está ahí mismo, detrás del granero. Solo tengo que silbar y vendrá pitando. Es un golden retriever. Y tiene muy malas pulgas...

—¿A quién le estás dando de comer?

—¡Eh! Qué es muy malo. —Me miró de reojo.

—Ya te he oído. Te volveré a preguntar, ¿a quién le estás dando de comer?

—A mi conejo. Se llama Dientes de Drácula.

—¡Uy, qué nombre!, da miedo. ¿Y por qué lo llamas así?

La niña se agachó y señaló la jaula que tenía a sus pies.

Yo me arrodillé y vi el hocico negro de un conejo bastante grande que olisqueaba los barrotes de la conejera.

—Mira. —Me señaló los dientes del conejo—. ¿Lo entiendes ahora? Pobrecillo, es muy feo, ¿no?

—Me parece que sí. —Me costó no echarme a reír al ver la expresión de Susan.

—¿A ti te parece mono?

—Mono, mono... diría que es diferente. Sí, diferente, pero ¿no es una

jaula muy pequeña para él?

—Ya, pero es lo que hay. Mejor aquí que en el bosque, algún monstruo grande y horrible se lo puede comer. Mi conejo no sabe buscar comida y por las noches hace mucho frío. Se puede morir.

—Claro. —Sonreí.

—¿Vienes a visitar a mamá?

—¿Cómo lo sabes?

—Ella me lo dijo. Me ha hablado mucho de ti.

—Ah, ¿sí?

—Ajá —me dijo mirando por el rabillo del ojo.

—Es sorprendente cómo te pareces a ella.

—¿Me prometes que no le dirás nada sobre Dientes de Drácula?

Yo la miré, extrañado. No entendía por qué no se lo quería decir a su madre. A ella le encantaban los animales.

—No me mires así. Todos los adultos tenéis secretitos. Pues este es el mío. —Me miró de soslayo—. ¿Me lo prometes?

—Sí, sí, por supuesto. Te lo prometo, palabra de honor.

Como si tuviéramos una conexión especial, entrelazamos nuestros meñiques. Me quedé boquiabierto.



En casa de los Anderson, Chloe iba de aquí para allá. Tan pronto tenía frío como se asaba de calor. Estaba tremendamente nerviosa y emocionada. Miraba el reloj a cada momento. Se dirigió a la cocina y se sirvió otra taza de café. Apartó bruscamente las cortinas que cubrían las ventanas de la estancia y miró hacia afuera, ni rastro de Tommy. Se fue al salón e intentó ocupar la mente leyendo el diario. Por fin, oyó el motor de un coche. Se acercó a los ventanales del comedor y corrió los visillos. Vio cómo Susan bajaba del auto. Le iba a caer una bronca estupenda. Le tenía dicho que no se subiera con ningún desconocido.



—¡Mami, mami! ¿A qué no sabes quién ha venido? —gritó entrando por la puerta.

Chloe me observó mientras yo subía por las escaleras. Procurando

conservar la calma, me recibió en la puerta. Yo no sabía qué sentiría al verla otra vez. ¿Cólera, resentimiento? Tal y como había aprendido años atrás, oculté mis emociones tras un velo de frialdad y arrogancia. Seguía dolido.

—¿Cuántas veces te he dicho que no subas en coches de desconocidos?
—riñó a su hija.

—¡Ay, mami! A veces eres muy pesada.

—No, Susan, tu madre tiene razón.

—Pero tú la conoces, ¿cierto?

—Sí, pero podía haberte engañado —le contesté.

—Es verdad. Me voy a la habitación.

—Sí, pequeñaja. Me tienes fritita —le dijo su madre con dulzura.

—La profesora nos ha mandado muchos deberes estas vacaciones. Esa es otra pesada —se fue quejándose por las escaleras.

—¿Soy una pesada por querer protegerte?

—¡Oh, no, mamá, para nada! —A ella le pareció que su hija se estaba burlando.

—Anda y sube a hacer los deberes.

—Hasta dentro de un rato, Tommy —se despidió la pequeña.

Le sonreí.

—Hola, Chloe.

Ella se volvió hacia mí, consciente de todo el daño que me hizo.

—Hola, ¿qué tal estás? ¿Y tu corazón?

Todavía no estaba muy convencido de que fuera a cumplirse todo aquello que el doctor Lewis me contó aquel día. Lo mejor era no crearme falsas esperanzas.

—Bien, todo bien.

En ese momento, la abuela entró en casa.

—Hola, señora Anderson.

—Hola, Tommy. Me voy a la cocina. Os dejo que habléis.

—Vale, abuela.

Miré hacia la taza de café que Chloe sostenía en su mano. Sus nudillos estaban llamativamente blancos.

—¿Hay más café? —pregunté—. ¿Puede ser descafeinado?

—Claro. Yo te traeré una taza —contestó Grace, que me había escuchado.

A solas con Chloe fui consciente de que, a pesar de todas mis conjeturas, no estaba nada preparado para el encuentro. Había olvidado su

belleza increíble, ¿cómo era posible cuando era raro el día en que no había pensado en ella? Recorrí la casa con la mirada. La planta baja era la zona de los espacios comunes. Una gran sala, una biblioteca, una cocina, un comedor y dos baños.

—Ya no recordaba lo bonito que es este lugar —le dije.

—Gracias.

Chloe se sentó en un cómodo sillón. Estaba nerviosa. A pesar de que ella pensaba que yo iba a intimidarla permaneciendo de pie para demostrarle mi fuerza y poder, también me senté y mantuve la mirada fija en el rostro de ella, con un escrutinio controlado y persistente. A pesar de tener veintiséis años parecía una niña todavía y en su dulce rostro aún se reflejaba una imborrable inocencia. La verdad era que me quedé sorprendido de su esbelta silueta. Seguía tan delgada y guapa como siempre. El embarazo no dejó rastro en aquella chiquilla que yo tanto amaba.

—¿Cómo te ha ido? —me preguntó ella.

—Bien. Tú sigues igual, tan encantadora y guapa como siempre.

—Creo que todos hemos cambiado —me respondió.

Y allí estábamos los dos manteniendo aquella estúpida conversación.

Me levanté y metí las manos en los bolsillos del pantalón para refrenar cualquier impulso de acariciarla. A paso lento y sosegado, me aproximé a la chimenea, fijando la mirada en las fotografías. «Que bonitos recuerdos», pensé. Había tanto que decir y tantas preguntas cuyas respuestas deseaba escuchar...

—He visto esas fotografías cientos de veces —comenté con cierto sarcasmo—, y aunque creía que el efecto se lograba a base de maquillaje, estaba equivocado. Eres preciosa.

—Mi aspecto no tiene importancia —replicó ella.

La miré a los ojos y le dije:

—Veo que al final te licenciaste. —Me fijé en su título, que estaba colgado en la pared, en el espacio de la biblioteca, y lucía con un hermoso marco cuadrilátero.

—Me ha costado mucho; el embarazo, criar a mi hija... Pero sí, algunos sueños se hacen realidad, ¿y los tuyos?

—No todos —convine alzando la barbilla en ademán desafiante. Desvié la mirada hacia los ventanales. Desde ellos, en la lejanía, podía ver la exuberante vegetación de las montañas—. Sin duda, no los suficientes —añadí.

En ese momento, Chloe oyó reír a su hija. Se levantó y se acercó a toda prisa al jardín. Vio que Susan no estaba haciendo sus deberes tal y como ella le había dicho. Pero estaba tan entretenida con Grace, sentada en el columpio balancín del porche, contándole un cuento, que solo la puso en aviso.

—Hija —la llamó—, ¿qué haces ahí? Deberías estar haciendo tus deberes.

—Mamá, ya los haré. Qué pesada que eres... —susurró.

Cuando vi que todo estaba en orden, invité a pasear a Chloe.

—¿Damos un paseo?

—Pues sí, me apetece mucho. ¿Qué tal está tu padre? —preguntó ella, arrancando distraídamente las hojas delicadas de una rama de helecho.

—Está bien, ¿por qué lo preguntas?

—Por educación y porque lo aprecio mucho.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro, todo lo que quieras.

—No fuiste al funeral de Duncan.

—No, y no creas que no lo siento. Pensé que te podría afectar verme embarazada. No quería hacerte daño. Pero envié flores.

—No es lo mismo. —Miraba disimuladamente a ese encanto de niña que no paraba de reír.

—Es cierto, no es lo mismo.

«¿Cómo será su hija? ¿Tan vital, despierta e inteligente como ella? ¿Amante de la naturaleza y de la risa?», me pregunté.

—Es hermoso el paisaje, ¿verdad? —Ella rompió el silencio.

—Yo siempre he pensado que Portland posee una belleza especial. ¿Por qué no esperaste? —interrogué impulsivamente.

—¿Por qué no me has escrito ni me has llamado?

—Te llamé cuando nació Susan. ¿No te lo dijo tu abuela?

Ella metió las manos temblorosas en los bolsillos de los vaqueros y, pestañeando, reprimió sus lágrimas.

—Eso no lo sabía.

Me volví violentamente hacia ella, rara vez perdía el dominio de mí mismo y tuve que hacer grandes esfuerzos para conservar la calma.

—¿Por qué te acostaste con Alan? ¿Acaso le amabas?

—¡Dios santo, Tommy! Sabes que me engañó. No seguirás pensando que...

Tenía la intención de hablar a Chloe con tacto y no de fustigarla con

acusaciones. Evidentemente, mi dolor no estaba tan enterrado como había supuesto.

—Basta de enmascarar la verdad.

—¿Verdad? Esa es la verdad. No hay otra.

—En cierto modo, ambos perdimos la inocencia hace ya años. He pasado mucho tiempo preguntándome si lo que había entre nosotros era verdaderamente especial o si solo éramos dos críos que saboreaban la pasión por primera vez. Necesito saber qué es lo que sientes ahora.

Ella me acarició la mejilla y luego agachó la cabeza para besarme en la palma de la mano.

—No me acosté con Alan porque fuera impaciente o algo curiosa. Simplemente sucedió. Yo te amo, Tommy. Nunca he amado a otro hombre. Nunca.

Las palabras que había deseado escuchar durante tantos años atronaban en mis oídos. Tomé a Chloe entre los brazos y le di un beso dulce y sereno en la cara. Aquella criatura hacía que me palpitara el corazón y que me hirviera la sangre en las venas. Esa mujer siempre había sido mía.

—Perdóname. No tenía que haber sacado el tema de nuevo.

—¿Perdonarte? Soy yo la que te pide perdón.

—Yo te perdoné al instante, cuando todo pasó, te lo dije. Únicamente tenía que asimilarlo, y ahora, después de tanto tiempo, solo me duele.

—Lo siento —murmuró. Sus dos luceros verdes se llenaron de lágrimas.

—¡Qué profunda tristeza hay en tus ojos, Chloe! Ya no brillan como antes.

Ella volvió la mirada hacia el cielo gris para no estallar en llantos. Suspiró.

—Supongo que el destino lo ha querido así —me contestó.

Percibí la melancolía de su voz y le acaricé el brazo suavemente.

—Ha tenido que ser muy duro para ti.

—Lo ha sido porque tú no has estado a mi lado. Te he echado mucho de menos.

La miré tan fijamente que noté cómo su cuerpo se estremecía. Era obvio que me deseaba con la misma intensidad que nueve años atrás. Y bien sabía Dios que yo también.

—Yo siempre te he echado de menos —dije con un hilo de voz—. A veces hubo momentos que hasta me convencí de que mi destino era

permanecer solo. La vida ha sido cruel e injusta con nosotros.

—No hay duda —indicó tristemente.

En ese instante, me acerqué a ella sonriendo delicadamente y rocé mis labios con los suyos. Solo tenía intención de saborear y darle un beso fugaz para comprobar si los recuerdos de mis viejos sueños poseían un cimiento real, pero ella deslizó la lengua entre mis labios y se deleitó en el calor dulce y húmedo que desprendían. Sentí como todo mi cuerpo se aflojaba. Hasta llegué a pensar que en cualquier momento me desplomaría. Estaba claro que ninguno de los dos había enterrado sus deseos bajo tierra. Mi orgullo y mi terquedad me habían impedido salir en su busca, algo de lo que me arrepentía. La estreché entonces con más fuerza entre mis brazos y ella respondió más viva si cabía. Nos abandonamos entre besos y caricias con tanta premura como la primera vez. De pronto, ella retrocedió mientras se acariciaba los labios con dedos temblorosos.

«¿Estará arrepentida de haberme besado?», me cuestioné.

—¿Te arrepientes de haberme besado? —Fruncí el ceño.

—Jamás. Solo me lamento de los besos que no hemos compartido.

—Chloe.

—Calla —me interrumpió poniéndose de puntillas para acariciarme la mejilla con la suya—. Solo abrázame un poco más. —Apoyó la cabeza en mi pecho. Colocó la palma de su mano en mi torso y alzó la mirada buscando mis ojos.

Yo la contemplé durante unos segundos y le sonreí, me sentía inmensamente feliz. Le pasé el brazo por los hombros y la estreché contra mí. Durante nueve años de soledad, aquello era lo único que ambos habíamos deseado. ¡Cómo habíamos anhelado aquel momento! Por unos segundos podíamos fingir que la vida no nos había estafado.

—Quiero que sepas que no he dejado de pensar en ti ni un solo día durante estos nueve largos años —me comentó ella.

—Oh, Chloe, te he extrañado tanto... —Le acaricié el cabello suavemente con los dedos—. Tenía que venir.

—Todavía somos jóvenes, disfrutemos mientras podamos.

No sabía cómo decirle lo que tanto deseaba. Quería estar a su lado, vivir con ella, levantarme todas las mañanas y apartarle un mechón de la frente para ver su cara. Entonces le daría los buenos días con una tierna y amplia sonrisa. Tenía que convencerla para que se fuera conmigo al lago. Económicamente tenía una posición fiable y les daría todo lo que precisaran

ambas. Aún estábamos a tiempo de cumplir nuestros deseos.

De pronto el cielo se cubrió con unas nubes espesas y oscuras. Los truenos y los relámpagos anunciaban una noche de lluvia descontrolada.

—Corre, Tommy, empieza a llover. Vamos a casa.

—¿Todavía tienes pavor a las tormentas?

—Hay cosas que nunca cambian. —El miedo se deslizó sutilmente en su sonrisa.

La recámara de Chloe le quitó el aliento a Tommy en el momento que la vio. Una cama enorme, tallada con diseños intrincados en la cabecera, de una madera oscura, antigua, ocupaba la mayor parte del espacio. Una cómoda elegante y con un gran espejo biselado contra la pared... Aquella decoración prestaba una gloriosa atención a todos los detalles.

—Es muy bonita —afirmé desde la puerta.

—Gracias. —Me dedicó una dulce sonrisa—. Vamos, entra.

No pasaron ni cinco minutos cuando escuchamos como Percy llamaba a Susan.

—A mi hija también la asustan las tormentas, ¿sabes? —me dijo Chloe—. Cuando llueve en Portland, es escalofriante y por las noches tiene pesadillas. Sueña con tormentas eléctricas de rayos luminosos, con tornados y catastróficos huracanes. Seguro que Susan ha cogido un libro de la estantería del abuelo y se ha refugiado bajo el escritorio a leer. Es su escondite en días de lluvias. —Se carcajeó.

—¿Dónde estás, Susan? ¡Demonio de chiquilla! ¿Dónde te has metido?

—Percy, no desesperes —le expresó con voz tranquila su esposa— y mira debajo del mueble escritorio.

Él se inclinó.

—¿Qué tal, chaval? —le habló ella, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Chaval? ¡Vaya susto que me has dado! ¿Por qué no me has contestado? —la reprendió con enfado.

—¡Oh, querido Percy! Se te olvidan las cosas, qué pena —le manifestó.

—Que yo sepa, sorda no estás, ¿cierto?

—¡No!

—Entonces ¿por qué no contestas cuando te llamo?

—Lo siento, Percy. —Y agachó la cabeza.

—¡Demonio de niña! —se fue murmurando hacia la cocina.

—Siempre están igual —musitó Chloe.

—Se llevan bien, ¿eh? —comenté burlonamente.

—Esa chiquilla es muy buena, pero a veces... nos saca de nuestras casillas. En ocasiones nos pone en auténticos compromisos.

Reí.

—Deberíamos quitarnos la ropa mojada antes de que cojamos un buen resfriado —le susurré en la oreja.

—Sí —contestó ella, empujándome hacia el cuarto de baño.

Me despojé de la camisa de cuadros en tonos azules y de los *jeans* acampanados, me puse unas zapatillas y me coloqué el suavísimo albornoz que ella me prestó. Chloe se cambió de ropa en la habitación. Cuando acabó, golpeó suavemente con los nudillos la puerta pidiendo permiso para entrar. Enchufó el secador y empezó a secarse el pelo. Sonriendo, se lo cogí de las manos.

—Deja que lo haga yo —le pedí.

Le sequé el pelo. Luego deslicé las manos a través de su bonita melena.

—Siempre me ha encantado tu cabello.

—No he podido olvidarte nunca —me confesó ella.

—No deberías hacerlo, Chloe. Necesito saber qué es lo que sientes.

—¿Lo que siento? No estoy segura de poder describirlo. A ti siempre se te han dado mejor las palabras.

—Inténtalo. —Desde atrás, besaba su cuello.

—Siento, siento como que ya puedo respirar. Siento la necesidad de mirarte, de besarte, de amarte y, sobre todo, siento la necesidad de ser tuya. Siento también que el destino nos ha concedido una segunda oportunidad y que quizá los sueños puedan hacerse realidad. —Ella se giró para mirarme con los ojos brillantes por las lágrimas que no se molestó en disimular.

—Dímelo, me encanta que me lo digas —le hablé, cogiendo con dulzura esa carita de ángel que tenía.

—Te amo, Tommy. Solo a ti. Nunca he dejado de hacerlo.

Ví que cerraba los ojos y distinguí cómo una lágrima resbalaba lentamente por su mejilla. Ella tenía los labios a un aliento de los míos y le susurré:

—Yo también te amo.

La magia del momento fue interrumpida. Ambos nos apartamos, atendiendo a la voz de la señora Anderson.

—¡Chloe! —la llamó desde la planta baja—. Vamos a recoger los caballos, hay que resguardarlos de la lluvia. Me llevo a Susan.

—¡Oh, no! Ni hablar, yo no salgo con la que está cayendo —dijo, negando con la cabeza—. No, no —de nuevo se negó la chiquilla.

—Tú te vienes conmigo y quédate calladita. Ponte la gabardina.

—Vamos, que sí o sí tengo que salir, ¿no?

—Pues sí —le contestó Grace con una media sonrisa.

—Espera, que me voy a despedir de Tommy.

—Tommy no se irá esta noche.

—Ya lo sé, pero igual me cae un rayo y me parte en dos. No quiero que piense que soy una maleducada y que no me despedí antes de él.

—¡Qué cosas más absurdas se te ocurren!

—Ya, ya. Mamá siempre me dice que los hombres piensan y que siempre hacen cosas inexplicables y misteriosas.

—¿Eso te dice tu madre?

—¡Sí! También me ha dicho que hacen cosas monstruosas y crueles.

—Voy a tener que hablar con ella —comentó algo disgustada.

De repente, Susan abrió la puerta y se tiró en plancha sobre la cama de su madre.

—¡Caramba! Estas interminables escaleras de caracol algún día me van a provocar una artrosis en las rodillas.

Yo no pude contener la risa. Decía cada cosa...

—Susan, hay que llamar antes de entrar —la riñó Chloe.

—Me voy, no tengo escapatoria —se quejó mientras se levantaba—. A lo mejor para siempre. Así que me despido. Tommy, ha sido un placer conocerte, y recuerda: pase lo que pase. —Le mostró sus incisivos haciendo como si rayara un alimento e imitó a su conejo.

—Ven, deja a Tommy, lo estás molestando.

—En absoluto —dije a carcajadas.

—¡Ay, santo Dios! —Se llevó las manos a la cabeza—. Tú pensando en que estoy molestando y ni tan siquiera te despides de mí. A lo mejor es la última vez que me ves. Pues, nada, allá tu conciencia. —Le hizo un gesto con la mano—. Nos vemos en el cielo.

—¡No digas tonterías, hija!

Mientras Chloe seguía hablando con su hija, dejé que mis ojos se deslizaran hacia abajo, sobre los tirantes cruzados del pantalón de peto, hasta la estrecha cintura donde se adivinaba el nacimiento de las provocadoras y sensuales curvas de las nalgas. Después, continué absorbiendo las formas de las caderas y los muslos. Ella tenía las piernas más largas de lo que había

imaginado y sus tobillos esbeltos asomaban en la franja que quedaba entre el pantalón y las zapatillas deportivas.

—Hasta nunca —se despidió Susan.

—Adióóós, payasa —contestó su madre.

—Tu hija es preciosa. Me recuerda mucho a ti. Tengo que preguntarte algo.

—Dime.

—¿Sabes algo de Alan?

—No, ni quiero. ¡Que se vaya a hacer puñetas, no lo necesito!



CAPÍTULO 26

UN DESEO HECHO REALIDAD

La noche transcurrió entre risas, con una charla amena, ricas viandas y alguna que otra diablura de Susan. Después tomamos infusiones en la sala, frente a la chimenea. Allí conversamos largas horas. Fue una velada muy especial para todos, pero, sin duda, mucho más para Chloe y para mí. Pasadas las doce, todos nos retiramos a descansar.

Me dejé caer sobre la cama satisfecho, ilusionado y complacido. Durante la cena parecían haberse esfumado todos aquellos pensamientos negativos que tantos años me estuvieron hostigando. Las penas, el miedo y mi enfermedad parecían no existir. Por primera vez, no me sentía pesimista ni deprimido. Había gozado y saboreado de un día repleto de emociones e ilusiones, y me sentía dichoso y esperanzado.

«Necesito el calor de sus brazos. Tan cerca que estoy de ella, ¿voy?»,

pensé.

Me restregué la cara con las manos y me levanté de la cama. Estaba nervioso, excitado y en cierta medida me invadía un cierto miedo por lo que pudiese pasar a partir de ese momento. Paseaba por la estancia mordiéndome las uñas, me acercaba a la puerta, giraba el pomo y deseaba la idea. Y así estuve mucho tiempo.

De repente, escuché una puerta que se abrió y se cerró al mismo tiempo. Alguien caminaba por el pasillo y se dirigía hacia la planta de abajo. Era Chloe, porque segundos después ella comenzó a tararear nuestra canción. Tenía que aprovechar la oportunidad. Así que salí de mi habitación con una amplia sonrisa en el rostro y descendí por las escaleras intentando hacer el menor ruido posible. Me dirigí hacia la cocina. Cuando llegué, me quedé apoyado y cruzado de brazos en el quicio de la puerta, observándola. Quería apreciar centímetro a centímetro la sensualidad de sus formas, en un juego de tensión y deseo. Mis ojos y mi cuerpo no podían ocultar la avidez que me provocaba. Despertaba en mí la pasión más honda, deseaba sentir la vida, poseerla allí mismo. ¡Era tan seductora! Ella estaba mirando tras la ventana. La lluvia golpeaba fuertemente contra los cristales esa noche en Portland. En aquel momento, un rayo enorme recorrió el cielo y un trueno retumbó enfurecido. Dio un respingo, asustada, y retrocedió unos pasos hacia atrás. Acto seguido, alargó el brazo para sacar una taza del armario de la cocina, abrió la nevera y se sirvió un poco de leche.

—Hola, ¿qué haces?

Ella se volvió al oír mi voz y se llevó la palma de la mano al pecho.

—¡Cielos, me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces levantado? —me preguntó.

—Te oí bajar. Pensé que podías invitarme a un vaso de leche.

—Claro. —Ella me sirvió una gran taza—. Esto nos vendrá bien para dormir.

—Pues sí. A mí me está costando esta noche.

—¿Por qué?

Ella me miró y en mis ojos se podía ver claramente la razón. Tomé un sorbo de leche, dejé la taza sobre el mármol y me acerqué cauteloso, sonriéndole dulcemente. Y casi a oscuras, en la cocina, empecé a recorrer con caricias el cuerpo de esa hermosa mujer. La estreché entre mis brazos delicadamente, me aproximé a su oreja y le susurré lo mucho que la quería. Me quedé unos segundos en su cuello, lo besé y lo mordí con mucha suavidad.

Le alcé con ligereza la barbilla y posé mis labios en los suyos, suaves y cálidos. Así nos quedamos durante unos segundos, como si ambos quisiéramos retener aquel instante durante toda la eternidad. Después, sus labios se abrieron con los míos, desatando un terremoto en mi corazón.

Mis manos se desplazaron con lentitud por todo su cuerpo, haciendo diferentes recorridos. Cada tanto cambiaba la intensidad de la caricia provocando en Chloe mucho placer. Despacio, empecé a soltar los tirantes de su camión. Ella liberó su pelo y de manera sensual lo peinó despacio con sus dedos. Estaba tan deseoso de aquellas curvas tan perfectas que no pensé en mi corazón. Desde luego que ese no sería el motivo ni el causante para apagar esa pasión que mi cuerpo desprendía.

Nuestros rostros reflejaban pasión y lujuria. Una boca entreabierta, una respiración entrecortada... Necesitábamos más y más.

La cogí en brazos como si fuera algo delicado que se pudiera romper. Ella rodeó mi cuello y me miró con cariño. Subí las escaleras a oscuras. Solo una luz tenue y dorada procedente del jardín nos iluminaba. En ese instante, descubrí lo bello que era el amor entre las sombras.

Me detuve delante de la habitación de Chloe. Ella abrió el pomo y mis pies descalzos empujaron con suavidad la puerta. Entré y la dejé con suavidad sobre la cama. La observé con ternura y la besé en los labios.

—Te deseo —me susurró ella al oído.

—No hay prisa —le contesté.

Nos tocábamos y nos apretábamos como si esas caricias se hubieran convertido en un arte. Como cuando un pintor dibuja sobre un lienzo admirando a su musa. Yo era el artista que delineaba figuras sobre la piel de Chloe. La espalda y las nalgas, la tela. Un dedo bajó con la calidez de un pincel y por la sensible columna vertebral se perdió en el canal de los glúteos. Mis manos apretaban esas curvas tan divinas y calientes que no paraban de moverse. Era como moldear una frágil cerámica.

Las caricias se alternaban por delante y por detrás. La estaba volviendo loca. Evitaba tocar sus pechos y su sexo, pero me acercaba levemente en cada vuelta.

—Hazme el amor... —suplicó ella entre jadeos.

—¡Chiss! Todo llegará —le respondí.

Eran esos momentos eternos, perversamente lentos, que servían para aumentar la excitación del ser amado. Por fin, mis manos llegaron a sus pechos y posé los labios sobre sus pezones. Los humedecí con la lengua. Jugué con

ellos hasta que mi erección fue total. Ella se moría de placer. Y yo también. Estábamos fuera de sí. Mi lengua seguía con su recorrido. Bajé con la punta y me perdí por la llanura de su abdomen para luego subir por el interior de sus piernas. Se convulsionaba y surgían los gemidos y los ruegos. Me aparté y repté decidido hasta su boca.

Mientras tanto, mis dedos abrieron el volcán femenino hasta alcanzar con destreza esa parte deliciosa de su cuerpo que estaba empapada como un torrente de miel derretida.

La necesidad de ella para que la penetrara comenzó a hacerse obvia en el movimiento natural de sus caderas.

—Tommy, te lo pido. Hazme el amor.

Chloe estaba expuesta y hambrienta. No obstante, me comentó sus temores.

—Tengo miedo —me expresó.

—¿Por qué? —le susurré al oído.

—No quiero que te pase nada malo.

—Estoy bien, de verdad. Jamás en mi vida he estado mejor. No te preocupes por eso ahora. Soy feliz.

Me estiré sobre su cuerpo. Pero antes de poseerla, la sometí a una tortura de besos en su cara, sus labios y sus pechos. El ritmo entre ambos se acoplaba, pero era yo quien llevaba las riendas. Poco a poco y sin prisas. Ella seguía pasiva, pero no sometida. Solo se dejaba llevar. Me arrodillé y me senté sobre los talones. Ella, acostada, pasó sus piernas a ambos lados de mi cintura y las apoyó sobre mis muslos. Acercó su sexo. Quería su tan ansiado premio. Hacía mucho tiempo que lo esperaba. Entonces la fusión fue total y completa. El clima creció con las caricias. Me acosté bocarriba, cediéndole la iniciativa. Ella, con una dulce sonrisa, se sentó sobre mí en busca de una penetración profunda. Cabalgó primero al paso, después al trote hasta que la excitación la llevó a un galope violento que hizo temblar todo mi cuerpo. La dejé hacer y lancé palabras que aumentaron su pasión. Mis manos libres buscaron sus caderas para ayudar en el movimiento. Aquel fuego nos estaba consumiendo. Nos fundimos en un solo ser lleno de dulzura, amor y pasión. Solos, allí, en aquella habitación de Portland escuchábamos el sonido de la lluvia caer sobre el tejado. Un sinfín de sensaciones se apoderaron de nosotros. El desenfreno fue subiendo, y subiendo... Y, por fin, el clímax detonó en los dos y aquello que habíamos ansiado durante tanto tiempo se hizo realidad. Los ojos del uno y del otro hablaban por sí solos.

Habían pasado nueve años desde la última vez que nos vimos y nuestra relación había terminado mal, pero las cosas habían cambiado. Desde luego, ella no era la misma. Ni yo tampoco. Jamás había odiado tanto a los relojes. Me quedé en un profundo silencio pensando en mi vuelta a Vermont. Separarme otra vez de ella me ocasionaba tristeza. Suspiré y le sonreí. Mis ojos se cerraban. Por un instante, se me nublaron.

—Buenas noches, mi amor —me deseó.

—Vente conmigo al lago. Criaremos a Susan y seremos una familia. ¿Crees que es algo que te gustaría hacer?

—No sabes lo mucho que me gustaría una larga vida juntos, pero debo pensar en ello. Susan lo tiene todo aquí.

—No quiero perderme ni un segundo contigo, pero la decisión es tuya.

—Sí, necesitaré tiempo para pensarlo. Ella tendría que dejar su escuela, a sus amigos y a los abuelos. Ellos prácticamente la han criado. Los adora, son su familia. No sé cómo podría afectarle.

—Sí, sí, por supuesto. Te estoy pidiendo algo muy grande. Quiero que pienses muy bien lo que es mejor para las dos, no lo mejor para mí. Y quiero que sepas que te quiero, decidas lo que decidas.

—Dame tiempo para poder hablar con mi hija.

—Claro.

Al día siguiente, partí hacia la granja. Esperaría todo el tiempo del mundo y aceptaría cualquier decisión que tomara ella.

Dos semanas después, Susan y Chloe se presentaron en la finca. Cuando comprobé que el coche aparcado en la entrada era el de ella, casi me muero de la impresión. Me retiré torpemente del salón en su busca.

Todos fuimos a recibirlas. Cuando la vi bajar del auto, salí corriendo a su encuentro. La abracé tan fuerte que casi la dejo sin respiración. Había decidido pasar el resto de su vida junto a mí. Miré al cielo y le di las gracias a mi madre.

«Gracias».

Entonces una suave brisa acarició mi mejilla. Dirigí la mirada hacia Susan, que salía del vehículo a trompicones, murmurando e intentando sacar la jaula con el conejo.

—Vaya, Susan, he visto que has traído a Dientes de Drácula.

—¡Pues no iba a dejarlo allí! Es mi mascota y de toda la vida. —Miró mosqueada a su madre. Ella no quería dejar su escuela ni a sus amigos, pero,

ante todo, quería ver feliz a su mamá. Amaba a su mamá.

—Bienvenido, Dientes de Drácula.

—Anda que... si te contesta —me dijo, burlona, la chiquilla.

—¿Se enfadó tu madre cuando descubrió a Dientes?

—¡Ay, Tommy! Esa es otra. Mientras estaba conduciendo, me llamó la atención la conversación que mantenía con alguien. Miré por el retrovisor el asiento trasero. Ni un alma, solo ella y un montón de cajas mal puestas.

—Sí, ella se pensó que tenía un amigo imaginario. ¡Qué cosas tiene! —exclamó la pequeña—. Todavía no me he vuelto loca. Además, Dientes es como de la familia, donde voy yo va él.

—Claro —indicó su madre guiñándole un ojo.

Susan pronto se acostumbró a su nuevo hogar. Los niños siempre se adaptan a cualquier entorno. Rápidamente hizo amigos en la nueva escuela y en dos semanas ya estaba rodeada de personas que sentían cariño por ella. Los fines de semana se reunían todos en la granja. A ella le encantaban las fiestas de pijamas, pero lo que más le chiflaba era el final de la noche; terminaban sobre las camas con unas guerras de cojines que a Adriana le enfadaban, porque al día siguiente se pasaba casi toda la mañana quejándose mientras recogía plumas. Estar con Scott, Tommy y esa mujer peculiar que hablaba raro era para partirse de la risa, se lo pasaba genial.



CAPÍTULO 27

PLANES DE FUTURO

Estaba amaneciendo en el lago Champlain cuando Chloe se despertó. Yo la observaba tendido de costado en la cama, con la cabeza apoyada sobre la palma de la mano y el codo hincado en la almohada. En ese instante, le aparté un mechón de pelo de la cara y lo llevé detrás de la oreja. Ella me sonrió de una manera adorable, pura e inocente. Recorrí su rostro con las yemas de mis dedos admirando la belleza que poseía.

—Pareces un ángel que se quedó en la Tierra. Eres muy hermosa —le expresé.

—Te quiero —me dijo. Sus ojos brillaban como dos esmeraldas.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—¡En absoluto! Es todo perfecto. Me parece un sueño. Tú pareces un sueño. Soy feliz y por fin me siento amada. ¡Jamás me había sentido tan viva!

—¡Magnífico!

Le di un suave beso en la boca. Un cálido mimo que apenas duró unos segundos porque no podía soportar tenerla tan cerca de mí sin poseerla. Antes de caer en la tentación, me obligué a separarme. Chloe se levantó de la cama, se colocó una camisola y se dirigió hacia la ventana. Allí se quedó absorta, mirando la belleza que desprendía el paisaje que rodeaba la granja, su nuevo hogar.

—Sabes que estoy enamorada de ti, ¿verdad? Me enamoraste con tus palabras y, sobre todo, con la pasión y la fuerza con que describías la vida que íbamos a tener si al final conseguíamos todos nuestros sueños —me dijo.

—Yo nunca me he imaginado una vida sin ti. Ahora ya nadie nos separará. Tú lo deseas tanto como yo, ¿cierto?

—Quiero estar a tu lado hasta que seamos viejitos, ya te lo dije.

Se hizo el silencio. Aun teniéndola a mi lado, me sentía triste. La observé. Estaba tan bella allí de pie y mirando tras la ventana... que, llevado por un impulso, me levanté, me puse una bata y ceñí el cinturón que marcaba mi talle, elegante y airoso. Me acerqué por detrás y puse los brazos alrededor de su cintura. Tenía que tocar su cara, oler su cabello y oír su voz cerca de mí.

—Te amo —le susurré suavemente, besando su cuello con delicadeza.

Necesitaba imperiosamente comprobar que todo era real, que no me estaba volviendo loco y que tampoco era un sueño.

—Pellízcame.

—¿Cómo? —Abrió los ojos como platos.

—Que me pellizques el brazo.

Ella lo hizo.

—No es un sueño, Tommy.

—Así no. Pellízcame más fuerte, hasta que grite.

—¡No!

—¡Hazlo!

—Está bien.

—¡Auuu!

—¿Te he hecho daño?

—Sí. Pero tengo la certeza que este momento existe. Gracias.

—¡Qué tonto eres! Mira qué marca te he dejado.

—Ojalá permanezca toda la vida en mi brazo. No sé cuánto tiempo podremos estar juntos, pero el que tenga, te aseguro que lo aprovecharé. Sigo siendo un egoísta. De nuevo te pido que estés a mi lado sin pensar en tu felicidad. —Agaché la cabeza.

—¡Dios mío! Si soy la mujer más feliz del mundo. Y tú no eres un egoísta. He sido yo la que ha decidido venir aquí contigo y lo hubiera hecho hace mucho tiempo. Ahora nadie se interpondrá en nuestro camino. Tommy, pronto estarás bien; estoy segura de ello, lo presiento. Tu deseo algún día se hará realidad. No dejes de luchar por él.

—Soy tan feliz...

Cierto era que la vida es apenas un suspiro en el que se lucha por ser feliz, y nosotros durante un tiempo lo conseguimos.

Dos años después...

Los rayos de sol filtrándose por el cristal despertaron a Susan. De un brinco, se levantó de la cama, estaba contenta y cantarina. Lo primero que hizo fue introducir la cinta de los Beatles en su radiocasete, un grupo que le encantaba. Buscó su canción preferida y unos segundos después sonaba *Can't buy me love*. Bailando y cantando, iba recogiendo todo lo que había dejado en el suelo el día anterior. Estaba ilusionada y contenta porque esa noche celebrarían el vigésimo octavo cumpleaños de Tommy. Para ella era todo un acontecimiento, lo adoraba. Su madre había organizado una velada por todo lo alto y con una lista de invitados considerable. Susan estaba convencida de que todo iba a salir genial e iba a ser un cumpleaños diferente y especial. Ella quería a Tommy con locura. La había tratado como si fuera su propia hija. Ella siempre le decía que se merecía millones de fiestas de cumpleaños.

—Mamááá —la llamó.

—¡Dios mío, hija! ¡No pongas la música tan alta! ¡Baja el volumen!

—Anda, baila conmigo —le pidió, arrugando los morritos.

—Más tarde. Ahora tengo muchas cosas que hacer. Me tienes que ayudar a montar el árbol de Navidad, ¿recuerdas?

—¿Qué? No recuerdo. Sufro de *telequinesia* —se hizo la despistada.

—Amnesia, Susan. Y esta vez no te inventes cosas, te lo advierto. Sabes que la única que sale perdiendo eres tú.

—Ya, pero la última vez que te mentí te pasaste un poquito con tu

venganza, ¿no crees? Comer arroz hervido y manzanas al horno durante una semana entera me causó un tremendo estreñimiento. Entonces sí que era verdad que me dolía la tripa y no me creíste.

—Pues cuando te pida algo, vas y lo haces, y no salgas como una endemoniada corriendo hacia el cuarto de baño improvisando un terrible dolor de tripa.

—Hay tiempo para todo. Pero antes baila un poquito conmigo. Venga, por favor. Solo un ratito.

Ambas bailaron y cantaron un buen rato. Parecían dos cabras saltando en el monte. Me acerqué y me quedé apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados y mirándolas como si estuviera observando un espectáculo de circo. Sonreí. La una y la otra estaban tan metidas en el papel y en su actuación que, entre voces desafinadas, no se percataron de que yo no les quitaba el ojo de encima. Inspiré buscando fuerza en aquel simple acto, aparté la vista de todo aquel barullo que se llevaba a cabo abajo y me centré en aquel teatrillo de esas dos mujeres que tanto amaba.

Acabaron exhaustas, tendidas sobre la cama, dándose besos y caricias. Chloe le dedicaba a su hija palabras tiernas y rozaba su carita regalándole cucamonas. Me alejé satisfecho de verlas tan felices y compenetradas. Bajé al salón y me senté en el sillón. Tantas emociones me estaban produciendo arritmias en el corazón.

Al cabo de un rato se reunieron conmigo. Respiraba con dificultad.

—Cielo, ¿estás bien? —me preguntó Chloe.

—Sí, todo va bien, no te preocupes. Solo estoy algo cansado. Pero se pasará. Venga, vamos a decorar el árbol.

—No, tú quédate sentado. Susan y tu padre me ayudarán. Tú descansa — me dijo mientras me daba un beso en los labios.

—Tú me cambiaste la vida. Aún recuerdo nuestro primer beso, ¿lo has olvidado?

—Es imposible olvidarlo. Añoro esos tiempos. —Su voz sonaba triste.

A Chloe se le hacía difícil mirarme a los ojos cuando mencionaba las cosas bellas que habíamos compartido.

—Cuando recuerdo el daño que te he hecho, lloro.

—Eso ya está olvidado, mi vida.

—¿Ves?, ya estoy llorando, tonto.

—Anda, dame otro beso y vete, que te están reclamando.

Chloe se alejó mirándome por encima del hombro. En el rostro de ella

se reflejó la preocupación. Me costaba respirar y ella, sin duda, se dio cuenta.

Mi preciosa daba órdenes de dónde colocar cada cosa: flores, música, *catering*... Era muy minuciosa y una buena anfitriona a la hora de invertir su tiempo para tales eventos. Dejé escapar una sonrisa mientras la miraba. Cuando lo hice, di gracias a Dios porque todas mis plegarias habían sido escuchadas. Verla allí, dirigiendo el acontecimiento, me pareció, por unas milésimas de segundo, algo surrealista. Aún no me lo acababa de creer.

A un día de Navidad y con una copiosa nevada sobre el condado, el destino nos tenía preparado a Chloe y a mí otro camino. Salí de casa y el golpe de frío me espabiló. Entonces, fue ella quien me miró a través de la ventana que daba al jardín. Me estuvo observando un buen rato, hasta que abrió el cristal y me dijo que era la mujer más feliz que existía sobre la faz de la tierra.

—¿Te encuentras bien, mi amor?

—Sí, no te preocupes —le hablé esbozando una amplia sonrisa.

El teléfono sonó.

—Ahora vuelvo. —Y cerró la ventana.

Chloe lo descolgó. Era la pastelería, la dependienta le comunicó que no podrían hacerle la entrega de la tarta a la hora convenida. El problema era que el chico que se encargaba de ello se había sentido indispuerto y tuvo que regresar a su domicilio, por lo que ella, amablemente, se ofreció a recogerla sin ningún inconveniente. Ese cambio de planes le vino como anillo al dedo. De camino a la pastelería pasaría unos minutos a visitar a sus padres, que vivían en la misma esquina de donde se encontraba el establecimiento, así que se acercaría y los felicitaría por las fiestas. Ellos no podían asistir; estaban invitados, como todas las Navidades y como ya era costumbre, en casa de los jefes de Daniel esa noche.

Tras montar el árbol y decorarlo, puso algún que otro detalle más por la estancia, el fuego de la chimenea caldeaba todo el salón y las risas y bromas se sucedían de forma inevitable. No supo cuánto tiempo había pasado hasta que se dio cuenta de que ya lo tenía todo acabado, y se recostó en el sillón tomando una copa de vino blanco y diciendo «fin». Revisó con la mirada, de un lado a otro, que cada cosa estuviera terminada y en su sitio. Todo estaba perfecto. Suspiró aliviada y contenta.

Descansando unos minutos antes de partir hacia el pueblo, vio como mi padre, Susan y yo estábamos discutiendo por colocar la estrella sobre la copa del árbol. Seguro que pensó que éramos unos chiquillos. Se la veía feliz.

Estaba en el lago Champlain, en aquella granja hermosa, con un hombre que la adoraba, con una hija a la que amaba por encima de todo y con un suegro que le tenía robado el corazón. ¿Qué más podía desear? Tenía todo lo que había ansiado desde pequeña. Sus sueños casi se estaban haciendo realidad. Solo faltaba el más importante: ese órgano que no llegaba y que tanto necesitaba yo.

Subió a darse una ducha, pues pensó que cuando ya llegara con la tarta, sería algo tarde. Así que se vistió para la ocasión, eligió un vestido negro entallado de cóctel y se maquilló con sencillez. Al abrir el cajón del chifonier donde tenía guardados los pantis, se percató de que ese día no había podido dedicarle unas palabras a su diario. Se sentó y empezó a escribir, tan solo le llevaría unos minutos. Estaba tan ensimismada haciéndolo que no se dio cuenta de que yo había entrado en la estancia y había permanecido sobre la cama, sentado, contemplándola como el que está viendo a una diosa en el paraíso. Cuando cerró el diario, se agachó para colocarse los zapatos y marcharse. Al levantar la cabeza, se sobresaltó.

—¡Dios Santo, me vais a matar a sustos!

—¿Qué haces?

—Estaba escribiendo en mi diario.

—¿Algún día me lo dejarás leer? —Le guiñó un ojo.

—Es personal. Quizá algún día, si te portas bien —me contestó burlona.

—¿Qué tengo que hacer para portarme bien? Sabes que puedes caer rendida ante mis besos y mis...

—¿Cosquillas? Qué bribón que eres. —Sonrió.

—Tengo algo para ti. —Me levanté, abrí el cajón de la mesilla de noche y saqué un estuche.

—¿No debería ser yo quien te regalara algo? Es tu aniversario.

—Pues dámelo.

—Después de la tarta.

—Venga, dámelo. Si no lo haces, no te daré lo que tengo aquí. —Señalé el regalo.

—¿Por qué eres así? Está bien, pero después no me pidas nada más.

Chloe se dirigió hacia el armario, abrió la puerta y sacó de su interior una cajita que había escondido bajo las sábanas.

—¿Cómo que no! Después quiero que me des todo tu amor.

—Eres un pillín —se carcajeó.

Ambos nos colocamos uno frente al otro. Parecíamos dos colegiales.

—¿Me lo das?

—Tú primero —le dije.

—Hagamos una cosa: a la de tres, intercambiamos los regalos. Uno, dos y tres. Bueno, veamos qué es.

—No, todavía no lo abras, ¿qué me has comprado? —pregunté.

—¿Y tú?

—¡Madre mía, si alguien nos viera! ¿Algo que decir antes de abrirlos?

—Creo que sí —contestó ella.

—Yo también tengo algo que preguntarte. ¿A la de tres?

—OK. Una, dos y tres.

—¿Quieres casarte conmigo? —dijimos ambos al unísono.

Nuestros ojos permanecieron unos segundos en los labios del otro, esperando una respuesta. A la vez, levantamos la mirada y solo con ella pudimos acertar qué era lo que teníamos que confirmar. De nuestras bocas salieron las palabras mágicas.

—Sí, quiero.

Le coloqué el anillo en su dedo y ella hizo lo mismo en el mío. Después de eso, nos besamos apasionadamente y la felicidad rodó por las mejillas de ambos.

—Te amo, futura señora Collins.

—Será un placer serlo. Yo también te amo, futuro maridito mío. Tengo que irme o se me hará tarde.

—¿Te acompaño?

—No. Tú quédate, pronto llegarán los invitados y hay que recibirlos como se merecen. ¿Sabes? —Dirigió la mirada a mi cuello—. Estás muy guapo con esa corbata roja que te has puesto. —Mientras me lo decía, arreglaba el nudo con dulzura y amor—. ¿Me esperarás?

—¿Qué pregunta es esa? Pues claro que te esperaré, y pobre de ti si no vuelves —le dije—. Estás preciosa con ese vestido negro. Cuando te vea el chef pastelero, se va a enamorar de ti. Estás hecha un bombón.

—Qué gracioso eres... Anda, dame un beso.

—Mejor dos.

Pero tan rápido como nos acercamos, nos separamos con un gran impulso que nos echó para atrás. Nos miramos a los ojos de forma extraña.

—¡Uy!, ¿lo has notado? —le pregunté.

—¿Que si lo he notado? ¡Vaya calambrazo que nos hemos dado!

—Tú eres la culpable. Eres electricidad para mi cuerpo —le expresé socarrón.

—¡Bobo!

—¿Me prometes que irás con cuidado? Ha nevado mucho y están cayendo las primeras gotas de agua. Conducir con este tiempo por la carretera no creo que sea una buena idea.

—No te preocupes, iré con cuidado, te lo prometo.

—Chloe, no vayas a buscar la tarta. Con todo lo que hay para cenar es suficiente. Nadie la probará.

—Ni hablar. ¿Qué es un cumpleaños sin tarta? ¿Dónde se ha visto eso?

—Está bien. ¿Qué te parece si nos casamos en primavera?

—Si por mí fuera, mañana mismo —me dijo guiñando un ojo.

—Ten cuidado, por favor.

—Tendré cuidado, te lo prometo.

Hacía tiempo que no enlazábamos los meñiques, y en ese momento lo hicimos y sonreímos al darnos cuenta de que nada había cambiado.

—¡Dios mío! No tengo palabras para describir lo bonita que eres.

Ella me ofreció una gran sonrisa mientras, con un dedo, hacía un bucle en su pelo. Se acercó a mí y me abrazó, y así permanecimos unos segundos. Luego posé mis labios delicadamente sobre los de ella y poco a poco nos fuimos uniendo en un gran beso lleno de ternura. Chloe se apartó, mordió mi labio inferior y volvió a fundirse de nuevo dentro de mi boca.

—Como sigas, acabaré desnudándote y haciéndote el amor —le advertí.

—Tienes razón. Debo irme, se está haciendo muy tarde.

—Espera. —La retuve suavemente del brazo—. Eres el sueño perfecto con el que cualquier hombre podría soñar.

—Siempre has sido un romántico. —Rio.

—¿Te gusta que lo sea?

—Por supuesto, me encanta. Volveré pronto.

—Bien.

Me quedé mirándola. Bajaba las escaleras corriendo. Torpemente, perdió un zapato por el camino. Salí a su encuentro. Cogí el zapato, le pedí que se sentara en el escalón y se lo coloqué de nuevo en el pie.

—¿Lo ves? Siempre has sido mi princesa.

Ella me sonrió y me contestó:

—Y tú, mi príncipe encantador.

Susan se encontraba en la planta baja. Cruzándose de brazos, se apoyó contra la pared y nos observó.

—Arggg, odio esos pasteles: cariño, tesoro, terroncito de azúcar,

princesa, cielo, amor... —susurró con burla—. Es espantoso y cursi. Otra cosa son los pastelitos que hace Adriana, ummm, esos me encantan. Voy a por uno. —Se fue dando saltitos hasta la cocina.

—Gracias. Te amo, Tommy.

—Yo también te amo, más de lo que te puedes imaginar —le expresé tocando su nariz con mi dedo índice—. La vida es bella a tu lado.

—Eres tan amoroso. —Sonrió y se puso en pie—. Adiós.

—Odio esa palabra —indiqué negando enérgicamente con la cabeza.

—Lo sé. Pues... hasta luego.

—Mejor así. —Curvé las comisuras de los labios hacia arriba.

Me quedé sentado en las escaleras, mirando cómo se alejaba sin perder todos y cada uno de sus movimientos.

—¡Susan! —llamó a su hija mientras iba en busca del abrigo que estaba colgado en el perchero de pie en la entrada del *hall*.

—¿Qué, mami?

—¿Qué comes?

—Un pastelito.

—¡Como luego no cenas...! Anda, dame un beso. Ayuda a papá y al abuelo. Haz caso a todo lo que digan, ¿vale?

—Vaaale.

—Quiero que te portes como una niña responsable y educada cuando lleguen los invitados. Pero, sobre todo, no digas palabrotas, ¿de acuerdo?

—Sí, maaami...

—Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

—Lo sé. Me lo dices cada cinco minutos. No hace falta que me lo repitas tantas veces —protestó arrugando la nariz.

—Bueno, solo quería que lo recordaras por si acaso se te olvida.

Chloe levantó la cabeza, yo aún permanecía sentado en el escalón. Ella besó la palma de su mano y, soplando, me mandó un beso. Yo crucé los brazos mimando mi pecho y le devolví la carantoña dándole a entender que la llevaba en mi corazón.

—Venga, mami, que pronto vendrán todos. Anda, a buscar la tarta, que se te hace tarde. —La acompañó hasta la puerta.

—Qué prisa, ¿tantas ganas tienes de que me vaya? —le preguntó sonriendo.

Susan se quedó en la puerta principal canturreando la canción que estuvieron bailando esa tarde como dos torpes bailarinas. Esperó a que su

madre se subiera al coche y una vez que lo hubo hecho, aguardó, tiritando de frío, hasta que ella desapareció de su campo de visión. Y con un sonoro portazo, cerró la puerta tras de sí.



CAPÍTULO 28

UN REGALO DE CUMPLEAÑOS

—Tommy, los invitados están llegando —me gritó mi padre desde la planta baja—. ¿Has escuchado?

—¿Qué pasa? —preguntó Susan.

—Hazme un favor, hija. Sube y dile que los primeros invitados están empezando a llegar.

—¡A sus órdenes, mi teniente! ¡Como una bala!

Susan ascendió contenta por la escalera de caracol entonando una canción.

—Hoy es el día de mi papá, *tra la rá tra la rá*; es su cumpleaños y todos lo celebrarán, *tra la ri tra la rá*, habrá regalitos, *tra la ri tra la rá*. Camisetas, calcetines, pañuelos y corbatas, que lata, siempre igual, pensará. Pero él, que es tan bueno, con una sonrisa los aceptará, *tra la ri tra la rá, tra la ri tra la rá*, y cuando oiga esta bonita canción, *patatín patatán*, él dirá:

«Oh, ¡qué bonita!, este regalo me gusta más». —Se carcajeó—. ¡Qué *cuqui* es la canción!

Estuve mirándome en el espejo y me di cuenta de que en mi rostro apenas quedaban signos de mi enfermedad, o quizá era que no los apreciaba. Era feliz, y en mi cara y en mis ojos se reflejaban tales sentimientos. Sonreí y fui en busca de mi americana oscura, que estaba bien colocada en el respaldo de una silla, junto al tocador de Chloe. Mi mirada se clavó en su diario, que ella había dejado sobre el mueble. Me resultaba tentador, así que lo cogí con la mayor delicadeza del mundo. Me senté sobre la cama, deshice el lazo rojo y lo abrí cuidadosamente, temiendo lo que sea que había escrito en su interior. Fruncí los labios en una mueca de disgusto y suspiré —no era honesto por mi parte leer algo tan personal y privado—. Susan tuvo la inoportuna ocurrencia de entrar en mi habitación sin llamar y yo, ¡tac!, cerré el diario.

—Papi, ¿cuándo llegará mamá? ¿Qué haces? —Enarcó una ceja.

—Susan, antes de entrar en algún sitio, tienes que pedir permiso.

—¡Oh, tú también con eso! —Puso los ojos en blanco.

—A eso se le llama ser educada, hija.

—Vaaale. ¿Estás leyendo el diario de mamá? ¡Ay, ay, ay! Como se entere, se va a disgustar mucho contigo.

—Máximo secreto, ¿vale? —La miré a modo de interrogación.

—Bueno, si eso te hace feliz... Yo no digo nada. El abuelo me ha dicho que bajes.

—Ahora vamos. Ven aquí, pequeñaja. —La senté en mi regazo.

—¿Cuándo llegará mamá? La echo mucho de menos.

—¡Pero si siempre la haces enfadar! —Ella arrugó la naricilla y yo le di un toque.

—Enfadarse no siempre es malo, papi.

En ese momento, miré el reloj de pulsera. Chloe se estaba retrasando, pero no me preocupó. Pensé que se habría despistado un poco charlando con sus padres.

—Tengo un regalo para ti. —Me dedicó una amplia sonrisa.

—Vaya dientes más blancos y bien alineados. —Reí—. Venga, estoy impaciente, dame tu regalo.

—¿Estás preparado?

—Claro, estoy nerviosísimo. Mira mis manos, tiemblan.

—Oh, ¡pero qué bobo eres! —Se carcajeó—. Te he compuesto una canción exclusivamente para ti, ¿quieres escucharla?

—No me queda otro remedio, ¿verdad?
—¡Pues no! —Abrió los ojos de par en par.
—Dispara —contesté mientras inhalaba profundamente para después soltar un resoplido.



—¡Qué tarta más bonita, es espectacular!
«Seguro que a Tommy le encantará».

La dependienta la empaquetó y Chloe pagó los servicios.

—¡Lista! Que lo pasen bien, y dele recuerdos al joven Collins.

—Claro, de su parte. Gracias.

Había dejado el coche aparcado en la esquina de la tienda y era mejor no moverlo. Por esa calle los vehículos se volvían casi locos buscando estacionamiento. La nieve dejó de caer y dio paso a una lluvia fina que más tarde se convirtió en una terrible tormenta. Una vez que decidió qué hacer con el vehículo, se quedó pensando en la tarta.

«¿La dejo en el auto? No, me la llevo. Quiero enseñársela a mamá a ver qué le parece», caviló.

Con el pastel bien sujeto en sus manos, tomó la dirección hasta casa de sus padres.

Brenda apartó las cortinas de la ventana y vio llegar a su hermana radiante y feliz. Como un rayo, avisó al resto de la familia.

—Venga, todos a la puerta —ordenó Karen.

Antes de que ella tocara el timbre, la puerta de la entrada se abrió.

—¡Feliz Navidad! —gritaron todos a la vez.

—¡Por Dios, casi se me cae la tarta de las manos! ¿Me estabais esperando? —Les sonrió—. Sois la mejor familia del mundo. Venid a la cocina, que quiero enseñaros algo.

—¡Guau, qué tarta más bonita! —exclamó su hermana.

—¿Te gustaría probarla?

—Me encantaría —le contestó.

—¿Te vienes esta noche conmigo o prefieres ir a esa fiesta aburrida que todas las Navidades hacen los jefes de papá?

—¿Puedo ir con ella? —Brenda miró a sus padres.

—Deberías venir con nosotros, ellos cuentan contigo.

—¡Vaaa, papá! Que le den mi plato a algún indigente, que seguro lo

necesita más que yo. Nadie debería quedarse sin un plato caliente en Navidad, ¿no crees?

Los señores Hamilton se miraron y asintieron.

—Está bien, puedes ir. Te iremos a recoger mañana —le refirió su madre.

—Hija, Tommy ha llamado varias veces. Está algo raro, ¿se encuentra bien?

—¡Ay! Sí, es verdad que estaba algo raro. ¿Puedo llamarlo?

—Claro —contestó Daniel.

—Hola, ¿te ocurre algo, cielo?

—*No. Solo quería decirte que te amo y que te echo de menos.*

—En menos de una hora estoy contigo. Me despido de mis padres y voy.

—*Ven con cuidado.*

Chloe sentía como al otro lado del hilo telefónico su hija incordiaba a Tommy.

—*Déjame hablar con ella, dame el teléfono, por favor, por favor.*

—Sabes que lo hago —contestó Chloe—. Dile a Susan que se porte bien.

—*Toma, ¡Virgen Santa!* —exclamó él molesto por la impaciencia de su hija.

—Adiós.



—¿Mami? Vaya por Dios, ya ha colgado —se quejó Susan.

Justo entonces sentí un fuerte pinchazo en el pecho que me hizo desmoronarme al suelo.

—De verdad, papááá. Eres un payasito genial, ¿lo sabías? ¿Es por la canción que te he cantado antes? No lo hago bien, ¿verdad? Mamá siempre me dice que me parezco a ti. —Ella se sentó sobre la cama y cruzó los brazos—. Venga, deja de hacer tonterías. Si es una broma, no tiene ni pizca de gracia, ¡levántate! —Su voz llegaba a mis oídos débilmente—. Que te levantes en tres, dos, uno... —Se acercó hacia mí y me empezó a hacer cosquillas. Yo no respondía. Era raro, siempre me tronchaba de la risa cuando Susan me las hacía. Ella sabía muy bien cuáles eran mis puntos débiles—. ¿Qué te pasa? —Su manita acarició mi frente—. ¡Papi! ¡Papááá! —escuchaba decir en la lejanía. Chloe salió de la habitación gritando como una loca a su abuelo Scott

—. ¡Abuelo, abuelo, sube rápido! —Ella volvió a mi lado—. ¡Contéstame, papá! Abre los ojos y háblame.

A la carrera, subieron Scott, Adriana y Amy.

—Amy, llévate a la niña de aquí —le pidió el señor Collins.

—¡Nooo! Quiero estar con él —contestó gimoteando ella.

Amy casi arrastró a Susan de la estancia y la bajó al salón, intentando calmarla. Adriana descolgó el teléfono de la habitación y llamó a la ambulancia.

—Deberíamos llamar a Chloe también —le comentó a Scott.

—Claro, hazlo tú misma. Todavía debe estar en casa de sus padres —le contestó.

Lo hizo, pero el teléfono comunicaba. «Que cuelguen, por Dios», pensó. Dos veces más lo intentó, pero no había manera. Seguía ocupado. Esperaría unos minutos y lo volvería a intentar.

En un santiamén, los servicios médicos se personaron en la granja. Me practicaron los primeros auxilios, pero yo no respondía. Estaba muy grave. Los invitados estaban preocupados, pero más que ayudar, casi que estaban molestando.

—Por favor, váyanse a casa, aquí no pueden hacer nada —les dijo el médico de guardia.

—Adriana, Amy, me voy con Tommy. Susan. —Alzó a la niña y la abrazó—. Todo va a salir bien, ya lo verás.

—Quiero ir contigo.

—Ahora no puedes. Pero te prometo que en cuanto papá se recupere, vengo a buscarte y te llevo con él.

—¿Me lo prometes? —gimoteaba.

—Te lo prometo.

—Cuando la niña esté algo más calmada, iré al hospital, Scott —habló Amy.

—De acuerdo. Gracias.



La familia Hamilton estuvo charlando un rato más. Unos minutos después, se despedían con cálidos abrazos y felicitaciones.

—Chloe, venga. No hagas esperar a Tommy. Y Feliz Navidad, hija.

—Sí, me voy. ¿Estoy guapa, mamá? —Dio una vuelta sobre sí,

sonriendo.

—Estás preciosa. ¡Uy! Casi se me olvida, espera. Lo tenía guardado para dártelo mañana, pero creo que hoy es el día perfecto para que los luzcas.

Su madre sacó del cajón de la sala de estar una cajita pequeña que ella misma había envuelto con papel de regalo típico navideño. Chloe, cuando la abrió, se quedó sin respiración. No daba crédito a lo que allí dentro había. Miró a su madre y no pudo reprimir su emoción.

—Mamá, no sabes cómo he deseado ponérmelos alguna vez.

—Lo sé. Ahora son tuyos y los podrás llevar siempre que te apetezca.

Intentó colocarse los pendientes, pero era menos que imposible acertar en la pequeña perforación de su oreja. Sus manos estaban temblorosas.

—Tranquila, hija, con nervios no se llega a ninguna parte. Dame, que te los pongo yo. Pero quédate quieta, que ya sabes que ando mal de la vista. Tú imagina que tengo los ojos vendados y estoy como en el juego aquel... Ahora no recuerdo cómo se llama.

—Poner la cola al burro, mamá —le recordó Brenda.

—Pues eso. Así que tú verás —le advirtió bromeando la señora Hamilton.

Mientras tanto, Brenda descolgó el teléfono y atendió una llamada.

—Sí, dígame.

—*Hola, pastelito, ¿estás en casa?*

—Serás tonto. ¿Dónde crees que has llamado?

—*¡Uy! Pues sí, soy tonto. En diez minutos estoy ahí, quiero entregarte tu regalo de Navidad.*

—¿No habíamos quedado en hacerlo mañana?

—*Ya. Pero es que me quema en las manos y quiero dártelo ya.*

—Pues me iba a ir con mi hermana, es el cumpleaños de mi cuñado.

—*Como quieras, ya te lo daré mañana.*

—Sí, hombre, y ahora me voy a quedar sin saber qué es eso que te quema en las manos. ¿Tú qué quieres, que no pegue ojo en toda la noche? Aquí te espero —le dijo.

—*En menos de diez minutos estoy ahí. Adiós.*

—Adiós, impaciente.

Ella también lo estaba, tanto que dejó mal encajado el teléfono. Mientras Brenda hablaba con su novio David, Chloe estuvo mirándose en el espejo de la entrada. Se apartó el pelo dejándolo recogido tras sus orejas y se las miró de derecha a izquierda, estaban preciosas adornadas con aquellos pendientes.

Su madre los tenía bien guardados. Era algo intocable. Era su tesoro. Y ahora le pertenecían a ella. ¿Qué más podía desear ese día? Un corazón para Tommy. «Eso sería genial», pensó. Si fuera así, todo lo que deseaba desde siempre ya lo habría obtenido. En ese momento alcanzaría la culminación de todos sus sueños. Entonces sí que ya sería la mujer más feliz del universo.

—¿Qué te pasa, hija? —le preguntó su padre—. Estás preciosa con esos pendientes que te ha dado tu madre, ¿no te gustan?

—¡Oh, no es eso! Estaba pensando en Tommy. Hoy estaba algo pachucho. Tengo que irme. ¡Brenda, ¿te vienes?! —gritó desde la planta baja.

—Lo siento, hermanita. David está a punto de llegar y me quiere entregar mi regalo de Navidad. Me estoy arreglando un poco. Nos vemos mañana. Ten cuidado con el coche. ¡Te quieero! —le chilló desde lo alto de la escalera.

—Os tengo que dar una buena noticia —les dijo mientras se colocaba el abrigo.

—Ah, ¿sí? —contestaron ambos a la vez.

—Tommy me ha pedido que me case con él, bueno, los dos lo hemos hecho.

—¿Y...? —Se quedaron en silencio esperando que siguiera hablando.

—Nos casaremos en primavera. ¡No me lo puedo creer! —expresó jocosa—. Estáis todos invitados. —Sus padres rieron.

—¡Faltaría más que no nos invitaras! No sabes lo que nos alegramos por ti. Ya era hora —habló Karen con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Enhorabuena, hija —manifestó su padre—. Estoy completamente seguro de que serás la mujer más dichosa del mundo.

—Os quiero mucho.

—Y nosotros, hija —le contestó su madre.

—¡Uy! Casi se me olvida la tarta. ¡Qué cabeza la mía! Con tantas emociones, casi me dejo lo más importante de esta noche.

—Anda, corre. Hasta mañana —concluyó su madre.

—Si Dios quiere. ¡Os amo!

Karen cerró la puerta con un mal presentimiento, pero se lo quitó de la cabeza. Hoy se sentía dichosa porque su hija se casaría con Tommy en primavera. Iba a la cocina cuando se percató de que el teléfono estaba mal colocado.

—¡Esta jovencita!

Lo puso en su lugar y, nada más hacerlo, sonó. Era Adriana y le explicó

lo que había ocurrido. Los Hamilton salieron en busca de su hija para avisarla, pero ya no la encontraron. Los padres de Chloe y su hermana Brenda cogieron el coche y se dirigieron al hospital. Cuando llegó la ambulancia, ellos ya estaban allí.

Había empezado a llover como nunca había visto Chloe. La visión era casi imposible y el parabrisas no daba más de sí. Las tormentas no eran precisamente de las cosas que más le gustaban. A medio camino de la granja, sintió la sirena de una ambulancia y miró por el retrovisor por si tuviera que dar paso. No hizo falta, iba en sentido contrario. Se quedó pensativa. Esa carretera llevaba a la granja de los Adams y a la de los Collins. Quizá le hubiera ocurrido algo a Herbert. Ni por un momento pensó en que podía ser Tommy. La lluvia impedía que la ambulancia corriera más de lo que debiera. En ese momento, pasó por su lado como si estuviera viendo una película a cámara lenta. Alzó la mirada y pudo comprobar que la persona que iba delante, sentada al lado del conductor, era Scott. Sintió un vértigo que hizo que casi perdiera el control del vehículo, algo que con rapidez logró controlar.

—¿Scott?! —gritó—. ¡Dios mío! ¡Tommy!

Unos segundos después, frenó el coche con tanta fuerza que el vehículo resbaló sobre la calzada. Cuando por fin pudo controlarlo, hizo un cambio de sentido y se colocó detrás de la ambulancia, pero esta desapareció en un cruce. Se puso nerviosa. No veía con claridad por dónde se había ido, de modo que pisó a fondo el acelerador. La tormenta cada vez era más fuerte, mucha agua, muchos truenos y muchos rayos. Pero eso no era un impedimento. Sus miedos desaparecieron. Lo que verdaderamente importaba ahora era llegar al lado de Tommy. La necesitaba.

Cogió una curva que sabía que era extremadamente peligrosa, la había recorrido infinidad de veces. Chloe era cuidadosa conduciendo, siempre respetaba las señales de tráfico, era sumamente esmerada. De pronto, un vehículo salió de una senda secundaria, pero otra curva cerrada impidió que ella lo viera. Tenía que haber reducido la velocidad, pero ya no pudo. El choque fue irremediable y colisionaron de forma aparatosa. La muerte apareció ante sus ojos, que cerró, y apretando el colgante que rodeaba su cuello, rogó a Dios que ayudara a su amor. Su vehículo dio una vuelta de campana y después descendió por un precipicio. En el curso de la bajada, su cuerpo se iba zarandeando de un lado a otro. Ese día, con las emociones a flor de piel y las prisas por llegar a casa, se descuidó de abrocharse el cinturón de seguridad. La parte delantera del coche acabó estrellándose contra un árbol de

forma espectacular y brutal. El no ponerse el cinturón hizo que se diera un gran golpe en la frente que empezó a sangrar de una forma persistente. Antes de perder el conocimiento, vio cómo la tarta había quedado desparramada por el interior y pensó que a ella no le pasaría lo mismo con sus sueños. Tenía que casarse con Tommy. Deseaba con toda su alma ser la señora Collins, tanto como gotas tiene la lluvia. Darle un hijo y encontrar un corazón para su querido amor sería la culminación de todos sus deseos. Sus ojos se cerraron pensando en su pequeña Susan.

—Su... san... —murmuró a duras penas.

El otro vehículo se quedó en medio de la calzada humeando.

Amy se puso en camino hacia el hospital a toda velocidad y, al girar en una curva, pudo distinguir un coche en mitad de la carretera, así que aminoró la marcha y, con lentitud, se acercó todo lo que pudo hasta él. «Ha habido un accidente» pensó, y salió a toda prisa para socorrer a los ocupantes. Llovía y hacía frío. Miró dentro del turismo. El señor que lo ocupaba era de edad avanzada y le contó que no sabía cómo había llegado hasta allí. Se había perdido con los cruces y la lluvia le estaba dificultando encontrar la salida.

—El otro vehículo ha caído por el precipicio. Vaya, señorita, vaya. Yo puedo esperar.

—De acuerdo, ahora vengo. —Lo tapó con una manta que sacó de su coche.

—Vaya, señorita.

Allí, contra el árbol, estaba el otro accidentado. Mientras bajaba, su cara fue desencajándose. El modelo de coche y el color era el mismo que el de su amiga Chloe. Corrió aún más y cuando llegó hasta el vehículo, buscó en su interior para asegurarse de quién era. En ese momento le pareció que el mundo se derrumbaba ante sus pies. Golpeó el coche intentando abrir la puerta, pero no podía. Se posicionó al otro lado del vehículo y pudo abrir la del copiloto. Entró y levantó cuidadosamente la cabeza de la mujer. Era ella. Era su mejor amiga. ¡Dios mío! Se le partió el alma. Ver ese rostro... Estaba destrozado, apenas la reconocía.

—¡¿Chloe?! —gritó—. ¡Háblame, dime algo, por Dios! Voy por ayuda. Abre los ojos, por favor, te lo pido —le decía llorando desconsoladamente.

«¿¿Por qué??», preguntó mirando hacia el cielo mientras su cara quedaba mojada por la lluvia. Subió por la pendiente, pero se resbalaba, se levantaba y volvía a caer. La tierra estaba intransitable. El barro, la nieve y la lluvia no la dejaban avanzar con rapidez. Una vez que logró llegar hasta la

carretera, hizo aspavientos a un coche que se acercaba. Era Herbert, había escuchado un fuerte golpe desde la granja y venía a ver qué había pasado. Antes de salir de casa, había llamado a emergencias porque estaba seguro de que algo terrible había ocurrido. Cuando llegaron los bomberos, tuvieron que sacar a Chloe de entre los hierros y subirla hasta la calzada. Una vez arriba, trataron sus heridas *in situ* y cuando consiguieron estabilizarla, la tumbaron en la camilla. Ya todo estaba en manos de los médicos. Ellos serían los que tendrían que luchar por ella.

La ambulancia volaba camino del hospital más cercano. La paciente estaba muy grave y era necesario operarla lo antes posible. Había perdido mucha sangre y era necesaria una transfusión inmediata. La accidentada presentaba un traumatismo cerebral. Las fracturas de las costillas estaban oprimiendo sus pulmones. Sus constantes vitales anunciaban que poco podían hacer por ella, las noticias eran malas y nada esperanzadoras. Aunque ella era una muchacha fuerte y con ganas de vivir, el destino le marcó un final que nunca imaginó. Chloe estaba tan débil que le parecía todo muy lejano y borroso. Alguien le estaba tomando el pulso.

—¿Puedes hablar? —le preguntó el auxiliar médico.

—Me duele... —De nuevo perdió unos segundos el conocimiento—. ¿Dónde estoy?

—No, no hables y respira despacio —le decía Amy.

—Amy... Qué suerte de tenerte aquí... Tengo miedo... mucho miedo... Todo se ha... ido a la mierda... Lo siento. —La voz de Chloe se apagaba, su respiración era pausada y se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo por no volver a perder el conocimiento.

—No hables, amiga mía, y por nada del mundo dejes de respirar, ¿me oyes? Resiste, todo va a salir bien. —Lloraba desconsolada.

Rápidamente y sin perder tiempo, la bajaron y a toda prisa el camillero atravesó la puerta de urgencias del hospital.

El aspecto que tenía Amy era deplorable. Estaba sucia de barro, llevaba el vestido roto, su cara quedó tiznada de las lágrimas y el pelo estaba chorreando. Pasó a toda prisa tras una camilla y llorando. Algo que a los Hamilton les llamó la atención. Ellos estaban sentados en la sala de urgencias esperando noticias de Tommy. Ambos se levantaron y se acercaron a ella.

—Amy, ¿qué te pasa? —le preguntaron.

—Es Chloe.

—¿Qué le pasa a mi hija? —la interrogó Karen.

—Es la que va allí en la camilla. Ha tenido un accidente. Señores Hamilton, está muy mal —les dijo, rompiéndose de dolor.

—¿¿¿Cómo??? —Y salieron a su encuentro.

—No pueden pasar. Ya les avisaremos —les habló el doctor, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Dios santo, Daniel! —gimoteó su esposa.

—¿Qué ha pasado, Amy? —le inquirió él.

Ella les explicó lo que había ocurrido. Cuando acabó, se acercó al señor Collins.

—¿Y Tommy? ¿Qué le han dicho? —Scott no podía abrir la boca. Solo negó con la cabeza. Aquel panorama que tenía ante sus ojos lo estaba superando.

—¿En serio? ¿Tommy y Chloe? Esto no es real —se quejaba Amy.

Se levantó colérica y, con un odio feroz marcado en su rostro y sin poderlo controlar, empezó a golpear la pared. Entre todos intentaron calmarla y consiguieron que se sentara en la sala de espera. Una enfermera le administró un relajante y la cubrió con una manta.

—¿Los señores Hamilton? —preguntó el doctor Lewis.

—Nosotros. ¿Cómo está nuestra hija?

—Lo siento, pero está muy grave. Ha recibido un gran golpe en la cabeza. Además, tiene unas costillas fracturadas que le están perforando sus pulmones y se están encharcando. Hay que intervenirla inmediatamente. Su vida corre peligro.

—¿Podemos entrar, doctor? —interrogó su padre.

—Sí, unos minutos mientras acaban de preparar todo lo necesario para acceder al quirófano. Hay que intervenirla lo antes posible. Abigail, acompáñalos —ordenó a la enfermera.

—Sí, doctor.

—Y Tommy, ¿cómo está? —consultó el señor Collins.

—Su corazón está muy débil, ha tenido dos paradas más. Ahora tiene los ojos abiertos. Pero... Lo siento, Scott —le dijo el doctor Lewis, tocándole el hombro.



Mientras los médicos hablaban con mis familiares y amigos en la sala de espera, yo escuchaba cómo anunciaban mi «código azul». En el box pude

comprobar y observar el carro que tantas veces había visto con todos aquellos elementos necesarios que, en muchas ocasiones, me devolvieron la vida. Mi mirada se desvió hacia la cortina que separaba a ambas camillas. Al otro lado, los médicos corrían preparando todo lo necesario para salvar a aquella persona.

Los Hamilton entraron llorando y rotos. Al ver a su hija, se quedaron impactados. Los fuertes golpes que recibió habían desfigurado aquella carita de ángel. Seguramente, sería difícil olvidar esa imagen.

No quité ojo a aquellas cortinas que no paraban de moverse de un lado a otro, sentía lloros y lamentaciones. Mis ojos escudriñaban para distinguir la silueta que se acercaba a la cabecera de la cama. Aquella persona dio un beso a quien estuviera allí. En ese instante, algo cayó al suelo. Como un relámpago, vi como una mano recogía un collar. Era igual que el de mi madre.

—Chloe, ¿eres tú? —susurré.

—Hija, ¿me oyes? —lloraba su madre.

—Hermanita, te necesito conmigo —le habló Brenda rota de dolor.

—Chloe, cielo, lucha —le dijo el señor Hamilton.

Después de escuchar a los miembros de la familia Hamilton nombrarla, no tenía duda, era ella.

—¿Chloe?! —musité.

—¿Dónde está, mamá? ¿Lo has oído, es él? —preguntó con dificultad.

El señor Collins caminó por el pasillo hasta dar con su hijo. Antes de llegar a él, pudo ver a Daniel, Karen y Brenda que estaban en el box contiguo con su hija. Se paró un momento y se acercó a ella. La miró y tuvo que apartar la vista de aquel desastre que le había ocasionado el accidente.

—Hija —gimoteó Scott.

—¿Y Tommy? —preguntó Chloe con ahogo.

—Está aquí al lado.

—Quiero verlo, por favor —lo agarró por el brazo con dificultad.

Escuché como le manifestaba a mi padre el deseo de verme.

—¿Mi amor? —Hice el intento de levantarme, pero las enfermeras me lo impidieron.

—Tranquilo, Tommy. No es conveniente que te pongas nervioso —me indicó una de ellas.

—Quiero verla...

Médicos, enfermeras y auxiliares salieron al pasillo. Debido al estado de salud de ambos, podría ser perjudicial y, desde luego, se podrían adelantar

nefastos acontecimientos. Ellos se hallaban allí para seguir manteniéndolos con vida.

—Seamos realistas. Los dos están muy graves y no estamos muy seguros de cómo va a resistir Chloe la operación, ha perdido mucha sangre y su estado es lamentable. Por otro lado, a Tommy lo único que lo salvaría es un corazón fuerte, y eso lleva esperándolo desde hace tiempo. Está muy débil, ha sufrido demasiados paros y ya no creo que aguante ninguno más. Si a mí me ocurriera algo así y estuviera consciente como él, me gustaría que me concedierais mi última voluntad —les comentó el doctor Lewis a todo su equipo.

Cuando entraron, el doctor Lewis les comunicó a los Hamilton y al señor Collins la decisión de aceptar la voluntad de los jóvenes. Las familias la aprobaron y la autorizaron. En ese momento, la enfermera separó y arrinconó a un lado la cortina que hasta entonces los mantenía separados.

—Juntad las camillas, acercadme a él —pidió Chloe con un débil rumor.

Los facultativos se miraron. El médico jefe asintió. Una vez colocados el uno al lado del otro, intentaron mirarse, pero con tanta máquina que llevaban no lograban verse. Así que se cogieron de la mano.

—Tommy, escúchame. —Chloe se retiró la mascarilla que la ayudaba a oxigenarse.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

—Eso no impor... ta ahora, me queda poco tiem... po, lo sé.

—No digas eso, por Dios te lo pido —me costaba hablar.

—Quiero que me prome... tas algo. Debes cui... dar de Susan. No dejes que Alan te la arre... bate.

A Chloe le costaba respirar, por lo que le pusieron de nuevo la mascarilla, pero tal y como lo hicieron, ella se la quitó de la boca.

—No hables, calla, tienes que seguir respirando, mi vida —le dije.

—Es... cu... cha. Yo ya no voy a nece... sitar mi corazón, quéda... te con él. Soy una persona saluda... ble física y mentalmente. Y nuestro grupo san... guíneo es el mismo.

Los Hamilton y Scott salieron. No podían aguantarlo más. Estaban destrozados y rotos por el dolor. Pensaron que lo mejor sería que ellos dos hablaran en la intimidad y que se pudieran dar todo aquel cariño que se profesaban.

—¡Jamás! Antes prefiero morir contigo.

—¡No! Alguien tiene que cuidar de Su... san, y yo confío en ti. Lo estás hacien... do genial con ella. —Se colocó la máscara—. Te quiere mu... cho,

igual que yo. Júramelo. Apri... eta mi mano para estar segu... ra de que me has entendido. —Yo le apreté la mano como quien hace una caricia—. ¡No! Más fuer... te —me pidió Chloe. Lo hice.

—No me hagas esto... ¿Qué voy a hacer sin ti...?

Por mis mejillas empezaron a rodar las primeras lágrimas. La máquina que controlaba mi frecuencia cardíaca empezó a quejarse.

—Te quiero con lo... cura, lo sabes, ¿verdad? Has estado esperan... do mucho tiempo para que se cum... pliera tu deseo, que es el mío también —me confirmó ella.

—Mi deseo y mi sueño eres tú —le contesté apretándole más fuerte, si cabía, la mano.

—No podemos esperar más. Tenemos que irnos —dijo el cirujano.

—Doctor, si no sal... go de esta, quiero... que a Tommy le trasplan... ten mi corazón. Él lo cuidará. Tiene que estar... todo preparado por si lle... ga el momento.

—Chloe, lo haremos.

—¡Júremelo! —Abrió los ojos tan grandes como dos platos.

—Tranquila, lo haremos. ¿Preparada?

—¡No! Toda... vía no. Esperen, quiero es... tar con él un rato más.

—Ya no podemos perder más tiempo. Debemos irnos.

—Está bien. Solo qui... ero darle un beso.

Yo le acariciaba el rostro y le aparté un mechón de su cabello. En varias ocasiones se deshizo de la mascarilla para no dejar de decir lo que ella quería.

—Acér... cate —me pidió—. Feliz cumple... años, Tommy. —Yo pasé mi brazo bajo su cabeza y la rodeé—. ¡Ay! —se quejó.

—Lo siento. —Me acerqué a esos labios tan dulces como la miel y le hablé—: Gracias. —Y la besé. Ella posó una mano sobre mi pecho y me miró con ternura.

Aquel beso apenas rozó los labios de ambos porque estábamos extenuados y doloridos. Fue un beso que apenas duró unos segundos y, en ese momento, el corazón de Chloe dejó de latir. Murió entre mis brazos. Yo le rogué a Dios que me llevara a mí también. Intentaron apartarnos, pero les costó. La tenía apresada con fuerza. La alejaron de mí, me la arrebataron y, poco a poco, abandoné, con todo el dolor de mi alma, aquella acción. La vida se me escapaba con aquel lamentable y triste final. Con un gran suspiro, me quedé inmerso en un estado de inconsciencia.

—¿Han llamado a los doctores?

—Sí, pero hay un problema: no podrán llegar hasta mañana.

—Es demasiado tiempo, hay que hacerlo ya. Llamen de nuevo e insistan. Tenemos que encontrar una solución.

En recepción, todo eran prisas, llamadas telefónicas, rabia y excitación. En la sala de espera de nuevo se notaba un ambiente de intranquilidad y nerviosismo. Todos permanecían en silencio. La muerte de Chloe los dejó aturdidos y desconsolados. Era tan injusto... Pero ahora era Tommy el que necesitaba de todas las oraciones.

Se dirigieron a la capilla que estaba situada en la planta baja del hospital. Amy fue la primera que rogó que todo saliera bien.

—Chloe, te echaré tanto de menos... Haré todo lo que esté en mis manos para cuidar de Tommy y Susan. Te quiero —murmuró lloriqueando—. Ahora te suplico que lo ayudes a él en este momento tan difícil. Dale las fuerzas necesarias para que salga adelante. Necesitamos tiempo. Tiene que esperar un poco más. Los doctores pronto llegarán.

—¿Por qué, Daniel? ¿Por qué? —Su esposo le echó el brazo por los hombros para consolar a la señora Hamilton y le dio un dulce beso en la frente. No tenía palabras, estaba desmoronado, consumido, y no quiso romperse para que Karen no se hundiera más. Ella pensó en silencio: «¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué te la has llevado?».

Y no pudo seguir, se derrumbó. Su desconsuelo apareció de forma esperada ante tal desgracia. Daniel la acurrucó contra su pecho intentando calmarla. Le costó hacerlo. Tuvo que apretar los labios con fuerza con el propósito de contener su desdicha, no quería lastimar más a su mujer.

Brenda se quedó con la mirada perdida en el techo de la capilla. No podía creer que todo aquello estuviera ocurriendo. No volvería a ver a su hermana nunca más. Quizá la llamada de David le salvó la vida a ella. Pero su hermana... la adoraba, quería ser igual que ella. Después de pensar en ello, apoyó su cabeza en el hombro de su padre, sin poder soltar una sola lágrima de dolor.

Scott se quedó profundamente perdido en el banco de la capilla. Amy lo tenía abrazado y le secaba las lágrimas con su mano. Era como un niño indefenso ante una catástrofe. No hablaba y mantuvo la cabeza agachada durante mucho rato.

La puerta del hospital se abrió. Unos pasos apresurados subían por las escaleras. Unos resoplidos de sofoco se desprendían por el aire. Unos zapatos

negros, brillantes y lustrosos se encaminaban hacia la mesa de recepción de la primera planta y se pararon en seco. Quiso hablar, pero no lo atendían, no lo hicieron hasta que dio un fuerte puñetazo en el mostrador.

—¿Qué hace, señor? ¿Está usted loco? —le dijo la administrativa.

—¿Qué quiere? —le preguntó el doctor Lewis.

—Están perdiendo tiempo. Yo puedo ayudarlos.

—¿Y quién es usted? ¿A quién puede ayudar?

—Eso qué importa ahora. Tommy, hablo de Tom Collins.

—¿Usted lo conoce?

—No lo conozco.

—Mire, estamos muy ocupados. No podemos perder el tiempo con tonterías.

—Les estoy diciendo que yo puedo ayudarlos.

—¿En qué?

—El doctor Jorge Kaplán y su equipo llegarán en menos de dos horas.

Hagan las pruebas necesarias a ese joven. Tienen que estar seguros y tener garantías de que Tommy puede recibir ese órgano sin problemas. Y, por Dios, opérenlo antes de que muera.

—¿Y cómo sabe usted todo eso?

—El doctor Kaplán va en mi avioneta.

—Anita, llame a seguridad y que se lleven a este chalado de aquí.

—Perdón —se disculpó la enfermera jefa. El teléfono sonaba en recepción y lo atendió—. Anita, no llame a seguridad, espere... —Asintió—. De acuerdo. Ahora mismo se lo comunicó al doctor. El doctor Kaplán y su equipo vienen de camino desde Valparaíso. Yo misma acabo de hablar con él.

El doctor Lewis se quedó mirando a aquel hombre de arriba abajo. No lo conocía de nada, pero le dio las gracias.

—Muchas gracias, señor...

—Me llamo Austin, el apellido no importa.

—Muchas gracias, Austin. Espere un momento, avisaremos al señor Collins, seguro que querrá agradecersele.

—¡Oh, no! Tengo que irme. Por cierto, ¿cómo están los padres de Chloe?

—Ellos... ellos están deshechos —le dijo Lewis entristecido.

—Pobre criatura —susurró Austin muy triste mientras apretaba sus puños con fuerza.

—¿La conoce?

—De oídas. Tengo que irme, suerte con la operación.

Ese hombre misterioso se dio la vuelta y se fue por donde había entrado. Seguro que tenía que dar muchas explicaciones o, por lo menos, contar y justificar por qué razón había hecho tal cosa. Lewis se lo quedó mirando hasta que desapareció por las escaleras.

—Está bien, manos a la obra. Quiero que cuando lleguen, todo esté listo. Dé las órdenes y avise al señor Collins.

Cuando desperté tras la operación, pregunté por Chloe.

—¿No te acuerdas, Tommy?

—¿Dónde está? —Cerré los ojos y apreté la mandíbula con tanta fuerza que creí que iba a desencajarla. No quería escuchar lo que inevitablemente tenía que oír.

—Tommy, Chloe está aquí. —Me puso la mano en el pecho.

—Dime que ha sido un mal sueño y que esto no está pasando, que no es real, que no es cierto, ¡dímelo! —le grité a mi padre.

—Por desgracia, es cierto. Lo siento.

—¿Y Susan?

—Está en la granja con Adriana. Tiene unas ganas locas de verte.

—¿Cómo está?

—Lo está pasando muy mal, hijo. Lloro por todos los rincones de la casa. Amy se está ocupando de ella, la lleva a pasear, van al zoo...

—¿Cómo le voy a explicar a mi hija que le he robado el corazón a su madre?

—No se lo has arrancado de su pecho, ella te lo ofreció conforme y satisfecha. Y debemos dar gracias a Dios de que su corazón y el tuyo fueran compatibles. Es un milagro. El destino ha querido que así fuera. Y ahora no te atormentes por ello. Chloe quería con todas sus fuerzas que tú vivieras.

Lloré durante muchos días con todas sus noches mientras permanecía recuperándome en el hospital. Cuando me dieron el alta, lo primero que hice fue esa visita que me quedó pendiente. Tenía que despedirme de ella, de mi princesa de zapatos dorados.

—¿Qué tal te encuentras hoy, hijo?

—Deseando ver a Susan. Pero antes quiero ir al cementerio.

—¿No es mejor que lo hagas en unos días?

—Quiero hacerlo hoy mismo, papá.

Mi padre se desvió del trayecto a casa para concederme ese deseo. Paró el vehículo y yo salí. Él bajó la ventana y me preguntó:

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Quiero estar a solas con ella.

—Está bien. Aquí te espero.

—No tardo.

Me senté sobre la tumba y lloré como nunca.

—Chloe, ahora puedo comprender cuánto te quiero —mascullé.

En ese instante, las copas de los árboles se mecieron y una suave brisa rozó mis mejillas.

—Eres un ángel.

Alcé la mirada al cielo e intenté secar mis lágrimas del rostro. Me levanté y emprendí mi nuevo camino.

Cuando llegué a casa, lo primero que quise saber fue cómo estaba mi hija.

—Susan —la llamé.

—Hola, mi *chamaquito*, ¿cómo te encuentras? —me preguntó Adriana.

—Bien, algo cansado, pero bien. ¿Dónde está Susan?

—Ha salido a pasear con Amy. Pronto volverán.

—Tengo muchas ganas de verla.

—Hijo, vamos, que te ayudo a subir a la habitación.

—Gracias, papá.

Una vez que llegamos a la planta de arriba y ya delante de la puerta de mi dormitorio, me detuve un instante. Miré a mi padre y le dije:

—Quiero entrar solo. —Agaché la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Sí, estaré bien.

—De acuerdo. Dentro de un rato subiré a ver qué tal estás.

—Bien.

Cuando mi padre se fue, respiré hondo, así el pomo de la puerta y la abrí. Nada más cruzar el umbral, fui recibido por el crepitar del fuego de la chimenea. Me recosté contra la columnilla de la puerta de doble hoja y me crucé de brazos. Junto al hogar, sentada en un sillón, una mujer permanecía sumida en el placer de la lectura. Y esa mujer me pareció que era Chloe.

—Mi vida —susurré.

—Tommy, ¿qué haces ahí mirando? —me riñó—. Túmbate, el médico te ha dicho que tienes que descansar.

Le hice caso y me dejé caer sobre la cama. Ella me arropó con suavidad y mucho cariño. Cuando acabó de hacerlo, me acarició la mejilla y posó sus

labios en los míos.

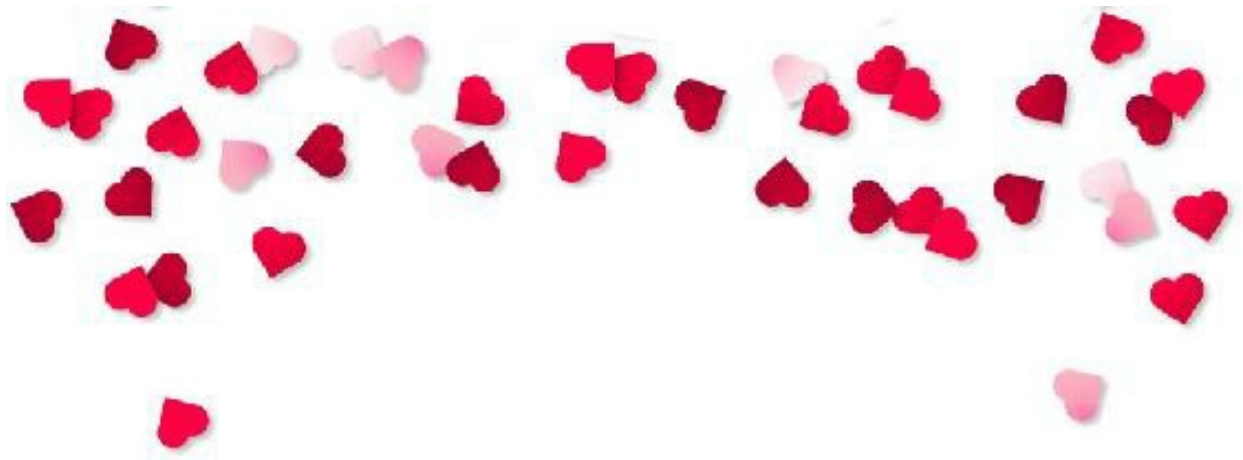
—Te amo —me dijo—. Y recuerda, siempre juntos.

Mis párpados doloridos por el llanto empezaron a cerrarse. Me quedé dormido con aquella sensación de bienestar que sonaba en mi oído. Esa voz dulce me proporcionó tranquilidad y una inmensa paz.

—Hasta mañana —balbuceé.

—Te esperaré.





CAPÍTULO 29

Y POR FIN JUNTOS

Acabada la historia y concluyendo que lo hecho, hecho está, ahora llegaba lo difícil. En el rostro de Chloe se notaba el *shock* que le había causado todo aquello que su abuelo le había contado. Esos ojos expresivos y brillantes reclamaban con urgencia argumentos. Él se sentía triste, melancólico y con un gran sentimiento de culpabilidad. Recordar de nuevo aquellos momentos que vivió lo dejó deprimido y cabizbajo. Pero era su historia, le gustase o no. Se quitó las lentes y se frotó el puente de la nariz con el dedo pulgar y el índice. Parpadeó con fuerza y miró a su nieta. Ella lo observaba nerviosa, incómoda y con la respiración acelerada. Necesitaba respuestas.

—Y esto es lo que pasó, mi vida —le dijo tartamudeando—. Lo siento.

—Espera, espera —pidió tiempo muerto—, porque por mucho que lo intento, no acabo de entender nada. —El abuelo suspiró hondo y clavó los ojos en aquella cara tan angelical que esperaba a que le dijera aquello que no entendía—. ¿Yo no soy tu nieta? ¿Mamá no es tu hija? ¿La abuela no es Amy? ¿Llevas el corazón de Chloe? ¿Alan es el padre de mamá? ¿Y dónde demonios está ese capullo? Y ese hombre que te ayudó, ¿quién era? —Se estaba volviendo loca, completamente loca.

De repente, Susan apareció en el salón alarmada por aquellos gritos.

—¿Qué ocurre? —Echó un vistazo por toda la estancia. Observó a su hija y después a su padre—. ¿Estás bien, papá?

Tommy negó con la cabeza mientras contemplaba con pesadumbre el diario que su preciosa había escrito. El lado duro y dulce de la vida se plasmó

en sus letras. Con una ternura violenta, lo agarró con un rápido gesto y se lo llevó hacia el pecho, junto a su corazón. Fue entonces cuando Susan dedujo que, por fin, todo había acabado, pero no era así. Todavía faltaba algo más por descubrir. Sin quitarle ojo a su nieta, se levantó y guardó el diario en el bolsillo de su bata. Se acercó a ella y le habló:

—No tengo palabras para expresar lo que he sentido mientras te contaba todo esto —lloraba—. Pero ahora me siento bien y tengo una gran paz interior.

—¿En seerio que no eres mi abuelo? —Tommy apartó la mirada de aquellos ojos inquisidores y se retiró una lágrima con el pañuelo—. ¡Qué absurdo es todo! Pero... ¿por qué razón no me habíais contado algo así? Esas cosas no se esconden, ¡Dios santo!

—Decidimos no hacerlo.

—Tú decidiste no hacerlo, papá, y yo solo lo respeté —le contestó Susan de forma hosca. Cerró los ojos y luego los volvió a abrir para ver a su padre.

—Y yo, ¿qué pinto en medio de todo esto? —preguntó Chloe—. Yo... ya no sé ni quién soy.

—Déjame que te explique —le pidió.

—Desde luego que quiero que me expliquéis qué es lo que pasa. Aquí hay un lío tremendo y no es nada fácil adivinar quién es quién. —Susan y su padre se miraron a los ojos, y ella continuó—: Punto número uno. —Levantó un dedo—. ¿Mi nombre es por la abuela Chloe? Punto número dos. —Alzó uno más—. Mamá, ¿tú no eres su hija? ¿Dónde está tu padre? Y punto número tres. —Puso tres dedos—. Amy era la mejor amiga de la abuela, ¿por qué se casó contigo, abuelo? Perdón, Tommy.

Jamás había llamado a su abuelo por su nombre y eso entristeció al hombre. ¿A partir de ahora lo haría? ¿Lo apartaría de su vida? Al fin y al cabo, él no era su abuelo de sangre.

—¿Alguien me puede explicar qué está pasando aquí? —indicó irritada.

—No te alteres —contestó Tommy con suavidad—. Déjame contarte todo.

—Ya estás tardando. —Hizo un gesto con la mano para que se apresurara.

—Amy era la mejor amiga de Chloe y también la mía. Al año de fallecer tu abuela, nos casamos y fue mi esposa durante dos años.

—Pero ¿por qué te casaste con ella? Tú no la amabas, y ¿por qué te abandonó?

—Ella se enamoró de mí —le contestó afligido.

—Y tú me abandonaste a mí, papá —soltó Susan.

—No es cierto. —Tommy abrió grande los ojos.

—Venga ya, ¿me vais a ignorar como siempre hacéis? Haceros los chiflados se os da de lujo —refunfuñó Chloe—, pero esta vez no lo lograréis. Quiero respuestas. ¡Y no pongáis esa carita de no haber roto un plato en vuestra vida, que con ella no me vais a convencer! Tommy, ¿cómo y cuándo se enamoró Amy de ti? —exigió Chloe.

—Detrás de esa pregunta hay una larga historia. —El abuelo asintió con la cabeza.

—Tengo todo el tiempo del mundo —respondió cruzando los brazos.

—Bien. Cuando Duncan falleció por culpa de esas dichosas y malditas carreras ilegales en las que participaba, Amy se enterró en vida, bebía y consumía drogas. Ese cóctel de malos vicios la estaba matando. Se rodeó de gente mala y peligrosa, no distinguía lo bueno de lo malo. Iba a fiestas en donde las orgías y el sexo ocupaban su mayor tiempo. Un día fui a visitar al doctor Lewis al hospital y al pasar por la sala de espera me llamaron enormemente la atención unos lloros de mujer. Ella se limpiaba las lágrimas con la manga de la blusa y pensé que sería buena idea ofrecerle mi pañuelo.

—Tenga, señora —le dije respetuoso.

—Gracias —me contestó.

Cuando levantó la cabeza, pude comprobar que era la señora Hunter, la madre de Amy.

—Hola, Tommy.

—¿Qué le ocurre, Haley? —le pregunté.

—Es Amy —me dijo.

—¿Qué le pasa?

Antes de explicarme lo que le había ocurrido ese día a su hija, intentó serenarse y bebió agua del botellín que tenía en las manos.

—La han violado y golpeado —me expresó desconsolada.

—¿¿Cómo?!

—La han encontrado en la esquina entre la avenida Normandie y la calle 54.

—¡Dios mío! ¿Quién ha podido hacer algo así? ¿Cómo está ella?

—Los médicos me han dicho que se recuperará pronto porque es joven y fuerte. Pero es posible que tenga que asistir a alguna institución de apoyo y... —La señora Hunter se derrumbó y se echó a llorar.

—No se preocupe, todo saldrá bien. Yo la ayudaré, Haley. Amy es mi mejor amiga. No quiero perder a nadie más —le dije abatido.

—Ella ha cambiado mucho. Desde que murió Duncan no ha levantado cabeza. Va todas las semanas al cementerio y le lleva flores, y cuando regresa a casa llega derrotada y deshecha. Enfadada con ella misma, coge el coche y desaparece durante días. Ni siquiera me llama. Echa mucho de menos a Chloe, y aunque la tiene presente y habla casi a diario con ella, la añora y le duele no haberla podido ayudar más.

—Ella no es la culpable de lo que le pasó.

—He descuidado a mi hija. ¿Cómo he podido no darme cuenta de que ella me necesitaba? Tenía tanta razón cuando me decía una y otra vez: «Mamá, desde que tienes a ese hombre a tu lado, te has despreocupado de mí y te soy indiferente». Pero eso no es cierto. La quiero con toda mi alma y si le ocurre algo, jamás me lo perdonaré.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Su pareja.

—Hace dos meses que lo dejé. Amy tenía razón en muchas cosas de las que me decía. Un día recibí una llamada telefónica de una mujer misteriosa. Me dijo que era la esposa de Dylan. Estuve investigando un poco y me presenté en su casa. Cuando aquella mujer me abrió la puerta con un niño en brazos, vi que era cierto. Aquel chiquillo era clavado a él. La mujer me miró con pena y me dijo que lo dejara en paz y que no era la única a la que había engañado. Después de eso, todo se acabó. No sé por qué te cuento todo esto. No lo sabe ni mi hija —me reveló gimoteando.

—No se preocupe. Debería hablar con ella y explicárselo. Les hará bien a las dos.

—Amy tenía serios problemas, aunque no sabía bien de qué tipo eran. Así que un día la seguí. Pero siempre le perdía el rastro. Buscaba desesperada por sus cajones con el deseo de encontrar algo que me pudiera dar cualquier pista sobre qué lugares frecuentaba y con qué clase de personas se rodeaba.

—¿Y descubrió algo?

—Desgraciadamente, no. ¿Cuánto hace que no la ves?

—Nos vimos la semana pasada y hace dos días me llamó. Quedamos en vernos este fin de semana para pasar la tarde en el lago. No me pareció que estuviera mal, me lo hubiera dicho.

—En ese momento me di cuenta de que había desatendido a mis amigos y a mi familia. Me había centrado exclusivamente en no borrar de mi memoria mis recuerdos y mis sueños. Aferrado a ellos como a un clavo ardiendo, no me daba cuenta de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Me dejé cosas en el tintero y perdí la cuenta de cuánto hacía que no vivía y hacía feliz a mis seres queridos. Intenté construir de nuevo una vida, pero esa no era la que Amy deseaba. Ella se sentía arrinconada, apartada de mi lado. No supe hacerlo y solo era porque no lograba olvidar a Chloe. Tenía que haber vivido el presente y no haberme escondido tras esa niebla que no me dejaba ver con nitidez ni claridad. Ella era una buena persona y se merecía ser feliz. Por eso la dejé marchar. Amy hizo muchas cosas buenas por nosotros. Ante todo, queríamos que tu madre fuera feliz y que creciera en un ambiente dulce, acogedor y familiar. Ambos deseábamos su bienestar y quitarle la zozobra que le causó la pérdida de tu abuela. Por eso nos casamos, porque te quiero —fijó la mirada en su hija—, y si te hubieran arrebatado de mis brazos, me hubiera muerto allí mismo. Tenía miedo de que algún día tu padre pudiera presentarse en casa y quisiera alejarte de mí. Eso no lo iba a permitir. Primero, porque lo eres todo para mí y segundo, porque le prometí a tu madre que eso jamás ocurriría.

Susan se puso a llorar. Echaba tanto de menos a su madre... En ese preciso instante recordó el último día que la vio con vida. Bailaron aquella canción de los Beatles y su madre le sonreía. Estaba radiante, feliz, alegre y satisfecha. Tumbadas en la cama, una enfrente de la otra, su madre la abrazaba y, haciéndole cariñitos en el pelo, le decía lo mucho que la quería. Pero lo que más lamentaba y de lo que más se arrepentía era de haberla empujado hacia la puerta, la puerta de la muerte. Ella la obligó a marchar en busca de esa maldita tarta que le arrebató la vida. Y eso su conciencia jamás se lo perdonaría.

—Papá, lo de Amy no me lo habías contado nunca —dijo conmovida.

—Anda ya. No me lo creo. ¿En serio no sabías que Amy no era tu madre? —le preguntó a su hija.

—Sí, eso sí lo sabía. Yo sabía muy bien quién era mi madre. De lo que no tenía idea era de lo mal que lo había pasado la pobre Amy. Papá, tú la ayudaste, eres muy generoso y tienes un gran corazón —hizo un inciso—, pero todavía sigo muy enfadada contigo —mencionó, cambiando la expresión de su rostro—. Pobre Amy —murmuró.

—Ella no le contó nada a tu madre porque no quería preocuparla. En esa época estabais en Portland, y cuando falleció tu abuela Chloe —miró a su

nieta—, ella se juró que nos cuidaría y se volcó en atenciones y mimos hacia nosotros. Dábamos largos paseos por el lago, íbamos al cine, y vosotras — clavó sus ojos en Susan— cogíais la bici y recorríais parques y jardines durante horas. En muchas ocasiones, cuando terminaba con mi día laboral en la biblioteca, me la encontraba sentada en las escaleras, me sonreía, me daba un beso, te recogíamos en la escuela y nos íbamos a casa comentando qué tal fue el día. Amy se había enamorado de mí, pero yo solo sentía aprecio y agradecimiento por ella.

—Entonces, si tanto te quería, ¿por qué te dejó? —curioseó Chloe.

—Una mañana, después de haber dejado a tu madre en la escuela, regresó a la granja. Yo aún no me había marchado al trabajo, pero ella no me vio. Cuando iba a salir, toqué el bolsillo de mi pantalón y me di cuenta de que no llevaba las llaves del coche. Entré en la cocina y busqué con la mirada, se hallaban al lado de la cafetera. Cuando me giré, pude comprobar que el almuerzo de Amy estaba tal cual lo había dejado Adriana. No lo había probado y eso me extrañó, porque ella siempre tenía un apetito voraz. Me preocupé y subí a la habitación para ver qué le sucedía. Cuando entré, la encontré haciendo las maletas. Estaba nerviosa, exaltada.

—Amy, ¿qué haces? No te vayas, por favor. ¿Adónde vas a ir?

—Déjame, tengo que organizar mi vida, tú ya tienes la tuya.

—Hablemos, escúchame.

—¡No! Escúchame tú, nuestro matrimonio ha sido una gran mentira.

—Puede que fuera un gran error, pero no una mentira.

—Cualquiera que haya estado con nosotros te diría lo mismo. Tú no tienes ni idea de lo que quiero. ¿Te has molestado en conocerme? Ni siquiera me has dado una oportunidad. ¿Soy... soy... tan mala por querer que alguien me quiera?

—¡No! Claro. Tú te mereces a alguien que te quiera.

—¿Tú podrías quererme?

—Yo te quiero.

—Eres un mentiroso. ¿Crees que soy una estúpida?

—Amy, cambiaré mi forma de ser.

—Ya no puedes cambiar, Tommy. Deja que me vaya. He perdido mi tiempo, y lo que hemos perdido en vida ya nunca volverá. Si pudiera avanzar y tú superar el dolor y olvidar el pasado, podría perdonar y construir una nueva vida para ser felices. ¿Tú podrías hacer eso?

—Amy...

—Es tan fácil darse cuenta cuando a una no la quieren, basta con mirar a los ojos del otro. Y tus ojos me dicen que no me amas. Tommy, es mentira que tengamos que cargar con cada cosa que hemos querido y valorado. Y también es mentira que tengamos que seguir cargando con todo lo de antes, con lo que ya no está. Siempre perdemos, perdemos no solo a través de la muerte, sino también del abandono. Hace falta que aceptes la verdad, y no quieres. Yo ya lo he asumido.

—Amy, me siento fatal; no quería hacerte daño, te lo juro.

—Muchas veces la vida tiene que ver con soltar lo que alguna vez nos salvó. Tienes que saber dejar las cosas a las cuales tanto te aferras. Crees que tenerlas así es lo que te va a seguir salvando de la caída, y te equivocas. Tienes que apostar, Tommy, si no, tu vida no habrá valido la pena.

Gimoteando, bajó las escaleras de caracol que llevaban a la puerta principal. El equipaje la hizo tambalear. Yo la seguí de cerca, susurrando y sin quitarle el ojo de encima. Cuando llegamos, ella la abrió y, despacio, se giró hacia mí.

—Cuida de esa criatura. Y gracias por todo, en serio.

—¿Qué le voy a decir a Susan?

—Es simple: que me he ido. Dile que en cuanto pueda, la llamaré. Pero sobre todo dile que la quiero mucho.

—Ella también te quiere.

—Lo sé, y no sabes lo difícil que me ha sido verla todas las mañanas. Es como ver a Chloe todos los días. Me supera y me duele. En muchas ocasiones he tenido que apartar la mirada de sus ojos porque me parecía que estaba engañando a mi mejor amiga en sus propias narices. He intentado con todas mis fuerzas que fuerais felices a mi lado. Pero la que no se siente feliz soy yo, y no quiero dejar pasar mi vida sin hacer nada al respecto.

Justo acabó de decirme todo aquello cuando un coche se paró en la parte trasera del invernadero.

—Amy, no te vayas, perdóname. —Ella abrió de par en par la puerta.

Lo que al principio se intuía como una leve sensación de rigidez que me recorría la espina, ahora era un hecho. Quien había aparcado el auto era Alan. Él se dirigió hacia nosotros con algo parecido a una suave sonrisa.

—¡Vaya, el que faltaba! —se quejó Amy.

—Ey, ¿te vas, Amy?

—¿Qué haces aquí? Vete a la mierda, ¡imbécil!

—Vaya, veo que no has cambiado nada después de la paliza.

—Eres... un...

—¿Él es el responsable de lo que te pasó, Amy? —le pregunté aterrizado. Amy miró a Alan con desprecio, cara hosca y perversa.

—Prefiero no hablar. Él no hizo nada. Y cuando digo nada, es nada. — Lo observó con ira.

Sentí cómo Adriana se escupía en las manos y se las frotaba con fuerza, como cada vez que se disponía a realizar una misión. Ella estaba tras la puerta; disimular se le daba fatal y, desde luego, ese no era el día más propicio para la inesperada visita de Alan. Amy me dejaba y tenía mucho que contar cuando Susan volviera de la escuela.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Cómo estás?

—¡Perdón! —Lo miré ceñudo—. Yo nunca he sido tu amigo.

—¿Qué? ¿No me conoces? —Él se reía mientras preguntaba esto—. ¿No te acuerdas, amigo? —se burló.

Me estaba poniendo furioso. Ese imbécil de nuevo aparecía en mi vida y solo tenía una intención: restregarme y recordarme todas sus fechorías.

—Venga, tío, es imposible que no me recuerdes; no he cambiado tanto. Vamos a refrescarte la memoria. La zorra, el apartamento, mi hija...

—¡Eres un estúpido de mierda, Alan! —le gritó Amy.

Él dejó de sonreír. Se puso casi serio.

—¿Dónde está Susan? ¿Todavía no ha vuelto de la escuela?

—Si tocas a mi hija, te mataré —expresé con tono tranquilo pero amenazante—. Y sobre todo ni se te ocurra acercarte a ella —le advertí.

—¿Tu hija? Eres un capullo, tío —se carcajeó.

—Como toques un solo pelo a la niña... la próxima persona que van a encontrar tirado en un callejón es a ti, ¡pero muerto! —le indicó, con cólera, Amy, a la vez que cerraba la puerta principal.

—¡A ese chico lo descuartizo a bocados! —chilló Adriana.

Abrió la puerta con tal violencia que esta rebotó contra la pared. Todo fue muy rápido, se volteó y el portón le golpeó en todas las narices.

—¡Ay, no! La puerta en las narices nnn...o.

—¡Toma ya, en todas las narices! —se tronchaba Alan.

—Señorito Connors —dijo con voz nasal.

—¡Santo Dios! ¿Estás bien, Adriana? —pregunté.

—Nah, no paaasa nah... —me respondió con un gesto de mano—.

Escúcheme bien. El señor Tom Collins es mi chamaquito y no es su camarada —le habló como si su nariz estuviera congestionada—. Era solo un apunte. Ahora le voy a contar un cuento. —Él se rio—. No se ría, es hermoso. Verá: érase una vez un hijo de la gran... tan grande, tan grande...

Amy y yo observábamos a Adriana. «Seguro que nos sorprende», pensé. No supimos muy bien cómo ocurrió ni tampoco vimos cómo fue a parar ese puño volante a todos sus morros porque este viajó más rápido que la luz. Alan cayó al suelo y Adriana, no estando satisfecha con el puñetazo, cogió la escoba, que había dejado allí apoyada en la pared después de barrer la entrada de la casa, y comenzó a golpearlo.

—¡Basta, Adriana! —vociferé.

—Se lo merece —añadió Amy—. Me voy. Y tú, Alan —se agachó para verle esa cara horrenda y despreciable—, ahí te pudras. Te voy a dar un consejo: deberías ir al hospital, porque sospecho que tienes la nariz rota. Ummm, me parece distinguir que... ¿te falta un diente? Mira, aquí lo tienes. —Lo recogió del suelo y se lo entregó.

—No me iré de aquí hasta que no vea a mi hija.

—Eso fue el principio de todo, Susan. La muerte de tu madre, el abandono de Amy y la visita inesperada de ese estúpido de Alan fue la gota que colmó mi vaso. Me derrumbé. Te tenía a ti, sí, pero tenía miedo, miedo de perderte a ti también.

—No lo entiendo, papá. Pero ¿por qué me internaste en ese colegio?

—No tuve otra opción.

—Sigo sin entenderlo.

—¡Dios mío, esto es de locos! —expresó Chloe.

—Estuve mucho tiempo ingresado. Estaba incapacitado para cuidar de ti.

—Sigo sin entender. ¿Dónde estuviste ingresado?

—Mi padre me ingresó en el North Suffolk Mental Health, un psiquiátrico.

—¿¿Cómo?! ¿Estuviste ingresado en un psiquiátrico? Pero ¿por qué?

—Cuando murió tu madre y después me abandonó Amy, cogí una fuerte depresión y me hundí en la miseria. Una tarde, como todas, mi padre preparó la merienda. Cuando la tuvo dispuesta, me fue a buscar al establo lechero y no me encontró. Empezó a alarmarse porque yo nunca me perdía ese estupendo zumo de frutas que me preparaba. Se hacía de noche y salió a buscarme al lago. Pensó que me encontraría allí, él sabía que me encantaba ese lugar. Hasta

que no llegó Adriana del pueblo, no supo dónde estaba. Ella le dijo que había ido al cementerio a llevarle a Chloe un ramo de rosas. Salieron a toda prisa porque se temían que hubiera cometido alguna estupidez, y así fue. Antes de salir de casa, cogí un frasco de somníferos. Se los habían recetado a mi padre para poder dormir por las noches. Estuve largo rato hablando con mi amor y después... después me tomé casi el tubo entero. Tener su corazón latiendo en mi pecho era para mí una pura ironía de la vida. Yo no quería ese órgano. Yo solo la quería a ella, y la necesitaba.

—¿Qué...?! —Susan abrió los ojos bien grandes y añadió—: ¡El corazón que llevas en tu pecho es de mamá?! —le gritó ella sin dar crédito a lo que estaba oyendo—. ¿En serio...? —le preguntó de nuevo.

Tommy asintió.

—Sí, hija. No es ninguna broma —le contestó apenado.

Susan se desplomó en el sillón. Tenía los ojos idos, vidriosos, y los labios secos y entreabiertos. Ella salió de su ensoñación y reaccionó.

—¿Por qué no me has contado nunca eso? —le recriminó.

Él agachó la cabeza.

—¡Yo estoy alucinando ahora mismo! Bueno, bueno, vamos por partes, ¿por qué no se quedaron el abuelo Scott o Adriana con mamá?

—Mi padre tuvo que quedarse al frente de la granja y tuvo que cuidarme durante mucho tiempo, algo más de un año. Y a Adriana le dije que se fuera.

—¿Por qué? —lo interrogó Susan.

—Ella quiso hacerse cargo de ti mientras permanecía hospitalizado.

—Entonces, ¿por qué no me dejaste con ella? Quería estar con ellos en la granja. Ellos eran mi familia. Ese era mi hogar. No tenía nada ni a nadie más en mi vida, papá.

—Yo no quería que sufrieras ni que supieras qué clase de padre tenías. Destrozó la vida de tu madre, la de Amy, la mía y casi la de Adriana, y por entonces quería hacer lo mismo con tu vida. Mi padre y yo decidimos que lo mejor era apartarte de ese entorno y llevarte lejos, para que estuvieras fuera de su alcance. Lo que hicimos fue protegerte y *nunca*, escúchame bien, *nunca* te abandonamos. Ese día que te dejamos en el centro fue doloroso y el peor de nuestras vidas. Verte llorar preguntando por qué hacíamos tal cosa nos destrozó el alma. Ese mismo día ingresé en el psiquiátrico. En cuanto mi salud mejoró, los médicos me dieron el alta. Tan solo siete días después de mi vuelta a casa, tuve que enfrentarme a otro duro golpe: la muerte de mi padre —les contó apenado—. Fue todo tan repentino... No sufrió, eso me consoló.

Él se fue dejándome un gran vacío, pero me quedé con lo bueno que había aportado a mi vida. Me ofreció grandes e inteligentes consejos y siempre intentó guiarme cuando me sentía desorientado.

—Si me hubieras contado la verdad desde el principio, no me hubiera enfadado tanto contigo, papá. Lo hubiera entendido —le habló con pena.

—¡Menuda historia! —exclamó Chloe. Y siguió escuchando atenta.

—Tenía miedo.

—¿De qué?

—Te escribía todos los días y no recibía respuesta, Susan.

—Yo no recibí nada.

—Tiempo después supe lo que había ocurrido con mis cartas.

—¿Qué ocurrió? —curioseó.

—Tu padre un día...

—¡Ese no es mi padre, tú eres mi padre! —lo interrumpió.

Tommy casi se deshace al escuchar aquello.

—Un día, Alan fue a visitarte a la institución. No sé cómo te encontró, pero te localizó. El director del centro lo recibió a pesar de que tenía órdenes directas de no dejarlo entrar. Ese mismo día, el decano me llamó y me lo explicó. Me dijo que estuvo observándolo desde la ventana de su despacho. Tu padre... perdón, Alan permaneció sentado dentro del coche durante casi dos horas. Alguien le dijo que estabais visitando un museo y que llegaríais justo a la hora de comer. Cuando os vio venir, salió del automóvil y se dirigió a la señorita Palmer, tu profesora. Estuvieron charlando unos minutos y después se marchó.

—Recuerdo ese momento. Estuvieron hablando muy acaramelados. Hicimos bromas entre las compañeras sobre eso —dijo Susan.

—El mismo día que salí del hospital, mientras Adriana metía mis pertenencias en casa, me acerqué al buzón. Deseaba abrirlo y encontrarme alguna de esas cartas que nunca me mandabas. Cuando lo destapé, vi un sobre enorme, no había remitente. Dentro de él, todas y cada una de las misivas que te escribí. Luego me enteré de que fue tu profesora Rachel quien las envió.

—¿La señorita Palmer? —Se quedó pensativa un instante—. Ahora empiezo a entenderlo todo.

—¿A qué te refieres, hija?

—Cuando hacían el reparto de la correspondencia, Rachel me decía: «lo siento, no hay nada para ti». Ella las escondió. Me engañó. No me lo puedo creer, siempre se portó muy bien conmigo, incluso se entristecía cuando me

veía llorar desconsolada.

—Dos semanas después de mi vuelta a casa, pensé que debía ir al internado. Había pasado mucho tiempo sin saber de ti. Cuando llegué, la señorita Palmer me atendió muy amablemente y me dijo que estabas haciendo un intercambio con estudiantes de otra ciudad porque era bueno para ti y porque aprenderías mucho con ello. Pedí que me recibiera el director, quería saber por qué razón las cartas no habían llegado a tus manos. Me enfadé y le reproché lo mal que lo estaba haciendo, que te sacaría del colegio y que te llevaría a casa de nuevo. Él me dijo que no lo hiciera, que eras una buena estudiante y que investigaría qué había ocurrido con ellas. Alan conquistó a tu profesora con sus técnicas infalibles, como él las llamaba. Ella se enamoró de él como una boba, y los fines de semana y las fiestas, según me dijo Berta, tu compañera de habitación, te ibas con ellos.

—Eso es cierto. ¡Dios!, ¿la chantajeaba?

—No lo sé. Si quieres llamarlo así... Pero yo diría que se aprovechó de ella porque cuando el amor aparece, uno se vuelve ciego.

—Ahora voy atando cabos, papá. Cada vez que mis compañeros se iban con sus familiares y yo me quedaba sola en el internado, Rachel se ofrecía a llevarme a su casa. Me veía triste y decaída. También era consciente de que lo que hacíamos no era ni correcto ni lo más apropiado. Ella me decía que permaneciera en mi habitación hasta que me lo dijera y si no lo hacía, me amenazaba con que ese fin de semana me quedaría sola. Pero un día la curiosidad me pudo y salí de mi habitación y la seguí. Ví cómo hablaba con el señor Claider, el director, y escuché cómo él le preguntaba si todos los alumnos ya se habían reunido con sus familiares. Ella asintió y él se marchó. La señorita Palmer permaneció unos minutos tras la ventana del despacho. Quería asegurarse de que no regresaba. Entonces ella, a paso rápido, iba cerrando las estancias del internado. Yo volví corriendo a mi cuarto y la esperé sentada. Un rato después fue en mi busca. Nos dirigimos hacia la puerta principal de hierro forjado, la abrió y la cerró con llave. La guardó en el bolso y nos subimos en el coche de un chico que decía ser su novio. Mirando por la ventanilla trasera del auto fui consciente de que todas mis sospechas se estaban confirmando: la señorita Palmer estaba desobedeciendo a su superior e incumpliendo las normas de la propia institución.

—¡Virgen santa! —exclamaba, de tanto en tanto, Chloe.

—Un día, el teléfono de aquel lujoso apartamento que tenía el novio de Rachel sonó. Ellos dos estaban tomando el sol en la terraza y no lo

escucharon, así que yo lo atendí.

—El señor Connors estaba al corriente de todas las fechorías de su hijo. Me lo contó Rachel, Alan se lo explicó —interrumpió a su hija.

—¿Qué te dijo? —curioseó Susan.

Tommy inspiró profundamente, no quería contarle cómo era su verdadero padre, pero dado el punto en el que ya estaban, no tenía otra opción.

—La mañana en que Amy me abandonó y Adriana golpeó a Alan dándole un merecido y doloroso puñetazo en todos los morros, el padre de este le preguntó qué le había pasado en la cara y su hijo le mintió, como ya era habitual en él. Le dijo que había estado jugando al golf y que el estúpido de Adrian, un amigo, bromeaba con el *putter* y sin querer le rompió la nariz. El señor Connors le mencionó si el diente que le faltaba también había sido con el *putter*. Él le contestó que al final se enfadaron y acabaron atizándose. Evidentemente, no se creyó ni una de las mentiras que le estaba contando su hijo. Hacía tiempo que su primogénito volvía a casa en malas condiciones: borracho, indispuerto, y con unos ojos que delataban que algo malo estaba sucediendo. Alan siempre había disfrutado de su independencia en su hermoso apartamento y ahora pernoctaba todas las noches en la residencia de los Connors. Pero si pensaba que su padre era tonto, estaba muy equivocado. Así que enseguida contrató los servicios de un detective privado para que lo siguiera. Este, en solo unos días, comprobó en qué líos estaba metido su hijo.

»Cuando el investigador le relató todo lo que había descubierto, se quedó de piedra. Los vecinos del edificio donde Alan pasaba gran parte de su tiempo se habían quejado a las autoridades. En aquel apartamento entraba y salía la gente sin parar, personas algo sospechosas chillaban y aplaudían a no se sabía qué y el estado que tenían era lamentable y penoso. Los gritos de las fiestas que organizaba en su vivienda no acababan hasta bien entrada la madrugada y eso impedía que los vecinos pudieran descansar. La policía de Boston hacía tiempo que lo investigaba y vigilaba, así que llegó el día en que los pillaron con las manos en la masa y detuvieron a Alan y a todos los amigos que en ese momento se encontraban con él. Alan llevaba una mala vida en donde todo estaba permitido: las drogas, el sexo...

»El detective le entregó unas fotografías y en ellas aparecía tú, Susan, y tu madre. El señor Connors no quiso saber cómo las había conseguido. Esa misma tarde, cuando llegó su hijo, quiso respuestas y le preguntó por esa chiquilla que salía en las fotografías. Alan había sido descubierto y no tuvo más remedio que decirle la verdad: eran su hija y la madre de esta. El padre

de Alan le gritó con súbita firmeza, le recriminó que no le hubiera dicho que tenía una nieta y sin parar de vocearle siguió exigiéndole explicaciones. No entendía qué demonios había hecho con su vida, por qué no le había contado que lo habían detenido y quiso saber quién había pagado la fianza. La madre de Alan admitió que había sido ella. Entonces el señor Connors les soltó que ambos estaban locos y que vaya clase de familia que tenía. Rachel me explicó que Alan le dijo a su padre que aquella niña fue fruto de un desliz y que no quería acarrear con algo así toda su vida. Su padre no podía creer lo que estaba escuchando y le indicó que aquella criatura no era un coche, que era su hija. Alan concluyó la conversación con un «déjame en paz y déjame vivir, que yo ya sé lo que tengo que hacer». Su hijo era un impresentable y se sentía avergonzado de lo mal que lo hizo con él. Pero se juró y se aseguró de que a aquella niña nunca le faltara nadie que la protegiera y la quisiera.

—Tu padre es el mismo demonio —soltó Chloe.

—Me he quedado helada, no sabía nada. —Susan encogió un hombro.

—Sigue, mamá, ¿qué pasó después de aquella llamada telefónica?

—Cuando le pasé el teléfono a Alan, me quedé tras la puerta del salón. Escuché cómo discutían. Ese chico le dijo barbaridades al hombre que había al otro lado del hilo telefónico. Lo insultó y le gritó que lo dejara vivir como a él le diera la gana y que no se entrometiera en sus asuntos. Después de eso, habló con Rachel y discutieron. Ese fin de semana teníamos programada una excursión; íbamos a ir a Salem, en Massachusetts, al Museo de las Brujas, y después a la costa este a observar a las ballenas. Ella me confesó apenada que ese día la excursión no podría ser. Recuerdo que me enojé y ese chico me alzó la voz y, con odio en su mirada, me hizo callar. La señorita Palmer me miró y me abrazó, y girándose con furia, le habló: «No me busques la lengua, Alan», ese era su nombre. Ella odiaba cuando se ponía así. Él se fue cerrando la puerta de un portazo y nos dejó allí a las dos.

—¡Por Dios, abuelo! Él fue quien te ayudó, el padre de Alan. ¡Qué fuerte! Pero lo que no entiendo es por qué lo hizo. No eres nada suyo. —Lo miró y enarcó una ceja.

—¿No has escuchado al abuelo, Chloe? ¿Dónde estabas mientras lo explicaba?

—Inmersa en la historia, mamá.

—Pues no lo parece —la riñó.

—Es que a estas alturas y con todo lo que me habéis contado... Bueno, ¿y cómo supo que estabas ese día en el hospital, abuelo? —dijo

desconcertada.

—Hija, vamos a ver, tranquilízate y rebobina, que no vamos a contar dos veces la misma historia —la reprendió.

Es que ella estaba sentada y su cabeza iba de lado a lado como si estuviera viendo un partido de tenis. En algún momento se había perdido la jugada.

—Vaya, quién me iba a decir a mí que este fin de semana iba a ser tan movido. Por lo menos, vamos desenredando todo este misterio. Mamá, ¿estuviste alguna vez más con Alan y Rachel?

—Sí, hasta que cumplí los dieciséis, que fue cuando conocí a Harry, tu padre. Desde entonces dejé de ir a aquella casita en la playa.

—¡Qué fuerte! ¿Estabas con tu padre y no lo sabías? No me lo puedo creer.

—No recibía noticias tuyas, Susan —dijo Tommy—. Siempre que iba me atendía la señorita Palmer y se encargaba muy bien de realizar su trabajo, y ese no era otro que no dejarme mantener ninguna clase de relación contigo. Un día de los tantos que iba a visitarte y supuestamente no estabas —hizo comillas con los dedos—, me quedé a espiarla. Esa profesora me daba mala espina, no sé, era como un presentimiento que tenía. La vi salir por la puerta principal junto a una niña enfundada con un gorro y una bufanda que le cubría casi todo el rostro. Luego ambas subieron al coche que las aguardaba, del que no me percaté de que estaba allí. Me aproximé tanto como pude para ver quién estaba al volante, pero arrancó tan pronto que apenas si distinguí algo.

»Pocos meses después de que cumplieras los dieciséis, alguien llamó a la puerta de casa. Era la señorita Palmer. Pensé qué te había pasado algo, Susan, pero enseguida me dijo que estabas bien, que no venía por eso... Yo la invité a entrar amablemente. Nos acomodamos en el sofá del salón y empezamos a charlar. Me contó que cuando empezaste a salir con Harry, ella ya le fue prescindible a Alan, ya no la necesitaba y la dejó. Se sentía muy arrepentida de su forma de actuar ante las amenazas y los chantajes emocionales a los que estuvo sometida, y me explicó todas las cosas que había hecho para separarme de ti, hija. El único propósito de Alan era que tú dedujeras que te había abandonado, ¿y qué mejor que con Rachel? Era tu profesora y estaba enamorada de él. Era la persona perfecta para llevar a cabo sus maquiavélicas y astutas intenciones. Un plan bien organizado y estudiado. Despechada por cómo la había tratado, me pidió perdón. Ella te había cogido cariño y no deseaba nada malo para ti. Alan era un ser perverso y ella estaba

muy arrepentida de haber accedido a sus deseos. Se sentía boba. Me consultó si había recibido las cartas y yo le pregunté si fue ella quien me las había mandado, a lo cual asintió. Una mañana se levantó con la firme intención de enviármelas y así lo hizo. Me las remitió sin que Alan lo supiera. Temía que algún día se deshiciera de ellas y ella no podía permitir que tú, hija mía, pensaras que yo te había abandonado. Había sido una tonta, me habló muy arrepentida. Yo le argumenté que se había enamorado de Alan y que no debía culparse por ello. Rachel me indicó que eso no tenía justificación y casi rompió a llorar. Siguió explicándome que su superior en el internado la puso en aviso, vio que andaba con él y le dijo que no era una buena persona, pero no le hizo caso. Le advirtió que, si seguía con el joven Connors, la despediría, y eso ocurrió, porque ella no dejó de verlo, lo amaba. Ese día fue a explicárselo todo a Alan y él, con desprecio, le escupió que era una facilona y que ahora se buscara la vida.

—Nos ha engañado a todos. Su conducta es despreciable. Ha jugado con nuestros sentimientos. —Susan estaba muy enfadada.

—Rachel me suplicó que la perdonara, que había ocultado y robado las cartas que con tanto amor te había escrito, me dijo llorando. Todo lo que me estaba contando yo ya lo presentía. Me entregó un álbum de fotos. En él, numerosas imágenes donde tú, Rachel y Alan salíais retratados. Me pidió que te las entregara.

Abrió el cajón de la mesita que tenía al lado del sillón y le hizo entrega a Susan de todas aquellas fotografías.

—¡Vaya padre que tienes! —exclamó Chloe.

—Lo siento, papá. ¿Qué puedo hacer por ti? Has sufrido mucho —le habló mientras miraba todas aquellas instantáneas.

—Tú también has sufrido, hija. Perdóname.

—¿Yo? No, tú eres el que debe perdonarme a mí. Te llegué a odiar mucho. Cuando me llamabas, le decía a Berta que te dijera que no estaba. Pensé que me habías abandonado y que no te importaba. Llegué a pensar que solo me querías a tu lado porque amabas a mi madre. Yo te quiero, papá. Te he echado de menos todos y cada uno de los días que he pasado en el internado. Cuando llegaban los fines de semana y mis compañeras hacían las maletas y se iban, yo me quedaba con la mía preparada por si acaso venías. Entonces era cuando Rachel me llevaba a la casa de la playa porque me veía afligida. Pero ahora ya he descubierto por qué lo hacía. Debiste haber hablado conmigo y habérmelo explicado todo —lo reprendió de nuevo.

—Eras demasiado pequeña, tan solo tenías doce años.

—Pero después crecí.

—Cierto, pero tras todo lo ocurrido, llegué a pensar que me odiabas tanto que deseabas hasta mi muerte. No te hubiera culpado por ello, ni tan siquiera soy tu padre, aunque he intentado por todos los medios que así fuera.

—Nunca he deseado tu muerte, papá —le contestó con un hilo de voz.

—¿Y ya no supiste nada de más él, mamá?

—No, desapareció del mapa. Hasta hoy.

—¡¿Cómo?! —gritó Chloe.

—James lo ha encontrado —les comentó, agachando la cabeza.

Tommy aspiró hasta llenar sus pulmones y soltó el aire muy despacio.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su nieta.

—Sí, solo son demasiadas emociones y tengo que asimilarlas. ¿Vas a ir a buscarlo, Susan?

—Sí, papá, tengo que decirle cuatro cosas bien dichas. Si no lo hago, me quedaré con esa espinita clavada en el corazón.

—Yo no estaba seguro de que pudiera ser un padre ejemplar para ti, pero tampoco quería que Alan te hiciera daño. Él tenía todo el derecho de pedir la guarda y custodia, eres su hija, y si lo hubiera hecho, mi vida ya no hubiera tenido sentido para mí. Susan, le hice una promesa a tu madre y he intentado por todos los medios complacerla. Antes de que muriera entre mis brazos —gimoteó—, me dijo: «No permitas que Alan te la arrebate».

—Se va a acordar ese Alan Connors de quién es su hija. Eso lo juro por Dios. —Y se besó los dedos de la mano derecha puestos en forma de cruz.

—No, Susan, yo no te he enseñado esas cosas —intentó calmarla.

Chloe los miraba aturdida. Tuvo que sentarse en el sillón de nuevo y respirar pausadamente.

—¡Mierda! Esto es de locos. Lo que me entristece no es que me hayáis mentido, sino que ya nunca más podré confiar en vosotros. —Ni Susan ni el abuelo respondieron, no les dio tiempo—. ¡No es justo! —expresó indignada.

—¿Qué os parece si seguimos mañana? Aunque creo que todo lo que teníamos que decirnos, ya lo hemos hecho. El abuelo tiene mala cara, debería descansar —propuso Susan.

—¿Descansar? ¿Quién piensa en eso? No podría dormir, ¡quién puede hacerlo en estos momentos!

—Mañana será otro día, hija.

Chloe soltó un improperio en voz alta digno de un camionero.

—¿Tenéis que contarme algo más? Porque ya puestos, lo escupimos todo por la boca de una puñetera vez.

Tommy se levantó para sosegarla entre sus brazos, pero tuvo que sostenerse en el brazo del sillón. La cabeza le daba vueltas, sintió cómo todo su cuerpo ardía por dentro y que su corazón latía velozmente. Podía notar su propio pulso en las venas, perdió la estabilidad, cayó al suelo y quedó casi inconsciente.

—¿Abuelo? —Chloe se acercó a él.

—¡Papá! ¿Qué te pasa? No cierres los ojos, no lo hagas. Rápido, Chloe, llama a una ambulancia.

No le pasaba nada. Solo era que había llegado el momento que tanto había estado esperando: la muerte. Así que, inmediatamente después de que lo atendieran y ya dentro de la ambulancia, el médico lo tranquilizó diciéndole que ambas habían cogido el coche y que se dirigían al hospital. Una vez que llegaron, aguardaron sentadas en la sala de espera, apretándose las manos. Con caras de culpabilidad, estuvieron calladas.

—¿Los familiares de Tom Collins?

—Nosotras. —Se miraron ambas.

—Si queréis entrar, es la hora. Está muy grave. Está fatigado, pero aún le quedan fuerzas para hablar. Ha preguntado por vosotras.

Tommy, de reojo, miraba todos aquellos tubos y máquinas que lo mantenían vivo; le eran tan familiares...

—Amor, apaga la luz pronto. No quiero que me vean agonizando, ¿me oyes? Lllaman a la puerta, es la muerte que me viene a buscar. Por favor, cógeme bien fuerte de la mano y no me dejes a solas con ella —murmuró mientras esperaba a sus muchachitas.

En ese instante entraron por la puerta y se acercaron a él.

—Hola, mis princesas. —Sonrió.

—Lo siento, ¿vale? —dijo Chloe mirándolo con dulzura—. Perdóname, por favor, no quería hablarte ni gritarte así. Perdóname, te lo suplico —repitió, cogiéndole la mano y apretándosela con cariño—. No te vayas. Te quiero tanto... —le habló desconsolada.

—Acér... cate, Susan, no te veo —susurró. Le costaba respirar.

Ella se aproximó y se colocó al otro lado de la cama.

—Sentaos —les pidió.

Ambas lo hicieron y dejaron caer suavemente la cabeza sobre el pecho del hombre.

—No te vayas. Qué habría sido de mí sin mi dulce y encantador abuelo
—le dijo, mirándolo a los ojos y llorando.

—Papá, perdóname si alguna vez he sido cruel contigo. Te debo tanto...

—¡Chiss! Escuchadme. La muerte de un ser querido es un hecho inevitable en nuestras vidas, por desgracia. Hemos sido entrenados en esta vida para pensar que no debemos sufrir. Seguro que estáis pensando que sufrir es algo dañino y que nos puede destruir, y que el dolor puede aniquilarnos. Pues estáis equivocadas. El dolor es tan saludable como la tristeza. El dolor es cualquier alerta de que algo se ha descomodado.

—Abuelo...

—Escucha, Chloe. Es importante no transformar el dolor en sufrimiento. El dolor es el paso por un lugar no deseado, y el sufrimiento es construir un caparazón y quedarse a vivir en ese lugar indeseable eternamente. Y eso es lo que he hecho yo durante toda mi vida.

—Papá, no hables, calla.

—¡No! Me cuesta respirar, pero tenéis que seguir escuchándome, quizá es lo último que os pueda decir. Es imposible dejar de desear en la vida y también es imposible poseer infinitamente todo lo que deseamos. Pero existe una posibilidad de entrar y salir del deseo sin agarrarse a una cuerda ardiente. Solo quiero que aprendáis.

—¿Qué, abuelo?

—Quiero que aprendáis a soltar todas aquellas cosas que ya no necesitáis. Tenéis que soltar y dejar ir a las personas que ya no están a vuestro lado. Tenéis que desprenderos de los momentos que se han terminado, y tenéis que soltar cada una de las etapas de la vida que ya no tiene sentido agarrar con fuerza, deshacedos de ellas. Mis niñas, toda mi vida he estado esperando y no he vivido para demostraros lo mucho que os quiero. Y ahora que quiero hacerlo, me esperan, ahí está el hombre con bigotes y le estoy pidiendo un día más, un mes o un año, pero él me está negando con la cabeza y me dice que mi tiempo se ha acabado. Ya veis, ni tan siquiera puedo negociar algo así con todo el dinero que poseo, y yo, todo de mí, lo he desperdiciado cuando lo tenía.

—Papá, tú no lo has desperdiciado, te lo han arrebatado.

—He vivido inmerso en un sueño toda mi vida, Susan, y he esperado demasiado. Ahora me voy dejando cosas que debería haber hecho y no hice cuando tocaban. Lo siento por vosotras. Perdonadme. Solo os pido un último...

timo favor y quiero que lo cumpláis: no me cojáis como referen... cia en vuestras vidas y no hagáis lo mismo que he hecho yo. Vivid y sed felices. Lo mío es un caso excepcional, creedme.

—Abuelo, ¿qué voy a hacer sin ti? —le habló Chloe, llorando sin control.

—Muchas cosas. Empieza por algo tan sen... cillo como es creer en ti. ¿Tú tienes sueños, mi ni... ña?

—Claro, abuelo, todo el mundo los tiene. Y yo los tengo y los deseo con intensidad.

—Pero si ves que esos sueños no son po... sibles, deberás aprender a entrar y salir de ellos. Los sueños son la base sobre la cual se apo... yan nuestras fantasías. Todas nuestras ilu... siones se consolidan siempre en un sueño, si no los tuvié... ramos, no tendríamos fantasía ni ilusiones, y sin ilusiones, ¿qué serían nuestros deseos? Sin deseos nos quedaríamos sin pro... yectos y sin planes, y no conseguiríamos nada. Así que quiero que cuidéis mu... cho vuestros sueños. Tenéis que darles un lugar importante, trascendente y construc... tivo. Hay que ocuparse de todos ellos, de todos sin excepción: los personales, los de pareja, los compartidos... Y si no puede ser, ya os he dicho lo que tenéis que hacer: no os aferréis a ellos, soltad... los y dejadlos ir. Susan, abre el cajón y da... me lo que hay en su interior.

—¿Cómo ha llegado el diario aquí, papá?

—Lo lleva... ba en el bolsillo de la bata. La enfermera lo ha colo... cado ahí.

Buscó con dificultad entre las páginas el trébol de cuatro hojas y, cuando lo encontró, le habló:

—Gracias por todo el tiempo que me has rega... la... do. —Cerró los ojos por un momento, se sentía cansado.

—Abuelo, te quiero, te quiero. No me dejes, por favor —expresó desconsolada su nieta, dejando caer la cabeza sobre la cama.

—No me digáis adiós, sino has... ta luego. —Le apartó un mechón de la frente a Chloe—. Dios ha decidido y deter... minado que en el cielo estaré mucho mejor. Me voy a un lugar don... de por fin dejaré de sufrir. No os preocupéis más por mí, estaré bien. Algún día nos volveremos a ver, porque yo os esta... ré esperando con los brazos abiertos. ¿Los veis?

—¿A quiénes? —preguntaron ambas mirando a su alrededor.

Tommy abrió los ojos tanto como pudo y levantó la vista.

—A ellos. A mi madre, al abuelo Scott, a Duncan y a mi pre... ciosa.

Mirad quién ha venido. —Dirigió la mirada a aquella luz blanca al final del túnel—. Las mu... jeres más bonitas del condado. Mis niñas. Ha sido hermo... so teneros a las dos. —Bajó la vista y sonrió levemente.

—¿Están aquí, abuelo? ¿Nos pueden ver?

Él dijo que sí con la cabeza.

—Chisss, no llores más, mi amor. Te lo pi... do por favor. —Le enjugó las lágrimas a su nieta, que resbalaban descontroladas por sus mejillas—. Solo duermo.

«Tommy, diles que las adoro y que las amo con todas mis fuerzas», le habló aquella luz; sin duda era ella, Chloe.

—Susan, guar... da el diario de tu madre. Pequeña, el trébol de cuatro ho... jas es para ti, te traerá suerte. Cuídalo y mívalo.

—Claro, abuelo. —Su nieta le sonrió con dulzura y lo cogió.

—No te has olvida... do de mí —susurró a aquella luminaria que se acercaba. Todo era bello, puro y sano. Sentía una inmensa paz.

La una y la otra se miraron.

«Nunca, ya te lo dije. Y por fin juntos».

—Llevaba mucho tiem... po esperán... dote —murmulló.

Su cuerpo se contrajo, las cejas y la cara se encogieron, y cerró los ojos. Esas fueron sus últimas palabras. Dejó de respirar y su corazón se paró.

—Papá, papá, no te vayas, por favor. —Susan apoyó con dulzura la cabeza en su pecho y le susurró a su corazón—: Mamá, cuida de él, os quiero.

—Abuelo, te voy a echar mucho de menos. Nunca te olvidaré —le dijo a Tommy mientras le daba un beso en la frente—. ¿Con qué voy a llenar este vacío gigantesco que me dejas?



Nuestro corazón se llena de tristeza y pena cuando una persona muy querida y cercana parte de este mundo. Desgraciadamente, enfrentar a la muerte es algo que todos, en algún momento, tendremos que padecer. Tendrá que pasar cierto tiempo para que las personas que están sufriendo por el que se fue asimilen su ausencia. El desconsuelo que produce el fallecimiento de una persona muy amada por nosotros transforma nuestra forma de contemplar la vida y nos hace pensar sobre el sentido de nuestro caminar en este planeta y lo breve que puede resultar nuestra existencia.

Tommy luchó por alcanzar todos sus sueños; algunos los consiguió, pero

otros eran inalcanzables. Debería haberlos dejado marchar, pero no lo hizo y vivió, sí, es cierto, pero no supo aprovechar la vida que le habían regalado.



EPÍLOGO

Dos semanas después de la muerte de papá, viajé al norte del estado de Nueva York, al condado de Sullivan, en la Serena Bethel, donde vivía mi padre biológico junto a su esposa. Cuando llegué a la residencia, Alan me recibió en la puerta y con una mano me invitó a seguirlo hasta un pequeño salón. Ambos mantuvimos una larga conversación que duró toda la tarde. Fue un encuentro tenso, difícil y lleno de reproches. Le reñí, mi madre no se merecía la actitud y el comportamiento que tuvo ese malvado y canalla de Alan con ella. También critiqué su falta de interés y responsabilidad hacia mí. Mientras le hablaba, en el rostro de él destacaba una amplia e irónica sonrisa que inequívocamente solo podía significar una cosa: no había cambiado ni cambiaría, y mucho menos se sentía arrepentido. Lo miré con repugnancia, salí de la estancia y cerré la puerta tras de mí. En ese momento suspiré aliviada y un gesto curvó mis labios. Todo había quedado zanjado y solucionado por mi parte.

Conocí a mi abuelo Austin, que me recibió con los brazos abiertos, y le di las gracias por todo lo que hizo. Desde aquel día, mantuvimos una buena relación.

Localizamos a Amy. Tenía una bonita casa en Boston y estaba felizmente casada con Frank, un buen hombre que llegó a su vida para quedarse. Fruto del matrimonio nació un varón al que llamaron Lucas, que los colmó de alegría. Amy se sentía muy afortunada y orgullosa de él.

Mi hija y yo nos instalamos con nuestras respectivas parejas en la casa del lago Champlain, pues heredamos el negocio familiar. Rápidamente nos pusimos manos a la obra, teníamos que seguir adelante. La partida de papá no fue fácil para ninguna de las dos, pero tras el entierro, intentamos cumplir con su voluntad.

Y por fin juntos en un lugar donde reina la paz, la armonía y sobre todo el amor.

F I N



Agradecimientos

Gracias, primero a ti por leerme.

Gracias a mis hijas Laura y Cristina. Me siento orgullosa de todas las cosas que habéis conseguido con esfuerzo y tenacidad. Os quiero tanto...

Muchísimas gracias, Carol RZ - Correctora. Gracias por cruzarte en mi camino, florecilla. Ha sido un placer trabajar contigo. Eres una persona cumplidora y muy profesional. Has mimado a mi primer bebé como se merece. Gracias, gracias y gracias. Ya no te escaparas. Hay más proyectos en camino y sin duda te los voy a confiar a ti. Os aconsejo al mil por mil a Carol, no os arrepentiréis, creedme.

Gracias a China Yanly por tan hermosa portada y maquetación. Eres una persona única y quiero mantenerte a mi lado. Te quiero mi flaca. Millones de besos.

Gracias a todos mis compañeros y compañeras de trabajo. Me habéis valorado, aceptado y querido desde el minuto uno que entré en vuestras vidas. Todos tenemos una formación diferente, pero coincidimos en que queremos lo mejor para nuestros niños, adolescentes y familias. Gracias, Jordi (nuestro respetado y querido coordinador). Gracias, Gemma (nuestra estimada y admirada directora). Gracias, Roser. Gracias, Blanca. Gracias, Merche. Gracias, Annia. Gracias, Marta. Gracias, Josep. Gracias, Judit.

Gracias a toda mi familia, os llevo siempre en mi corazón. Os quiero.

UN TROCITO DE MÍ

Mariah C. es el seudónimo bajo el que escribe esta escritora catalana nacida en Manresa, Barcelona. Ha dedicado toda su vida profesional a la educación con un único objetivo: mejorar la calidad de vida de los niños más vulnerables.

Trabajadora incansable, curiosa y valiente, hace unos años se fijó un objetivo y hoy en día lo ha conseguido embarcándose en la aventura que supone la publicación de su primer libro, Y por fin juntos: una trama romántica

caracterizada por el desarrollo de sus protagonistas, de un amor altruista y de sus giros narrativos.